

DAD A
CIÓN C

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

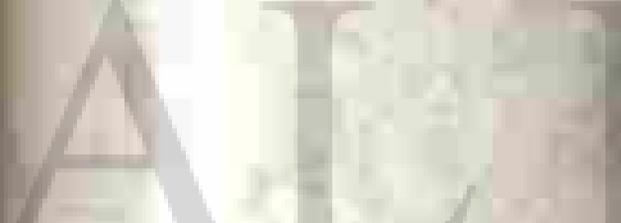


BERARDUS



HISTORIA

ECCLSIAS



BX944

B4

V. 3

C. 1

AL

135820

21

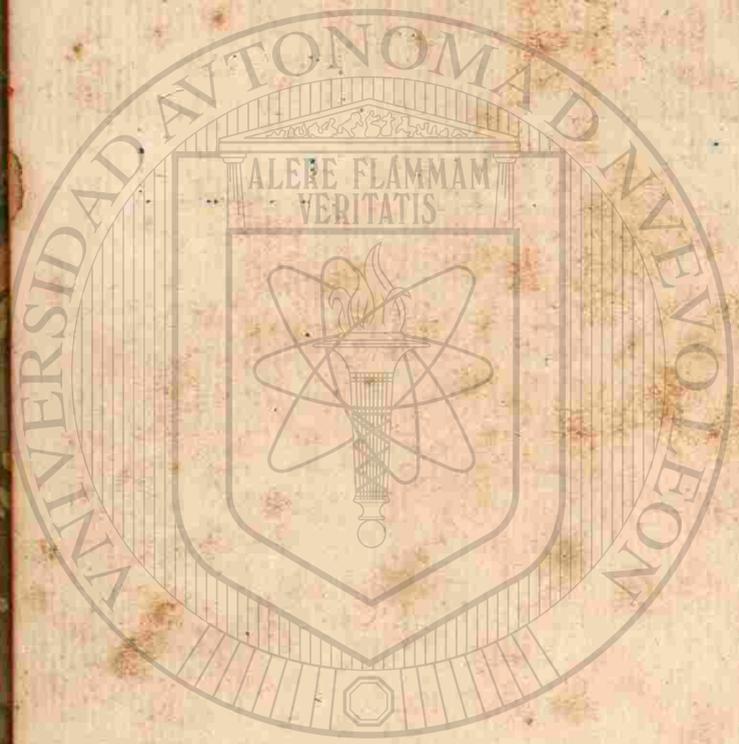
José Angel Benavides.



1080046088



E#1-6#2



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Rollo-46 MICROFILMADO 14/3/83

HISTORIA ECLESIASTICA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**HISTORIA
DE LA IGLESIA**

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

**EL ABATE BERAULT-BERCASTEL,
CANÓNIGO DE NOYON:**

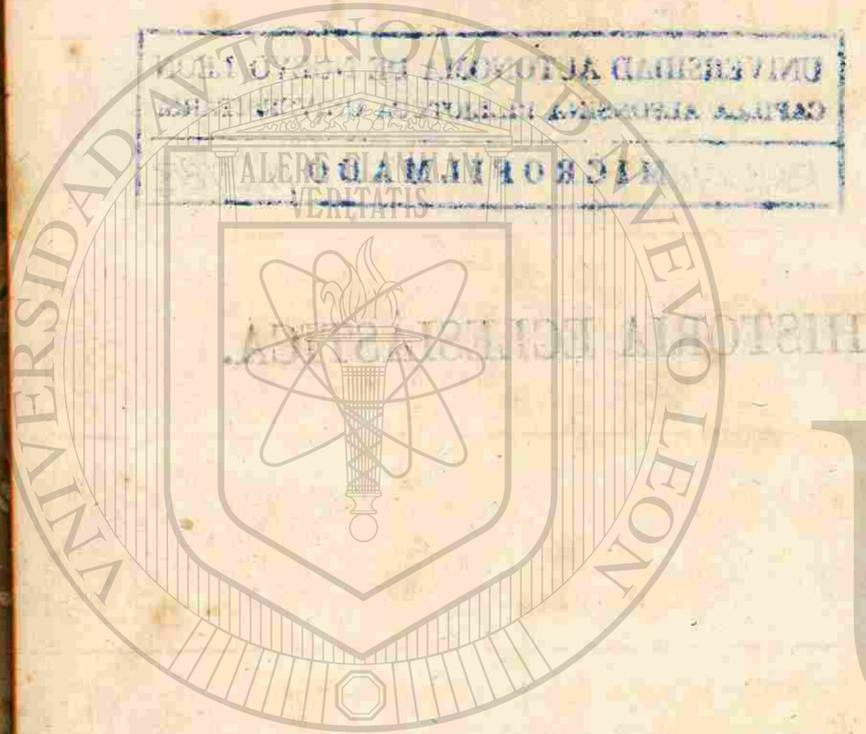
*traducida nuevamente al castellano, corregida,
anotada y continuada*

HASTA EL PONTIFICADO DEL SS. P. LEON XII.

por los P.P. J. de M. y A. C. de V.

TOMO III.

Desde la paz general de la Iglesia, dada por Constantino en 313,
hasta la muerte del Emperador Constanzo, en 361.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Valencia: Imprenta de D. Benito Mofort: 1830.

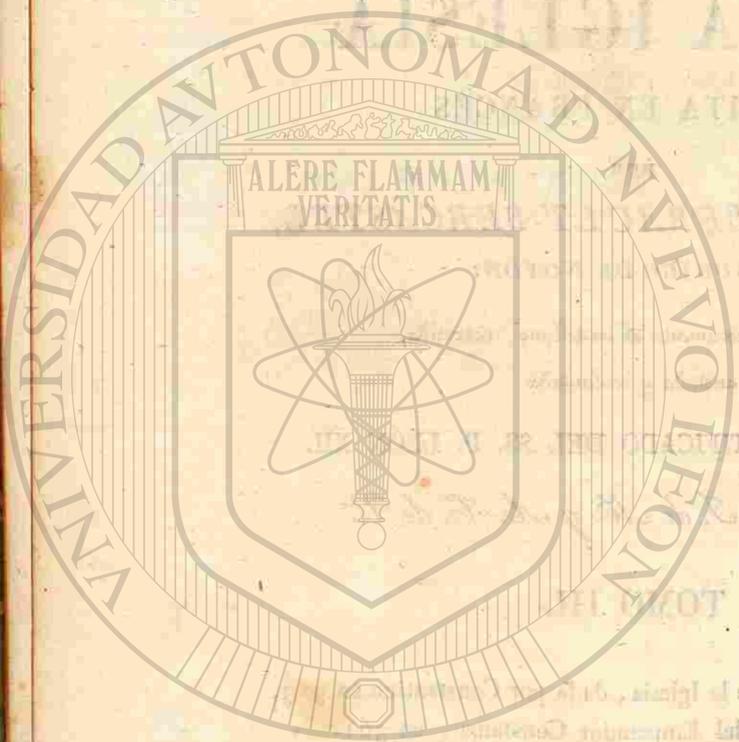
19880

38366

B x994

B-1

v.3



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135820

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO SÉPTIMO.

N.º 1. *E*stado feliz de la Iglesia. 2. Edicto remitido á Maximino para que mandase cesar la persecucion. 3. Guerra y muerte de Maximino. 4. Castigo de toda la raza de los últimos perseguidores. 5. Lactancio. 6. Religion y liberalidades de Constantino. 7. Progresa el cisma de los Donatistas. 8. Recurso de los cismáticos al Emperador. 9. Concilio romano contra los Donatistas. 10. Condescendencia escesiva de Constantino. 11. Concilio primero de Arlés. 12. Concilios de Ancira y Neocesarea. 13. Apelacion y astucias de los Donatistas. 14. Donato segundo. 15. Circunceliones. 16. Leyes de Constantino sobre la Religion. 17. Persecucion de Licinio. 18. San Blas mártir y los cuarenta coronados. 19. San Nicolás de Mira, Confesor. 20. Derrota de Licinio. 21. Celo de Constantino. 22. Prosperidad del Imperio. 23. Principios de Arrio. 24. San Pedro de Alejandria condena á Arrio. 25. San Aquilas engañado por Arrio. 26. San Alejandro condena á Arrio en un Concilio. 27. Epistola de San Alejandro. 28. Eusebio de Nicomedia. 29. Obras de Eusebio de Cesarea. 30. Seducen los Arrianos á la Princesa Constanza. 31. Eusebio de Nicomedia es el fautor principal del Ar-

TOM. III.

1

rianismo. 32. Son recibidos los Arrianos en Palestina. 33. Moderacion de Constantino despues de una sedicion. 34. Es enviado Osio á Egipto. 35. Concilio de Nicea. 36. San Potamion y San Pafnuccio. 37. San Espiridion de Trimitunta. 38. Santiago de Nisibe. 39. Fautores principales del Arrianismo entre los Obispos. 40. Blasfemias de Arrio. 41. Carácter de San Atanasio. 42. Prudente conducta de Constantino. 43. Orden de la Asamblea. 44. Retra to de Constantino. 45. Analisis de la doctrina de Arrio. 46. Simbolo de Nicea. 47. Decision respectiva al tiempo de la celebracion de la Pascua. 48. Condenacion del cisma de Melecio. 49. Cánones de disciplina. 50. Principales Sillas Episcopales. 51. Juicio acerca del Bautismo de los Hereges. 52. Contradiccion de Acesio, Obispo Novaciano. 53. Cánones Arábigos. 54. Epistola Sinodal. 55. Epistolas confirmatorias del Emperador. 56. Fiesta celebrada con motivo del Concilio. 57. Estado de la Gerarquía. 58. Eusebio de Nicomedia y Teognis de Nicea provocan la indignacion de Constantino. 59. San Atanasio encumbrado á la Silla de Alejandria. 60. San Pacomio y San Palemon. 61. San Amon. 62. Retírase San Antonio al monte Colcim. 63. Visita los monasterios de Piper. 64. La hermana de San Antonio. 65. Principios de San Hilarion. 66. Efectos de la piedad de Constantino. 67. La Emperatriz Elena descubre la Santa Cruz. 68. Iglesia del Santo Sepulcro. 69. Otras Iglesias edificadas por Constantino. 70. Procedimientos odiosos de los Idólatras. 71. Conversion de Jo-

sefo. 72. Progresos de la fe. 73. Conversion de los Ibéros. 74. San Frumencio Apóstol de los Abisinios. 75. Cristianos de Persia. 76. Muerte del Príncipe Crispo. 77. Castigo de la Emperatriz Fausta. 78. Muerte de Santa Elena. 79. Ciega confianza de Constantino en su hermana. 80. Arrio llamado por Constantino. 81. San Antonio defiende la fe contra los Arrianos. 82. San Eustacio de Antioquia calumniado y depuesto. 83. Fundacion de Constantinopla. 84. Tramas de los Arrianos contra San Atanasio. 85. Conciliábulo de Tiro. 86. Calumniadora confundida. 87. Calumnia de Arsenio. 88. Fábula de Isquiras. 89. Conciliábulo de Jerusalem. 90. San Atanasio desterrado á Tréveris. 91. San Antonio escribe á Constantino. 92. San Alejandro de Constantinopla. 93. Muerte funesta de Arrio. 94. Constantino divide el Imperio entre sus hijos. Matrimonio del Príncipe Constantino. 95. Bautismo de Constantino y su muerte.

Iglesia de oro: el cuerpo del edificio, que tenía una altura extraordinaria, era de figura octágona cercado de capillas y subterráneos; y el todo hecho en un anchuroso recinto que contribuía á realzar su magnificencia. Edificóse en Roma, en el palacio de Letran, la Iglesia del Salvador, llamada San Juan de Letran, á causa de su baptisterio, en el cual estaba la efigie de San Juan Bautista, y esta es la primera Iglesia de Roma, y la estacion de las mayores solemnidades. El Emperador dió á este baptisterio, en tierras y casas, cerca de medio millon de reales vellon de renta todos los años.

Edificó en Roma otras siete Iglesias, esto es, la de San Pedro en el Vaticano, en el lugar donde estuvo un templo de Apolo, y en memoria del sepulcro del Príncipe de los Apóstoles: la de San Pablo, en el lugar de su martirio: la de la Santa Cruz, para honrar con la dignidad debida la porcion de la verdadera Cruz que Elena habia enviado de Jerusalem: la de Santa Inés con su baptisterio: la de San Lorenzo, fuera de la ciudad, en el parage de la sepultura de este Mártir: y la de los santos Mártires Pedro y Marcelino, en donde se sepultó Santa Elena. Edificáronse otras muchas en lo restante de la Italia, como en Ostia, en Alba, en Capua y en Nápoles; todas dotadas ricamente, tanto, que se hace á veces difícil el creer que un solo Príncipe pudiese soportar gastos tan extraordinarios.

Mas Constantino, tan sabio como religioso, no sacaba del tesoro público los fondos para hacer estas

obras piadosas; porque no ignoraba que el Estado no debe agotarse, ni aun por el bien mismo de la Iglesia que tiene tan estrecha union con el reposo público, con una superabundante liberalidad; y que la opulencia mas santa puede tropezar alguna vez en inconvenientes tan perjudiciales como la economía mal entendida. Pero la prudencia del Emperador sacaba recursos inmensos de los bienes confiscados en otra época á los fieles que habian muerto sin herederos; de las rentas de los templos de los ídolos que consagraba al culto del verdadero Dios, creyendo que no podia reparar de otro modo mejor una profanacion tan temeraria; y por fin de la supresion de los juegos profanos que causaban un grande gasto al Imperio. Abolió los juegos de los gladiadores en Oriente, queriendo que los que fuesen condenados á ellos por algun delito, se empleasen con mayor utilidad en el trabajo de las minas.

70. No perdía ocasion de desacreditar la idolatría por otra parte, la que se habia propuesto desterrar, pero sin violencia y sin esponer los pueblos á discusiones ni disturbios. Estaba en Cilicia el famoso oráculo de Apolo, del cual tomó motivo el celoso Soberano para convencer á sus súbditos del abuso que se hacia de su propia confianza: mandó arruinar el templo, y se encontraron huesos y calaveras que habian servido para las operaciones mágicas de los sacrificadores homicidas, con envoltorios de trapos y de paja que llenaban los huecos de los ídolos agigantados en donde se ocultaban aquellos infames impos-

tores. Mas en ninguna parte se descubrió el dios que decian pronunciaba los oráculos, ni genio, demonio ó fantasma espantoso alguno, como se persuadian: y no hubo lugar por secreto que fuese, ó caverna tan oscura ni tan profunda, á donde no penetrasen los oficiales del Príncipe y los soldados; de manera que los pueblos principiaron á abrir los ojos respecto á la impostura de sus sacerdotes y á los horrores de sus supersticiones. En Heliópolis de Fenicia, ciudad consagrada á Venus, las mugeres de sus sacrificadores y adoradores eran comunes entre todos ellos; y la mejor parte del derecho sagrado de hospitalidad consistia en prostituir sus hijas á los pasajeros. Prohibió rigurosamente estas leyes infames el piadoso y casto Emperador; y para aplicar un remedio mas cierto á este desórden, instó eficazmente á los habitantes á que reconociesen al Dios de toda pureza; y además hizo edificar una grande Iglesia para esta ciudad que nunca la habia tenido, y puso en ella un Obispo con un crecido número de Ministros.

Habia en las montañas del Líbano, cerca del rio Adonis, otro templo de Venus, ó mejor diremos, otra escuela de liviandad, que mandó asimismo arruinar. Mandó tambien destruir hasta los cimientos del famoso templo que Esculapio tenia en Egea, en Cilicia; de modo que no quedó el menor vestigio de él. Atribuían en Egipto los idólatras al dios Serapis las fecundas inundaciones del Nilo; porque se guardaba en el templo de aquel ídolo la columna que servia para medirlas. Trasladáronla á la Iglesia grande de Alejan-

dria; y los Paganos publicaron que el Dios indignado impediria que saliese de madre el rio: pero como se vió que este continuaba fertilizando las campiñas como antes, los temores y presagios se convirtieron en vergüenza y descrédito del simulacro y de sus sacerdotes. Hizo quitar el Emperador las puertas y los techos de los templos; en muchas ciudades sacó las estátuas y los ídolos de los santuarios mas respetados y los dejó en las plazas públicas, para que la familiaridad escitase el desprecio que merecian en realidad.

Avisaron del Oriente al Príncipe, que contiguo á la famosa encina de Mambre, en Palestina, donde el Patriarca Abrahan habia egercitado la hospitalidad con tres ángeles, degenerando la fe en supersticion, se habian erigido diversos ídolos, á los que se inmolan sacrificios. Se celebraba todos los años en aquel lugar una gran feria á diez leguas de la ciudad santa, y concurría á ella un número prodigioso de comerciantes de todas naciones y religiones, que honraban á sus dioses cada uno á su modo. Acudían las mugeres lo mismo que los hombres, y se presentaban vanagloriándose de sus trages y gracias naturales. Mas sin embargo se afirmaba que aunque se confundian y mezclaban sin distincion las personas de ambos sexos, el respeto del sitio y el temor de la venganza del cielo impedían el desórden y todo comercio impuro. Menos crédulo el Emperador, se horrorizó de solo oír el riesgo á que se esponían aquellas gentes; escribió á los Obispos de Palestina, que le admiraba su negligencia en sufrir esta profana amalgama;

y despues mandó quitar los ídolos , echar por tierra los altares de las falsas divinidades , y edificar en el mismo sitio , despues de haberlo purificado , un templo magnífico en donde se diese culto solamente al Dios verdadero. Encargóse al Conde Josefo , Judío de origen , la egecucion de estas órdenes , el que se convirtió de un modo muy digno de referirse.

71. Era natural de Tiberiades este Israelita famoso por los beneficios que debió á la gracia del Señor , y ocupaba uno de los primeros puestos cerca del Patriarca de su nacion , que así llamaban entonces al gefe ó cabeza de aquel pueblo disperso (1). Envió á buscar al Obispo de Tiberiades , estando el Patriarca próximo á morir , con un motivo fingido , pero con el designio verdadero de que le bautizase , como en efecto le bautizó el Obispo , despues de haber reconocido y perfeccionado las disposiciones del Judío. Josefo , á quien habian mandado salir del cuarto del enfermo , como á todos los demás testigos que podian incomodar , miró por un resquicio de la puerta y observó con cuidado cuanto se hacia. Murió el Patriarca , y se pasaron muchos años sin que Josefo correspondiese á la gracia que durante este tiempo no le dejó jamás la conciencia tranquila. Leía muy á menudo los Evangelios de San Juan y de San Mateo , ó los hechos de los Apóstoles , que la Providencia hizo que cayesen en sus manos como casualmente. Apareciósele en sueños el mismo Salvador , exhortóle á creer en su nombre , y le dijo : *yo soy Jesus á quien*

(1) *S. Epiphani. Heres. 30. num. 5.*

crucificaron tus padres. Pero ni aun por esto cedió á las divinas inspiraciones ; y le sobrevino una grave enfermedad , de la que no se esperaba que saliese. Díjole al oido en el curso de ella un doctor Judío , aunque de los mas celosos por la ley judáica : *Jesucristo Hijo de Dios , que ha sido crucificado , es el Juez que ha de sentenciar tu causa.* Los Judíos , muchas veces , por una confesion práctica á favor del cristianismo , usaban de tales fórmulas para curar sus dolencias. El Salvador se le apareció la misma noche por segunda vez á Josefo , y le reprendió su ciega infidelidad ; pero él recobró la salud y no se convirtió.

Vivia en Tiberiades un hombre poseído de los demonios , cuyo frenesí le estimulaba á correr muchas veces desnudo por las calles. Josefo instruido por la lectura del Evangelio del poder de Jesucristo , quiso hacer la esperiencia en el energúmeno , y con este objeto le mandó llevar á su casa. Hizo sobre él la señal de la cruz , diciendo : „yo te mando , espíritu maligno , en nombre de Jesus de Nazareth que ha sido crucificado , que salgas del cuerpo de este infeliz ;” y al punto sanó el energúmeno. Hizo este milagro una impresion extraordinaria en toda la ciudad : pero Josefo no dejó de continuar en su infidelidad. Al fin los golpes del rigor y de la tribulacion obraron en aquella alma inflexible , bien que predestinada para la luz del Evangelio , que se habia resistido á tantas inspiraciones de la misericordia de los cielos , lo que ni las visiones ni los milagros habian podido lograr.



Mostrábase Josefo siempre celoso por la disciplina judaica, á pesar de sus deseos ineficaces de convertirse, de modo que se grangeó las sospechas, y poco despues la malevolencia de sus hermanos. Estos, con la mira de darle que sentir, observaron escrupulosamente todas sus acciones, y le sorprendieron un dia leyendo en el Evangelio, lo que era un delito imperdonable segun ellos. Echaron pues mano al libro y al lector, arrastraron á este por el suelo con la mayor brutalidad, y le condujeron con violencia á la Sinagoga, donde fue azotado: pero llegó á poco rato el Obispo, y le libertó de las manos de sus verdugos. Otra vez los Judíos encontrándole en un viage que hacia á Cilicia, lo tiraron en el rio Cidno, en donde creyeron que se habia ahogado: libróse tambien como por milagro; y entonces fue cuando convencido por tan multiplicadas señales de la clemencia divina, pidió y recibió el bautismo. Además del lugar distinguido que habia ocupado entre los Judíos, su fe y su mérito personal le merecieron la benevolencia del Emperador Constantino, quien le condecoró con el título de Conde, y le encargó honrosamente edificar Iglesias en Mambre, en Tiberiades, y en otras plazas de la Palestina, en donde los Judíos no habian permitido hasta entonces mezcla alguna con los estrangeros. Halló Josefo en el desempeño de su comision indecibles obstáculos, y no pudo cumplirla del todo, porque los Judíos se valieron hasta de los artificios de la magia, para impedir sus piadosos intentos. Le avisaron de que los Judíos con sus encantos

apagaban el fuego de los hornos de cal, cuando estaban levantando la Iglesia de Tiberiades: acudió al instante, y llenando un vaso de agua, hizo con el dedo la señal de la cruz sobre el vaso, diciendo: *en el nombre de Jesus Nazareno, clavado en la cruz por mis padres y por los de esta ciega muchedumbre, que adquiera esta agua la virtud de burlar los encantos del infierno, y restituya al fuego de la tierra su natural actividad.* Dichas estas palabras, tomó en su mano el agua que bendijo de aquel modo, y roció con ella los hornos; al momento el fuego principió á arder de nuevo con tan extraordinaria voracidad, que todos los espectadores gritaron á una voz: *el Dios Todopoderoso es el que asiste á los Cristianos.*

72. El cristianismo por estos medios hacia cada dia nuevos progresos; pues si la esperanza de alcanzar el favor de Constantino atraía á algunos infieles, muchos mas eran los que se convertian por las lecciones y egemplos de los santos Obispos y piadosos solitarios, y por las reflexiones sólidas que era fácil hacer acerca de la vanidad é impureza de las supersticiones idólatras, y sobre la virtud y sublimidad de la doctrina Evangélica. Declarábanse ciudades y pueblos enteros en favor de nuestra santa Religion; y se les vió destruir por sí mismos los ídolos, arruinar sus templos ó transformarlos en Iglesias. Los habitantes de Mayuma, á saber, del puerto de Gaza en Palestina, abjuraron todos de una vez sus antiguas supersticiones; lo que causó al religioso Emperador un contento mas completo, quanto menos esperaba esta

mudanza de parte de un pueblo al que pocos igualaban en su apego á la idolatría: y para mostrarles su satisfaccion transformó aquella plaza en ciudad, y la llamó Constanza, del nombre del hijo que mas amaba. Por otra razon semejante dió el nombre de Constantina á una ciudad de Fenicia.

Mas el celo de Constantino no se encerraba dentro de los límites del Imperio, pues por su solicitud y beneficios penetró el cristianismo hasta las naciones mas remotas y bárbaras. Profesábanlo ya los habitantes de las inmediaciones del Rhin, y era conocido en las provincias de la Galia mas retiradas hácia el Océano. Abrazándolo por el propio tiempo los Godos y otros bárbaros vecinos al Danubio, habian contraído ya costumbres mas arregladas, y sobre todo mas suaves. Principiaron estos á convertirse en las incursiones que hicieron en tiempo de los Emperadores antecedentes; sus prisioneros hacian la virtud respetable á los vencedores, é instruyéndolos, formaban todos los dias nuevas Iglesias. Tirídates, Príncipe de los Armenios, que se hizo Cristiano en virtud de un milagro obrado en su casa, estimuló á sus súbditos á que profesasen la misma Religion; y desde allí se esparció el cristianismo por el Osróene, y por la Iberia, y llegó hasta el seno del vasto reino de los Persas (1).

73. Los Iberos moraban entre el Ponto Euxino y el mar Caspio en un gran territorio, que hoy llamamos el Gurgistan. Entre los prisioneros de guerra que hicieron, se halló una jóven Cristiana de grande be-

(1) Euseb. lib. 4. hist. cap. 8.

lleza, pero de una virtud aun mas notable, y con la entereza necesaria para hacerse respetar de aquellos bárbaros. Retirada cuanto podia en la mas rigurosa soledad, pasaba en oracion todo el tiempo que quedaba á su arbitrio, y nunca hablaba con nadie si no le preguntaban. Algunas veces la decian ¿cuál era su esperanza ó pretension en semejante manera de vida? Y entonces respondia: *sirvo á Jesucristo, mi Dios, porque estoy muy cierta de su liberalidad en recompensar á sus adoradores*; y nada de este mundo era bastante para alterarla, ni aun casi distraerla. Entre aquellos bárbaros hotentotes y que no tenian médicos, se acostumbraba cuando habia algun niño enfermo llevarlo de casa en casa, por si hallaba alguna persona experimentada que pudiese curarlo. La egemplar conducta y Religion de la jóven estrangera, que se habia adquirido gran celebridad con el nombre de la Hermosa Cautiva, escitaron el deseo de hacer una prueba de su virtud; y una madre la llevó su hijo que estaba enfermo gravemente. Ella respondió: *ningun remedio humano conozco que pueda hacer lo que me pides: pero el Dios que adoro restituye cuando le placè la salud á los enfermos mas desamparados*: y poniendo sobre su lecho al niño, despues de haber estendido en él su cilicio, pasados algunos momentos lo entregó perfectamente sano á su madre. Divulgóse por la ciudad este prodigio, y llegó á noticia de la Reina, que padecia un mal muy doloroso. Mandó pues que la llevasen á casa de la Cautiva, la que la estendió, como al niño, sobre su

elicio, y por la invocacion del nombre de Jesucristo, la volvió la salud del mismo modo que á aquel, dándola al mismo tiempo ciertas nociones del Médico Supremo á quien debia su curacion, y ponderando la dicha inefable que alcanza el que le sirve dignamente.

Así que tuvo tan agradable noticia el Rey, no halló medio mejor de mostrar su reconocimiento, que enviando á la cautiva los mas ricos presentes. Pero la Reina, que ya estaba iniciada en los principios sublimes del evangelio, le dijo: „no es oro ni plata lo que necesita mi bienhechora, desprecia todo lo de la tierra; las alabanzas y las distinciones la constriñan; la vida regalada la espanta; el ayuno es su mas sabrosa comida; y el solo placer que podemos darle es adorar al Dios Todopoderoso que ha invocado para restablecerme.” El Rey dió esperanza de que así lo haria; pero descuidó de llevarlo á efecto, y el tiempo fue borrando poco á poco la memoria del beneficio, por mas que la piedad agradecida de la Reina se lo recordase mas á menudo, juntamente con sus promesas.

Pasado poco tiempo, estando el Príncipe cazando, y viéndose en un grande peligro, hizo voto dentro de sí mismo, sin proferir palabra alguna, de que si el Dios de la cautiva le sacaba de aquel peligro, abandonaría á todos los dioses y adoraría á él solo. Fue efectivamente libertado, y cumplió su palabra; y llamando al punto á la Cristiana, la pidió le instruyese en el modo de servir á Jesucristo; lo que

practicó ella en cuanto lo permitia su capacidad. Rey y Reina desde entonces se transformaron en dos Apóstoles, tanto de su corte como de toda la nacion; y se dedicaron á instruir cada uno á los de su sexo. Edificóse una Iglesia conforme al plan que trazó la Cautiva, y por consejo de la misma se despachó una embajada á Constantino, pidiendo enviase á aquel pais predicadores evangélicos. No hubiera causado tanta satisfaccion al Emperador la conquista de un nuevo Imperio; mandó marchar al instante un Obispo y varios Sacerdotes, para consolidar aquella cristiandad naciente, obra casi increíble de una pobre Cautiva, pero sostenida por los testimonios mas respetables. Rufino uno de los historiadores antiguos que la cuentan, dice haberla oido al Rey Bacurio ⁽¹⁾, el que despues de haber reinado en aquella nacion, logró ser conde de los Domésticos entre los Romanos, á saber, mayordomo mayor de la casa del Emperador, y duque de los límites de Palestina.

74. Nos ha transmitido el mismo autor el modo no menos maravilloso con que San Frumencio, Apóstol de los Abisinios, estableció la fe entre ellos. Penetró un filósofo de Tiro, llamado Mérope, por mera curiosidad, hasta el interior de Etiópia, y le mataron aquellas gentes, en odio de los Romanos con quienes estaban en guerra. Este filósofo llevaba consigo dos jóvenes parientes suyos, Edeso y Frumencio, con ánimo de instruirlos desde sus primeros años en el arte de conocer á los hombres. Hallaron los

(1) *Rufin. hist. lib. 1. cap. 9.*

asesinos de Mérope debajo de un árbol á estos dos niños diciendo su leccion: su edad y su inocencia desarmaron á los homicidas, y los llevaron á presencia de su Rey, el que hizo á Edeso su copero, y á Frumencio que mostraba mas talento, su secretario. Despues de su muerte, la Reina, que gobernaba el reino mientras la menor edad de su hijo, honró con la misma confianza á estos estrangeros, que ya entonces eran hombres provecos. Y pidiéndole permiso para volver á su patria, les instó á que la ayudasen á llevar el peso del gobierno, hasta que su hijo estuviese en disposicion de reinar. Todo este tiempo lo empleó Frumencio en proteger á los Cristianos que llegaban á aquel reino, y en levantarles Iglesias. Por fin, así que el jóven Rey cumplió la edad que se requería, Frumencio, despues de dar una cuenta sumamente exacta de su administracion, pidió y obtuvo la competente licencia para regresar á su pais.

Cuando se vió en territorio Romano, lo primero que hizo fue participar al Obispo de Alejandria todos los conocimientos que adquirió concernientes á la region de los Etiópes, la que tenia motivos mas especiales de cultivar aquel Prelado, así por su preferencia como por la situacion de su Silla. Refirió él mismo al santo Obispo Atanasio los progresos extraordinarios que hacia la fe en aquella tierra inculta, pidiéndole enviase un Pastor á tantos neófitos y á aquellas Iglesias dispuestas á recibir la verdad. Y, quién, respondió el sabio Atanasio, sostendrá mejor y con

mas dignidad esta grande obra que el promotor de ella?" Luego empleó toda la uncion de su divina elocuencia para inspirar un nuevo celo á aquel hombre que apenas habia puesto los pies en su patria, despues de desecharla tanto tiempo. Frumencio obedeció á la voz de Dios, que le hablaba por boca del Patriarca; y habiéndole ordenado Obispo Atanasio, le envió lleno de la gracia que acababa de concederle con la imposicion de las manos, asociándole al mismo tiempo muchos eclesiásticos tambien celosos, y dándoles á todos los medios necesarios para seguir la obra del Señor. El santo misionero con su uncion y con el don de milagros que Dios proporcionó á las necesidades de una mision tan interesante, convirtió una multitud de Abisinios ó Etiópes.

75. Tomaba el Emperador el mas grande interés en todos estos establecimientos, informándose y mirando como la materia mas árdua y negocio propio cuanto podia estender la fe entre todas las naciones. En el reino de Persia habia ya gran número de Iglesias; bien que tenemos pocos conocimientos exactos sobre este punto, ya por falta de escritores en aquellos pueblos, ó ya por el poco trato que tenian con los Romanos. Mas el Emperador Constantino no omitía cosa alguna para enseñar é imponer el suave yugo de Jesucristo á aquellos pueblos que odiaban el de Roma. Convino inmediatamente el Emperador en un tratado de alianza que le habia propuesto el Rey Sapor, y le envió presentes espléndidos; pero le escribió al propio tiempo una elocuente carta ponde-

rando las ventajas de la Religion Cristiana, y los reversos horrorosos que habian merecido sus perseguidores, especialmente el Emperador Valeriano, que era mas conocido de los Persas, porque por mano de ellos le habia castigado Dios. Por fin desde la conversion del gran Constantino, de tal manera fueron la fe y la virtud el principio de la mayor parte de sus acciones, que la Historia Eclesiástica en casi todo su admirable reinado parece un continuo panegirico de este piadoso Emperador.

Pero no por esto dejaron de calumniarle los idólatras, á quienes han seguido los impíos y malévolos de todos los tiempos posteriores. Ellos emponzoñaron sus intenciones, agravaron aquella clase de defectos ó errores que son como inevitables en los hombres de dignidades eminentes, y aun fabricaron mil falsedades fuera de todo fundamento. Mas las personas sensatas de todos los partidos lo tenian como á uno de los mas grandes y mejores Príncipes de cuantos habian ocupado el trono. No se le achacaba sino el defecto casi indispensable en la grandeza, á saber, mucha facilidad en dejarse sorprender; de lo que se dice que fue triste víctima Crispo, acaso el mejor de sus hijos. Esta acusacion, que con otras muchas, tiene á Zósimo por promotor principal, sin decir fijamente el lugar, el tiempo, ni alguna de las particularidades que todos deben saber en un hecho de tal naturaleza, está acompañada con circunstancias improbables y claramente fingidas para hacer odioso el cristianismo; y de ella, ya en su principio tan sospechosa de

falsedad, nada nos dice Eusebio, y aun la desmienten formalmente Sozomeno y Evagrio.

76. Sin embargo de las razones que pudieron hacer fuerza á algunos modernos merecedores de crédito, he aquí como cuentan este suceso, en el que Constantino, aunque muy culpable sin duda, tal vez no nos parecerá tanto como Zósimo lo representa. Era el malhadado Crispo hijo de Minervina primera muger del Emperador; jóven en quien todos depositaron sus esperanzas, porque se habia distinguido por tierra contra los bárbaros, y con mas gloria aun por mar contra Licinio, cuya armada y recursos habia destruido totalmente. Juzgábanle todos por estas circunstancias digno del Imperio del mundo; yá habia seis años que era César, cuando Fausta su madrastra, digna hija del tirano Maximiano, resolvió perder á este héroe, para que pasasen los derechos de sucesion del primero á los segundos, de quienes era madre. Tuvo pues la osadía de acusar á Crispo de haber intentado violar su pudor, y dispuesto la muerte de Constantino, despues de profanar su lecho. Estas quejas de parte de una esposa querida en extremo, hicieron la mas terrible impresion; por otra parte Fausta tenia demasiado artificio para dejar de decir algunas pruebas equívocas que reunidas á la atrocidad del crimen conmovieron de tal modo al Emperador, que le pusieron en términos de no escuchar las voces de la moderacion, ni aun de la razon. Se obstinó en no oír las justas representaciones de su madre la Emperatriz Elena, que en aquel tiempo conservaba la salud mas

completa, y despues no hizo mas que consumirse en una lánguida y mortal melancolía: porque esta piadosa Princesa se habia encargado de la crianza y educacion de Crispo, sirviéndole de madre, por haber perdido la suya desde la infancia. Pero todos los ruegos y lágrimas fueron en vano: dejóse arrebatarse Constantino de la furia ciega y rabiosa de los celos, y condenó al inocente calumniado casi sin oírle. Dicen algunos historiadores que el infeliz Crispo fue degollado, y otros envenenado, porque la ejecución de su sentencia de muerte fue sin duda alguna muy reservada.

77. Apenas satisfizo el padre su indignacion, quando principió á arrepentirse, á reflexionar, y por fin á sospechar de la conducta de Fausta. Lloraba Elena sin consuelo la muerte de su digno nieto; y el Emperador quiso consolarla, para lo cual fue preciso oírle. Estaba muy lejos de ser inocente en punto á costumbres la bárbara madrastra; pues leemos en Filostorgio que fue sorprendida en el acto mismo de cometer un delito feo con un hombre de la mas baja esfera. Hízose pues de manera que abriese los ojos su augusto esposo, y llegó por último á persuadirse que una muger capaz de tanta infamia, lo era de todo lo malo. Era madrastra por otra parte, y por consecuencia acusadora muy sospechosa: reflexiones todas que se manifestaban con tanta mayor vehemencia quanto venian mas tarde. Convencido respecto á las costumbres sobrevinieron pronto las sospechas; y últimamente se logró que el Emperador quedase satisfecho de la ver-

dad de todo lo ocurrido en la injusta acusacion de su amado hijo. Todo el cariño del Emperador, del que se habia abusado tan bajamente, se convirtió en despecho, figurándose en su esposa una infame paricida, que por la mano del padre habia escondido el puñal en el seno del hijo. Mas en esta cólera violenta no pudo ser dueño de sí mismo, y castigó á Fausta de una manera mas cruel que justa; pues la mandó encerrar en un baño caliente para que en él se sufocase.

Fueron estas dos muertes causa de otras muchas, porque murieron varios amigos ó cómplices de aquellas dos víctimas de la confianza y del resentimiento. Se dice que Constantino hizo penitencia por estas dos faltas; pero no restituyó el antiguo esplendor ni á su virtud ni á su gloria. Lo restante de su vida es verdad que no correspondió á sus principios; y si se hubiese de juzgar por ciertos pasages de sus últimos años, no merecia Constantino otro lugar que aquel á que pueden aspirar en la historia los Príncipes comunes.

El mismo Emperador que en el Concilio de Nicéa y en otras muchas ocasiones habia acreditado una reserva tan humilde y tan recomendable en materia de Religion, se entrometió indiscretamente en los negocios eclesiásticos. Se dejó al mismo tiempo seducir indignamente por la hipocresía y las sordas intrigas de los sectarios; y creyó con mucha ligereza las calumnias de los hereges contra los Obispos mas santos (1).

(1) *Zosim. lib. 2. hist. pág. 685.*

Asimismo tuvo la debilidad de disgustarse de la antigua Roma, porque no era amado en aquella ciudad; bien que este odio provenia solamente de la afición pertináz del Senado y de los Grandes á la idolatría: por lo que eligió la ciudad de Bizancio, á la que llamó Constantinopla y nueva Roma; para suscitarla una rival capaz de eclipsar, ó á lo menos partir con ella su gloria, sin preveer que él mismo disponia su ruina, y con ella la decadencia de todo el Imperio.

78. No vivió la Emperatriz Elena hasta la fundación de esta nueva capital. Habíase ausentado de la antigua, poco tiempo despues de la muerte de los ilustres proscriptos de quienes acabamos de hablar, con el objeto de borrar, ó por lo menos disminuir tan funesta memoria en su imaginación estremadamente contristada. Por mas detestable que le parecia la calumnia de Fausta, nunca se la hubiera tratado con tanto rigor por voto de la piadosa Elena: pero adoró en los juicios humanos la severidad de la justicia Divina, y buscó en la práctica cada vez mas continua de las buenas obras la serenidad acostumbrada de su espíritu. Sin embargo, á pesar de toda su resignación y la inalterable salud que siempre habia disfrutado, aun en una edad muy avanzada, experimentó por sí que los pesares causan á veces perjuicios mas terribles que los años, y que ocasionan mayor impresión, cuanto mas sensible es la persona que los recibe. Por el decaimiento de sus fuerzas conoció que el Señor la llamaba para sí, y que era necesario prevenirse por último para morir; y en esta

inteligencia dió sus consejos al Emperador, que los recibió deshecho en lágrimas juntamente con sus hijos. Fue tan santa su muerte como lo habia sido siempre su vida desde su conversión al cristianismo. La Iglesia ha mirado á esta Emperatriz constantemente como á su mas famosa protectora, contándola en el número de las Santas.

79. La muerte de Elena fue muy prematura, y de mal agüero para los Católicos. Constantino, de un carácter naturalmente amigo de comunicar sus pensamientos, y que no podia vivir sin una persona de su confianza, dió el puesto que su madre ocupaba en su corazón á su hermana Constanza, viuda de Licinio. Parecia muy piadosa esta Princesa, mas por desgracia habian abusado de su Religión para empeñarla en las novedades seductoras del Arrianismo: y el poder que adquirió sobre el espíritu del Emperador su hermano, causó daños infinitos á la sencillez de la fe en su primer estado. Tenia tambien ella por su parte una entera confianza con cierto Sacerdote, cuyo nombre callan los autores contemporáneos, pero era célebre por su adhesión al partido de Arrio, por su falso celo, por un talento singular para insinuarse en los espíritus, y ganarse la estimación de las personas del mayor ingenio y de la primera distinción. Persuadió con maña este pérfido seductor á la Princesa que el Sacerdote Arrio era un justo perseguido, que la grande estimación de que gozaba en el pueblo de Alejandría, movia la envidia del Obispo, y que este era todo el delito que se le acumulaba. La dificultad es-

taba en hacer creer lo mismo al Emperador, y la empresa era muy delicada con un Príncipe tan fuertemente adicto á la doctrina de Nicéa.

No se atrevia á hablarle del asunto la misma Constanza, aunque el intrigante director que la dominaba se lo mandó por obligacion ó precepto de conciencia (1). Mas enfermado en este intermedio y visitándola con frecuencia el Emperador, le pidió por la ternura de hermanos, que pusiese en el santo Eclesiástico que la dirigia, estas eran sus voces, toda la confianza que tenia en ella misma. Respecto á mí, añadió, ninguna pretension tengo en este mundo del que voy á salir; pero siguiendo vos en él, temo que los clamores de la inocencia perseguida esciten la maldicion celestial sobre vos y sobre vuestros estados.

80. Este razonamiento en boca de una hermana querida y moribunda, produjo todo el efecto que se queria. Constantino quiso oír al Sacerdote Arriano; creyó que Arrio podia haber sido calumniado; y llegó á tanto su credulidad y flaqueza, que escribió por sí mismo al heresiarca diciéndole que tenia licencia para comparecer y justificarse. Arrio, que estaba muy instruido en la trama, y además dispuesto para continuarla, no tardó en presentarse. Estaban diestramente preparadas todas las baterías de la intriga; y así le dieron por inocente, juzgándole por una confesion de fe de la que se habian suprimido las heregias de la primera, y por lo mismo no era tan fácil descubrir el veneno. Igualmente llamóse á Eusebio

(1) *Sozom. lib. 2. hist. cap. 16.*

de Nicomedia y á los dos Obispos Maris y Teognis, porque hicieron una retractacion no menos equívoca. Inmediatamente volvieron á sus Sillas, y despojaron de ellas á los que poco antes se habia ordenado en su lugar, por mandato de un Concilio Ecuménico.

Era necesario restablecer á Arrio en la Iglesia de Alejandría, para que el triunfo fuese completo: pero la dirigia el grande Atanasio, y jamás se vió Pastor alguno que hiciese mejor en la casa de Dios aquella columna de hierro, con la que comparan los libros santos á los verdaderos Obispos. Poco despues de su regreso recobró Eusebio de Nicomedia todo su antiguo favor, quien escribió á Atanasio é hizo que le escribiese el mismo Emperador: pero el Patriarca se mantuvo firme tanto contra las sugestiones de la seduccion como contra las amenazas; porque el Príncipe, sitiado de continuo por los mas diestros impostores, y colérico al propio tiempo por hallar en los mismos Cristianos los mayores inconvenientes á la paz y á la tranquilidad de la Iglesia, se deshizo de su ordinaria suavidad y de su antigua precaucion respecto á los asuntos de la Religion. Fue la tentacion tanto mas delicada, quanto era ocasionada por un Príncipe religioso, al que escitaban vivamente, calificando de rebeldía, ó á lo menos de resentimiento personal la resistencia del Obispo de la gran silla de Alejandría.

81. Mas en esta terrible prueba deparó la Providencia un grande auxilio á los Católicos, inspirando de nuevo á San Antonio que abandonase su amada

soledad, para ir á la capital de Egipto en defensa de su Pastor y de toda la Iglesia. Este gran Santo se hallaba en el colmo de la reputacion que merecian sus virtudes altas y sus frecuentes milagros. Todos los pueblos corrieron á recibirle, cuando se supo que llegaba, y le escucharon como á un ángel bajado del cielo. *Apartaos*, les dijo con toda la sencillez y franqueza evangélica, *apartaos de toda comunicacion con los impios llamados Arrianos, que tienen menos de Cristianos que de idólatras; pues adorando á Jesucristo, osan blasfemarle y sostener que no es mas que una criatura.* Confirmó este sencillo discurso con la curacion milagrosa de las enfermedades mas graves, y librando del demonio á una grande multitud de energúmenos. Corrian los infieles como los demás para ver y oír al hombre de Dios, que así le llamaban todos en general, teniendo á gran dicha tocar siquiera su ropa: y en algunos dias que pasó en la ciudad se convirtió un número increíble de ellos. Fue su presencia de mas utilidad á los Católicos, que eran todo el fin de su viage. Pero luego que los vió firmes en la fe y en la obediencia á su Pastor legitimo, volvió á tomar el camino de su soledad, la que jamás dejaba sino forzado y con imponderable dolor suyo. Acompañóle San Atanasio muy gran trecho, juntamente con su Clero, al que siguió una multitud innumerable de personas de todos estados, alabando á Dios y ensalzando la fe que producía tales virtudes.

Mas los Arrianos sembraban con mayor teson la discordia y la zizaña por do quiera, dirigiendo en

especial sus tiros contra Atanasio; y juntándose de nuevo con los Melecianos, para disponer con mas seguridad su perdicion, lo hicieron citar y comparecer ante el Emperador. Sus imputaciones por esta primera vez no hallaron apoyo; pues habiendo examinado Constantino el asunto por sí mismo, mandó se restituyese el Obispo Atanasio á su Iglesia, despues de darle tantos testimonios de estimacion, como de desprecio á sus calumniadores.

Los hereges tenían otro celoso antagonista en la persona del Patriarca de Antioquia, primer Prelado del Oriente despues del de Alejandría. El que llenaba tan dignamente esta gran Silla era San Eustacio, doctor profundo y elocuente, Pastor egemplar y de una vigilancia sin igual, confesor intrépido en las postre- ras persecuciones, y ocupado con un celo infatigable, despues de la paz de la Iglesia, en corregir los abusos y precaver la relajacion (1). Por otra parte si era formidable á los hereges por sus escritos, lo era mucho mas por su ingenio en penetrar sus intenciones, y por su valor en quitarles el velo con que seducian á los incautos. Este varon virtuoso profundizó, y excluyó por lo mismo de la Clerecia, á Estévan, á Leoncio el eunuco, y á Eudosio, los que fueron á pesar de esto sus sucesores, por las tramas de los Arrianos, y dieron pruebas de lo fundadas que eran las sospechas que hubo acerca de su conducta. La gran reputacion de poder y ciencia que gozaba Eusebio de Cesarea, no fue bastante para arredrar á Eustacio, antes

(1) *S. Athanas. ad Solit. pág. 312.*

bien le atacó frente á frente, y fue de los primeros que descubrieron la alteracion que aquel hombre tan cauto habia insertado dolosamente en la confesion de fe que hizo en Nicéa. Comportóse de la misma manera con Paulino de Tiro y con Pámfilo de Escitópolis, igualmente acreditados en el partido.

El genio fogoso de los sectarios para resolver la perdicion del Prelado, no necesitaba tanto; pero con el designio de conseguirla mas seguramente, disimularon por algun tiempo. Tomó por pretesto Eusebio de Nicomedia, autor principal de la trama, el ir á visitar la Anastasia, á saber, la Iglesia de la Resurreccion, que el Emperador habia mandado hacer en Jerusalem. Así pretendia el herege cortesano obsequiar á Constantino por los mismos medios con que esperaba lograr sus depravados intentos. Teognis de Nicéa, depositario del secreto partió con él: avocáronse en Jerusalem con los Obispos de su partido, quienes á su regreso los acompañaron hasta Antioquía, como para cortejarlos. Se dice que eran de este número Eusebio de Cesaréa, Pámfilo de Escitópolis, Aecio de Lida, y Teodoro de Laodicéa. Y para sorprender mejor á San Eustacio, le hicieron todas las mayores demostraciones de amistad; y hallaron algunas razones especiosas para reunirse en Concilio en su propia Iglesia, y aun con varios Prelados ortodoxos.

82. Pero apenas estuvo congregada la asamblea, cuando descubrieron toda la malignidad que abrigan en sus pechos. Fue acusado Eustacio de sabelianismo, que era una heregia diametralmente opuesta

á la de Arrio, de la que los partidarios de este, así como los sectarios de todos los tiempos que se complacen en tergiversar las cosas, acusaban á los celosos defensores del dogma de la consubstancialidad. También introdujeron en su conciliábulo á una muger pública con un niño en los brazos, que juraba ser de Eustacio. No habia mas prueba de esto que la sencilla palabra de la muger ganada visiblemente contra el santo Obispo; de manera que los Católicos clamaban con la mas viva indignacion, que era una atróz calumniaalzada contra el Prelado. Respondieron con un tono fingido de regularidad y moderacion los Obispos Arrianos, que eran los mas crueles enemigos, que no podian menos de creer á aquella persona que aseguraba su delacion con un juramento; y sin otra forma de proceso depusieron al santo Obispo de Antioquía (1). Sublevóse con tanto furor el pueblo, que amaba tiernamente á su respetable Pastor, y no tenia la menor duda acerca de su inocencia, que el alboroto hubiera tenido las mas funestas consecuencias, á no ser por las eficaces medidas que se tomaron para reprimirlo en sus principios. Tornaron prontamente á la corte Eusebio y Teognis, y persuadieron al Emperador lo que quisieron. Se desterró á San Eustacio á Macedonia, con los Sacerdotes y Diáconos de su mayor confianza, y murió en el destierro. Este es el primer autor eclesiástico que ha escrito contra los Arrianos, segun San Gerónimo.

Despues de su deposicion pusieron los hereges en

(1) *Socrat. lib. 1. hist. cap. 23.*

su lugar á Paulino de Tiro , luego á Eulio , después á Eufonio , y todos tres perecieron en muy poco tiempo. Lloraba sin cesar á su digno Obispo el pueblo ortodoxo ; y los seductores se lisongeaban de que no lo echaría menos nombrando á Eusebio de Cesaréa , que en muchas cosas se había grangeado grande reputacion. Mas ya fuese política , ya celo verdadero de la disciplina , no consintió aquel en la traslacion ; y fue electo Flaccilo , que ocupó la Silla por tiempo de doce años. Nunca quisieron los fieles Católicos comunicar con él , y siguieron invariablemente en celebrar sus juntas aparte , con el nombre de Eustacianos. Consiguó asimismo la faccion Arriana que despidiesen de sus Sillas á otros dos santos Prelados , esto es , Asclepas de Gaza y Eutropio de Andrinópolis.

83. Causó alguna diversion en estos contratiempos la fundacion de la nueva Roma. Eligió el Emperador despues de examinar diferentes situaciones un lugar entre la Europa y la Asia , en el centro del Imperio Romano , y de los países templados de su continente. Esta situacion sobre un estrecho que comunica con los dos mares del Ponto-Euxino y de la Propóntide , le pareció , tal se reputa tambien en el dia , la mas agradable , la mas sana y la mas ventajosa del universo. Se alcanzan con la vista desde esta llanura que tiene un declive muy suave , las tierras mas alegres y mas fértiles y pintorescas de las dos partes del mundo. La rodea por los tres lados el mar , ó unos golfos tan inaccesibles al enemigo como favorables al comercio ; de suerte que en ninguna parte se podian encontrar

mas reunidas las ventajas de la seguridad con la facilidad en la subsistencia. Habia sido de bastante consideracion la ciudad de Bizancio , edificada en esta costa por un antiguo Rey de Tracia , que la dió el nombre , mas entonces era una poblacion corta cuyo Obispo reconocia al de Heraclea por Metropolitano.

Constantino dió primero tres cuartos de legua de ámbito á su nueva ciudad , pero le aumentó en lo sucesivo. El año 326 se dió principio á la fundacion de esta capital , y el dia 11 de Mayo del año 330 se celebró ya su dedicacion ; porque se alzaban casi de una vez los edificios interiores , tanto públicos como particulares , al propio tiempo que se trabajaba en construir los muros de la ciudad. Habia en ella muchas plazas rodeadas de pórticos , de las cuales la principal llevaba el nombre del fundador , y en el medio estaba su estatua sobre una enorme y magnífica columna de pórfido que se había transportado de Roma. Se edificaron tambien dos palacios dignos del Soberano del mundo , un hipodromo ó circo para la carrera de caballos , un sitio adecuado para las de á pie , un anfiteatro , algunos teatros , baños , acueductos y gran número de fuentes. Al propio tiempo Constantino mandó edificar muchas casas , ó mas bien palacios , y los dividió entre los señores principales de Roma y de todo el Imperio ; y aun prohibió por una terminante ley á todos los que poseían tierras en las provincias cercanas , el disponer de ellas en su testamento , á menos de tener una casa en la ciudad de Constantinopla. Tenia esta su Senado , sus Magistrados y

los Ordenes del pueblo parecidos en todo á los de la antigua Roma: estaba como ella partida en catorce regiones ó cuarteles; y tenia por lo menos otra tanta magnificencia y los mismos privilegios. Concedióse á los que edificaban en la nueva ciudad, cierta medida de pan por término, para ellos y para los suyos con propiedad perpetua. Tambien se distribuía una cantidad muy excesiva de trigo, que segun algunos ascendia á ochenta mil fanegas diarias. El artículo que mas presente tuvo este inmortal fundador, fue el de la Religion, siendo su primer objeto oponer á la Roma idólatra una Roma nueva enteramente cristiana. Así todos los templos de Bizancio ó fueron destruidos ó transformados en otras tantas Iglesias.

Los ídolos que quedaron sin demoler fue solo porque quisieron conservarlos como monumentos profanos y curiosos; y así los pusieron en las calles y plazas públicas para adorno de la ciudad y diversion de los pasajeros. Eran de este número el Apolo Pitio, los famosos Trípodas de Delfos, y las Musas del Helicon; logrando con esto que se admirasen todos de que aquellos mudos simulacros fueron por tanto tiempo el blanco de la comua veneracion. Mas en lo que se mostraba mayor la intencion piadosa de Constantino, fue en la ereccion de las nuevas Iglesias, que por su magnificencia, en gran manera superior á la de los antiguos templos, anunciaban la grandeza del Dios Supremo que en ellas se adoraba. Fue la principal de ellas dedicada á la Sabiduría Eterna, de donde tomó el nombre de Santa Sofia; y permanece aun

tal como fue en lo antiguo, á lo menos en cuanto á la arquitectura, pero reedificada por el Emperador Justiniano.

La Iglesia que se edificó cerca del palacio imperial en reverencia de los doce Apóstoles, aunque no llegaba á tanta grandeza, pero era tambien maravillosa por la riqueza y el esquisito gusto de sus adornos. Era su figura la de una cruz, de una altura extraordinaria, toda incrustada de mármoles de los mas raros colores desde el pavimento hasta la bóveda, que formaba un artesonado dorado: y la cúpula estaba rodeada de una balaustrada tan bien adornada y tan luciente, que quedaba deslumbrado el que la miraba cuando daba el sol en aquel rico edificio. Alzábase en medio de un anchuroso patio cercado de cuatro galerías el cuerpo del templo, en las que habia salas públicas y habitaciones señaladas para los miembros diversos del clero y todos sus dependientes. Esta Iglesia la destinó Constantino para su panteon, é hizo preparar en ella su sepulcro, en medio de otros doce, seis á cada lado levantados en memoria de los Apóstoles; lo que hizo por su viva fe, segun dice Eusebio de Cesaréa, y en la firme persuasion del beneficio que con esto resultaría á su alma despues de morir ⁽¹⁾.

Encontrábanse monumentos piadosos sobre las fuentes además de las Iglesias, sobre las puertas de los edificios públicos y en medio de las plazas. Aquí se veía la imágen del Buen Pastor, allí la de Daniel rodea-

(1) *Euseb. in vit. Const. M. lib. 3. cap. 49. et lib. 4. cap. 58.*

do de leones; y para decirlo de una vez, por do quiera se veían las figuras y emblemas mas conocidos de las sagradas escrituras. El Emperador acompañado de su familia, en el vestibulo del palacio grande estaba representado con la cruz sobre la cabeza, y á los pies un enorme dragon, símbolo del paganismo, traspasado con un dardo por medio del vientre y en ademan de arrojarlo en el mar. En lo interior, en la pared del fondo, se habia puesto una gran cruz de piedras de valor embutidas en oro, con una suntuosidad y un arte inimitables. Por fin todo respiraba verdadera religion, todo escitaba á la fe y á la piedad; de modo que nunca hubo un Soberano que acreditase mas celo ni mas gusto en rendir el debido homenaje á la Iglesia: Príncipe incomparable y sumamente recomendable en todo mayormente en este punto, si no se hubiese mezclado tanto en el gobierno espiritual. Mas los corruptores de los verdaderos principios le sitiaban con tanta perseverancia, que por último le hicieron decretar el destierro de San Atanasio, pintando á este grande varon como un perturbador de la pública tranquilidad.

84. Principiaron pues á calumniar con mas vigor que nunca á este valiente defensor de la fe. Se unieron los Melecianos para esto con los Arrianos, á pesar de la contrariedad que habia entre ellos en cuanto al dogma y modo de pensar. Estos diversos enemigos de la Iglesia, que siempre se les veía juntos cuando se trataba de destruirla, esparcieron de comun acuerdo que un Sacerdote Egipcio, llamado Ma-

cario, habia maltratado por orden del Patriarca á otro Sacerdote llamado Isquiras, mientras que este celebraba el santo sacrificio; y que Macario se habia escedido hasta el punto de derribar el altar y romper sacrilegamente el cáliz. Esta era una nueva invencion miserable destituida de toda prueba, de cuya frivolidad ya habia tenido tiempo de cerciorarse el Emperador: pero los Sacerdotes conocian bien al Príncipe, y sabian que á fuerza de incomodidades obtendrian lo que quisiesen. Con todo para asegurar mas el resultado de su empresa, fijaron otra nueva acusacion mucho mas pesada que la primera.

Propalaron que Atanasio habia dado muerte á Arsenio, Obispo Meleciano de Hipsela en la Tebaida, y le habia cortado la mano derecha para servirse en sus operaciones de la magia. Al mismo tiempo procuraron que Arsenio se ocultase, y manifestaban misteriosamente una mano disecada que llevaban por todas partes en una caja. Juan Arcaf, cabeza del partido Meleciano, era el principal autor de esta trama. Tomólo á risa al principio San Atanasio; pero cuando supo que este cuento habia cundido hasta dentro de la corte y que hacia en ella no poca impresion, creyó que debia darse por entendido. Escribió pues á diferentes Obispos para que se informasen por do quiera del paradero de Arsenio; y además envió á un Diácono activo y de su satisfaccion para hacer igual diligencia.

Habíase Arsenio ocultado en el monasterio de Ptemencira en Tebaida; pero tan pronto como Pino,

Sacerdote y Superior de aquel monasterio, supo que le andaban buscando, hizo embarcar al Obispo Meleciano en el Nilo para transportarlo al bajo Egipto. No hallando el Diácono el objeto principal de su viaje, echó mano de Pino y del monge Elías su cómplice. Fueron uno y otro presentados al oficial que mandaba las tropas de la provincia, y confesaron que Arsenio vivía y había estado escondido en su monasterio. Pino al momento dió aviso secretamente á Juan Arcaf de todo lo acaecido, pero la carta cayó en poder de San Atanasio, que era tan instruido en los negocios como en las ciencias y en las letras. El Santo duplicó su actividad en la busca de Arsenio, y al fin se encontró en Tiro y se reconoció jurídicamente por el Obispo Pablo, que le conocía de mucho tiempo atrás.

Atanasio no se descuidó en enviar al Emperador una persona que le informase de toda esta trama; el cual quedó convencido, y aseguró al santo Patriarca, por medio de una carta muy honorífica, que había ganado mucho en su estimación, mostrándose al mismo tiempo vivamente indignado contra los detestables inventores de tal engaño: pero no vemos que hiciese un castigo egemplar, y así la impostura comenzó de nuevo á asestar sus tiros. El fruto que el Santo sacó de las buenas disposiciones pasajeras del Emperador, fue que Arsenio escribió al santo Obispo pidiéndole su comunión, y protestando obedecerle como á su Metropolitano.

85. No eran hombres que cedían con tanta facili-

dad Eusebio y los de su partido; pero para proceder con mas seguridad, continuaron sus tramas con el mayor secreto, valiéndose siempre de los Melecianos, impostores ya conocidos que casi hacían gala de serlo. Comenzaron pues de nuevo las acusaciones contra Atanasio; y á falta de pruebas, intentaron alarmar los espíritus con la enormidad de las mismas imputaciones. Mas á fin de sorprender al Príncipe por su propia virtud, no hablaban sino de restablecer la paz en la Iglesia y la union entre los Obispos; insinuando al propio tiempo que el solo medio de conseguirlo, era juntar un nuevo Concilio. Estas importunidades produjeron su efecto; pues agradó al Emperador y adoptó el espediente del Concilio, nombrando para su celebracion la ciudad de Cesaréa en Palestina, á causa de Eusebio su Obispo, uno de los principales del partido.

Atanasio rehusó por lo mismo esta eleccion, lo que indispuso fuertemente á Constantino; pero el Santo manifestó que no podía prometerse seguridad alguna en aquella ciudad, y en su lugar se señaló la de Tiro: campo de batalla no menos ventajoso á los Arrianos, que se dieron traza de reunir en él á todos los héroes de su partido. Estos eran Teognis de Nicéa, Máris de Calcedonia, Pámfilo de Escitópolis, Narciso de Neroniade, Teodoro de Heraclea, Jorge de Laodicea, Macedonio de Mopsuestia, y dos Obispos de Panonia, Ursacio y Valente, que desde entonces principiaron á adquirir renombre en la secta. Flaccilo, tambien Arriano, á quien pusieron en lu-

gar de San Eustacio, debia presidir como Obispo de Antioquia ó Patriarca del Oriente. Hizo Eusebio nombrar tambien al conde Dionisio para sostener á los hereges, bajo pretesto de evitar cualquier tumulto: de manera que apenas hubo mas Católicos que los que acompañaban á San Atanasio.

Representáronle los amigos de éste vigorosamente que no debia esponerse al juicio de tal asamblea: pero el inconveniente de oponerse segunda vez á las espresas órdenes del Emperador, junto con el testimonio de su conciencia que nada le reprehendía, le obligó á marchar con cuarenta y siete Obispos de Egipto, con los que creyó que podia contar á todo trance. Pero por desgracia habia otros sesenta en el Concilio y con bastante diferentes disposiciones. Apenas se principiaron á reunir, cuando el santo Patriarca conoció la verdad de lo que le tenian dicho de antemano; porque segun se veía todo respiraba venganzas y violencias. Era costumbre que los Diáconos tuviesen cuidado de las puertas en la celebracion de los Concilios, para discernir entre las personas que se presentasen, y no introducir mas que las convenientes; pero en éste una especie de carceleros eran los que conducian á los Obispos, y deshonoraban la casa de Dios tratándola como si fuese una prision (1). Mandósele, luego que estos presentaron á Atanasio, juzgándole de antemano, que permaneciese en pie, como un reo en presencia del Tribunal. Pero todavia trataron con mas indignidad al Diácono

(1) *S. Athanas. Apolog.*

Macario, del que se habia valido Atanasio para descubrir al impostor Arsenio; pues entró cargado de cadenas y casi arrastrado por unos soldados. Ni siquiera tuvieron la política de disimular por el pronto: no hubo uno que se levantase para hacer reverencia á Atanasio, siendo así que era Patriarca y el primer Prelado de la asamblea; así es, que no usaron con él de la menor atencion ni respeto.

No pudo presenciar con indiferencia semejante infamia un santo Obispo de Egipto, llamado Potamion (1). Volvióse al Obispo de Cesaréa con los ojos bañados en lágrimas, y le dijo en voz bastante alta para que todos la oyesen: *pues cómo, Eusebio, ¿tú estás honrosamente sentado, y Atanasio, el inocente y virtuoso Atanasio está en pie? ¿Es soportable un contraste de esta naturaleza? ¿Te acuerdas de haber estado preso con Potamion durante la persecucion de los tiranos? Yo perdí en ella un ojo; pero tú estás con los dos y con todos tus miembros sanos y enteros: ¿cómo saliste de aquel riesgo, sin hacer traicion á tu fe?* Al oír estas palabras Eusebio se levantó lleno de vergüenza y de cólera, y salió de la asamblea; confirmando con este mero hecho las sospechas que tan dura reprehension acababa de recordar. San Pafnucio, otro Obispo de Egipto, atravesó la sala, acercóse á Maximino de Jerusalem, tomóle por la mano y le condujo consigo, diciéndole: *ya que los dos llevamos igualmente las divisas de Jesucristo, habiendo perdido cada uno un*

(1) *S. Epiphani. Hæres. 68.*

ojo por defender la fe, dejemos este lugar funesto en donde se hace tan poco caso de los Confesores: y al propio tiempo le impuso en toda la trama, que hasta entonces habian ocultado á Maximino.

86. Habia surtido muy buen éxito el género de calumnia que inventaron en otro tiempo los hereges contra San Eustacio de Antioquia, para que dejasen de repetirlo contra el Obispo de Alejandría: pero Atanasio, á quien jamás se pillaba desprevenido, y por otra parte estaba avisado secretamente, se defendió sin comparacion mejor que aquel. Le acusaron de haber corrompido con violencia á una doncella consagrada á Dios; y en efecto compareció en presencia de todos los Obispos congregados una muger con los cabellos sueltos y aparentando desesperacion, pidiendo justicia contra Atanasio, el que, decia ella, habia abusado, para deshonorarla, de su sencillez y deseo de tratarlo bien en su casa (1). Mostróse indiferente Atanasio, que habia acordado con un Eclesiástico de los suyos lo que habian de hacer, y el Eclesiástico tomó la palabra como si él fuera el delincuente. La desvergonzada muger estiende entonces la mano hácia él, y señalándolo con el dedo dice con una voz cada vez mas lastimera y mas alta: *si, este es, me horrorizo al conocerle, este es el pérfido profanador de la hospitalidad y de la santa pureza: y siguió especificando el tiempo, el lugar, y todas las circunstancias mas individuales del atentado. Hizo prorumpir en risa lo grosero de la equivocacion á la mayor parte de*

(1) Theodoret. lib. 1. hist. cap. 3.

los circunstantes, y llenó de confusion á todos los demás. Pero aquellos espertos calumniadores, sin darse por entendidos, arrojaron de la sala á la acusadora, fingiendo haber sido tambien engañados; bien es verdad que no condescendieron en que se la prendiese, como solicitaba Atanasio, ni en que se la precisase á nombrar los sugetos que la habian dado el papel para aquella escena.

87. Volvieron despues á la fábula de la mano cortada y del asesinato de Arsenio: recurso el mas miserable que pudiera dictarles su ciego furor, tanto porque el Emperador estaba enteramente desengañado sobre este particular, como porque no era muy difícil descubrir con la mayor evidencia la verdad ante el universo entero. Así Atanasio dejó empeñar el asunto, y sus enemigos lo adelantaron hasta el término que quisieron. Abrieron pues la caja misteriosa en donde estaba la mano disecada, y dirigiendo la palabra al supuesto delincuente, dijeron como si tuvieran en su mano el triunfo: „Atanasio, he aquí tu acusador y tu conviccion: he aquí la mano del Obispo Arsenio que tú has cortado: tenemos testigos de ello, y así no te queda otro recurso que justificar la accion misma.” Atanasio sin alterarse les preguntó si conocian al Obispo Arsenio; y muchos contestaron que le conocian perfectamente. *Bien, dijo el Santo, pues que entre el hombre que está á la parte de afuera. Abren la puerta, entra el hombre, mándanle levantar la cabeza, miranle todos con atencion y conocen á Arsenio sano y bueno, y con sus dos manos. Hízole*

preveer á Atanasio su esperiencia que podian recurrir de nuevo á esta pasada impostura , y habia tenido la precaucion de mandar llevar reservadamente á Arsenio , al cual los Arrianos creían siempre residente en el lugar donde lo habian escondido.

Pasmados de los recursos y de la presencia de espíritu de Atanasio , no sabian qué hacer ni qué decir ; hasta que la multitud principió á gritar que era mágico. Respecto á los autores mas calificados de la calumnia , no pudieron soportar la vergüenza á que los espuso este golpe , y se retiraron con una precipitacion que demostraba su convencimiento. Echáronse los demás Melecianos sobre el santo Obispo , al que hubieran despedazado si los Oficiales del Emperador no se lo quitaran de las manos. No obstante sus enemigos se reconocieron ; y con el intento de colorear un atentado tan patente , esparcieron la voz de que un Obispo servilmente sujeto á la voluntad de Atanasio , habia incendiado , por orden suya , la casa de Arsenio ; y que despues de haberle abierto las carnes á fuerza de azotarle con correas , lo habia encerrado en un cuarto , del que tuvo arbitrio de escaparse en secreto ; todo lo cual , añadian , habia dado motivo para creerlo muerto.

88. No les quedaba ya á los impostores otro recurso que la fábula de Isquiras ó del Cáliz hecho pedazos , y de la profanacion de los sagrados Misterios. Atanasio dijo sobre el particular , que sabiendo que Isquiras celebraba el santo Sacrificio sin estar ordenado de Sacerdote , le habia intimidado , por medio del Diáco-

no Macario , que se presentase á dar cuenta de su proceder : pero que habiéndole hallado enfermo , el emisario se contentó con decirle que no egerciese funcion alguna Sacerdotal. Puso á los Eusebianos este hecho presentado tan diversamente por parte del Santo , en la precision de enviar comisionados al lugar mismo donde habia sucedido ; pero se manejaron de un modo muy favorable á sus designios , eligiendo para ello los mayores enemigos del Patriarca , sin permitir que fuese delegado alguno por su parte. Tan viciosa fue la informacion como todos los demás procedimientos ; de modo , que viendo el Clero de Alejandria y el de Mareotis , teatro de esta escena , un delirio tan claro , protestaron en debida forma contra todo lo que quisieron hacer los otros. Habian protestado ya los Obispos de Egipto en el Concilio contra la eleccion de los diputados : mas sin embargo todo siguió de la misma manera , y los comisionados del partido volvieron á Tiro mas insolentes que antes.

Empero no aguardó Atanasio á que llegaran , porque se vió en la precision de retirarse para salvar su vida de la rabia de los Melecianos , habiéndole hecho embarcar los mismos oficiales ó dependientes del Emperador , que no encontraban otro medio para liberarle. Con su evasion los Eusebiones lograron un gran triunfo ; y como si Atanasio hubiera sido legítimamente convencido de algun delito , se pronunció contra él la sentencia de deposicion , á la que suscribió la mayor parte de los Obispos , unos por sorpresa y otros por cobardía. Los servicios que los Melacianos

hacían al Arrianismo, eran muy señalados para que dejasen de recibir la recompensa de sus fatigas; y así el conciliábulo los admitió á la comunión, y los mantuvo en todos sus honores, como si fueran unos fieles injustamente perseguidos. El malvado Isquiras fue hecho Obispo; y Arrio tal vez hubiera dado un golpe mortal, si en circunstancias tan críticas no hubieran recibido los Obispos de Tiro cartas del Emperador en que les mandaba acudiesen prontamente á Jerusalem para la dedicacion de la Iglesia del sepulcro que se hallaba concluida.

89. Todos efectivamente marcharon, á escepcion de los de Egipto, que por el peligro tan inminente de sus Iglesias, despues de lo que acababa de suceder, eran tan necesarios en ellas. Los otros Obispos que habian acudido de diversas partes por complacer á Constantino, reemplazaron á los de Egipto, de modo que el Concilio que celebraron, como se acostumbraba en aquellas concurrencias grandes de Prelados, fue numerosísimo. Era el restablecimiento de Arrio el gran negocio de los Eusebianos, el que no habian diferido por otra causa que por hacerlo con mas ostentacion. El heresiarca se presentó con las cartas imperiales, que mandaban á los Padres examinasen su nueva fórmula de fe, poco suficiente á la verdad, pero que exceptuando la omision de la palabra *Consubstancial*, parecia bastante Católica. Esta falta no lo fue para tales jueces: y recibieron honoríficamente á Arrio á la comunión, escribiendo despues una carta sinodal á la Iglesia de Alejandria y á todas las Iglesias

del universo, para que á él y á todos los de su parcialidad los tratasen como á ortodoxos (1).

90. Atanasio, que se habia refugiado á Constantinopla, por este mismo tiempo solicitaba una audiencia del Príncipe y no podia alcanzarla; porque los Eusebianos, casi tan poderosos en la corte como en Tiro, tenían cerradas para él todas las puertas del palacio. Pero no por eso desistió; y al pasar el Emperador á caballo, presentósele Atanasio y le pidió permiso para justificarse. Rehusó Constantino oírle, y aun mostró cierto reparo de comunicar con un hombre condenado por un Concilio. El Santo á vista de esto exclamó diciendo: *Príncipe, que abandonais al oprimido y sosteneis con vuestro poder á mis opresores, sabed que el Señor juzgará entre nosotros dos* (2). Hizo poca impresion en el espíritu religioso del Emperador esta representacion vigorosa, y llamó á todos los Obispos del Concilio de Tiro para saber á punto fijo lo que habia pasado; pero los enemigos de Atanasio le enviaron solo los mas sagaces impostores, inventando pretextos para alejar á los demás. No hablaron á Constantino aquellos malvados ni de Arsenio ni de Isquiras; pues sabian que estas fábulas eran muy conocidas en la corte y que estaban enteramente desvanecidas; pero mudando de batería, acusaron á Atanasio, segun pretenden diversos autores, de que estorbaba el transporte de los trigos de Egipto á la

(1) *Socrat. lib. 1. hist. cap. 25. Sozom. lib. 2. cap. 27.* (2) *S. Athanas. Apolog.*

nueva capital del Imperio (1). Así se heria al fundador en la parte mas sensible; el resentimiento hizo olvidar la razon, y Constantino creyó que trataba con suma clemencia al Patriarca no condenándolo á morir, sino solo á destierro. En efecto, relegósele á la otra estremidad del Imperio, en la ciudad de Tréveris, capital de las Galias, en donde el ilustre desterrado fue acogido como convenia á un confesor de la fe por San Maximino, Obispo de dicha ciudad, y por el jóven Constantino, hijo del Emperador, que no pudo menos de estrañar las preocupaciones de su padre.

Vencido ya el estorbo de Atanasio, pareció poco difícil restablecer á Arrio en Alejandria, y mas habiendo este profesado la fe de Nicéa ante el Emperador, que no salia nunca de este punto fijo. Así que Arrio se separó de Constantino, comenzó de nuevo á dogmatizar bajo los mismos principios y con las mismas heregias que antes. Evitaron su comunion con tanto mas horror y constancia los Sacerdotes de Alejandria, á donde se trasladó desde luego, cuanto estaban inconsolables por la pérdida de su santo Pastor, y por considerar que con su espulsion quedaba espuesto el rebaño á la voracidad de los lobos hambrientos, que ni aun se tomaban el trabajo de esconderse bajo algun disfráz. Fue la desolacion universal y penetró hasta el interior de los desiertos, donde moraban aquellos verdaderos solitarios que no reconocian por sólida otra piedad, que la que tiene por base la doctrina pura de la Iglesia.

(3) *Synod. Alexan. pág. 729. Theodoret. lib. 1. hist. cap. 39.*

91. Creyó el grande Antonio, en quien hicieron mayor impresion que en otro alguno estas novedades, que nunca mejor que en estas temibles circunstancias podia hacer valer el buen concepto con que le distinguia el Emperador. Muchas veces le habia escrito Constantino y sus dos hijos Constanzo y Constante, tratándole de padre y pidiéndole por favor que respondiese siquiera con algunas breves palabras á su ternura filial. El Santo al recibir la primera de estas cartas reunió á los solitarios, y sin manifestar la menor conmocion, les dijo: „Los Soberanos del siglo nos han escrito; pero ¿qué relacion puede haber entre ellos y unos hombres que siendo estrangeros para el mundo, ignoran el lenguaje que en él se usa? Si admirais la condescendencia de un Emperador formado del polvo como nosotros y que todavía se debe convertir en polvo, ¿cuál debe ser vuestra admiracion al considerar que el Monarca Eterno nos escribió con su propia mano la Ley, y nos habló por su propio Hijo?” Sin embargo, como le representasen sus hermanos que un Emperador tan Cristiano merecia las mayores atenciones, y que quizá se escandalizaria de un desprendimiento cuyo motivo legitimo podia no penetrar, abrió las cartas y contestó á ellas. Empero cuando oyó las turbulencias y riesgos en que estaba la Iglesia de Alejandria, no fue necesario instarle á que pidiese por el santo Obispo Atanasio, tan necesario á su pueblo y á todo el Oriente. Con el mas ardiente celo escribió pues, y Constantino le respondió con otra tanta bondad y distincion: pero se man-

tuvo constante en cuanto al destierro del Patriarca, por la preocupacion de que habia sido depuesto en virtud de sentencia dictada por un Concilio, como tambien por la idea que habia formado de Atanasio, fomentada por los sectarios, de que era un espíritu altivo y un súbdito sedicioso.

Apoderáronse generalmente el dolor y la consternacion de todos los estados y profesiones, así que se esparció esta novedad por Alejandria. Todo comenzó á ponerse en movimiento en aquella gran ciudad; y para precaver que se llegase á los últimos extremos, no halló otro medio la corte que llamar á Arrio á Constantinopla. Entonces las riendas del gobierno quedaron, puede decirse, sin dueño en manos de Constantino, sin que se conociese el menor vestigio de aquella Sabiduría Suprema que en tantas ocasiones se habia dignado servirle de guía, en tanto que se mantuvo en la esfera propia de su poder. Los Eusebianos á la sombra de la proteccion Imperial hicieron reunir un Concilio de todas las provincias vecinas á la capital; porque se figuraban que una vez recibido el heresiarca por los Obispos ante el Emperador, ninguna Iglesia tendria dificultad en admitirle.

92. Un santo Prelado llamado Alejandro gobernaba á la sazón la Iglesia de Constantinopla, el que veía con el dolor mas cruel como los dos Eusebios dominaban despóticamente sobre el Clero. Ya se habia condenado y depuesto á Marcelo de Ancira, que á la verdad parecia culpable de Sabelianismo: pero no era este su verdadero delito. Si padecia era por

haber escrito contra el sofista Astero, que habiendo pasado desde el paganismo al partido de los Arrianos, publicaba sin reserva casi las mismas blasfemias que si fuera aun Pagano. Acreditó Alejandro todo el vigor de la juventud á la edad de mas de noventa años. Amenazábale la faccion con deponerlo á él mismo, y substituir en su lugar un Obispo que tratase á Arrio con mas consideracion. El ilustre Santiago de Nisibe, que estaba en el Concilio, dijo al celoso anciano: *hermano mio Alejandro, al Rey de los Reyes es á quien debemos recurrir en un abandono tan general.* Encargaron á los fieles que orasen y ayunasen por siete dias continuos estos dos santos varones; al fin de los cuales los Eusebianos impacientes dijeron á San Alejandro, que si no recibia á Arrio aquel mismo dia en su Iglesia, ellos harian que se le recibiese por fuerza al siguiente. Retiróse á la Iglesia llamada de la Paz el santo viejo, sin responder una palabra; y encerrándose solo en ella, se arrodilló á los pies del altar, y pegado el rostro al suelo é inundado en lágrimas exclamó, interrumpiendo los sollozos su voz: *Dios Omnipotente, si es preciso que el impío Arrio sea recibido en la Iglesia, no permitais que el desgraciado Alejandro presencie un espectáculo tan doloroso, y sacadme antes de este valle de lágrimas* (1).

93. No habia concluido estas palabras, cuando se le fue á intimar por la última vez, de parte del Emperador, que admitiese al heresiarca á la comunión. Se persuadió aquel Príncipe entregado enteramente á

(1) *S. Gregor. Nazianz. Orat. 16. S. Ambros. lib. 1. de fide.*

los seductores que no se apartaban de su lado, sobre la palabra de estos, que Arrio ya no tenia otra fe que la de Nicéa; tanto mas que el falsario al presentar su última confesion, en la cual nada se leía que no fuese ortodoxo á la letra, protestaba con juramento que creía todo lo que habia escrito. Pero llevaba, dicen, consigo otro papel, al que, por un miserable y sacrilego equivoco, referia mentalmente su afirmacion. Constantino le dijo: *si te atreves á proferir un perjurio tan enorme, Dios sea el vengador de él.* Era domingo el dia señalado para la ceremonia de la recepcion de aquel impío, con el objeto de que fuese mas ostentosa. El orgullo impaciente de los hereges les hizo llevar á Arrio por toda la ciudad como en triunfo el sábado por la tarde, á tiempo que San Alejandro continuaba aun en su oracion; y él mismo lleno de soberbia prorrumpla en mil discursos insolentes. Era inmenso el concurso, y se aumentaba por momentos en todas las calles. Notaron todos al acercarse á la plaza llamada Constantiniana, en el fondo de la cual se descubria el templo en donde habia de ser restituido el heresiarca, que se quedó pálido, y le acometió un terror repentino y los mas crueles remordimientos (1). Se sintió al propio tiempo acosado de una necesidad corporal, y entró en uno de los parages públicos construidos para este fin en la nueva Roma con tanta magnificencia como los demás edificios. Arrio atormentado de los mas violentos dolores espiró en este lugar, arrojando una abundancia gran-

(1) *Socrat. lib. 1. hist. cap. 38.*

de de sangre con una parte de las entrañas: digno fin de un impío que habia sido muy parecido mientras su vida al traidor Judas, para no asemejarle en las circunstancias de la muerte. Tanto abatimiento causó á los Arrianos este trágico suceso, reputado por milagroso, como esperanza á los fieles ortodoxos. Mereció el horror público y la execucion general el lugar donde pasó esta horrible escena; y mas adelante lo compró un Arriano, con el fin de borrar, ó á lo menos disminuir la memoria de aquel oprobio, destinándolo á otro uso muy distinto.

94. Hizo el Emperador profundas reflexiones sobre este suceso; reconoció en él la mano del Señor; concibió mas aversion á aquella secta perjura, y mas amor que nunca á la fe de Nicéa. En fin, conoció la falta que habia cometido, desterrando al principal defensor de este sagrado Concilio; y ya iba á mandarle llamar, cuando la muerte impidió la egecucion de su intento: mas antes de espirar dió la orden para que se hiciese. Acababa de arreglar la division ó reparticion de sus Estados entre sus hijos, para evitar las discordias y turbulencias: al primero, que llevaba su nombre, señaló las Galias, la España y la Bretaña: el Egipto y el Asia á Constanzo, y á Constante el mas jóven de los tres, las provincias del centro del Imperio, á saber, la Italia, la Iliria y el África. Como el primero estaba ya casado, quiso el Emperador dar esposa á Constanzo; y su eleccion, como dirigida tan solo por el afecto, recayó en Eusebia muger en realidad dotada de todas las gracias y todos los ta-

lentos convenientes á su gran destino, y aun por desgracia, de ciertas cualidades y conocimientos superiores á su sexo: Princesa en fin que hubiera sido completa, si le faltara aquella suficiencia y curiosidad presuntuosa que muchas veces empeñan á las mugeres en novedades y errores en materia de Religion, y á ella la precipitaron miserablemente en la heregía de Arrio.

Celebróse el casamiento con la mayor pompa; pero el gran Constantino, digno en esta ocasion de sí mismo y de sus mas floridos años, quiso sobre todo manifestarse grande en sus liberalidades; y en vez de cargar de impuestos á los pueblos como habian hecho los demás Príncipes, para sufragar á los cuantiosos gastos que con este motivo se originaban, hizo por el contrario presentes de mucha consideracion á las ciudades principales del Imperio. Enviáronle las naciones mas remotas sus embajadores á felicitarle y renovar su respetuosa amistad; viniendo con este intento desde lo mas lejos de las Indias, y de las estremidades del Norte y del Occidente. Respecto á los Persas pidieron con demasiada arrogancia las provincias del Tigris que habian perdido. Equivalia á una declaracion de guerra esta pretension; y así Constantino se preparó á marchar contra ellos, y quiso que le acompañasen Sacerdotes y Obispos, para alimentar su piedad con los egercicios del culto divino aun en el seno mismo de la guerra y del bullicio; á cuyo fin mandó hacer como una Iglesia portátil, que se habia de armar en cualquier parte que acampase el

egército. Cuando llegó el tiempo de la festividad de la Pascua, pasó la víspera en oracion, acompañado de los fieles segun costumbre, y repartió grandes limosnas, egercitándose con estraordinario fervor en otras obras de piedad.

95. Esta era la Pascua del año 337, el sesenta y cuatro de la edad del Emperador: disfrutaba este de una salud perfecta aparentemente, pero le acometió una enfermedad desconocida, en la que desconfiando desde luego los mejores médicos, no le prometieron alivio sino con los baños calientes. Mandó despues de haber experimentado los de Constantinopla, que le llevasen á las aguas de Helenópolis, hácia Nicomedia: pero la violencia del mal, que fue en aumento, le impidió el tomarlas. Fijó entonces todas sus miras en el Señor, y tuvo la devocion de visitar la célebre Iglesia del Mártir San Luciano, donde pasó largo tiempo en oracion. Allí conoció que su fin se iba acercando, y resolvió recibir el bautismo, el que pidió con una humildad egemplar, arrodillándose y confesando sus pecados. Primero recibió la imposicion de las manos, para ponerse en el grado que llamaban de Competente, á saber, dispuesto próximamente al bautismo, y no precisamente catecúmeno: porque es muy verosímil que no aguardase á serlo tan tarde, tanto mas que sus historiadores refieren en varios pasages la manera con que asistia á los divinos Misterios; lo que no podia hacerse sin ser catecúmeno (1).

Segun dicen, despues mandó que le condujesen al

(1) *Euseb. vit. Constant. M. lib. 4. cap. 17.*

palacio de Aquiron , mas inmediato á Nicomedia. Recobró allí algun tanto sus fuerzas , y dijo á los Obispos que le acompañaban , que siempre habia sido su intencion recibir el bautismo en el rio Jordán , en memoria del de nuestro Salvador ; pero que no condescendiendo al parecer el cielo con sus deseos , pedia que le bautizasen sin mas dilacion. No están acordes los críticos sobre el Ministro que le bautizó ; mas los que pretenden que fue Eusebio , Obispo de aquel distrito , observan que este Prelado profesaba públicamente la fe de Nicéa , que egirió religiosamente todas las ceremonias ordinarias , y que le vistió la túnica blanca. Su cama se adornó tambien de blanco , y ya no permitió que le volviesen á poner la púrpura. Les dijo con un tono de tranquilidad , viendo que las gentes que le asistian se deshacian en lágrimas , que miraba con otros ojos que ellos la verdadera felicidad , y estaba muy lejos de afligirse cuando se acercaba el momento en que iba á posesionarse de ella.

Para mantener la paz en sus estados y en su familia dió las convenientes órdenes , é indujo á las tropas á jurar solemnemente que nada emprenderian contra la Iglesia ni contra sus hijos : y luego murió el 22 de Mayo , dia de Pentecostes , á principios del año sesenta y cuatro de su edad , y á fines del treinta y uno de su reinado , que fue el mas dilatado de todos los Emperadores despues de Augusto. Habia mandado llamar con gran priesa á su hijo Constanzo , como el menos distante de todos , aunque no le acompañó al Asia ; despues de lo cual sintiéndose desfallecer por

puntos , entregó su testamento al Sacerdote Arriano que su hermana le habia dejado recomendado como hombre de confianza ; lo que contribuyó mucho para acreditar á aquel hipócrita , con tanto daño de la Religion , como se verá mas adelante.

Ningun Príncipe fue tan llorado del pueblo y de las tropas como Constantino. El dia de su muerte los lamentos eran generales en el palacio y en la ciudad. Rasgaron sus guardias y domésticos sus vestidos con tantas señales de dolor , que aunque esta era una demostracion de pura ceremonia en la antigüedad , en el presente lance fue una espresion muy débil del sentimiento. Se trasladó su cuerpo á Constantinopla ; y los moradores de esta gran ciudad , á quienes habia tratado siempre como á hijos mas bien que como á súbditos , parecian una familia numerosa que acababa de perder al mejor padre. Fue su cadáver espuesto al público , adornado con la púrpura y la diadema , en un ataud de oro , sobre un magnífico estrado rodeado de candeleros del mismo metal. No se separaban de él las gentes de su servidumbre , y otras muchas personas ilustres velaban dia y noche con ellas , esperando á los Príncipes hijos del difunto. Mas solo Constanzo pudo llegar á tiempo para la ceremonia del entierro. Acompañó el cuerpo hasta la Iglesia de los Santos Apóstoles , señalada por el mismo Constantino para sepultura de los Césares , y despues se retiró con sus soldados , porque no estaba todavía en la clase de los catecúmenos. Hicieron las preces acostumbradas el Clero y el pueblo fiel , y se ofreció el santo Sacrificio

por el alma del Príncipe difunto. En fin se le sepultó en el lugar santo, pero en el vestíbulo y cerca de la puerta, para servir de modelo á los Soberanos del universo que miraron como una obligacion el imitar esta obra de humildad, y ser, segun la espresion de San Juan Crisóstomo, los porteros del Pescador, á saber, del Príncipe de los Apóstoles. La ciudad de Roma, de la cual habia tenido motivos para quejarse durante su vida, no dejó de dar muestras del mayor dolor así que supo su muerte.

Efectivamente se señaló entre todas las ciudades del Imperio por el exceso de su sentimiento, reprendiéndose á sí misma el haber causado á este buen Príncipe los disgustos amargos que le obligaron á abandonarla. Cerráronse los baños y los mercados, y se prohibieron los espectáculos y todas las diversiones públicas. Colocóse la idolatría, estravagante siempre como hemos observado respecto de los Emperadores, en el número de aquellas mismas divinidades que él habia mandado destruir, y por una mezela ridícula muchas de sus medallas llevaban el titulo de Dios con el monograma de Cristo. Se conservan otras en los gabinetes de los anticuarios, y segun dice Eusebio, se representa en ellas á Constantino sentado en un carro, tirado por cuatro caballos, en el acto de ser conducido al cielo por una mano que sale de las nubes.

Aunque el bien, la prosperidad y aumento de la Iglesia le merecieron el primer cuidado, no dejó de mirar con singular atencion los negocios civiles, como parte tan interesante de la tarea que el Señor le ha-

bia fiado. El decreto siguiente, de cuya noticia no podemos privar á los lectores para que acaben de formar idea del carácter de Constantino, da en toda su estension una prueba evidente de esta solicitud. Dice así: „Nuestros oficiales cesen del todo de oprimir á nuestros súbditos, y si este aviso no les basta, les bastará la espada. Que no se profane mas con un infame trato el santuario de la justicia; que no se compren ya las audiencias, las visitas, la vista misma del Presidente. Que los oidos del Juez estén abiertos lo mismo para los pobres que para los ricos. Que el escribano no haga en adelante un comercio de sus funciones, y que sus subalternos cesen de pedir contribuciones de los litigantes: que se reprima la audacia de los ministros inferiores, que sonsacan sin distincion á los grandes y á los pequeños: que se refrene la insaciable codicia de los oficiales que dan copia de las sentencias, siendo obligacion del superior velar para que sus subalternos no exijan nada de los litigantes. Les haré cortar su cabeza si persisten en crear por sí mismos derechos imaginarios; y permitimos á todos los que hayan experimentado estas vejaciones que lo pongan en noticia del Magistrado; y si no pudiese remedio, os incitamos á dar las quejas á los Condes de las provincias, ó al Prefecto del Pretorio si está mas cercano, para que con la relacion que nos dieren de estas estafas se castigue á los culpados segun merezcan.” Por otro edicto, ó quizás por una continuacion de este mismo, este Príncipe, con el objeto de intimidar á los Jueces corrompidos, y de precaver

la pena de castigarlos, da licencia á los habitantes de las provincias para que honren con sus aclamaciones á los Magistrados íntegros y vigilantes cuando se presenten en público, y que se quejen en voz alta de los que son malvados y crueles: promete hacer dar cuenta de estas demostraciones públicas á los Gobernadores y Prefectos del Pretorio, y de examinar sus causas. La indignacion con que están concebidos los anteriores decretos, hacen honor á este buen Príncipe, mas este tono colérico es al mismo tiempo una muestra de la violencia que se haria á sí mismo para amenazar, y de la repugnancia que experimentaba al poner en egecucion sus amenazas.

Es sumamente grata á la Iglesia la memoria de Constantino, aunque algo amancillada respecto de ciertas cosas, por la rectitud de sus intenciones y por una infinidad de bienes sólidos con que procuró enriquecerla. Colocáronle los Griegos solemnemente en el número de los Santos, y celebran su fiesta el dia 21 de Marzo, con la de su madre Santa Elena; creyendo sabia y piadosamente que el bautismo borró algunas faltas de sola condescendencia, casi inevitables en las circunstancias en que se encontró aquel Príncipe escelso.

RESUMEN

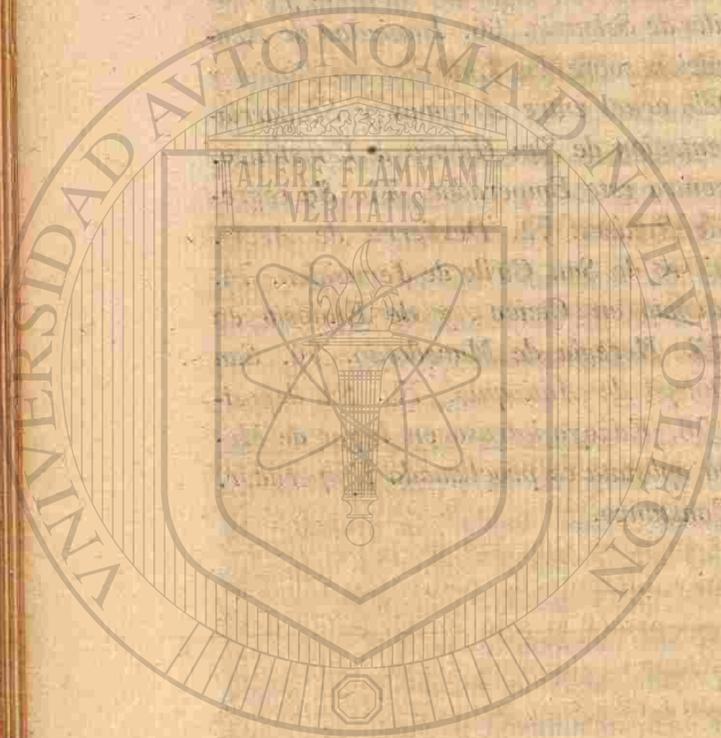
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO OCTAVO.

N.º 1. *San Atanasio vuelve de su destierro.* 2. *Muerte de Constantino el jóven.* 3. *Constante favorece á los Católicos.* 4. *Muerte de Eusebio de Cesaréa.* 5. *Le sucede Acacio.* 6. *San Pablo sucesor de San Alejandro de Constantinopla.* 7. *Deposicion de San Pablo é intrusion de Eusebio de Nicomedia.* 8. *Sucesion de los Sumos Pontífices.* 9. *San Atanasio es acusado y defendido en Roma.* 10. *Concilio de Antioquia llamado de la Dedicacion.* 11. *Gregorio de Capadocia usurpa la Silla de Alejandria.* 12. *San Antonio defiende la fe católica, y anuncia el castigo de Balacio.* 13. *Visita á San Pablo primer Ermitaño.* 14. *Tránsito de San Pablo.* 15. *Muerte de San Antonio.* 16. *San Atanasio en Roma.* 17. *Carta del Papa San Julio á los Eusebianos.* 18. *Concilio de Roma.* 19. *Muere Eusebio de Nicomedia: Macedonio ocupa su lugar en el Obispado de Constantinopla.* 20. *El Emperador Constante exhorta á su hermano que proteja la fe católica.* 21. *Persecucion de los Cristianos en Persia: martirio de San Simeon, Obispo de Seleucia, del eunuco Ustazades, y de otros muchos fieles.* 22. *Mártires de la Adiabena.* 23. *Conversion de los Omeritas.* 24. *Concilios de Milan y de Sárdica.* 25. *Marcelo de An-cira y Asclepas de Guza réstablidos en sus Sillas.*

26. Cánones de Sárdica. 27. Conciliábulo de Filipópolis. 28. Turbulencias de los Donatistas en Africa. 29. Concilio de Cartago. 30. Crueldades de los Arrianos: martirio de algunos Católicos. 31. Vicente de Capua y Eufrotas de Colonia enviados a Oriente. 32. Vergonzosa trama de los Arrianos. 33. El eunuco Leoncio electo Obispo de Antioquia. 34. Aecio. 35. Constanzo restablece a San Atanasio en su Silla. 36. Muerte de Constante. 37. Nisibe libertada por las oraciones de su Obispo Santiago. 38. Derrota de Magnencio. 39. Primer Concilio de Sirmio. 40. Martirio de San Pablo de Constantinopla. 41. Nuevas tramas contra San Atanasio. 42. Concilio de Arlés: prevaricación de Vicente de Capua. 43. Legacion de Eusebio de Vercelis, y de Lucifero de Cáller, ó Cagliari. 44. Muerte del César Galo: principios de Juliano apóstata. 45. San Basilio y San Gregorio Nazianzeno. 46. Juliano es creado César. 47. Concilio de Milan. 48. Prision y destierro del Papa Liberio. 49. Felix sustituido en su lugar. 50. Tentativas contra Osio: su carta a Constanzo. 51. Caída, arrepentimiento y muerte de Osio. 52. Persecucion contra los Católicos. 53. Jorge de Capadocia usurpa la Silla de Alejandria. 54. Fuga de San Atanasio, y su carta a los Solitarios. 55. Su apología dirigida al Emperador. 56. Noticia de San Hilario de Poitiers, y su destierro. 57. Principios de San Martin. 58. Segunda formula de Sirmio. 59. Concilio de Ancira contra los Anomeos. 60. Divisiones entre los Arrianos. 61. Tercer Concilio de Sirmio: vuelta de Liberio a Ro-

ma. 62. Muerte de Felix. 63. Concilio de Rimini, a cuyos Padres remitió San Hilario su tratado de los Sinodos. 64. Detestable conducta de Ursacio y Valente. 65. Concilio de Seleucia. 66. Impiedad de Aecio. 67. Observacion sobre los Concilios de Rimini y Seleucia. 68. Odio cruel entre Arrianos y Semiarianos. 69. Representacion de San Hilario a Constanzo. 70. Su tratado contra este Emperador. 71. Su regreso a la Iglesia de Poitiers. 72. Destierro de Aecio. 73. Segundo destierro de San Cirilo de Jerusalem. 74. Intrusion de Eunomio en Cizico, y de Eudocio en Constantinopla. 75. Heregia de Macedonio. 76. San Melecio electo Obispo de Antioquia. 77. Su deposicion y destierro. 78. Euzoyo intruso en lugar de Melecio. 79. Juliano apóstata es proclamado Emperador. 80. Muerte de Constanzo.



**HISTORIA
DE LA IGLESIA.**

LIBRO OCTAVO.

*Desde la muerte de Constantino el grande en el año 337,
hasta la de Constanzo en 367.*

1. **L**loraban amargamente los fieles la muerte del grande Constantino; aunque no sabian cuan poderosos eran los motivos que tenian para llorarla. Constanzo hijo muy diferente de padre tan religioso, á quien sucedió al principio solo en Oriente, debia estender con el tiempo su dominio á todo el Imperio, y hacer los mayores esfuerzos para que triunfase la heregia arriana, casi tan impia y mas cruel que el paganismo. Pero antes se dignó el Señor consolar á su Iglesia por medio de dos hijos del primer Emperador, que fue verdadero y sólido Cristiano.

El primero de estos llamado, como su padre, Constantino, que obtuvo el gobierno de la parte mas occidental del Imperio, nada procuró con mayor celo, y con todo su esfuerzo que el enviar á San Atanasio á su Iglesia, y á este fin escribió de su propio

puño cartas muy honoríficas á los Católicos de Alejandria. „El grande Constantino, les dice en una de ellas, pensaba restituir por sí mismo á Atanasio á su Iglesia, si la muerte no se lo hubiera impedido. El objeto que se propuso enviándole á mis dominios no fue otro que el libertarle del encono de sus enemigos, ó por mejor decir del furor de aquellas bestias prontas para devorarle. Yo le he tratado de manera, que manifieste á todo el mundo en cuanta estimacion le tengo, y el aprecio que se merece la venerable persona de un hombre tan Santo. Guárdeosle la Divina providencia y fine vuestro dolor, que yo tambien lo he sufrido (1).” Atanasio atravesó con entera seguridad á vista de un testimonio tan glorioso la vasta estension de los dominios de Constanzo, y fue restablecido en su Silla aclamándole generalmente el pueblo y el clero. Consumíanse los Arrianos de despecho, y aunque no osaban darlo á entender, volvieron á sus ocultas maquinaciones con el nuevo Soberano, y con un resultado tanto mas feliz quanto Constanzo les era ya sin comparacion mas favorable que su padre. No obstante temió contradecir á sus dos hermanos, muy adictos á la sana creencia, y bien instruidos en ella para no abandonar á su mas celoso defensor. No habia llegado aun el espíritu de partido á echar hondas raices, y adquirirse el último grado de fuerza y actividad en el ánimo de este Príncipe, que era naturalmente irresoluto y tímido, y que por otra parte aun no juzgaba que su autoridad estaba bien ase-

(1) *Theodoret. lib. 2. hist. cap. 2.*

gurada, viéndose precisado á sostener una guerra peligrosa contra los Persas.

2. Mas dividida entre sí la familia imperial, si el estado se resintió de los funestos efectos de la discordia, la Religion tuvo mayores motivos para llorar. Constantino jamás habia estado satisfecho con su parte ó herencia, que además de la gran Bretaña, la España y las Galias, comprendia tambien la Rhecía, esto es, las provincias del norte de Italia, con algunas plazas sobre el mar Adriático. El África, objeto de sus deseos, era en particular lo que llamaba su atencion. Creyóse en estado de quitársela á Constante, que no tenia tan buenas tropas como las de la Galia; y con el pretesto de dar socorro á Constanzo contra los Persas, reunió un poderoso ejército, y acometió de repente á la Italia; pero le perdió su confianza. Caminaba desordenadamente y sin precaucion, mas como si anduviera por provincias conquistadas, que por estados enemigos y sin conquistar. Lo que pudo hacer Constante en un ataque tan imprevisto y repentino, fue situar algunas tropas en los desfiladeros de las montañas; y Constantino, que iba delante de su ejército con algunas tropas escogidas, cayó en estas emboscadas. En vano hizo portentos de valor; porque perecieron todos, así el Príncipe como los soldados, y murió Constantino á los veinte y seis años de edad y á los tres de la muerte de su padre, á saber, el año 340.

3. Aunque esta pérdida fue sensible para la Iglesia, á pesar de esto sufrió poco en tanto que vivió

Constante. Partió este para el ejército de su hermano, así que supo su derrota: hizo que las tropas del vencido le prestasen juramento, y se apoderó de todo el Occidente sin encontrar la menor resistencia. Contentóse por fuerza con su primera suerte Constantino, que estaba muy ocupado en sus desavenencias con los Persas, poco inclinado por otra parte á las armas, y mucho mejor para hacer guerra al Clero que á las legiones; y por un esfuerzo que quizás le fue mas costoso, temporizó con los Católicos, á quienes protegía Constante con un celo igual al del jóven y desgraciado Constantino (1). Con todo para que sus súbditos Arrianos no penetrasen sus designios, viéndose rodeado de ellos, y muy rogado para que procediese contra San Atanasio, contestó que no quería decidir por sí en un asunto que ponía en agitación á todo el mundo Cristiano, y en que el Occidente estaba interesado no menos que el Oriente; y que en fin convenia que el Pontífice de Roma conociese y obrase con su autoridad sobre este particular. Esta contestacion no satisfacía á los sectarios; pero por necesidad se mostraron contentos, y aprobaron una proposicion que bien conocian no les era muy ventajosa.

4. Acababan de perder los hereges uno de sus mayores apoyos en Eusebio de Cesaréa, que murió despues de publicar la vida, ó por mejor decir el panegírico del gran Constantino. Hacian justicia todos los partidos indistintamente á las prendas de este

(1) *Socrat. lib. 2. hist. cap. 2.*

Prelado, á su sabiduría, á su elocuencia, y á algunas virtudes que engañaron á muchos escritores Católicos; mas su memoria, segun la estimacion general, solo es recomendable por su talento. A pesar de su disimulo, en muchos lugares de sus escritos se conoce sobrado su inclinacion así á la doctrina como á la persona de Arrio. Respecto á los hechos brillantes de la Religion, bien conocidos para que nadie los altere, los presenta en su historia con una simplicidad, que es suficiente por sí sola para convencer al lector. Pero por lo que toca á su conducta con los Arrianos se mostró, á lo menos por mucho tiempo, cobarde y tímido, queriendo agradar á los Grandes y á sus seductores. No obstante hizo algunas retractaciones que deben templar nuestros juicios, cuando vió acercarse el fin de su carrera, momento tan capaz de inspirar un verdadero arrepentimiento; por lo que no se debe juzgar de esta retractacion, como de la fingida sumision al Concilio de Nicéa, cuando estaba sacrificado á unos amigos imperiosos que dominaban su debilidad.

5. Sucedióle Acacio, que no es otro, segun presume Baronio, que el famoso Sacerdote Arriano, tan acreditado por desgracia con el gran Constantino, y mucho mas aun con su hermana Constanza. Acacio, llamado por sobrenombre el tuerto, del que hablamos ahora, sabia en alto grado hacerse estimar, á pesar de su deforme figura, la que reparaba ventajosamente con su mucha penetracion y habilidad; y sobre todo por su arte incomparable en insinuarse en el es-

píritu de los grandes. Escribió entre otras cosas la vida de Eusebio su antecesor, y dió de él la idea que convenia á los intereses de la secta arriana.

6. Coronó San Alejandro de Constantinopla por este mismo tiempo con una muerte preciosa á los ojos del Señor noventa y ocho años de una santa vida, de los que habia pasado veintitres en el ministerio Episcopal. Mostró antes de su muerte el aprecio singular que hacia de un Eclesiástico de su Clero llamado Pablo; lo que bastó para que su Iglesia honrase la memoria del digno Pastor que lloraba, nombrando á Pablo en su puesto. Tenia ya de sí mismo Macedonio, Diácono de esta Iglesia, á quien veremos pronto adquirirse una fama funesta, toda la buena opinion que es ordinaria en los que se hacen cabezas de partido. Mas por ahora, no creyéndose bastante fuerte, aparentó sumision y se contentó con manio-
brar para llegar al grado de Sacerdote.

7. No por esto se aseguró la tranquilidad de Pablo; porque su eleccion se habia hecho estando ausente el Emperador, el cual menos celoso del gobierno del estado que del de la Iglesia, se mostró á su vuelta muy indignado, y contra toda justicia substituyó en su lugar á Eusebio de Nicomedia, haciendo no obstante celebrar un Concilio con este motivo, para proceder aparentemente en debida forma. De tal modo llegó á ser Obispo de la capital este Prelado herege y cortesano, acumulando al escándalo de sus ambiciosas traslaciones el de la opresion é intrusion.

8. El santo Papa Julio ocupaba á la sazón la cá-

tedra de San Pedro por muerte de Silvestre, acaecida en Roma el último dia del año de 335. Diez y ocho dias despues habia sido electo el Presbítero Marcos, Romano de nacimiento, el que vivió en esta suprema dignidad cerca de ocho meses, mientras los cuales, segun se cree, se arregló que el Papa seria consagrado por el Obispo de Ostia, y que este Prelado llevaria para esta ceremonia el palio, ornamento Pontifical, que consiste en una estola antigua, concedida despues á todos los Arzobispos. No vemos que se haya hablado antes del palio hecho de lana blanca en forma de bandas y con cuatro cruces encarnadas. Hacíanle los Subdiáconos de la Iglesia Romana de la lana de dos corderos ofrecidos sobre el altar en el templo de Santa Inés el dia de su fiesta, en tanto que se cantaba el *Agnus Dei*, y luego le llevaban á la Iglesia de San Pedro, en donde le esponian por algun tiempo sobre los cuerpos de los Santos Apóstoles. Cuatro meses estuvo vacante la santa Sede despues de la muerte de San Marcos; y en 5 de Febrero del año de 337 fue elegido Papa Julio, natural de Roma. Presentósele muy pronto la ocasion de mostrar su discernimiento y sus luces para defender á la Iglesia.

9. No se descuidaron los Arrianos un punto en prevenirle contra San Atanasio, viéndose precisados por la politica de Constanzo á guardar alguna circunspeccion. Para esto se sirvieron de los llamados Eusebianos, que imitando al ambicioso Eusebio, poseían el arte de evitar los anatemas, ya con equívocos, ya con la formal retractacion de su heregia cuando con-

venia á sus intentos. Un Sacerdote llamado Macario era el gefe de sus delegados, al que habian entregado cartas para el Sumo Pontífice, que contenian acusaciones contra San Atanasio, contra Asclepas de Gaza y contra Marcelo de Ancira. Macario se valió de cuantas astucias y falsedades pudo para mover al Papa á comunicar con Pisto, ordenado por los Arrianos Obispo de Alejandría, y Arriano declarado; del que tambien se servian los partidarios de Eusebio, segun su costumbre, para publicar la doctrina que ellos mismos profesaban con el mayor secreto. No les era difícil dar desde tanta distancia la idea que querian de este herege, puesto que nadie podia contradecirles.

Mas el santo Patriarca de Alejandría, que no tenia menos actividad que sus enemigos, ni menos talento en los negocios, envió por su parte quien defendiese su causa en Roma. Tardaron poco en saberlo los diputados Eusebianos, con admiracion y terror de Macario; el que temblando de verse confundido con tanto oprobio, antes que llegasen los egipcios ortodoxos, salió de Roma, á pesar de estar enfermo, sin precaucion alguna, con la mayor precipitacion y sin disimular de ningun modo ante el Papa que al momento le esperaba á su audiencia. No tuvieron así los agentes de Atanasio dificultad alguna en persuadir al Sumo Pontífice, que Pisto era uno de los mas acérrimos discípulos de Arrio, escomulgado primeramente por su Obispo Alejandro de santa memoria, y despues por el Concilio de Nicéa: hechos que no pudieron desmentir los Eusebianos que quedaban en Roma,

convenciéndoseles tambien de impostura en todos los capítulos de su acusacion en una conferencia á que asistió el Papa. A vista de esto no supieron como salirse de este apuro, ni como ganar tiempo, sino pidiendo un Concilio, en el que compareciese Atanasio con sus acusadores, á lo que condescendió Julio, y tomó sus medidas para el efecto.

10. No se podian fundar sus esperanzas en un Concilio Romano: por lo que Eusebio, político experimentado, acudió á otros medios mucho mas favorables á sus proyectos. Sabiendo por sus emisarios el aspecto que tomaban sus tentativas en Italia, quiso eludir ó mitigar en el Oriente con una condenacion ruidosa de Atanasio, cuanto pudiese hacerse en el Occidente. Presentábase la ocasion favorable, pues acababa de concluirse la magnífica Iglesia de Antioquia, principiada diez años antes por Constantino el grande; y Constanzo deseaba vivamente que la dedicacion se hiciese con la mayor solemnidad. Acudieron con este motivo para complacerle los Obispos de todas las Iglesias vecinas y aun de las provincias remotas. Entre Católicos y Arrianos asistieron noventa y siete; pero por mas que digan algunos escritores modernos, parece que los sectarios vencieron, así por el mayor número como por la proteccion de las potestades, y por el ascendiente de un falso celo sobre la reserva y fria prudencia de los que se titulaban gentes pacíficas. No hubo ninguno que pudiese ú osase defender á Atanasio con entereza. No habia acudido ningun Obispo de Italia ni de todo el resto del Occidente,

nadie de parte del Papa Julio, dice el historiador Sócrates, aunque los cánones vedaban desde entonces, como lo observa el mismo autor, determinar cosa alguna importante ó concerniente á los negocios generales de la Iglesia sin el asenso del Obispo de Roma (1).

El Emperador Constanzo estaba presente, y ya no se dudaba de sus malas disposiciones para con los ortodoxos. Este Príncipe de una mediana capacidad y muy ansioso de fama, tuvo la desgracia tan comun á este género de talentos, de querer adquirirla en las cuestiones de Religion, en tanto que abandonaba el poder soberano á los eunucos del palacio. Le dominaba de todo punto uno de ellos llamado tambien Eusebio, hombre vicioso y frívolo, mas imbuido en todas las máximas de aquel famoso Sacerdote que Constantino habia hecho depositario de su testamento, y al que Constanzo dispensaba una confianza aun mas ciega que su padre. Inficionaban ambos insensiblemente el espíritu del Emperador, y la innumerable multitud de dogmatizantes que llenaban la corte, en que no se respiraba otro que un aire de sofisma y controversia, obscurecieron de todo en todo en el espíritu del Príncipe hasta los primeros principios de la fe. Esta era su situacion cuando se presentó en el Concilio de Antioquia, llamado de la Dedicacion, el año quinto de su reinado, 341.

Acusaban todos los Obispos de heregía á los Eusebianos, y fue fácil á estos seducir á un Príncipe que

(1) *Socrat. lib. 2. hist. cap. 3. Sozom. lib. 2. cap. 6.*

solo miraba con horror la palabra heregía y no la doctrina verdaderamente herética. Formaron nuevos símbolos que en la letra nada presentaban de impío, pero de los que no estaba escludido el error ni la impiedad; esto es, que no usaban las espresiones consagradas por el Concilio de Nicéa, ó las únicas que este habia juzgado bastantes para la conservacion de la fe. Suprimieron astutamente la palabra *Consustancial*; y pretestaron que el fin del Concilio de la Dedicacion no era la condenacion del arrianismo, sino la de la doctrina de Sabelo y de Pablo de Samosata, de la que se acusaba á Marcelo de Ancira.

Algunos dicen que este Concilio no dejó de formar buenos cánones de disciplina, recibidos por toda la Iglesia: porque aunque hay otro Concilio de Antioquia mas antiguo y mas venerable que este, á saber, bajo el Pontificado de San Eustacio, con todo á este último atribuyen muchos sabios la disciplina llamada en general del Concilio de Antioquia; pero es mas verosímil que es de muchos diversos Concilios de los que se recogieron los mejores cánones.

En él se hallan muchos de los reglamentos hechos en Nicéa: lo que prueba á lo menos que no es obra de los Arrianos declarados, sino de los Eusebianos mas disimulados y mas sutiles sectarios de aquel error. Escomulgan á los que no observen el decreto de Nicéa sobre el tiempo de la celebracion de la primera Pascua. Védase la traslacion de los Obispos de una Sede á otra, previniendo todos los pretestos con que puede cubrirse la ambicion ó la incons-

tancia para eludir esta ley. La mayor parte de los otros cánones versan sobre el ministerio y el régimen eclesiástico, sobre la estabilidad y residencia, sobre la sumision de los Sacerdotes á su Obispo, y hasta la subordinacion de los coepiscopos, aunque hubiesen recibido la ordenacion episcopal. Pena de deposicion señala el canon quinto contra los cismáticos obstinados, y da el primer ejemplo de lo que se dice implorar en la Iglesia el brazo secular. *Si siguen moviendo disensiones entre los fieles, dice, sean reprimidos como sediciosos por la potestad exterior.*

Condenan con el mayor rigor los cánones cuarto y duodécimo al Obispo depuesto, si continuase en sus funciones ó recurriese al poder imperial para substraerse de la severidad de las leyes eclesiásticas. El grande objeto de los sectarios era este, y lo demás solo les servia de direccion para conseguir mas plausiblemente el fin que se proponian de dar una forma canónica á su maquinacion contra San Atanasio, de quien decian, que era dos veces culpable por haberse quejado á Constantino el grande despues de haber sido depuesto por el Concilio de Tiro, y por haber entrado despues en su Iglesia sin que le restableciese otro Concilio. Aunándose pues cuarenta de los mas intrépidos intrigantes, y logrando preocupar al Emperador, propusieron que se ordenase un nuevo Obispo para Alejandria, en lugar de Atanasio que suponian depuesto legitimamente, é ilegítimamente restablecido.

11. Peligroso era el paso para el Obispo que se

sustituyese á tan grande hombre. Era adorado Atanasio de su pueblo, y nadie que reflexionase podia lisongearse de sucederle con igual honor. Así pues, esta dignidad hizo temblar á un hombre distinguido llamado tambien Eusebio, natural de Edesa, en Mesopotamia, y la rehusó francamente; pero un Capadocio llamado Gregorio menos delicado, la admitió, aunque habia estudiado largo tiempo en Alejandria á vista del santo Patriarca, á quien debia conocer mejor, y del que habia recibido mil testimonios de bondad (1). Ordenáronle pues, partió al momento á tomar posesion, apoyado en la autoridad soberana: y no contento el Emperador con escribir á Egipto, envió con él al eunuco Arsacio, y tropas para darle auxilio. Podia prometerse por otra parte el resultado mas feliz del Prefecto de Egipto, llamado Filagrio, elegido segunda vez, y restituido á su empleo solo por su odio y violencias contra los Católicos.

Reunióse el pueblo, y principió el Prefecto á leer la orden de la corte para colocar á Gregorio en el lugar de Atanasio. Viéronse juntas la consternacion y la sorpresa, y la multitud corrió á las Iglesias para guardarlas de la invasion. No se oían otra cosa que quejas y lamentos, diciendo que esto era obra de las intrigas é impiedades, que no tenian queja alguna, ni descontento contra su Obispo; y que dado que fuese culpable, no era regular darle un sucesor de una manera tan estraña y tan indigna. Ganó ocultamente á los Judíos el Prefecto que temia al innumerable pue-

(1) *Socrat. lib. 2. hist. cap. 10.*

blo de aquella ciudad; pues eran los Judíos gente sin fe y sin costumbres: mandó llamar del campo á todos los enemigos del cristianismo y los hizo reunir con la mas desenfredada juventud (1). Todos se arman con espadas y con palos y corren en tumulto á las Iglesias adonde estaba congregado el pueblo fiel. Mas fácil es imaginar que representar las escenas horribles que se vieron allí. Las menores profanaciones fueron el incendio y el homicidio. Menos padecía el vil populacho que los Sacerdotes y los monges, que morian pisados de los caballos, ó se les ataba con cadenas como á bestias de carga. Padecieron los últimos ultrages las vírgenes consagradas á Dios, creyéndose felices las que solo eran despojadas de sus vestidos y azotadas en público. Fueron los divinos Misterios arrojados al lodo; hicieron los idólatras sus sacrificios sobre los altares santos, blasfemando de Jesucristo y ensalzando sus detestables simulacros: quemaron todos los libros sagrados que encontraron; entraron desnudos á los baptisterios, y allí dijeron é hicieron las infamias que el pudor no osa referir, y sobre las que es necesario correr un velo que las sepulte en un eterno olvido.

En la cuaresma y en los días inmediatos á la Pascua sucedian todas estas escenas. Gregorio cometió atentados mayores que los de sus emisarios; entró el viernes santo en una Iglesia con el gobernador y los habitantes idólatras; y para castigar el horror mismo con que todos miraban sus violencias, mandó azotar

(1) *Epist. Jul. P. ad Athanas. Apolog. 2.*

en público y despues sepultar en un calabozo mas de treinta mugeres distinguidas, vírgenes y casadas. A un gran número de fieles los encerró sin respeto en las prisiones el día solemne de Pascua, y por fin se apoderó de todas las Iglesias, de modo que el pueblo y el Clero católico se vieron reducidos á la cruel coyuntura de salir del lugar santo ó comunicar con los impíos.

Tal fue la persecución contra los ministros sagrados, que los enfermos de riesgo no podian recibir los sacramentos, ni aun siquiera el Bautismo; pero querian mas verse privados de ellos, que el que pareciese que aprobaban la usurpacion de los hereges, recibéndolos de su mano: no teniendo duda que Dios aceptaria el ardor sincero de sus deseos, en lugar de los sacramentos que les impedia recibir solo el temor de participar de la impiedad. Si hubiera podido asegurarse de la persona de Atanasio, los deseos de Gregorio se hubieran cumplido enteramente, mas el santo Obispo le habia prevenido. Huyó al puerto y se hizo á la vela para Italia con el objeto de asistir al Concilio convocado en Roma, al mismo tiempo que los facciosos se dirigian á la Iglesia, en donde tenia su habitacion, resueltos á quitarle la vida.

Quiso visitar el Egipto el intruso Gregorio despues de esto; pero mas fue una incursion de bandidos que una visita de Pontífice. Iba acompañado de Balacio, lugarteniente de Filagrio, y sus bárbaros soldados. A los Prelados que resistieron valerosamente al cisma, los azotaron y los cargaron de cadenas.

El santo Obispo Otamon que habia perdido un ojo por la fe en la tiranía de los Paganos fue herido con tanta crueldad en la cabeza que consumó su martirio poco despues. Egecutáronse en algunos monasterios de la Tebaida las mismas violencias. Virgenes y solitarios todos fueron tratados sin humanidad y sin vergüenza.

12. El corazon de San Antonio se vió penetrado del horror del crimen y del espíritu de Dios; y escribió á Balacio con un tono profético, que veía la venganza del cielo pronta á descargar sobre su cabeza sacrilega si no cesaba de perseguir á los siervos de Jesucristo. Prorrumpió el impío en la mayor risa leyendo esta carta, tiróla al suelo, y escupió en ella sin miramiento, á lo menos, de su propia dignidad. Dirigiéndose luego al portador le mandó que dijese al Santo, que ya que tomaba tanto interés en los monasterios, le iria á visitar á él mismo (1). No habian transcurrido todavía cinco dias cuando se mostró la venganza de Dios. Hallábase Balacio á caballo al lado del Vicario de Egipto: empezaron los dos caballos á jugar, y lejos de inquietarse los amos, se divertian en verlos, cuando de repente el caballo del Vicario acometió á Balacio, mordióle en una pierna y se la despedazó cruelmente. Separósele por último del furioso animal, y le llevaron á su posada, donde murió á los tres dias. Todos se admiraron del pronto cumplimiento de la profecía, y hasta los mismos hereges concibieron veneracion al santo Profeta.

(1) *Vit. Ant. M. cap. 30.*

13. Contaba entonces el santo Anacoreta noventa años; pero el enemigo que no cesa nunca de poner lazos á las mas altas virtudes, le sugirió que no habia en el desierto solitario tan perfecto como él. Revelóle el Señor la noche siguiente que habia otro mucho mas santo que él á alguna distancia de su habitacion, y le inspiró el deseo de verle. Apenas despuntó la luz cuando Antonio principió á caminar sin saber hacia donde iria; pero no dudaba que el que le habia inspirado dirigiria sus pasos. Caminó como á la ventura, ó mas bien con aquella fe segura que no conoce casualidad; y al dia tercero llegó por la mañana á la cueva donde San Pablo primer ermitaño vivia olvidado del mundo desde la persecucion del Emperador Decio (1). Estaba muy obscura la entrada, y Antonio iba á tientas, cuando por fin percibió una débil luz; mas al ruido de sus pasos cerró Pablo la puerta con cerrojo. Se puso Antonio de rodillas, y rogó fervorosamente al solitario que le abriese. „Bien sabes quien soy, le dijo, y el que me envia te reveló la causa de mi venida. No merezco verte en verdad; pero sepas que no me apartaré de aquí sin haberte visto. No esperes cansarme: el sol ha andado ya la mitad de su carrera desde que principié á llamar: persistiré de dia y de noche hasta la muerte, y si no quieres recibirme vivo, abrirás á lo menos para darme sepultura despues de muerto.” Respondióle Pablo, en quien las dulzuras santas de la soledad y el hábito de la virtud habian aumentado su natural

(1) *Hieronym. in vit. Pauli.*

alegría, que las amenazas no eran el lenguaje de quien pedía. Y añadió: *¿te admiras de que no me apresure á recibir tu visita, cuando solo muestras tristeza, y no hablas sino de morir?*

Entonces abrió la puerta sonriéndose: abrazáronse y se saludaron por sus nombres, aunque nunca habían oído hablar uno de otro, y dieron tiernas alabanzas al Señor. Despues se sentaron, y Pablo dijo: „he aquí el que de tan lejos veniste á buscar: bello objeto de tus cuidados, una cabeza cubierta de algunas canas, un cuerpo arruinado por los años, y pronto á volver á la tierra de donde salió. Mas hablemos de otros objetos. Dime ¿cómo va el mundo? ¿Edifican los hombres siempre casas tan sólidas como si jamás hubieran de morir? ¿Hay aun Grandes, celosos de su dominio y esclavos de un vil interés? ¿Se procura aun hacerles adorar dioses de madera y de metal?” Entretanto platicaban de este modo preguntándose y respondiendo mutuamente, un cuervo les presentó un pan, y desapareció. „Mirad la bondad del Señor á quien servimos, dijo Pablo: sesenta años há que recibo cada dia la mitad de un pan; mas hoy que Jesucristo ve dos de sus soldados, ha duplicado los víveres.” Bendijeron su alimento y se sentaron á la orilla de una fuente que saltaba de la roca en donde estaba la gruta, para tomar en paz su frugal alimento. Mas suscitóse una dificultad muy seria sobre quién habia de partir el pan, insistiendo Pablo en que pertenecía al forastero á causa de la hospitalidad, y Antonio en que pertenecía al antiguo solitario por el

respeto debido á sus años. Mucho tiempo duró la contienda, y no se acabó sino conviniendo en que los dos partirian cada uno su porcion. Bebieron de la fuente y pasaron la siguiente noche en la oracion y en piadosos coloquios.

Así que vino la luz del nuevo dia dijo Pablo á su huesped: *hermano mio Antonio, ha largo tiempo que yo sabia que habitabais en estos desiertos, y Dios me prometió que os veria; pero ya os envia al fin de mis dias para que me deis sepultura.* Antonio quedó á estas palabras penetrado de dolor, y derramando lágrimas suplicó á Pablo que le llevase consigo á las eternas moradas. *No*, dijo Pablo, *no debes limitar tus deseos á tu bien tan solo: tus lecciones y egemplos son necesarios aun á los hermanos.* No obstante, se condolió de su amigo, y para que no tuviese el dolor de verle espirar, le dijo: *id, os ruego, hermano mio, á buscar para sepultarme la túnica que os dió el Obispo Atanasio.* Antonio pasmado de un conocimiento tan profético partió al momento, y anduvo mas de lo que su cuerpo estenuado parecia permitirle.

Habian llorado sus discípulos su ausencia como si hubiera sido muy dilatada. Dos de los que mas le estimaban salieron corriendo á recibirle con la mayor inquietud. „¡O padre! clamaron así que se acercaron á él, ¿en dónde habeis estado tanto tiempo? Vuestros hijos vertian lágrimas de dolor y pasaban los dias tristes privados de vuestra compañía. El Santo exclamó como fuera de sí: ¡pecador de mí, qué desgraciado soy! ¡Ah! ¡con cuánta injusticia me llamo

yo solitario! He visto á Elías, á Juan Bautista en el desierto, he visto en Pablo un morador del cielo." Nada mas dijo entonces, ni osaron preguntarle mas.

14. Al punto que tomó la túnica que venia á buscar, volvió con presteza teniendo siempre á la vista y en su memoria á Pablo. Tuvo una vision la mañana misma despues de tres horas de camino, en la que vió en medio de los ángeles y bienaventurados al santo anacoreta vestido de una blanquísima tela subiéndolo á los cielos. Inmediatamente se postró en tierra, y bañado en lágrimas dijo: *Pablo, ¿por qué me dejas sin decirme el último adiós? ¿Es posible que no te conocí sino para llorar tu pérdida?* Parecia que volaba lo restante del camino, y cuando llegó á la gruta de Pablo halló el cuerpo de rodillas con los ojos y las manos levantadas al cielo, y creyó haberse engañado en su desconsuelo; pero queriendo abrazarle conoció con amargura la verdad de lo que figuraba la vision.

Amortajó el cadáver con la túnica de Atanasio, sacóle de la gruta, y al salir cantó las oraciones que acostumbra la Iglesia. Despues de esto no teniendo instrumentos propios para cabar la tierra, se halló sumamente perplejo para sepultarle segun el uso de los fieles. Entonces vió dos leones que velozmente venian de lo interior del desierto. Tembló de espanto al principio, pero pronto descansó en la Providencia. Efectivamente estos terribles animales dirigiéndose al cuerpo de Pablo, le alhagaron con sus lenguas y colas, y despidieron como bramidos de dolor. Principiaron

despues á cabar con las uñas, é hicieron en pocos momentos una cueva mas que bastante para el cuerpo de un hombre, y se volvieron al desierto. Antonio puso el cuerpo en el hoyo, cubriólo con tierra, y puso alguna señal propia para que se pudiese conocer.

Partió á su monasterio el dia siguiente, llevando como una rica herencia la túnica que Pablo se habia hecho con sus propias manos, que era un tegido de hojas de palma, parecido al de los esportillos. Un suceso tan capáz de edificar á sus discípulos lo contó á su llegada largamente. Se gloriaba en llevar la túnica grosera de hojas de palma, sin usarla sino en los dias mas solemnes como Pascua y Pentecostes.

15. Quince años sobrevivió San Antonio al primero de los anacoretas, y no murió hasta la edad de ciento y cinco. Tanto sus austeridades como su celo en formar una infinidad de solitarios y cenobitas que formaron tambien otros infinitos, fueron siempre iguales. Aunque no poseía ninguna cualidad natural que le distinguiese, su eminente santidad le habia dado celebridad en toda la estension del mundo cristiano; y sin embargo de que no sabia leer, se conservan algunas cartas suyas, con una regla muy breve que habia dictado en la lengua de su país, y que se ha traducido al griego y al latin. A unas virtudes tan maravillosas como las de estos hombres del todo celestiales, solo los enemigos de la fe rehusaban hacer justicia. Obscurecia todas sus buenas cualidades á los ojos del herege su rival, el amor declarado á su Pastor legítimo.

16. Mas en tanto que el intruso no pensaba sino en establecer su autoridad por los medios mas indignos, Atanasio fugitivo llevó sus quejas al Padre comun de los fieles y de los Pastores de todas las Iglesias. Le presentó al Sumo Pontífice los testimonios de ochenta Obispos de Egipto que afirmaban cuanto se podia decir en favor suyo. Pero desde que el Papa le conoció personalmente, su relevante mérito, su modo de vivir santo, sabio y modesto, su rara piedad, y todas sus virtudes fueron la mas eficaz recomendacion. Convenciéronse todos desde luego de que no era odioso á los impíos sino porque les era temible. Esperimentó en sí el Papa San Julio á la primera vista de Atanasio una benevolencia hácia él, y una inclinacion irresistible que prevenia todas las reflexiones. En lo restante de su vida dió gracias á Dios de haberle hecho conocer á un Obispo tan digno. Respecto al Patriarca santo despues que trató su negocio segun las reglas de la prudencia cristiana, abandonó el cuidado de él á la Providencia. No se mostró inquieto ni agitado, ocupándose principalmente en los egercicios de piedad y en la asistencia á los divinos oficios; de modo que parecia no haber emprendido sino un viaje de devocion á los lugares santificados por el martirio de los Santos Apóstoles. No podia menos de aumentar la edificacion de los Romanos toda su comitiva digna en verdad de él. Habia traído consigo algunos solitarios de la Tebaida de una vida mas angélica que humana. Nuevo era este espectáculo en el Occidente, al que instruyó en su modo admirable de

vivir (1). Vióse entonces á las primeras señoras del Imperio pisar las delicadas telas y el fausto de la grandeza, igualando á los hombres mas austeros en la observancia de todas las reglas rigurosas del retiro y de la penitencia. Diez y ocho meses permaneci6 Atanasio en Roma esperando en vano á sus acusadores.

17. Escribi6les el Papa instándoles á que viniesen á un Concilio que sus diputados habian pedido. Púsoles término, dentro del cual si no acudian con buenas pruebas, no dudaria ya de su mala fe, y de la debilidad de su causa; pero estaban desesperados sabiendo que Atanasio estaba en Roma, adonde por lo mismo no les quedaba medio alguno de enredar, y mucho menos siendo como era el Soberano de Occidente sólidamente cat6lico, que no se entrometia en los negocios de la Iglesia sino para hacerla disfrutar de toda la libertad del Evangelio. No debia tratarse nada sino conforme á los cánones en un Concilio donde no habria ni tirano ni satélites para aterrar y violentar los ánimos, y así el testimonio de su conciencia impidi6 á los impostores el presentarse. Fingieron lentitudes, y detuvieron á los portadores de las cartas Pontificias mas del tiempo señalado. Despidiéronlos despues con una confesion de fe artificiosa como siempre, es decir, que nada espresaba de herético, pero no excluía formalmente la heregia con el término *Consustancial*.

18. El Concilio no por esto dejó de celebrarse, en el que se reunieron mas de cincuenta Obispos, mu-

(1) *Hieronym. Epist. 16.*

chos de los cuales eran de Tracia, de Siria, de Fenicia y Palestina. Asistieron tambien Sacerdotes de Alejandría perfectamente impuestos en las cosas de su Obispo, cuya causa examinaron con todas las formalidades. Pusieronse allí de manifesto los horrores de la calumnia: se demostró que el Concilio de Tiro habia sido un escándalo; y el grande Atanasio quedó unánimemente absuelto. El Concilio decidió igualmente á favor de Marcelo de Ancira, de Asclepas de Gaza, de Pablo de Constantinopla, y en general de todos los Católicos que estaban perseguidos por la faccion de los Arrianos. „Así, dicen Sócrates y Sozomeno, todos los Obispos oprimidos podian recurrir al Papa, y hallaban un apoyo en la prerogativa de su Sede, que le da derecho para cuidar de todas las Iglesias (1).”

Antiguamente se acostumbraba que por honor á la Sede Apostólica, no se daban á luz los decretos de los Concilios en que no presidia el Pontífice Romano en persona, sino por sus propias cartas, lo que despues imitó el África respecto de su Primado. Conformándose con esta costumbre escribió el Papa Julio en nombre de su Concilio á los Eusebianos. Refuta al principio sus calumnias contra los Obispos condenados en Antioquia, y pone de manifesto su justicia y la regularidad de su rehabilitacion en Roma. „Si vosotros, añade, poseeis mejores conocimientos sobre estos hechos, ¿por qué no habeis venido aquí á proponerlos al momento, diciendo que estabais prontos á responder á cualquiera sobre todos los

(1) *Socrat. lib. 2. hist. cap. 15. Sozom. lib. 3. cap. 8.*

puntos? ¿Debais llevar á tal extremo las cosas, y desacreditaros á vosotros mismos, retrocediendo con tan sospechosa cobardía, despues de haberos mostrado tan orgullosos? Mas sin hablar de Atanasio y Marcelo ¿qué contestareis á tantos Sacerdotes y Obispos perseguidos, desterrados, atormentados de mil maneras y que todos los dias nos muestran vuestras violencias, buscando aquí un asilo? ¡Ó hermanos míos! Distan mucho de las reglas del Evangelio las decisiones de vuestras Iglesias, que hablan de penas desconocidas en él, del destierro y de la muerte. Si fuesen culpados los que perseguís segun afirmáis, era indispensable escribirnos á todos nosotros, para que pudiésemos decidir de acuerdo lo que fuese mas conveniente, porque Obispos son los que sufrieron todos estos males, é Iglesias distinguidas que recibieron la fe de los mismos Apóstoles. Debais esponer en especial á nuestra Iglesia las acusaciones promovidas contra el Obispo de Alejandría. ¿No sabeis que se acostumbra escribirnos primero, y decidir despues? Mas sin haberlo hecho y obrando despóticamente ¿quereis que lo confirmemos sin conocimiento de causa?”

19. La declaracion del Sumo Pontífice animó á los ortodoxos. El usurpador de la Silla de Constantinopla, el famoso Eusebio, cargado de crímenes y de años, pues era ya viejo cuando principió el arrianismo veinte años antes, murió poco despues del Concilio de Antioquia: entonces el pueblo Católico colocó de nuevo sobre su Silla al santo Obispo Pablo, que era el titular legítimo y habia sido arrojado de

ella con tanto escándalo; mas al propio tiempo los Arrianos bajo la conducta de sus celadores, y del Metropolitano Teodoro de Heraclea, herege como ellos, ordenaron á Macedonio en otra Iglesia. Dos poderosas facciones formaron los ciudadanos adictos respectivamente á los dos partidos. Perdió la vida el mismo gefe de la tropa llamado Hermógenes, mostrando parcialidad á favor de los faccionarios mas protegidos, y subiendo de punto la turbacion en vez de apaciguarla. Con esta noticia partió el Emperador Constanzo precipitadamente de Antioquía á Constantinopla, á pesar de lo frio del invierno y de los negocios importantes que hacian su presencia indispensable en Oriente. A nadie sin embargo despojó de la vida; y enterneciéndose á vista de las peticiones del Senado, y de las lágrimas del pueblo que le salió al encuentro, concedió la existencia á aquella gran porcion de culpados; pero redujo á la mitad la cantidad de trigo que el Emperador su padre habia mandado repartir. Tambien arrojó de la ciudad á Pablo; mas sin sancionar la eleccion de Macedonio, ofendiéndose de que le habian ordenado sin darle parte, y mirándole á él y á Pablo como motores de la sedicion. Nada anuló por lo demás de lo que habia hecho el intruso, y permitió que tuviese sus juntas en la Iglesia en donde le habian ordenado.

20. Echó de ver el Papa despues de haber intentado en vano aunar los Arrianos con sus consejos particulares, que eran necesarios otros medios contra tal faccion. Dió informe al Emperador Constante de los

atentados de la impiedad, y en particular contra los Obispos de Alejandria y Constantinopla. Muy lejos el Vicario de Jesucristo de decir cosa alguna que pudiese encender la discordia entre los dos augustos hermanos, se dió traza de llevar solo al camino recto al que se separaba de él por los ruegos del Príncipe religioso, que perseveraba con una inviolable fidelidad. Contentóse pues Constante con escribirle, y esto lo hizo de una manera que pudiese ser eficaz. Exigió que tres Obispos de los que habian procedido con tan poco miramiento con sus mas ilustres compañeros, viniesen á darle cuenta de su conducta. Su poder y las circunstancias del Oriente le ponian en estado de portarse con esta soberanía; porque despues de haberse apropiado todos los dominios de su hermano Constantino, Constanzo cada vez mas ocupado en la guerra de los Persas, se daba traza de complacerle de todo punto.

Cuatro Obispos le envió á Constante, sin embargo de que no pedia sino tres, pero los sectarios procuraron elegir á los mas diestros, esto es, Teodoro, Obispo de Heraclea, Narciso de Neroniade, Máris de Calcedonia, y Marcos de Aretusa en Siria. Quisieron estos artificiosos diputados justificar lo hecho en el Concilio de Antioquía; mas los Occidentales menos profundos en la cuestion acudieron desde luego al hecho y exigieron ante todo su confesion de fe. Estos presentaron segun su costumbre un símbolo obscuro, que ni era verdaderamente herético, ni bastaba contra el error. Descubrió su ponzoña San

Maximino de Tréveris, por lo que les negó su comunión: y dirigido el jóven Emperador por un Pastor tan bueno siguió pura é inviolablemente adicto al símbolo de Nicéa, y echó de ver del todo que no se perseguía á Atanasio, sino porque le defendia mejor que nadie. Fuéronse los diputados pues muy poco satisfechos de su comision, y Constante pensó con seriedad remediar las disensiones que desolaban la Iglesia.

21. Aparentó Constanzo aprobarlo todo. Los Persas hacian la guerra mas activamente, y Sapor su Rey era un enemigo formidable, un Príncipe de grande ingenio y valor, de una osadía, orgullo y crueldad terrible; sobre todo era enemigo furioso contra el nombre Romano, y esta fue la causa porque los Cristianos de sus estados padecieron mucho durante su largo reinado. Habiendo nacido y estendiose el cristianismo especialmente en el Imperio, muchas veces los bárbaros no diferenciaban entre el nombre Romano y el nombre Cristiano, y confundian con error dos tan distintos objetos, sin pensar que mucho tiempo antes estaba la fe establecida en las demás naciones. Habian predicado en las mismas provincias de Persia los mismos Apóstoles, y la primera epístola de San Juan Evangelista prueba que su predicacion tuvo felices resultados. Aumentóse considerablemente por el comercio de la Osroena y de la Armenia; y en tiempo de Sapor habia numerosas Iglesias en todos sus estados.

Miraban con grande despecho los Magos, que se

consideraban como tribu sagrada en la que el sacerdocio era hereditario, los progresos de la Religion estrangera, que desacreditando el culto del sol, acababa cada dia el poder y la fortuna de estos sacerdotes interesados. Animábanlos por otra parte los Judíos que eran muchos en Persia, y mucho mas furiosos que los idólatras contra los Cristianos, los que fueron acusados de mantener inteligencia con los Romanos. Por lo que Sapor sin mas examinar los oprimió con impuestos, cuyo cobro encargó á unos hombres implacables (1). Pasado poco tiempo mandó degollar á todos los Sacerdotes Cristianos, demoler las Iglesias y quemar muchos monasterios establecidos en lo interior de la Asia mayor, antes que el nombre de solitario se conociese en Occidente. Mandó comparecer en su presencia á Simeon, gefe principal de los fieles y Obispo de las ciudades regias de Seleucia y Ctesifonte. Distaban poco una de otra estas dos ciudades, y estaban situadas sobre las dos orillas opuestas del Tigris: Seleucia era silla del imperio de los Partos y Ctesifonte del de los Persas, cada una con privilegio de capital.

El santo Obispo se presentó cargado de hierro, y el Rey le mandó adorar al sol, prometiéndole grandes recompensas si obedecia, y amenazando destruirle con todos los fieles si resistian. No se esperaba, ni lo esperaban los idólatras, conmovér á la cabeza de la verdadera Religion; mas creían conseguirlo con el

(1) *Socrat. lib. 2. hist. cap. 8. et 9. Ruinart. Act. Sincer. Mart. num. 632.*

tiempo. Despues de una confesion generosa ordenó Sapor que le llevasen á una cárcel. En el tránsito vió el Confesor al eunuco Ustazades que habia educado al Rey desde su mas tierna infancia, y ocupaba uno de los primeros puestos en la corte. Ustazades era Cristiano en el alma, y si habia renunciado á Jesucristo era contra su conciencia y solo por conservar su fortuna. Hízole vivas reprensiones el Obispo, y aun despreció las señales de benevolencia y veneracion con qué le previno el apóstata. Concibió este al momento todo el peso de su culpa, vertió un torrente de lágrimas, y mostrando su dolor segun el modo espresivo de los Orientales, dejó el vestido blanco que llevaba, tomó el de luto y sentóse á la puerta de palacio sollozando y gimiendo.

El Rey le mandó llamar, y preguntóle si le habia sucedido alguna desgracia doméstica. „No señor, respondió; pero ¡ojalá que á costa de todos los infortunios de este mundo hubiera evitado yo el delito, causa de mis remordimientos! Han llegado á serme odiosas la vida y la luz, no puedo mirar sin estremecerme ese sol que fingí reconocer por un Dios, y que adoraba por complaceros. Merezco la muerte por haber engañado á mi Rey, y por haber apostatado de mi Dios.” Sapor, admirado, no sabia qué hacerse ni qué resolver, porque amaba tiernamente á este viejo que le habia servido mucho tiempo de padre, y atribuía su mudanza á los engaños de los Cristianos. Valióse tanto de caricias como de amenazas, mas viendo que todo era inútil, mandó que lejos de él le corta-

sen la cabeza. Queriendo resarcir el penitente el escándalo de su apostasia, pidió al Rey por última gracia que un pregonero público declarase por toda la ciudad que Ustazades era condenado, no por haber obrado contra su Príncipe, sino por no haber querido renegar de su Dios. Convino Sapor en ello tanto mas gustoso, quanto este egemplo de severidad le parecia uno de los mejores para aterrar á los Cristianos.

El santo Arzobispo Simeon fue conducido á presencia de Sapor á la mañana siguiente dia de viernes santo; y el Rey á quien se mostró muy firme en la fe le condenó como á Ustazades á muerte. Padecieron antes á vista del Prelado mas de cien Cristianos Obispos y Eclesiásticos, sin que se desmintiese la firmeza de ninguno de ellos. Ananias tan solo pareció algo amedrentado; mas el intendente de los obreros llamado Pusiqués, Cristiano celoso, tuvo la generosidad de decirle: *valor Ananias, cierra por un instante los ojos á las vanidades del mundo, é irás á disfrutar de la luz del cielo.* Apenas profirió estas palabras cuando fue preso él mismo y llevado al Rey. Confesó la fe con tal libertad que escitó contra sí las invenciones mas bárbaras y crueles. Su hija que habia consagrado su virginidad al Señor, fue al instante delatada y muerta.

Pronuncióse pena de muerte por todo el reino en el año siguiente y en el mismo dia de viernes santo, así contra los Eclesiásticos como contra cualquiera que confesase ser Cristiano. Esparciéronse los Magos por

las ciudades y aldeas, entraron en todas las casas é hicieron las mas rigurosas pesquisas, sacrificando indistintamente á todas las personas, y en el palacio real á las que parecian mas queridas del Rey. Padeció en esta confusion el eunuco Azades, mas necesario que Ustazes, y tan amado de Sapor, que condenó este furor ciego, y vedó quitar de esta manera la vida á los Cristianos. La persecucion se redujo entonces á los Eclesiásticos; pero la restriccion la hizo mas furiosa contra el objeto que se reservaba. Entonces Sadoth, sucesor de Simeon en el Obispado de Ctesifonte y de Seleucia, fue la víctima principal. Este por prudencia habitaba en la ciudad donde no estaba la corte, esto es, en Seleucia. Pero pasando allá el Rey en persona, mandó prender al nuevo Obispo con los Clérigos, solitarios y vírgenes consagradas que se encontraron, en número de doscientos veintiocho. Tuviéronlos cinco meses en un horrendo calabozo, y se les sacaba de tiempo en tiempo para atormentarlos entre unos maderos que les apretaban de tal manera los riñones y las espaldas, que se oían crugir todos sus huesos. Mientras el tormento se les repetia muchas veces: *obedeced al Rey que os manda adorar al astro benéfico del dia, y en vez de suplicios recibireis copiosos favores del Rey; mas respondian: adoramos al Criador de todo el mundo, y no al sol que es obra suya.* Por fin les cortaron la cabeza. Tenia Sadoth dos hermanas consagradas á Dios, una vírgen y otra viuda que fueron presentadas al gefe de los Magos para formarles su causa; y el lujurioso pontífice, sen-

sible á la hermosura de la vírgen llamada Tár-bula, mandó decirla secretamente que si queria casarse con él, buscaria medio de libertarla, y tambien á su hermana. Tár-bula respondió con indignacion, que tenia ya un esposo muy distinto, y que no temia una muerte que la juntaria con el objeto de su casto amor y con el santo Obispo su hermano. Entonces el sacerdote lleno de furor hizo que condujesen á las dos hermanas fuera de la puerta de la ciudad; y atadas á una estaca, la una por el cuello y la otra por los pies, las serraron por medio del cuerpo, cuyas mitades colgaron, chorreando sangre, de unos leños plantados á cada lado de la calle.

22. Mucho mas bárbara fue la persecucion en la provincia de Adiabena, situada sobre las fronteras del Imperio Romano, y casi toda Cristiana. Confesando á Jesucristo hasta el último suspiro pereció en el tormento el Obispo Aceptimas. Hubo un sin número de Mártires de todos estados en todas las provincias indistintamente. Consérvanse los nombres de veintitres Obispos, entre los que estaba Dausas, que fue preso en un lugar llamado Zabdeo, y martirizado con cerca de doscientas cincuenta personas. Entre los Mártires de Persia y los de las naciones cultas, no hubo diferencia sino en el heroismo, mas necesario en los primeros, para hacer frente á la barbaridad mas atroz. La memoria de diez y seis mil Mártires entre hombres y mugeres, fue venerada por largo tiempo. Tantos fueron los demás que nunca se pudo saber el número fijo, por mas cuidado que en esto pusieron

los fieles de Persia y los de Siria sus vecinos (1).

23. El cristianismo no hacia menos progresos en las demás regiones. Mucho contribuyó el Emperador Constanzo, celoso á su modo, á establecerle entre los Omeritas, que eran los antiguos Sabeos, situados á la estremidad de la Arabia feliz, hácia el Occéano, cuya religion era antes una idolatría amalgamada de judaismo. Envió Constanzo Embajadores con grandes presentes, pidiendo libertad de edificar entre ellos Iglesias para uso de los comerciantes Romanos y naturales del país que profesasen la Religion del Imperio. Cierta Teófilo, indio de nacimiento, era el mas conocido de estos Embajadores, el que habiendo sido dado en rehenes á Constantino el grande desde su mas tierna edad, habia abrazado no solo la fe, si que tambien la vida monástica. Hiciéronle conferir los Arrianos, á quienes era adicto, la dignidad de Obispo para esta mision: esta buena obra fue emprendida con ardor por aquellos partidarios, envidiosos sin duda de que Atanasio acababa de envitar al santo misionero Frumencio á los Etiopes, que moraban al lado de acá del mar Rojo. No dejó de tener el resultado mas feliz la empresa de Teófilo, pues el Príncipe de los Omeritas se convirtió, y quiso costear por sí mismo tres Iglesias, una en Dafár, capital de su estado, y las otras dos en las ciudades principales donde comerciaban los Romanos y los Persas.

24. Esforzábanse así los Arrianos para acreditar

(1) *Sozom. lib. 2. hist. cap. 14. Philostr. lib. 3. cap. 4. et seq.*

una orgullosa secta, que no se limitaba á dominar en las provincias de Constanzo. Reuniéronse de nuevo en la ciudad de Antioquía pasados apenas cuatro años despues de su Concilio de la Dedicacion, y con algunos Obispos de los mas ingeniosos del partido enviaron al Occidente una nueva fórmula de creencia que habian formado. Hallaron á los Occidentales juntos en Milán, y al Emperador Constante en medio de ellos muy ocupado en buscar algun remedio á las calamidades de la Iglesia. Poseido de veneracion por todas las grandes cualidades de Atanasio, decia muchas veces, que su delito no era mas que su celo y su talento en defender la fe. Llamaba tramas inicuas las últimas injusticias que se le habian hecho y duraban todavía, creyéndose indispensablemente obligado á acabarlas. Llamó á Milán al santo Obispo, y Atanasio obedeció lo mas pronto que pudo. Acabó de subir de punto el celo del jóven Emperador cuando oyó de boca del Patriarca todo lo concerniente al estado deplorable de la Religion en Egipto y en todo el Imperio de Oriente.

Habian pedido de nuevo á este buen Príncipe el Papa San Julio, San Maximino, Obispo de Tréveris, y el grande Osio de Córdoba, que escribiese á su hermano Constanzo, para convocar de acuerdo un Concilio general del Oriente y del Occidente, en el que se examinasen y decidiesen sin apelacion las acusaciones de los Prelados separados de sus Sillas (1): pro-

(1) *Athanas. Apolog. 1. Socrat. lib. 2. hist. cap. 20. Sozom. lib. 2. cap. 11.*

yecto que inquietaba en gran manera á los Obispos Arrianos; mas su protector viéndose instado de una manera irresistible, convino recíprocamente en que se celebrase el Concilio en Sárdica en Iliria, en los confines de los dos Imperios, á fin de que los Obispos de uno y otro pudiesen acudir cómodamente y no pudiesen alegar pretesto alguno.

Habiendo procurado de este modo el Papa Julio la convocacion del Concilio, señaló tambien de acuerdo con los Emperadores el tiempo de la celebracion para este mismo año de 347. Aunque el término era bastante corto por el temor de que alguna de las potencias, al menos la mal intencionada, mudase de parecer, no dejaron de acudir Obispos de mas de treinta y cinco provincias, hasta de las mas distantes, teniendo todos el tiempo necesario para llegar á Sárdica. Ignórase no obstante el número cierto de estos Padres exagerado por algunos autores y muy disminuido por otros. Lo mas verosímil es que rayaban á doscientos, sin contar los que recibieron copias del Concilio, y firmaron unánimemente con los que habian decidido, de manera que vinieron á ser mas de trescientos. Distinguíanse entre los Obispos presentes sobre todos Osio, llamado desde entonces padre de los Concilios, Protógenes, de la misma ciudad de Sárdica, Vicente de Capua, Verísimo de Leon, Maximino de Tréveris, Eufratas de Colonia, y Grato de Cartago, todos venerables por sus canas, por su esperiencia, por su doctrina y virtudes. No pudiendo separarse sin riesgo el Papa Julio del centro de los negocios eclesiásticos,

envió sus dos legados Archidamo y Philógenes, Presbíteros, y al Diácono Leon.

Fueron de parte de los Eusebianos los principales Obispos Teodoro de Heraclea, Menofantes de Éfeso, Narciso de Neroniade en Cilicia, Estévan de Antioquia, Georgio de Laodicéa, Acacio de Cesaréa de Palestina, Ursacio y Valente de Pannonia, y el famoso Isquiras, al que ensalzó su partido al Obispado, en compensacion de todas sus maniobras contra San Atanasio. No se ocultaba á los hereges la debilidad de su causa; y á falta de buenas razones llevaron consigo dos oficiales revestidos de la dignidad de Condes, para dominar como lo habian hecho en el conciliábulo de Tiro; mas encontraron una junta muy diferente, y toda eclesiástica, incapáz de aterrarse á la vista de gente armada, ni por el magestuoso aparato del poder secular. Habia vedado por otra parte del modo mas fuerte el Emperador Constante entrar en el Concilio á todo lego, ó impedir en cosa alguna la libertad de los votos. Compareció Atanasio, que creían no osaria ni aun á presentarse, con toda la seguridad de la inocencia reconocida, y parecia desafiar á sus enemigos soberbios, obligados á contestar por su parte á unos acusadores que no querian ser oidos sino con la prueba y evidencia en la mano. Enseñaban las cadenas con que se les habia aprisionado varios Eclesiásticos ultrajados con violencia: unos Obispos defendian á otros aun desterrados; y los parientes ó amigos de los que fueron muertos pedian justicia de estos sacrilegos atentados. Traían á la memoria entre otras cosas la ope-

sion de un Obispo llamado Teodulo, que se vió obligado á andar errante ó fugitivo, lejos de su Iglesia, y á morir en fin en su fuga. Enseñaban algunos las heridas aun sangrientas que habian recibido. Se quejaban de los horribles ultrajes, no solo los particulares sino tambien Iglesias enteras, hechos al santuario, á los Clérigos y á las vírgenes, por no haber querido comunicar con los secuaces del impio Arrio. Acababan de desampararlos dos Obispos de Arabia, Astero y Macario, que habian llegado á Sárdica en compañía de los Eusebianos, para reunirse á los ortodoxos, y descubrieron las tramas odiosas de estos pérfidos sectarios.

Estrañas inquietudes causaban á estos tantas revoluciones no esperadas. Siguiéron encerrados en el palacio adonde se les habia alojado, y convinieron entre sí en no entrar en la asamblea general, é impedir á todos los Occidentales que compareciesen en ella, y retirarse ellos mismos con el primer pretesto que se les proporcionase, queriendo mas avergonzarse de su fuga que aguardar una condenacion que no podian evitar. Interesábales muy poco el honor; y su fortuna que les importaba mucho mas, quedaba segura bajo la proteccion de Constanzo, que nunca permitiria que se les desposeyese en realidad de sus Sillas. Representóseles, pero sin frato, que ó no debian venir al Concilio, ó debian comparecer á sus sesiones; que les importaba avistarse con unos contrarios contra quienes ostentaban tener tan buenas pruebas; que despues de este juicio contradictorio, no podrian pretestar que

se les habia condenado sin oírlos, y que unas sentencias tan solemnemente confirmadas quedarian irrevocables para siempre. Sin fruto se les decia todo esto, pues la voz de su conciencia les decia aun mas claramente que no saldrian triunfantes de una junta canónica.

Primeramente respondieron que no podian encontrarse en un Concilio que tenia relaciones con Atanasio, con Marcelo de Ancira y otros Obispos ya condenados; pero substituyendo súbitamente á la hipocresía la política, fingieron que su Emperador los llamaba para celebrar una victoria contra los Persas. El Concilio instó sin detenerse en esta frívola excusa, á que vinieran á defenderse de las acusaciones intentadas contra ellos, si no querian ser juzgados con rigor, y ver absueltos á los que perseguian. Nada de esto cambió sus disposiciones, pues partieron aceleradamente y se retiraron á Filipópolis en Tracia, ciudad del imperio de Oriente, poco distante de Constantinopla, en la que tuvieron la quimérica pretension de formar por sí solos un Concilio que fuese ecuménico.

Atanasio no tenia necesidad de otra justificacion. Sin embargo quisieron los Padres que se justificase; mas probó tan claramente su inocencia con la indignidad de los procedimientos egecutados contra su persona y contra su Clero, que los Padres del Concilio no pudieron detener las lágrimas, y le consolaron con las demostraciones de la mas tierna compasion. Se espidieron al punto cartas sinodales, notificando

á las Iglesias de Egipto y Libia, en especial á la de Alejandría, la justificación del santo Patriarca, y los deseos de toda la Iglesia para recibirle según sus merecimientos. Después de examinadas todas las quejas contra los Eusebianos las tuvo el Concilio por tan bien fundadas y tan justas, que privó á ocho de sus principales Obispos, no solo del obispado, sino también de la comunión de los fieles; convenciéndoseles claramente del designio que tenían de hacer triunfar el arrianismo, y de sus continuas violencias contra todo el que rehusaba tener parte en su comunión herética. Así Gregorio, aquel detestable Capadocio que había usurpado la Silla Patriarcal de Alejandría tan cruel como impiamente, fue depuesto y excluido para siempre del obispado, y todos los súbditos que había ordenado privados de las funciones de su orden.

25. Examináronse después de la causa de Atanasio, las de Marcelo, Obispo de Ancira, y de Aseleplas, Obispo de Gaza, depuestos también por los Eusebianos. Se los volvió á sus Iglesias de las que fueron arrojados Basilio y Quinciano, elegidos por los hereges. Según dijimos, el Papa Julio había recibido ya á su comunión á Marcelo y Aseleplas; porque no eran víctimas de sus adversarios, sino por su horror al arrianismo. Es verdad que la rehabilitación de Marcelo muy calumniado en Oriente fue siempre disputada por los Orientales, y San Atanasio se negó á lo menos en adelante á comunicar con él. Hablan de él, como de un herege imbuido en las mismas impiedades que Photino, San Hilario, San Basilio, San Juan

Crisóstomo, con otros muchos Doctores respetables; mas no se trataba en Sárdica ni de los sentimientos ocultos de un seductor ingenioso, ni de las variaciones de un espíritu inconstante, el que con efecto es reprendido de haber vuelto á su vómito.

26. Propusieron después algunos individuos del Concilio que se hiciese una fórmula nueva de creencia (1); pero la proposición fue al momento rechazada como injuriosa á la confesión de Nicéa, que con su pretensión suponían defectuosa y como autorizando la manía arriesgada de tocar á los antiguos símbolos. No sucedió lo mismo con la disciplina, que varía según las épocas y sobre la que se formaron veinte Cánones nuevos.

Dió á conocer Osio, que proponía las materias, cuán pernicioso sería el que se introdujese la costumbre de mudar de obispado: que el motivo interesado de estas traslaciones era claro, porque los pastores inconstantes nunca dejaban una diócesis grande por otra menos considerable. Pareció este abuso tan escandaloso á los Padres de Sárdica que determinaron (2), contra los que en adelante se hiciesen culpables de él, la privación de la comunión hasta en la muerte; circunstancia que se debe entender, ó de la reconciliación solemne, ó de algún caso singular en que la obstinación hiciese al sujeto indigno de todo género de reconciliación; sin lo que no se podía concordar consigo mismo este sabio Concilio, que esplica ó mitiga lo que le había parecido muy riguroso en

(1) *Theodoret. lib. 2. hist. cap. 8.* (2) *Can. 2.*

algunos reglamentos locales pertenecientes al abandono aparente de ciertos pecadores al morir. Observóse la misma severidad sobre el artículo de la residencia (1): pues este Concilio vedó de todo punto bajo pena de deposición todos los viages de los Obispos á la corte, á no ser con orden formal del Emperador, ó en una necesidad evidente. Autorizó (2) á los Obispos de las ciudades situadas en los caminos principales, para procurar la egecucion de esta ley, informándose cuando viesen pasar otro Obispo de qual era el término y la causa de su viage.

Dispúsose tambien el modo general de proceder contra los Obispos; y he aquí los términos de este cánón el mas famoso de Sárdica. „Si un Obispo condenado en su provincia, se cree mal juzgado, los jueces de la causa escribirán al Obispo de Roma para honrar la memoria del bienaventurado Pedro su antecesor; y si el Pontífice juzga que debe abrirse de nuevo el juicio, se principiará otra vez, y pondrá jueces de aquel término ó lugar; pero si no encuentra nada que reformar en la sentencia, quedará confirmada por el mismo y concluida la causa.” Añaden que el Papa podrá encargar el juicio de estas apelaciones á los Obispos de la provincia vecina, y aun enviar un Sacerdote en calidad de su legado segun su prudencia lo juzgue oportuno. No era esto conceder á la Silla Apostólica una jurisdiccion de que careciese, sino arreglar el curso de la causa por el buen orden de la gerarquía. Ha guardado con mucho

(1) *Can. 6. et 12.* (2) *Can. 3., 4. et 5.*

celo la Iglesia de Francia esta forma en los litigios de sus Prelados, que en efecto fueron constantemente juzgados en el reino por sus comprovinciales ó por sus vecinos. Estas fueron las disposiciones principales de la disciplina del verdadero Concilio de Sárdica (*).

27. Reuniéronse en Philipópolis los Orientales retirados del congreso general para paliar algun tanto esta infamia impresa sobre la impiedad arriana, y quisieron dar á su conciliábulo la autoridad y el nombre de Concilio legítimo. Fueron de tal modo engañados muchos Católicos ilustrados, que la confesion de Philipópolis está en los fragmentos de San Hilario de Poitiers, con el nombre de simbolo de Sárdica. Presentaba un sentido muy ortodoxo, y solo le faltaba la palabra *Consustancial*; mas los impostores que la inventaron, no usaron de la misma circunspeccion en el resto de su conducta. Su temeridad llegó hasta escomulgar á los Prelados mas respetables del Occidente, Osio de Córdoba, San Maximino de Tréveris, y hasta al Papa San Julio. Dieron á luz una carta sinodal firmada en Sárdica, donde pudie-

(*) Terminado el Concilio de Sárdica, y habiendo regresado el grande Osio á su Iglesia de Córdoba, juntó este mismo año un Concilio en su ciudad, y lo presidió él mismo. En él confirmaron los Padres quanto se habia determinado en el de Sárdica, y protestaron todos de nuevo su adhesion y firmeza en sostener el simbolo de Nicéa. El Emmo. Señor Cardenal de Aguirre tiene á este Sínodo por nacional ó plenario de España; de donde se colige el espíritu verdaderamente Católico que reinaba entonces en esta santa Iglesia. Véase el tomo 1. de la coleccion de Concilios de Aguirre.

ron escribirla en efecto, y la dirigieron á todos los Obispos del mundo Cristiano, y entre otros á Donato, Obispo donatista de Cartago. Procuraban con ansia atraer á los cismáticos á sus intereses, y oponerlos á los Católicos de aquella Iglesia distinguida, singularmente á Grato su Obispo, que se habia encontrado en el Concilio de Sárdica, con treinta y cinco de sus sufragáneos; pero ni aun tuvieron esta miserable satisfaccion, pues los Donatistas perseveraron en la fe de la consubstancialidad, y en el horror del arrianismo, aunque sin volver á la unidad.

28. Grato, segun parece, á su regreso de Sárdica habia pedido al Emperador Constante, que estendiese sus cuidados á las Iglesias del África. Envió allá al punto dos comisarios distinguidos este Príncipe siempre dispuesto á servir á la Religion, encargados solo aparentemente de repartir limosnas y socorrer á los necesitados en cada Iglesia; mas debian exhortar á todos á que abandonasen el cisma y tornasen al seno de la unidad católica, sin emprender cosa alguna que pudiese parecer violencia. Estendieron sin embargo la voz los cabezas de los Donatistas de que no iban con otro intento que el de perseguirlos, y el falso Obispo Donato declamó contra estos comisarios Imperiales con la mas grande insolencia, habló del mismo Emperador con injurias, y vedó por do quiera recibir las limosnas.

Alzó altamente la bandera de la rebelion otro Donato, Obispo donatista de Bagaya, congregando los circunceliones, aquellos bandidos fanáticos que des-

truían los campos con las armas en la mano, y á quienes los mismos Obispos cismáticos se vieron obligados á abandonar al rigor de las leyes. Fue indispensable recurrir á Silvestre, Conde de África, el que los echó de sus ciudades con su Clero; pero los rebeldes no se sujetaron sin pelear, y así las gentes armadas de una y otra parte inundaron el pais de sangre y estragos (1). Arrojóse desesperadamente en un pozo Donato de Bagaya, al ver que su partido era el mas débil. Un tal Marculo se echó de una alta roca; y los Donatistas honraron á estos enemigos públicos como si fueran mártires.

Sin embargo que los Obispos católicos no tuviesen la menor parte en los rigurosos medios que el amor al orden, y una justa defensa hacian indispensables, no por esto dejaron los cismáticos de servirse de esta ocasion para alzar calumnias á la Iglesia, y los caudillos del cisma se manifestaron mas obstinados; pero muchas gentes volvieron á obedecer á los legítimos Pastores.

29. Grato reunió despues de todas las provincias de África un numeroso Concilio, nombrado comunmente el primero de Cartago: bien que antes hubo allí otros muchos, particularmente en tiempo de San Cipriano; mas este es el mas antiguo cuyos cánones hayan llegado hasta nosotros. Contener los abusos introducidos por el cisma, fue su principal intento. Juzgaban los cismáticos por nulo el bautismo conferido fuera de la comunion de Donato; y el Concilio veda

(1) *S. August. Tract. 11. in Joan.*

en general bautizar de nuevo á los que ya lo hayan sido en el nombre de la adorable Trinidad. Tampoco consiente tributar los honores del martirio á los que se hayan abismado ó muerto de cualquier manera por entusiasmo, fanatismo ó desesperacion. En fin se condena la usura sin distincion de estados.

30. Supo Constante, que no se concretaba solo á hacer que floreciese la Religion en sus provincias, los nuevos escesos de los Eusebianos, que tenian siempre la proteccion de Constanzo. Degollaron diez personas por su amor á la antigua fe en Andrinópolis, adonde pasaron despues de su desercion de Sárdica. Murió por la misma causa Lucio, Obispo de la ciudad, con aquellas ovejas predestinadas. Fueron desterrados despues de haber padecido las mas crueles vejaciones los dos Obispos de Arabia Macario y Astero, que habian hecho á sus seductores la afrenta de separarse de ellos á su llegada á Sárdica. Mas el blanco de su odio era el grande Atanasio. En los puertos y en las puertas de las ciudades por donde debia pasar pusieron guardias por mucho tiempo, y aun enviaron órdenes á los Jueces de Alejandria para que si este Patriarca ó algunos Eclesiásticos de su parcialidad estaban en la ciudad ó en su territorio, los degollasen.

31. Forzaron á Constante á proceder seriamente con su hermano tantos atentados reiterados tantas veces. Los errores de Photino, Obispo de Sirmio, que eran cuasi los mismos que los de Pablo de Samosata, se acababan de condenar en Milán, donde el Emperador de Occidente tenia su corte. Pronunció su sen-

tencia el Concilio de Sárdica contra Ursacio y Valente, que principiaban á hacer el primer papel entre los sectarios, aunque faltos de ciencia y sin mas principios que el ansia de hacer fortuna por el crédito de una secta intrigante. Fueron reducidos á pedir perdon de sus errores estos hipócritas, que sabian el arte de acomodarse á las circunstancias; mas el Emperador y los Obispos de Occidente aspiraban á egecutar por entero todos los decretos de Sárdica, y á restablecer los Prelados Orientales depuestos sin justicia. Los Obispos de Capua y Colonia Vicente y Eufratas, á quienes asoció Constante al Pretor Saliano, con el carácter de ministro suyo, y con una carta para su hermano, fueron enviados al Emperador Constanzo para esto: y en la carta le hablaba como un Príncipe que ya no confiaba en promesas aparentes; y al mismo tiempo que le pedia le daba á entender á lo que se espone si despreciaba su peticion.

32. Echaron de ver los Arrianos todas las consecuencias de esta delegacion, y para impedir su resultado resolvieron perder á los Obispos diputados. Estaba Constanzo en Antioquia, cuyo Patriarca Estevan, uno de los emisarios del partido, no se negaba á trama alguna. Un jóven sin vergüenza solicitó, á ruegos de este vil Obispo, á una muger pública para que pasase la noche con unos estrangeros, asegurándola que la recompensarian liberalmente sin esplicarse mas. Vino á la hora señalada, y entendiéndose con un criado de la casa en donde estaba Eufratas, fue introducida al cuarto en que este dormia. El Obispo

despertó al ruido que movió al entrar, y preguntó quién era, y no oyendo sino la voz de una muger, prorrumpió con un grito de sorpresa é indignacion (1). Acercáronse al momento con luz á su lecho muchos falsarios apostados para dar testimonio, y sin mas pruebas que lo sucedido comenzaron á tratar al Obispo de criminal. Viendo la muger por su parte el aspecto de un viejo venerable, y las insignias de un Obispo, gritó en el primer movimiento, que la habian engañado. Corrieron en tropel todas las gentes de la casa, cerraron las puertas, y prendieron siete falsarios, los que fueron puestos en custodia con la muger.

Divulgado el suceso al dia siguiente por toda la ciudad y la corte, instó vivamente el Pretor Saliano á Constanzo para que aclarase este misterio de tinieblas. En el palacio se hicieron las informaciones, y se procedió segun las fórmulas tanto civiles como eclesiásticas, las que ya entonces eran diferentes. Protestaron los Obispos contra la efusion de sangre y el tormento: Saliano por el contrario, y el Emperador, á quien él supo persuadir ó intimidar, opinaron que se aplicase el tormento, y apenas lo hicieron cuando los arrestados descubrieron toda la trama, quedando testificado que habia sido urdida por orden del Patriarca Estévan. Entregaron el Prelado culpable á los Obispos que estaban en la corte, los que le depusieron separándole de su Iglesia.

33. Mas los Arrianos tuvieron aun bastante crédito para substituir á Leoncio, uno de aquellos malos

(1) *Theodoret. lib. 2. hist. cap. 9.*

súbditos á quien San Eustacio habia negado como á Estévan la entrada en su Clero. Decíanle á este el eunuco, porque se habia mutilado por una intencion aun mas reprehensible que la accion misma (1). Amába en extremo á una jóven que habia seducido, á la cual hacia pasar plaza de vírgen libre de toda sospecha; mas viéndose precisado á romper este comercio impuro, se habia castrado por sus propias manos para conservar la libertad de habitar á lo menos con el objeto de su pasión. Depusieronle por esta razon y conforme á los cánones de Nicéa del Sacerdocio á que habia sido elevado despues de la espulsion de San Eustacio, lo que no estorbó á los Arrianos para ensalzarle al fin á la gran Silla de Antioquia.

34. Este extraño Patriarca entrometió en el Clero y defendió en cuanto pudo á Aecio (2), pretendiente aun mas despreciable é hijo de un malhechor ajusticiado en público, reducido él mismo á la esclavitud, despues calderero y ladron conocido en su oficio, luego médico ó charlatan, sofista ridículo, y por último dogmatizador tan grosero y tan impío, que el pueblo le apodó con el sobrenombre de ateo. Conseguió sin embargo una odiosa pero grande fama por ser mas conseguiente que los otros sectarios de Arrio, y se puso al frente de otra secta de Arrianos, que pareció nueva, porque era la mas osada ó la menos disimulada. Afirmó pues que el Verbo no solo no era ni consubstancial ni igual al Padre, pero ni aun parecido á él: temeridad á que habia llegado profundi-

(1) *Theodoret. lib. 2. hist. cap. 24.* (2) *Philostr. lib. 3. cap. 5.*

zando en los misterios del Ser Divino, los que se jactaba de entender con tanta claridad como se conocia á sí mismo, aunque apenas tenia la menor instruccion en las divinas Escrituras, y mucho menos en las obras de los Padres. Algunas nociones confusas de Lógica, un amor escésivo á argüir con mucha presuncion, y una gran fuerza de pulmones formaban todo su mérito. Nunca pudo persuadirse que hubiese una generacion eterna en Dios, porque no hallaba medio de concordarla con las categorías de Aristóteles. Respecto á las costumbres, ningun aprecio hacia de los ayunos, ni de las oraciones, ni de género alguno de buenas obras, ni aun de la observancia de los preceptos del Decálogo; limitando todo el cristianismo á la fe ó al conocimiento del Ser Supremo. Un dia que se lamentaban delante de él algunos de los mas groseros escesos cometidos contra la castidad, se burló sin vergüenza y calificó esta pasion vergonzosa de necesidad tan natural é indiferente como el rascarse cuando tenemos comezon: tal era su indecente modo de esplicarse.

35. Principió á conocer el Emperador Constanzo unos escándalos tan monstruosos. Sea por rectitud de alma, ó bien por temor á su hermano alzó el destierro á los Sacerdotes y Diáconos de Alejandría adictos á San Atanasio, vedando mclestar á nadie por esta causa. Habiendo muerto el usurpador de esta Silla, consultó este Príncipe á los Obispos de Oriente; los que le aconsejaron restableciese á Atanasio, antes que esponerse á una guerra civil. Escribióle al

punto una carta muy espresiva, dándole á entender que estaba poseido de la mayor compasion por lo que habia sufrido mientras su destierro, y convidándole á volver cuanto antes para ser la felicidad y la alegría de sus ovejas. No se apresuró Atanasio á venir, como que sabia por esperiencia el fingimiento natural de este Emperador, y el poder que sobre él egercian los malvados que le rodeaban. Constanzo le escribió segunda y tercera carta, haciendo que le escribiesen tambien los oficiales, en quienes sabia que Atanasio tenia mas confianza; y por último condescendió el santo Patriarca y partió para Alejandría. Como no habia querido dejar el Occidente sin ver al piadoso Emperador creyó que convenia hacer lo mismo con Constanzo, y pasó por Antioquia, en la que algun tiempo antes se habia fijado la corte. El Príncipe le hizo las mayores honras, y manifestó un placer extraordinario al verle, y aun parecia que obraba de buena fe, prometiéndole con juramento que no oiria mas las calumnias que se publicasen contra él. A pesar de esto vivió Atanasio en la corte de este Príncipe como en todas partes. No comunicó absolutamente con el Patriarca Leoncio en todo el tiempo que permaneció en Antioquia; sino solo con los Eustacianos, á saber, con los fieles adictos á la doctrina del último Patriarca ortodoxo, la que seguian en toda su pureza, aunque estaban en el centro de la heregía. El Emperador antes de dejar ir á Atanasio le pidió una Iglesia de Alejandría para los que no eran de la comunión del santo Patriarca. *Vengo en ello,*

respondió con una presencia de espíritu admirable, con tal que se conceda otra en Antioquía á los fieles que conservan la fe de Nicéa. Justa pareció al Príncipe la proposición, mas los Arrianos no la quisieron aceptar, persuadidos de que su doctrina no haría grandes progresos en Alejandría, bajo de un Obispo como Atanasio; y que por el contrario, si los Eustacianos obtenían una Iglesia para reunirse libremente pronto resucitaría en Antioquía la fe antigua por su divino influjo y por la fuerza de la verdad. Constanzo no le pidió nada mas, y aun envió á sus diócesis á Marcelo de Ancira y á Asclepas de Gaza.

Atanasio tomó su camino por Palestina, cuyos Obispos en general pensaban con rectitud, y abrazaron altamente su comunión hasta diez y siete, siendo el primero de ellos Máximo de Jerusalem. Inmediatamente entró en Egipto desde allí, y no es dado explicar la alegría que mostraron todos al verle despues de tantas persecuciones y de tan larga ausencia: alegría digna en verdad de la causa que la producía. Celebrábanse inocentes convites en los que los pobres tenían la mejor parte: eran vestidos los huérfanos y las viudas: los maridos y sus mugeres celebraban á porfía las alabanzas del Hijo de Dios triunfante de sus blasfemadores: las casas particulares parecían otras tantas Iglesias destinadas á las divinas acciones de gracias, y á la recomendación de las virtudes: muchos jóvenes abrazaron la vida solitaria: las doncellas mas ricas y dotadas de todos los dones de la naturaleza y de la fortuna, consagraron su virginidad á Jesucris-

to: los calumniadores del santo Pastor se retractaron jurídicamente: sus enemigos pidieron su amistad, abjurando por do quiera las opiniones profanas; y en poco tiempo todas las Iglesias disfrutaron de una amable tranquilidad.

36. Llenaban de alegría estas felices noticias á los verdaderos fieles en toda la estension del mundo cristiano, cuando una muerte eternamente lamentable, que mostró lo débil de los discursos humanos respecto de la conducta de Dios con su Iglesia, trastornó súbitamente las esperanzas fundadas sobre tan bellos principios. Perdió en una conjuración inesperada el Imperio y la vida á la edad de solos treinta años el Emperador Constante, defensor tan celoso y tan necesario á la Esposa de Jesucristo. El Galo Magnencio que habia ascendido de grado en grado al primer puesto de la milicia tomó su púrpura, en tanto que el Emperador, amante de la caza, solo pensaba en divertirse, acusándole de que no cuidaba del gobierno y abandonaba la autoridad á sus ministros. Fue conducida la trama con tanto artificio, que ya de voluntad ó ya por fuerza todas las tropas reconocieron al rebelde en Autun, en donde estaba la corte, y esto con tanta prontitud que el desgraciado Constante estaba aun cazando en los bosques vecinos. Salvóse con algunos guardias retirándose hácia la raya de España, en donde esperaba hallar mas seguridad; pero Magnencio le mandó perseguir por medio de infames oficiales, que alcanzándole en el palacio de Elna al pie de los Pirineos le quitaron la vida el 27 de Febrero

del año 350. Vetranion, que mandaba en Panonia, y Nepociano, sobrino del gran Constantino, que mandaba en Roma, habiendo tenido noticia de este atentado tomaron los dos la púrpura bajo el pretexto de hacer justicia con una memorable venganza. Estas capciosas ofertas no deslumbraron á Constanzo, que los sujetó sin mucho trabajo. Estaba mejor dispuesto el partido de Magnencio; pero cuando el último de los hijos de Constantino supo tales nuevas se hallaba implicado en la guerra contra los Persas, que le era poco ventajosa.

37. Le fue preciso acudir á lo mas urgente y abandonar el campo á Sapor, que sitiaba la ciudad de Nisibe, en Mesopotamia, llave principal del Imperio por aquella parte. Vióse reducida la plaza á la última estremitad, y se hubiera rendido irremediamente sin el socorro de su santo Obispo Santiago, tan célebre por sus milagros como por sus virtudes. En tanto que los ciudadanos sostenian una batalla muy desigual si se atienden solo los medios naturales; oraba de día y de noche en la Iglesia. Mas acercándose el Rey de Persia á las murallas, creyó ver un hombre, cuya púrpura y diadema presentaban un esplendor indecible. Al principio creyó que era el Emperador, y amenazó de muerte á los que le habian afirmado que estaba ausente. Persuadiósele sin embargo de que Constanzo estaba con efecto harto lejos de allí, y entonces conoció lo que significaba la vision, y que el cielo amparaba á los Romanos. Arrojó desesperadamente, segun dicen, un dardo contra el cielo como para acu-

sar de su afrenta al mismo Dios. Desde el baluarte se notaba todo esto, y San Efren, discípulo y Diácono del santo Obispo, fue á suplicarle que acudiese á echar su maldicion sobre el egército impío. El santo Pastor subió á una torre; y viendo aquellas tropas innumerables y soberbias, rogó al Señor que por medio de sus mas débiles criaturas pusiese de manifiesto su poder contra aquellos orgullosos idólatras.

Vinieron al punto sobre el campo de los infieles enjambres de mosquitos, espesos á manera de nubes. Entraban en las trompas de los elefantes, en los ojos y orejas de los caballos, los que rompiendo las riendas y corriendo con furia, lo llenaron todo de desorden y de confusion (1). Sapor, obligado á reconocer entonces la mano del Eterno, alzó el sitio lleno de ignominia y desesperacion. Vióse libre de este modo Constanzo del temor que tenia por aquella parte; y el Divino Hacedor que se complace mas de nuestra sumision que de nuestras luces, dejando morir al defensor de su Iglesia, protegió milagrosamente á su mas peligroso adversario.

38. Despues de tomar la precaucion de crear César á Galo su primo hermano, á quien dejó sobre las fronteras de Persia, marchó Constanzo contra el asesino de su hermano. Avanzaron los rebeldes por su parte; y los dos egércitos se encontraron en una llanura cerca de la ciudad de Mursa, en Panonia. Peleó Magnencio con mucho valor; y Constanzo menos acostumbrado á las batallas que á las cuestiones reli-

(1) *Philostr. lib. 4. hist.*

gias, se encerró en una Iglesia fuera de la ciudad orando con sus Arrianos. Muy presente tuvo en medio de la universal consternacion Valente, Obispo de aquella ciudad, el servirse y sacar partido de la credulidad del débil Emperador con un artificio bastante para dar idea de este seductor ⁽¹⁾. Tenia colocadas gentes á caballo para saber secretamente los sucesos del combate. Le noticiaron que el enemigo retrocedia, y al momento fingiendo salir de un éstasis, dijo al Príncipe que un ángel acababa de anunciarle el triunfo. Efectivamente, las tropas de Constanzo peleando con un valor extraordinario por el resto de la familia querida de Constantino, y habiendo su caballería, que era muy superior á la de los rebeldes, derrotado cuanto se la ponía á la vista, rodeó por el flanco á la infantería, penetró por medio de ella, y la desordenó. El combate no se concluyó aun, sino que se siguió durante la noche con un encarnizamiento que solo se encuentra en las fuerzas divididas de un mismo Imperio. El campo de batalla quedó por fin por el legítimo Emperador, mas todo sembrado de muertos en número igual de una y otra parte. Quedaron entonces las antiguas legiones cuasi destruidas de todo punto, y esta fue tal vez la causa principal de la decadencia del Imperio Romano, el que nunca se vió mas espuesto á la invasion de los bárbaros como despues de esta fatalidad.

El vencedor triste no pudo detener las lágrimas viendo á tantos guerreros muertos en el campo de

(1) *Sulpic. Sever. lib. 2. hist.*

batalla. Hallóse su egército tan debilitado que no se creyó en estado de seguir por entonces la victoria; mas la campaña siguiente acabó lo que este primer suceso, y aun mas las negociaciones del invierno habian preparado. No obstante, fue necesario combatir otra vez; porque Magnencio habia formado en las Galias un nuevo egército, que fue derrotado por los tenientes de Constanzo entre el Ródano y los Alpes. Salvóse el vencido en Leon, en donde no viéndose ya seguro se desesperó, asesinó á su madre, dió muchas puñaladas á su hermano Decencio, al que acababa de crear César, y despues se suicidó el año de 353. Constanzo quedó Soberano único del Imperio, y se vió en estado de poner por obra todas sus voluntades así en el gobierno político como en la Religion.

39. Sus mas horribles injusticias contra los ortodoxos y el mayor rigor de su persecucion, deben referirse á esta época. Habíase ya notado antes del completo fin de esta trágica escena, que el perseguidor se hacia cada dia mas atrevido al paso que el cielo aseguraba su poder. En su viage, despues de haber derrotado á Vetranion, otro de los rebeldes, junto en Sirmio ó Sirmich, metrópoli de la Iliria, un Concilio compuesto casi todo de Obispos Arrianos que llevaba siempre en su compañía. Tratábase de condenar en su Iglesia misma á Photino, Obispo de aquella ciudad, haciendo ver sobre el punto en que erraba, la conformidad del Oriente con el Occidente. Todos aplaudieron esta sentencia como útil y justa; mas por

la manía tan comun en los reformadores, formaron un nuevo símbolo. De todos los artículos que comprende y que proscriben diferentes errores, ninguno esplica la consubstancialidad ni aun la semejanza del Hijo de Dios con su Padre, y aun llegaron á decir: *no colocamos al Hijo en el orden del Padre, y le concebimos como que le es subordinado*. Pero es de notar, que el término de subordinacion que se usa aquí, designa precisamente el orden de origen, y no la desigualdad como lo creen algunos escritores modernos; pues el Concilio de Antioquia de la Dedicacion, tan constantemente estimado de los Eusebianos y que debe por consiguiente esplicar al de Sirmio, da claramente á esta palabra el sentido que dejamos dicho. Es no obstante insuficiente este último símbolo á causa de su silencio, así sobre la identidad de substancia, como sobre la igualdad; y tal es el veneno de esta primer fórmula de Sirmio, de que se hará mencion en adelante.

40. San Pablo de Constantinopla fue una de las primeras víctimas sacrificadas á la infeliz prosperidad de Constanzo; habiendo vuelto á su Iglesia sin que se sepa cómo, pero verosímilmente volvió del mismo modo que San Atanasio por la proteccion de Constante. Nada llamó tanto la atencion de Constanzo como el echar á un Prelado tan Cotólico, y poner en su lugar á Macedonio; pero como el pueblo hacía mas justicia á Pablo, fue preciso servirse de astucias y quebrar los hierros de una reja por donde sacaron al santo Obispo. Alzóse sin embargo una furiosa con-

mocion, cuando se trató de llevar á Macedonio á la Iglesia; y murieron en este lance mas de tres mil personas, ya por las armas de los soldados que mandaba el Prefecto Filipo en ausencia del Emperador, ya por el tumulto en que fueron sufocadas. Fue conducido el Obispo Pablo con cadenas de destierro en destierro hasta Cucusa, en los desiertos del monte Tauro. Encerráronle allí en un espantoso reducto, abandonándole á los horrores del hambre; y como despues de seis dias respirase todavía, y los satélites no pudiesen sufrir tanta dilacion, le ahogaron y publicaron despues que habia muerto de enfermedad. Descubriólos para vergüenza suya un Arriano mismo; y la Iglesia no tardó en honrar la memoria del santo Mártir.

41. Estaban los hereges muy furiosos contra Atanasio, al que habian visto restablecer en su Silla de un modo tan glorioso; pero lo que hacia su justificacion vino á ser su mayor delito. No habia podido notar sin pasmo al tiempo de recorrer Constanzo las vastas regiones tras los rebeldes, el gran número de Iglesias que se gloriaban de seguir la comunión del santo Obispo de Alejandría; en tanto que los sectarios se daban traza de persuadirle sobre todo la desercion general de todos los Obispos en favor de la secta. Mudaron pues de bateria, y achacaron á Atanasio como un delito capital esta unanimidad misma, y quisieron confirmar con esto las sospechas de sus arriesgadas correspondencias y de sus intrigas.

Leoncio de Antioquia, Teodoro de Heraclea, Aca-

cio de Cesaréa de Palestina y Narciso de Neroniade, mantenidos en sus diócesis por la proteccion secular, aunque depuestos todos canónicamente, eran entonces los corifeos del partido. „Bien preveíamos, dicen al Príncipe, cuando levantasteis el destierro á este súbdito turbulento, que nos quitabais el crédito y vos mismo ibais contra vuestra tranquilidad. Atanasio ha llenado el mundo de cartas artificiosas. Acabais de ver como sedujo á la mayor parte de los Obispos, entre los cuales ganó hasta una parte de los nuestros, y en breve si no poneis remedio, ganará á los demás. Cuasi nos apellida públicamente hereges y lo mismo á vos; pero lo que no hubiera sido oportuno en tanto que se sembraba la cizaña entre los dos augustos hermanos, al presente debe castigarlo vuestro justo resentimiento. No tan solo indispuso contra vos al Emperador Constante, sino que tambien se pasó al partido del parricida Magnencio, y tenemos copia de una detestable carta que le ha escrito.”

Acalorando á Constanzo con estos ardides que tantas veces habia reconocido como á tales, le sedujeron nuevamente, y olvidando sus promesas y los juramentos con que las habia confirmado, mandó condenar á Atanasio por los mismos occidentales y separarle para siempre de su Iglesia. Osaron los Arrianos dirigirse al Papa Liberio, que habia sucedido á San Julio, muerto el doce de Abril de este año de 352, despues de un Pontificado glorioso de mas de quince años. No prometia menos Liberio, tanto por su doctrina, como por sus virtudes, en particular por

un temor humilde de los deberes del Pontificado, que le obligaron á aceptar cuarenta dias despues de la muerte de su antecesor. Apenas fue elegido cuando le escribieron de Oriente para proponerle é instarle á que negase su comunión á Atanasio. Creyó en vista de esto que lo mas conveniente en tan criticas circunstancias era reunir un Concilio en que se tratase primero de la fe que nó podia variar la Iglesia: despues de lo cual con facilidad se convenceria lo que tocaba al Obispo de Alejandría, y hacia su causa comun con la de la Religion. Al momento avisó al Emperador para la convocacion.

42. La cabeza de esta legacia fue Vicente de Capua, que merecia la confianza del Papa, y asistió á un Concilio que se tuvo en Arlés en las Galias, donde Constanzo pasó el invierno del año 253, despues de la derrota y muerte de Magnencio. Habia estado este legado en los Concilios Ecuménicos de Nicéa y Sárdica, donde adquirió mucha gloria, y donde hizo su justificacion San Atanasio. No tuvo ánimo á pesar de esto para resistir á las amenazas del Emperador; y firmó la condenacion del grande Atanasio, sin que se hubiese tratado anteriormente de la fe como se le habia encargado. Arrastró su egemplo á la mayor parte de los Obispos, pero Paulino de Tréveris, sucesor de San Maximino, fue inalterable, y dijo en términos espresos, que solo insistia en la condenacion de Fotino de Sirmio, y de Marcelo de Ancira: en lo que mostró además de la firmeza de su fe, la sagacidad de su espíritu y la exactitud de su discurso.

Se le desterró por esto, y murió por la causa del Señor en el lugar del destierro. Fue degollado también en su destierro por haber resistido á las vivas instancias que se le hacian de continuo para que suscribiese á la condenacion de Atanasio, Lucio de Mougancia imitando el valor de Paulino, y padeció mucho mas que él.

43. No es dado explicar el dolor de Liberio cuando supo la prevaricacion de su Legado. La reprobó en público, escribió al Emperador en los términos mas duros, y le envió á proponer por Eusebio, Obispo de Vercelis y Lucifero de Cagliari, la convocacion de un Concilio general del Oriente y del Occidente. Distinguíase Lucifero, Metropolitano de Cerdeña y de las islas vecinas, menos por su dignidad, que por la nombradía entonces intacta de su doctrina, de su virtud y de su talento en los negocios y ciencias eclesiásticas; pero lo que hacia mas importante su comision era que conocia á fondo la íntima relacion de los intereses de Atanasio con los de la Iglesia. Solo por un mérito capáz de hacerle preferir, aunque extranjero, á un gran número de escelentes sugetos del pais habia sido colocado en la Silla de Vercelis Eusebio, natural de Cerdeña, de donde provino verosímilmente su amistad con Lucifero, y el motivo del Papa en asociarlos. Tal es el primer Obispo que unió en el Occidente la vida monástica con la vida clerical. Vivió y obligó á vivir á sus Clérigos en el egercicio continuo del ayuno, de la oracion y del retiro de toda sociedad secular. Estos eran los ministros ó

mediadores que el Papa Liberio envió segunda vez al Emperador Constanzo.

Aunque le mostraron la verdad manifiesta y clara los escuchó muy tranquilamente este Príncipe, á quien nada costaba el fingimiento para conseguir sus intentos. Prometió reunir un Concilio en Milán al año siguiente, al que todos los Obispos del mundo cristiano podrian venir libremente sin esceptuar los de Egipto, aunque en extremo adictos á San Atanasio. Conviniéron con gusto los Arrianos en ello, persuadidos del grande influjo que tendria el poder imperial sobre el espíritu de los Prelados por muchos que fuesen.

44. Mas antes de conducir á los ortodoxos al punto que se proponia, quiso Constanzo librarse de toda zozobra respecto de Galo. Abusaba de su autoridad este nuevo César, cuñado y primo hermano del Emperador, y le acusaban de aspirar á la independencia. Atrájole Constanzo á sí con su disimulo y sus artificios ordinarios, y al momento fue preso, y formada su causa le cortaron la cabeza el año de 354, á los veintinueve de edad, y cerca de cuatro de reinado.

Entonces se vió su hermano Juliano en el mayor riesgo; pues fue preso al propio tiempo que Galo y estuvo siete meses en la cárcel. Intentaban perderle enemigos poderosos; pero la Emperatriz Eusebia le auxilió con todo su poder, y movió al Emperador á que le oyese por sí mismo acerca de las sospechas que habia formado. Era elocuente, y habló con tanta fuerza que logró se le enviase á Atenas para perfec-

cionarse, segun él decia, en las ciencias preferibles á todas las coronas. Este Príncipe tenia entonces veintitres años, y profesaba aun en público la Religión Cristiana; pero hacia tres años que habia renunciado de todo punto á la fe en su interior, ó á lo menos estaba poco adicto á ella, y aun se notó desde su infancia que se inclinaba al paganismo. Cuando estudiaba con su hermano la elocuencia y la lógica, se ejercitaban en hablar en pro y en contra de la Religión, y siempre escogia Juliano defender la causa de los falsos dioses y de los idólatras.

Su espíritu ligero, zozobroso, amante en extremo de la novedad y de lo admirable, se complacia sobre todo con la compañía de los autores de horóscopos y de los sofistas mas charlatanes. Con tales disposiciones el clima de la Grecia no podia menos de fortificar su inclinacion á la idolatría. Cerró los ojos á cuanto allí habia mas propio para ilustrarle. El filósofo ó mago Máximo le lisongeaba desde algun tiempo antes con la esperanza de ver los antiguos dioses del Imperio, para lo que le condujo un dia á un templo de ídolos. Despues de muchas ceremonias supersticiosas y de toda especie de evocaciones, el jóven Príncipe los vió ó juzgó verlos bajo de horribles figuras (1). Lleno de terror hizo la señal de la cruz por un género de costumbre, y todo desapareció en un instante. Atribuyéndolo Juliano á la virtud de la cruz, le dijo el encantador: „no es el temor el que puso en fuga á los dioses, sino el terror que tuvieron de vuestra infide-

(1) Theodoret. *lib. 3. hist. cap. 3.*

lidad.” Juliano, que no dejaba la fe, sino porque se gloriaba de seguir la razon, se dió con todo por satisfecho con tal débil contestacion.

Conoció en Atenas á Basilio y Gregorio que concluían á la sazón el curso de sus estudios, y en breve llegaron á ser las dos mas brillantes lumbreras de la Iglesia (1). Desde aquel tiempo ya le penetraron á pesar de sus cuidados en ocultar su profana desercion. Descubria su exterior el desórden de las potencias de su entendimiento. La mayor parte de sus movimientos ordinarios eran convulsivos y desagradables (2). Meneaba continuamente la cabeza y las espaldas, hacia gestos con la boca, vacilaba siempre sobre sus pies, y sus pasos no tenian fuerza. Interrumpiase muchas veces á sí mismo hablando, ó se quedaba cortado de un modo muy ridículo: hacia preguntas importunas y daba respuestas obscuras, tan fuera de razon, como sin gracia ni método. Estas cosas extravagantes eran mucho mas desagradables en él, porque era feo y fastidioso en el aire de su cuerpo, en el rostro, y en toda su figura; la nariz roma, el cuello corto, las espaldas muy anchas, el talle corto y reducido, y con un desaseo tan chocante, que Gregorio viéndole decia algunas veces á su amigo Basilio: *¡qué monstruo cria el Imperio Romano! ¡quiera el cielo que yo sea mal profeta!*

45. Ambos eran de Capadocia estos dos ilustres amigos: Basilio de Cesaréa, Metrópoli de la provin-

(1) *Gregor. Nazianz. Orat. 4.* (2) *Ammian. Marcel. lib. 4. cap. 8.*

cia, y Gregorio de Nazianzo, hijo de Gregorio, Obispo entonces de aquella ciudad. Estas dos familias muy señaladas por su dignidad y nobleza, lo eran mucho mas por una piedad que les era hereditaria. Tres Santos hubo venerados por la Iglesia, Gregorio, Obispo de Nisa, Pedro, Obispo de Sebaste, y Macrina su hermana, en sola la familia de Basilio entre sus hermanos y hermanas, sin contar á su madre Santa Eumelia.

Era Basilio, lleno de conocimiento y erudicion, muy profundo en todas las partes de la filosofia concierne á la Religion: aprendió de los otros lo preciso para hablar exacta y facilmente, y esto con tanta dicha, que antes de juntarse con Gregorio en Atenas para perfeccionar allí su gusto, ya le habia precedido la mayor nombradía. Acostumbróse á una especie de elocuencia llena de vigor y nobleza, exacta y metódica, con una diction tan pura, tan propia y tan adecuada, que los mejores jueces le igualan á los oradores mas célebres de la antigua Grecia, sin exceptuar á Demóstenes.

No se distinguió menos, así por su profunda doctrina como por su elocuencia llena de entusiasmo y fuego, Gregorio de Nazianzo, que además de su padre cuenta tambien muchos santos en su familia, esto es, su hermana Gorgonia y su hermano Cesario. Reunió tal conocimiento de las sagradas Escrituras y de los mas recónditos misterios, que se le considera entre los Padres de la Iglesia por la sublimidad y penetracion, como á San Juan entre los Evangelistas.

Solo de él entre los doctores antiguos, se afirma que no profirió proposicion alguna que tenga conformidad ni aun en la apariencia con el error. Estas luces y esta feliz exactitud le adquirieron por escelencia el sobrenombre de teólogo. No fue menos feliz en conocer á los hombres, como lo mostró previendo el primero lo que seria algun dia Juliano.

46. El mal estado de las Galias assoladas por los bárbaros, obligó á Constanzo á crearle César y á enviarle al socorro de aquellas provincias, cuando vivia aun como sumido en la obscuridad y el estudio. Mostró Juliano salir de Atenas con repugnancia, ya fuese por amor á la filosofia ó por temor de la suerte de su hermano. Al llegar á Milán, donde le esperaba el Emperador, le hizo quitar la barba y dejar el manto de filósofo; y en presencia de los soldados le declaró César el dia 6 de Noviembre del año 355, á los veinticuatro de su edad; y despues se desposó con la Princesa Elena, hermana de Constanzo, el que le mandó marchar al momento para las Galias, tomando antes él mismo todas las medidas imaginables para impedirle que se hiciese allí demasiado poderoso; y aun quiso este Emperador detenerse en Italia para observarle de cerca, aunque con el pretesto de estar mas inmediato á las fronteras del Imperio.

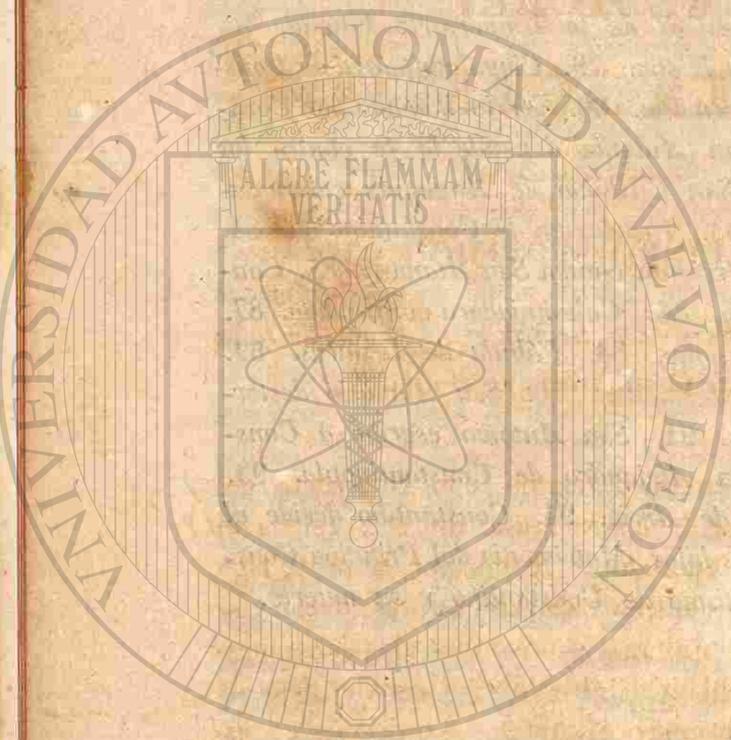
47. Ya estaba reunido el Concilio que el Papa habia pedido el año anterior, y cuya celebracion apresuraron los mismos Arrianos despues de haber puesto todas sus baterías para dominar en él. Se hizo en Milán, segun la primera orden, desde los principios de

este año 355, y asistieron pocos Orientales, escusándose la mayor parte de ellos con lo largo del camino; los Occidentales eran mas de trescientos. Eusebio Vercelense que de cerca observaba mejor el giro que tomaban los últimos negocios, no quiso concurrir; pero por último no pudo resistirse á las instancias de los otros Prelados, del Emperador, y sobre todo de los legados del Papa. Reuniéronse al principio en la Iglesia segun se acostumbraba, estando los Obispos hácia el altar ocultos al público por un gran velo que separaba el coro de la nave, y el pueblo en grande número estaba hácia la puerta. Entonces ocupaba la Silla de Milán Dionisio, discípulo de Eusebio que le miraba como su hijo. Cuenta de este Obispo el autor de un sermón atribuido falsamente á San Máximo de Turín, una historia bien inventada, que ha sido adoptada, y ha seducido á algunos escritores, cuya crítica era por lo comun circunspecta. Esta pieza apócrifa que lleva consigo caractéres evidentes de tal, y del poco juicio de su autor, refiere que Dionisio habia firmado débilmente al principio la condenacion de Atanasio: que Eusebio á su arribo le hizo conocer las malas consecuencias que resultaban para toda la Iglesia: que despues para hacerla borrar afectó el santo Obispo de Vercelis querer firmarla él mismo, pero quejándose de que hubiese firmado antes que él un Obispo que le era tan inferior en edad como Dionisio su discípulo; y que los Arrianos borraron al momento la firma puesta antes de Dionisio. Seria bien extraño que todas estas particularidades, que se supo-

nen verdaderas, se hubiesen ocultado á Sócrates, á Sozomeno, y á Teodoreto, que no hacen mencion alguna de ellas. Estos tres autores, los únicos fiadores seguros de los sucesos de esta edad, representan al contrario unánimemente á San Dionisio, como un Prelado de una constancia inalterable en seguir la verdad ortodoxa, y particularmente en el Concilio de Milán.

Presentó un egemplar del Concilio de Nicéa San Eusebio, instado vivamente á que subscribiese á la condenacion del grande Atanasio, diciendo que el orden apostólico, y la conducta encargada á los Padres de Milán desde el momento de su vocacion era afirmar ante todo el dogma, sujetándose á los decretos de Nicéa. Dionisio acudió inmediatamente á firmar este santo Concilio; pero Valente de Mursa, que acababa de volver al vómito retractando la misma retractacion que poco antes habia dirigido al Papa Julio, le arrancó la pluma de las manos y gritó sediciosamente que sobre esto no se daria un solo paso. Los Prelados bien intencionados replicaron; los sectarios se conmovieron con todo el calor de un partido protegido poderosamente; pero el pueblo aun mas fogoso principió á gritar con amenazas detrás del velo, que era preciso arrojar á los Arrianos. Para exhortarlos á la moderacion y á la paz, se presentó Dionisio, Obispo de la ciudad, representándoles que á la Religion de Jesucristo no podia defenderse con sublevaciones.

Los novadores consternados dejaron el lugar sagrado, é hicieron transferir el Concilio al palacio. En-



HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO SÉPTIMO.

Desde la paz dada á la Iglesia en el año 313, hasta la muerte de Constantino, en el de 337.

1. **M**udó en poco tiempo todo el aspecto del Imperio, así por la libertad que dió á la Iglesia el edicto de los Emperadores, como por la proteccion declarada de Constantino: los fieles se presentaban con seguridad por do quiera, y una santa alegría se mostraba en sus semblantes; el nombre Cristiano dejó de mirarse como un nombre impío; las prisiones no estaban llenas de inocentes víctimas; los fugitivos y los desterrados volvian en tropas á ocupar sus desiertos hogares; las ovejas se reunian en sus rediles despues de la mas lamentable dispersion, y los pastores comparecian de nuevo al frente de ellas (1). En las ciudades y fuera de ellas se veían por todas partes nuevas Iglesias mas grandes y magníficas que las antiguas; y el religioso Emperador se anticipaba á los

(1) *Euseb. Lib. 10. hist.*

deseos de los pueblos y de los Obispos mas celosos por la gloria de la casa de Dios, contribuyendo á todos los gastos con una opulencia digna de un César, que no ignoraba que todo lo debia al autor de cuanto existe. Celebrábanse las consagraciones de aquellos templos con la mas pomposa solemnidad; reuniase gran número de Prelados, y era inmenso el concurso de los fieles de todas edades y condiciones. Todos los dias habia fiestas y regocijos, tan interesantes por la importancia del objeto y por el santo aparato de la novedad, quanto lejanos de la licencia y disolucion de las ceremonias idolátricas. Aumentaban la alegría universal los parientes y amigos que tornaban á verse despues de una larga separacion, añadiendo los sentimientos naturales al divino entusiasmo de la Religión. El culto cristiano en una palabra llegó á ser el mas principal, y casi el solo que se egercia en público. Ofreciase el adorable sacrificio, no en las tinieblas de las cavernas y subterráneos, sino bajo de doradas y brillantes bóvedas, resonando por do quiera el sonido de los instrumentos y cánticos celestiales. En fin se pronunciaban discursos elocuentes, cuyo objeto era la alabanza, el triunfo, las acciones de gracias, que servian para fomentar el fervor y la alegría general en aquellas divinas asambleas.

Constantino se esmeraba en obsequiar á los Príncipes de la Iglesia, particularmente á los que habian combatido por la fe, y conservaban en sus cuerpos las señales de sus gloriosas heridas (1): los sentaba á

(1) *Euseb. in vit. Constant. M.*

su mesa, y no reparaba en el exterior, atendiendo solo al carácter y á la dignidad; dándose traza á resarcir las pérdidas que habian sufrido los Confesores con sus dones verdaderamente reales, cuya distribucion se arreglaba á medida de la necesidad de los agraciados.

2. No quedó satisfecho el celo de Constantino con proporcionar estos triunfos al cristianismo en el Imperio de Occidente y en la parte del Oriente sujeta á Licinio; despachó el último edicto á Maximino, que reinaba en Egipto y en las provincias mas orientales del Imperio, exhortándole vivamente á que se conformase con él y cuidase de su observancia. A pesar de esto, aquel tirano cruel siempre declarado enemigo de los siervos del verdadero Dios, temió indisponerse del todo con sus compañeros, mas por otra parte no queria que sonase que obedecia. Sin mandar publicar el edicto, resolvió escribir á sus subalternos, que dejasen de atormentar á los Cristianos, y se valiesen tan solo de la persuasion ó de la seducccion para atraerlos al culto de sus dioses. Tuvo noticia poco despues de que entre los papeles del tirano de Roma Majencio se habia encontrado despues de su muerte un tratado de alianza ofensiva proyectado entre los dos contra los otros dos Emperadores; y juzgando de las intenciones de estos por las suyas, no dudó que le harian experimentar los efectos de venganza, tan pronto como pudieran.

3. Hizo pues una irrupcion en los estados del Príncipe Licinio mientras estaba este en su boda en Ita-

lia, creyendo que lo mejor era anticiparse, y tomar la mano á los que ya tenia por sus enemigos. Licinio recogió con la mayor brevedad como unos treinta mil hombres, y volvió precipitadamente contra el pérfido Maximino, el que al frente de mas de sesenta mil habia penetrado hasta Tracia. Todo el intento de Licinio era impedirle pasar adelante ocupando los desfiladeros; pero como Maximino habia hecho la posible diligencia de la que esperaba principalmente el éxito feliz de su empresa, ya estaba á este otro lado de las montañas, y estendiéndose por las llanuras redujo á Licinio á la necesidad de presentar combate. Prometió Maximino solemnemente á Júpiter que aboliria el nombre cristiano, si derrotaba á su enemigo, para mas asegurar la victoria que creía tener en la mano. Mas aquella misma noche se apareció un ángel á Licinio y le exhortó á que se pusiese con todo su ejército bajo la proteccion del Omnipotente, prometiéndole el triunfo si así lo egecutaba. Refiere Lactancio que el mensagero celestial enseñó á Licinio una fórmula de oracion, la que mandó escribir este Príncipe luego que se levantó, y distribuir gran número de copias por el ejército (1). Estas infundieron en los soldados un valor indecible, todos pedian á voces que los llevasen á la batalla, y condescendiendo con sus instancias Licinio, señaló el dia de la batalla para el 1.º de Mayo del mismo año 313, queriendo que Maximino quedase destruido como Majencio, el mismo dia que era el aniversario de su exal-

(1) *Lactan. divin. Institut. n. 45.*

tación al trono. Pero el mismo tirano quiso adelantar un dia su suerte malhadada. Noticiaron á Licinio que el enemigo se iba acercando en orden de batalla, y mediante sus disposiciones no tardaron en avistarse los dos egércitos. Entonces descubriéndose la cabeza los soldados de Licinio, y levantando los ojos al cielo, dijeron por tres veces la oracion que habian aprendido, despues de haberla pronunciado el Emperador del modo siguiente: „vuestro nombre invocamos, ó gran Dios; Dios Santo, imploramos vuestra asistencia poderosa: á Vos encomendamos la justicia de nuestra causa, á Vos encomendamos nuestra salvacion, á Vos encomendamos la de nuestro Imperio. Por Vos existen todos los hombres, vuestro brazo es el que alcanza las victorias, por Vos se consiguen los triunfos y las felicidades: Dios Omnipotente, Dios Santísimo, oid nuestras súplicas; á Vos levantamos los brazos en este dia; Dios Omnipotente, Dios Santísimo, prestad gratos oidos á nuestras plegarias.” Despues de repetir tres veces esta oracion, se arrojaron los soldados Cristianos llenos de ardor y de esperanza sobre los de Maximino, sin atender á su excesivo número. Fueron los infieles tan pronto vencidos como atacados; pues apoderándose de sus ánimos un estúpido terror, les privó el uso de las armas; de modo que parecía que abanzaban, no para pelear, sino para ser degollados como víctimas ciegas. La mitad del ejército cayó bajo el filo de las espadas; y la otra mitad ó bien se rindió, ó se fugó precipitadamente. Reritóse Maximino con una celeridad

prodigiosa hasta las gargantas del Monte Taneo, y no creyéndose aun allí seguro, marchó á encerrarse en la ciudad de Tarsis: hasta que viéndose cercado por mar y por tierra, le pareció que era la ocasión de recurrir al veneno con que iba prevenido. Mas habiéndose antes hartado de carne y de vino, el efecto no pudo menos de ser muy lento; de manera que sentía que se le abrasaban las entrañas poco á poco, y la fuerza de los dolores le hacia prorrumper en espantosos alaridos, revolcándose por el suelo, mordiéndose de rabia, y dando con la cabeza contra las paredes con un furor que los ojos le saltaron y quedó enteramente ciego. Los remordimientos que en aquel instante le acometieron, causaron su mas atroz tormento: se le figuraba que veía á Jesucristo sentado en su terrible Tribunal, tomándole cuenta de su vida, y todos oían como le respondia en tono de un delincuente: *no soy yo, todo lo que hice fue contra mi voluntad.* Confesaba otras veces públicamente sus mas ocultas y vergonzosas maldades, y pedia misericordia por ellas. Cuatro dias pasó así, y murió en este lastimoso estado, que parecia un anticipado infierno; por manera que es de creer, que la divina justicia quiso ofrecer al mundo en la persona de Maximino el egeploma mas palpable de un nuevo Antioco; y se tiene por cierto que además de la pérdida de la vista, y del fuego que le devoraba en su interior, experimentó antes de espirar, la mayor parte de los tormentos con que habia afligido á los Mártires. Esta fue la muerte del mas impío de

todos los perseguidores del cristianismo. Se cita como el primer egeploma de una guerra en toda forma de parte de los infieles contra una nacion cristiana la que hizo Maximino contra los pueblos de la Armenia mayor, no por otra causa que porque profesaban el cristianismo.

4. Dió á Licinio la posesion de todo el Oriente, la muerte de Maximino, y dirigiéndose al punto á su capital Antioquia, declaró á aquel enemigo de la patria, y mandó demoler sus estatuas. La muger del tirano fue arrojada en el rio Orontes, en el que no mucho tiempo antes habia hecho morir una multitud de vírgenes y mugeres virtuosas aquella digna compañera del Anti-Cristo de Siria. Sus hijos, de los que el mayor apenas rayaba en los ocho años, murieron todos; y generalmente toda la estirpe de los últimos perseguidores del cristianismo quedó casi á un mismo tiempo destruida. Candidiano hijo de Galerio, y Severiano hijo de Severo, fueron condenados á muerte, por sola la sospecha de haber puesto sus miras en la púrpura. Anduvieron errantes de pueblo en pueblo por espacio de quince meses y en traje de sirvientas Prisca, muger de Diocleciano y su hija Valeria viuda de Galerio; pero al último las conocieron en Tesalónica, y fueron condenadas á morir en un cadalso. No obstante, este espectáculo enterneció al pueblo, el que desaprobaba altamente un rigor que parecia crueldad de parte de Licinio; pero el Soberano Juez que distingue entre el delito del Príncipe y el del súbdito para proporcionar la pena

al peso del escándalo, permitió este contratiempo para castigar á aquellas Princesas que voluntariamente renunciaron la fe de Jesucristo, á pesar de los impulsos de la gracia y los gritos de su corazón. ¡Felices ellas, si las humillaciones que sufrieron al fin de su carrera las hicieron conocer con fruto los contratiempos de la vida humana, y fueron despues recibidas en descuento de sus pecados!

5. Nos da noticia de estos egemplos evidentes de la divina justicia en su tratado de la muerte de los Perseguidores, escrito segun lo que habia visto por sus mismos ojos, y oido á sus contemporáneos el piadoso y sabio Lactancio, natural de África segun todas las apariencias, pero vecino de Nicomedia adonde vino por orden del Emperador Diocleciano á enseñar la Retórica. En la misma obra se produce de un modo que hace honor á Licinio; lo que prueba que aun no habia comenzado este Príncipe su persecucion contra la Iglesia.

Este célebre escritor nos dejó otras muchas obras; pero las principales que han llegado hasta nosotros son el libro de la cólera de Dios, en el que desempeña perfectamente su título, probando que el Señor es tan justo como misericordioso; y los de la formacion del hombre y de las instituciones divinas. El de la formacion escrito con el fin de probar que el hombre debe á Dios su creacion, y establecer sobre este principio la fe en la divina Providencia, se tiene por la primera produccion del celo del autor, despues de su conversion; porque Lactancio habia nacido en las

tinieblas de la infidelidad. No puede citarse testimonio alguno mayor en favor de la Iglesia, que sus instituciones divinas, divididas en siete libros, que se tienen por su obra maestra. El intento de Lactancio en ellos es responder á todos los que escribian contra la Religion Cristiana, y refutar no solo los argumentos ya propuestos, sino los que pudieran proponerse en lo sucesivo; combatiendo al mismo tiempo con una invencible energia la vanidad del paganismo, y destruyendo con admirable facilidad la ilusion de la idolatría; pues el carácter de Lactancio, ó la clase de estudios á que se aplicó, le inclinaban mas á destruir la impiedad y la mentira que á probar las verdades del cristianismo. Por otra parte mas parece orador que teólogo, y trata nuestros Misterios de un modo demasiado filosófico, dándose á entender poco instruido en el fondo de la doctrina del cristianismo, cuyo estudio se echia de ver emprendió muy tarde. Puede tambien asegurarse con toda verdad que nadie defendia la Religion con un estudio mas limado y elocuente, y de un modo mas claro, mas vivo, y al mismo tiempo mas sublime y agradable; por cuyo conjunto de circunstancias le da con tanta razon San Gerónimo el nombre de Ciceron Cristiano. Reunió Lactancio una alma tan noble á lo elevado de su ingenio, que nunca recurrió para captarse la admiracion de los hombres á los títulos y prerogativas exteriores. Aunque casi todos confiesan que fue Preceptor de Crispo, hijo de Constantino el Grande, á pesar de esto no hace mencion nunca de este honroso empleo, que so-

lo debía á su mérito, ni de otra cualquier cosa que pudiese engrandecerle. Solo se puede comparar con su desinterés esta modestia tan egemplar; pues es bien notorio que sus solicitudes y buenos oficios para con el César, hijo mayor de un Emperador tan benéfico y liberal como Constantino, muy lejos de enriquecerle, le dejaron siempre en un estado en el que no solamente echó de menos la abundancia, sino tambien lo mas preciso, solo porque quiso vivir constantemente en la pobreza evangélica. Este es el testigo, ó mejor diremos, uno de los muchos testigos que nos anuncian los castigos egemplares con que el Señor castigó á los postreros perseguidores de su Ley.

6. Así que el piadoso Constantino supo la muerte de Maximino, conoció claramente la mano del Todopoderoso, y no cesaba de bendecirle por habérsele mostrado con toda la grandeza de su misericordia. Cuanto mas se estendia y consolidaba su Imperio, tanto mayor era el tributo del reconocimiento y religion de aquel digno Emperador; cuyas liberalidades en favor de los ministros y siervos pobres de Jesucristo no tenian límites (1). Por una sola vez mandó dar al Obispo de Cartago para socorro de sus feligreses, tres mil bolsas, suma que escedia á un millon y doscientos mil reales vellon de nuestra moneda: cantidad extraordinaria en aquel tiempo, respecto del objeto á que se destinaba; añadiendo en la carta que escribió con este motivo, que si despues de distribuida aquella cantidad hallaba el Obispo que no bastaba

(1) Euseb. lib. 10. hist. cap. 7. Zosim. lib. 2.

para el socorro de todas las necesidades, acudiese al Intendente del distrito, quien tenia orden de suministrar al momento todo cuanto se le pidiese. Libertó al propio tiempo de toda carga pública á los ministros de la Iglesia sujetos al Obispo Ceciliano (tal es la espresion del rescripto): esto es, á todo el Clero Ortodoxo de África, con la mira de que no hubiese cosa que les distrajese del servicio importante de la Religion; siendo esta la única razon que se alegaba al Procónsul Anulino al recomendarle eficazmente la inmediata egecucion de aquellas órdenes terminantes. Tambien se le prevenia que al recibo de la carta hiciese restituir á las Iglesias católicas todas cuantas posesiones hubiesen tenido en aquellas ciudades ó en otra cualquier parte, y todo lo que ocupaban los infieles en virtud de las pasadas confiscaciones; concluyendo el religioso Emperador de este modo: *vuestra prontitud será la que os asegure nuestra poderosa benevolencia*. Tambien es indudable que despachó iguales órdenes á todas las Provincias restantes.

Tocaba la celebracion de los juegos seculares de Roma en aquel año, el 313 de Jesucristo; y Constantino omitió aquellos egercicios mezclados con idolatría, y tan vituperables por la disolucion de costumbres á que daban lugar. Murmuraron los Paganos de esta omision, temiendo ó fingiendo temer los desastres que pudieran sobrevenir al Imperio si se abolia una costumbre para ellos tan sagrada; mas se depreciaron sus voces, y los Cristianos prosiguieron implorando los divinos ausilios en favor de un pro-

pector tan grande. El celo de Constantino no se contentó con cubrir á los fieles de las violencias exteriores de sus contrarios; mandó además al Procónsul Anulino se informase de los que perturbaban la paz de la Iglesia, y los corrigiese bajo la direccion del Obispo de Cartago. Aludia esto á los Donatistas, que como se ha visto, habian comenzado á separarse de sus legítimos Pastores, y cuya rebelion segun sucede regularmente, pasó bien pronto del cisma á la heregía.

7. Habian exigido los últimos perseguidores de la Iglesia que se les entregasen todos los libros de las sagradas Escrituras: muchos Sacerdotes y algunos Obispos tuvieron la debilidad de conformarse con una orden tan impía, y este crimen se reputó por tan grave en corta diferencia como el de formal apostasia. Tuvo noticia Donato, Obispo de Casas-negras en Numidia, de que se acusaba vagamente á Mensurio, Obispo de Cartago, de haber caido en tal flaqueza; y formando un juicio tan pernicioso en sus consecuencias como temerario en los principios, se apartó al punto de su comunión. No fue muy ruidoso por entonces este cisma: pero despues de la muerte de Mensurio, tomó un vuelo tan rápido como pernicioso. Fue elegido Ceciliano, Diácono de Cartago, para ocupar la Silla de esta primera Iglesia de África, por voto unánime del pueblo, y ordenado por Felix, Obispo de Aptungia, ciudad vecina á la capital, en presencia y previo el consentimiento de los Obispos de la provincia. Pero dos Sacerdotes que se llama-

ban Bostro y Celesio, envidiosos de la exaltacion de Ceciliano, pretendieron que el Obispo de Aptungia Felix, era del número de los traditores; y con este pretesto tan falso como frívolo, se negaron á reconocer por su legítimo Pastor á Ceciliano: así se renovó é hizo considerables progresos el cisma de Donato. Agregáronse insensiblemente á aquellos descontentos otros muchos, aumentando el número no pocos Obispos de Numidia; y es de notar que estos rigoristas eran ellos mismos traditores conocidos, como no se habian atrevido á negarlo en el Concilio de Cirta. Igualmente se quejaban de que no los habian convocado para ordenar á Ceciliano, y de que no se hubiese confiado el encargo de la ordenacion al Primado de Numidia, asegurando contra toda verdad que esta era la ley y la costumbre. Atraieron por este medio á su partido los traditores cismáticos á mas de sesenta Obispos Nómidas; alzarón aun dentro de Cartago altares contra altares, reuniéronse en Concilio y citaron á Ceciliano.

Envió este á preguntar, de qué delito le hacian reo, y pidió le nombrasen sus acusadores: pero aun no estaban formadas las imposturas con que intentaron denigrarle en lo sucesivo, y se contentaron con oponerle la pretendida nulidad de su ordenacion. Ceciliano que no quiso perder diligencia alguna de las que pudiesen cortar el escándalo, respondió, que si el Obispo de Aptungia no habia tenido autoridad para instituirle legítimamente, estaba pronto á ponerse de nuevo en manos de los Obispos congregados: mas

tances no cuidaron ya de observar forma alguna eclesiástica. Hizose Presidente el Emperador, y aun despota del Concilio; y en lugar de símbolo propuso para que se firmase un edicto profano y tiránico, en el que se veía claramente todo el veneno del arrianismo. Pretendia haber recibido autoridad á su manera, cuyo fundamento y prueba estaba sostenida en un sueño; y sus súbditos, segun decia, no debian pedir otras pruebas de su catolicismo, que los triunfos con que el Todopoderoso le habia favorecido. No pudo pasar la fórmula sin embargo, y fue desechada con horror por aquel pueblo católico y numeroso, á quien se leyó en la Iglesia.

Tornóse á tratar de la condenacion de Atanasio, y mandó el Emperador llamar á Lucifero, Eusebio y Dionisio, y les instó con viveza que suscribiesen á ella, persuadido del grande efecto que producirian unos egemplos de tanta autoridad; y como insistiesen sobre el defecto de pruebas: *yo soy*, les dijo, alzándose con una actitud furiosa, *yo soy el acusador de Atanasio: creed sobre mi palabra lo que se dice contra ese revoltoso*. Con una libertad respetuosa le contestaron que no se trataba de un negocio temporal, en que la autoridad Imperial tuviese derecho de sentenciar: que aun en este caso no era debido condenar á un ausente que no estaba en disposicion de defenderse; y que por lo que á ellos tocaba, nunca se les obligaria á contravenir en cosa alguna á las reglas eclesiásticas (1). *Mas lo que yo quiero*, replicó Cons-

(1) *Sever. Sulpic. lib. 2. hist.*

tanzo, *debe pasar por regla: asi lo opinan los Obispos de Siria: obedeced, ó id al destierro*. Levantaron las manos al cielo todos los Prelados ortodoxos, y pidieron al Príncipe que no abusase contra los siervos de Dios de una potestad que habia recibido de Dios mismo; y le trajeron á la memoria las venganzas del terrible Juez de los Reyes y de los súbditos.

Mas no queriendo prestar oidos á nada, y consultando solo los primeros arrebatos de su cólera, les amenazó con grandes gritos, desnudó la espada contra ellos, y mandó llevarlos al suplicio. Despues variando repentinamente de parecer, los condenó solo á destierro. Antes de conducir á los legados del Papa fueron desnudados y azotados con crueldad el Sacerdote Pancracio, y el Diácono Hilario, compañeros de la legacion de Lucifero (1). Ursacio y Valente con los eunucos de su faccion fueron los ministros y egectores de estas indignidades; y mientras la escena, no cesaron de reir á carcajadas ó escarnecer de los pacientes de un modo indigno, como lo haria el mas vil populacho.

Abriéronse paso los soldados desde el palacio á la Iglesia por medio de un pueblo inmenso con una brutalidad sanguinaria, y penetraron hasta el santuario para sacar de él violentamente á los Obispos ortodoxos que estaban allí. Prendieron á ciento cuarenta y siete entre Eclesiásticos y legos celosos, la mayor parte de los cuales fueron encerrados en horribles calabozos. Otros muchos Prelados á mas de Lucifero,

(1) *Athanas. Ep. ad Solit.*

Eusebio y Dionisio, permanecieron firmes en favor de Atanasio, y sufrieron el destierro como los primeros; mas la mayor parte firmó su condenacion, ya por temor, ya por sorpresa, ó ya por inconsecuencia. Padecieron los desterrados todo cuanto podia hacer su suerte mas insufrible: fueron enviados á las provincias mas distantes, cuyo idioma no sabian, y en donde mandaban sus contrarios; y lo que no habian discurrido los perseguidores idólatras, los tenian en lugares separados, para que no pudiesen darse ánimo y consolarse mutuamente. Empero estos tratamientos injuriosos les merecian los mayores respetos de muchas Iglesias; enviándoles diputados casi todas las provincias como á confesores de Jesucristo, en tanto que se echaba de ver el mayor horror contra los Arrianos, mirados en su bárbaro triunfo no como vencedores sino como verdugos (1).

Salió confinado San Dionisio de Milán á Capadocia, donde alcanzó por el fervor generoso de sus oraciones una muerte pronta para no sobrevivir á la funesta desgracia de su Iglesia. En su lugar habian sustituido al herege Ausencio, á quien ordenó de Sacerdote Gregorio de Alejandria; pero en todo el curso de su ministerio se manifestó indigno de tal ordenacion. Ni aun siquiera entendia la voz de las ovejas á que se le destinaba por Pastor; pues ignoraba enteramente el latin, y aun era menos versado en las ciencias eclesiásticas, entendiendo solo de cosas de comercio é intereses; en una palabra, era mas pro-

(1) *Sulpic. Sev. lib. 2.*

pio para publicano que para Obispo. Aborreciale de tal modo el pueblo católico que fue necesario introducirle en la Iglesia á fuerza de armas.

48. No estaba el Emperador satisfecho aun, y deseaba mas que todo atraer á su partido al sucesor del Príncipe de los Apóstoles, cabeza de la Iglesia (1). Decian de continuo los novadores á este Príncipe, que si podia ganar al Obispo de la Silla Apostólica, pronto seria dueño de todos los demás. En una palabra, le hicieron desear ardientemente, que la proscripcion de Atanasio fuese confirmada por la autoridad eclesiástica, que reside principalmente en los Obispos de Roma; de lo que todo el mundo estaba convencido hasta los autores Gentiles de aquel tiempo, como Amiano Marcelino que lo afirma en propios términos (2). Constanzo pues envió al Sumo Pontífice al eunuco Eusebio con presentes y amenazas; pero todo fue en vano, y humilló sobremanera al enviado, que Liberio no solo rehusase firmar la condenacion de Atanasio, sino que se mostrase altamente contra la creencia de los Eusebianos tan orgullosos por los últimos sucesos, que cuidaban ya muy poco de disfrazar sus sentimientos ó su adhesion á los de Arrio. No quiso el eunuco, á pesar de esto, volver los presentes del Emperador, y los depositó como una ofrenda en la Iglesia de San Pedro. El Papa juzgó en este momento crítico que el temor del escándalo que motivaria esta especie de comunicacion con un herege debia ser

(1) *S. Ambros. lib. 3. de Spir. cap. 10.* (2) *Ammian. Marcel. lib. 15. cap. 7.*

mas poderoso que los respetos debidos en toda otra circunstancia á la magestad imperial, y mandó sacar los presentes del lugar santo.

El eunuco irritado y confuso viendo lo mal que se realizaban sus ideas, volvió presuroso á dar cuenta á su Soberano, el que resolvió sorprender al Pontífice y llevarle á Milán. Escribió para esto á Leoncio, Gobernador de Roma, á quien no pareció fácil la egecucion de este atentado, porque el pueblo amaba en extremo á su Pontífice. Mas cuando los Príncipes desean lo malo hasta cierto punto, todas las dificultades se allanan. Leoncio tomó tan eficaces medidas, que habiendo Liberio sido preso de noche, estuvo lejos de la ciudad antes que la multitud llegase á entenderlo.

Concedióle una audiencia el Emperador así que puso los pies en Milán, ó por mejor decir le hizo un interrogatorio, en el que este Príncipe artificioso sostuvo con mucha dignidad el tono mezclado de autoridad y moderacion que se habia prescrito. Alternaron en la conversacion el eunuco Eusebio y otros muchos incitadores, con designio de conmoer al Pontífice y hacerle prorrumpir en espresiones poco respetuosas. Liberio sin embargo que supo conservar un medio prudente entre la audacia y la pusilanimidad, sostuvo con tanta grandeza como valor la causa de la Iglesia y de Atanasio. El Emperador decia: „es mi enemigo particular, me ha indispuerto con mis hermanos; y me tendria por mas feliz en reducir á este revoltoso universal, que en haber vencido al traidor

Magnencio: no espongais cosa alguna en su favor. Ya estoy resuelto: firmad su condenacion, ó marchad al destierro: tres dias teneis para tomar vuestra resolucion. Liberio respondió: nada me mudarán ni tres dias ni tres meses: enviadme desde ahora donde gustéis.”

Viendo el Emperador que seguia inalterable, pasados tres dias, le desterró á Beréa, en Tracia, sin hacerle no obstante ningun mal tratamiento, antes por el contrario mandó librarle una suma considerable para el viage, y la Emperatriz aumentó aun esta liberalidad. Liberio no quiso recibir sus dádivas, diciendo, que el estado necesitaba de sus fondos para las tropas; y partió alegremente para su destino.

49. Constanzo quiso elegir otro Papa despues de su partida; mas con la piedra sobre la que el Hijo de Dios fundó su Iglesia, no sucedió lo mismo que con otras Sillas decoradas de prerogativas arbitrarias por disposiciones humanas. Habia jurado todo el Clero de Roma no recibir otra cabeza en tanto que existiese Liberio, y habiendo elegido la faccion de los Arrianos á Felix, Archidiácono de la Iglesia Romana, los Clérigos católicos permanecieron tan firmes, que los facciosos no pudieron entrar en Iglesia alguna, y se vieron reducidos á ordenarle en el palacio. No obstante de haberse rendido el mismo Felix al deseo de su ensalzamiento, nunca se separó de la doctrina de Nicéa: tanta era la solidéz con que estaba establecida en esta Iglesia que debe confirmar en la fe á las demás (1).

(1) Hieronym. de Scrip. Eccles. in Acac. Sozomen. lib. 7. hist. c. 114

50. La secta tuvo la ambicion de triunfar de Osio despues de este atentado. Este solo Obispo le parecia valer mas que otros muchos. Bajo los perseguidores idolatras fue confesor de la fe, autor despues de Dios de la conversion del gran Constantino, y de lo mas grande que este Príncipe habia hecho por la Religion; cien años de una vida irreprehensible, sesenta de los cuales habia pasado en el ministerio santo del Episcopado, y de las funciones mas sagradas y gloriosas, móvil de todos los grandes asuntos de la Iglesia, cuyas epistolas y discursos eran para los Católicos otros tantos oráculos: tal era Osio. No cesaban pues los hereges de importunar al Emperador Constanzo contra este varon inmortal, del mismo modo que lo habian hecho con la persona del Sumo Pontífice. „Osio, le decian siempre, es el Obispo cuya autoridad subleva contra vos á todo el mundo Cristiano: él formó el fatal símbolo de Nicéa: él es el que hace tener en todo el mundo por hereges á los defensores del justo oprimido, del piadoso y docto Arrio. Inspíranle sus primeros sucesos un ardor siempre nuevo y una presuncion inaguantable. Todo es inútil; el castigo de sus compañeros, ó por mejor decir de sus discípulos y hechuras, de nada sirve si no se humilla á este imperioso maestro, ó si no se aplaca.”

Persuadido el Emperador por estas razones de los hereges, mandó al grande Osio que se presentase, dándole en sus cartas mil testimonios de benevolencia y estimacion. Redobló sus caricias y artificios así que llegó ante él, para obligarle á condenar á Atanasio

y comunicar con los Arrianos: dos puntos inseparables para ellos. Mas el venerable viejo mostrando un amargo dolor de que hubiese atrevimiento para hablarle así, contestó con tanta fuerza y sabiduria, que poseido el Príncipe del temor de los divinos juicios, le dejó regresar á Córdoba. Viéronse los pérfidos Arrianos obligados á ceder sin oponerse en cosa alguna á Constanzo sobre este asunto; mas no perdiendo despues ni un instante y sirviéndose de las circunstancias, hablaron tan á tiempo é instaron con tanta viveza al Emperador, que escribió muchas veces á Osio, ya de un modo benigno y lisongero, y ya amenazante.

El Prelado siguió inalterable y contestó segun su ancianidad respetable, de un modo digno de transmitirse á las edades venideras. „Confesé, dijo, la primera vez la fe Cristiana en la persecucion de vuestro abuelo Maximiano. Antes que negar la verdad y empañar la inocencia, estoy pronto á sufrir todos los tormentos, si es que quereis repetir la misma escena que representó aquel enemigo del Dios que adoramos. No carezco de valor para anunciaros que renuncio vuestra comunión, si de aquí adelante me escribís de un modo tan poco digno de un Monarca Cristiano. No sigais, pues, las sugestiones de los secuaces de Arrio: guardaos de los Orientales, no escuchéis á Ursacio ni á Valente: mirad con horror la malignidad dirigida contra el Hijo de Dios, mas que contra el Obispo. No tanto os animan los seductores contra Atanasio, como á favor de la heregía y de la impiedad. Creedme, Príncipe, y fiad de mi experien-

cia y de mi edad: puedo ser vuestro abuelo, y sé á fondo todo lo ocurrido en el santo Concilio de Sárdica, blasfemado ante vos. Tuvieron allí los enemigos de Atanasio libertad absoluta de acusarle y vencerle si hubieran podido hacerlo. Traed tambien á la memoria el tiempo en que llamasteis á Antioquía al Obispo de Alejandría, y como se presentó en vuestra corte en medio de sus adversarios, como no quisieron oírle ó temieron comparecer ante él, y como rehusasteis vos mismo oír una inútil justificación.”

„¿Pues por qué prestais oídos aun á los impostores? Y sobre todo ¿por qué escuchais á Ursacio y Valente, despues que confesaron su calumnia y se retractaron vergonzosamente? No les obligaron á ello ni fueron maltratados por la tropa, ni intimidados por el Emperador Constante, bajo cuyo reinado no se procedia, ni Dios lo quiera, como hoy. Mas si estos pérfidos censuran la violencia, si se quejan sin motivo de sufrirla, y vos mismo la desaprobais, dejad ahora de usarla. No presidan vuestros Condes y vuestros Gobernadores en las determinaciones de la Iglesia: no desterreis á los Obispos, cuyo delito es no admitir enormes abusos. De otra manera, ¿no sereis reprehensible de egercer mayores violencias que los de que os quejais? ¿Vuestro augusto hermano hizo por ventura cosa semejante? Tened presente, Emperador, de que á pesar de este título no dejais de ser hombre, ni estais menos sujeto á morir. Temed los juicios eternos: no os introduzcáis en las cosas eclesiásticas, puesto que en esta materia no teneis órdenes

que darnos, sino que debeis recibirlas de nosotros. Dios os ha dado las riendas del Imperio, y á nosotros el gobierno de la Iglesia; y así como nos opondríamos al órden de Dios si atentáramos á vuestro poder, del mismo modo no podeis vos atribuirnos, sin faltar á la justicia, lo que no os pertenece. Porque escrito está: *dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.* Si no nos es permitido abrogarnos el mando en el Imperio, no debeis vos egercer el ministerio sacerdotal. Fuérame á escribiros con libertad el deseo que tengo de vuestra salvacion; y si me conviene á mí hablaros de este modo, tambien os importa el mostrar que no lo hice sin fruto.”

51. Una carta tan enérgica debia producir el resultado mas feliz por poco que el Emperador consultase á la Religion ó á la razon; pero no hizo mas que irritar á Constanzo, cercado siempre de sus hereges aduladores. A Osio le obligó segunda vez á que se le presentase, y le detuvo un año en Sirmio. Sufrió allí el respetable centenario los mayores ultrajes, los tratamientos mas inhumanos, golpes descompasados, y por fin el tormento. Al cabo la debilidad del cuerpo y probablemente la de la edad, abatieron su espíritu, y sin querer condenar á Atanasio, firmó la segunda fórmula de Sirmio, que no se puede escusar de herética: ejemplo no menos admirable que terrible de la fragilidad humana, contra la que nunca deben asegurarnos los mas repetidos triunfos (*). Luego

(*) La caída del grande Osio es uno de los puntos en que se convienen muchos historiadores eclesiásticos modernos; y cau-

que accedió Osio á lo que se queria, obtuvo la libertad para regresar á España, donde murió poco despues; pero penitente y en la comunion de la Iglesia,

sa admiracion ver como estos fundados en los testimonios antiguos, llegan á decir que *Constanzo logró abatir su constancia y eclipsar su gloria*. Este glorioso Confesor, como le llama San Atanasio, y él mismo lo escribe á Constanzo: *Ego confessionis munus explevi, primum cum persecutio moveretur ab avo tuo Maximiano*; este heroe de la fe á quien algunos reconocen por catequista de Constantino el grande, irreprochable en su vida, y en fin el Padre de los Concilios, merecia ser tratado con mas indulgencia. Convengamos, si se quiere, con San Hilario, San Febio, Sozomeno y San Epifanio en que subscribiese á las blasfemias del Concilio de Sirmio. No queramos defenderle contra la autoridad de varones tan respetables, pero oigamos como se explica San Atanasio, quien manifiesta lo vano del triunfo de sus enemigos, y que en lugar de gloriarse, debieran tener vergüenza, por no ser la forzada suscripcion argumento de la verdad de su doctrina, sino triunfo de su maldad. „ Aunque, dice el Santo, cediera Osio en fin por algun breve espacio de tiempo atemorizado de las amenazas de Constanzo, por no poder sostener su violencia y potestad tiránica, y no permitirle el dolor de las llagas con que despedazaban sus miembros cruelmente, y las convulsiones de una tortura violenta y dilatada, mantenerse en perfecta robustéz: no obstante el mismo hecho manifiesta, no que firmó contra mí porque no estuviese persuadido de mi inocencia, ó me juzgase reo de los delitos, que me imputaban mis enemigos; sino porque en su edad decrepita y debilitado su cuerpo, no mantenian su espíritu y cabeza la integridad necesaria, ni el ánimo se conservaba tan fuerte que pudiera vencer los últimos esfuerzos de su bárbara crueldad.“ San Atanasio escusa á Osio en todas ocasiones. *¿Quid in sene Hosio culpari potuit?* En otro lugar: *omnibus enim ille notus erat*, escribe el Santo, *ac verus pro suo nomine Hosius, hoc est, sanctus habebatur, vitæque ejus irreprehensibilis*. Algunas veces dice, que por poco tiempo comunicó con Valente y Ursacio; otras que firmó su conde-

como dicen San Atanasio y San Agustin. Protestó auténticamente y en forma de testamento en la hora de la muerte contra la violencia que le habia abati-

nacion, pero jamás le culpa de que aprobase el perverso formulario de Sirmio.

No seguiremos á ciegas la opinion del erudito Doctor D. Juan Gomez Bravo en su juiciosa apología en que vindica á este dignísimo Obispo y glorioso Español, de la atroz calumnia de que juntamente con Potamio compusiera la fórmula herética de aquel conventículo. Consultemos la razon. Quien filosofe un poco sobre la malignidad del corazon humano, quien medite sobre la perversidad de muchos hombres reunidos para el mal, quien esté medianamente instruido en las cábalas y maneños inicuos de los Arrianos, quien finalmente considere la sutileza de sus invenciones para oprimir á San Atanasio, hacerle culpable de haber violentado á una impostora, de la muerte de Arsenio, del ara derribada y cáliz hecho pedazos ¿cómo no se persuadirá de que fingieron haber compuesto Osio la fórmula detestable de Sirmio, con ánimo de sorprender y engañar induciendo al error á los Obispos Católicos y hasta al mismo Papa Liberio? Será acaso el haberse justificado por escrito de este crimen? Un viejo de cien años, á quien afirma Sócrates que anticiparon la muerte los azotes y la tortura, obligado en tal edad á emprender largos y penosos viages ¿será extraño que en vez de defenderse, se contentara con las cicatrices que llevaba en su cuerpo, y con los magníficos y claros testimonios que dió por espacio de cincuenta y siete años que peleó contra los Arrianos? San Atanasio que merece mayor fe que todos los demás escritores en esta materia, dice: *que al morir, por última voluntad protestó contra la violencia que usaron contra él los Arrianos, anatematizó su heregía y exhortó á todo el mundo á que la aborreciese*. San Agustin dice que murió en la comunion de la Iglesia.

En fin la gloria y honor de nuestra patria nos obliga á citar en defensa de Osio á un autor, cuya erudicion y juiciosa crítica ciertamente es digna de algun crédito. Orsi, despues de dar por indudable la caída de Osio, añade en la página 398 del to-

do, anatematizó el arrianismo de la manera mas solemne, exhortando á todos á mirarle con el mismo horror.

52. La persecucion que habia sufrido un sugeto tan respetable en todo el mundo, fue aun mas violenta en los Prelados comunes. Los ortodoxos sufrieron tambien á medida de su virtud, y particularmente los Obispos á quienes se llevaba con violencia delante de los jueces, para que estos los obligasen á firmar; y se habia intimado orden á los magistrados de las ciudades con pena de multa, si no ganaban á sus Obispos respectivos: tan solo se les permitia que en-

mo 7., que los lugares en donde refiere San Atanasio la caida de Osio y Liberio, con gravísimas conjeturas se cree los añadió alguna mano estraña. Demuestra su asercion con los testimonios de Teodoreto y de Tillemont, cuya sentencia es que los dos últimos párrafos de la apología contra los Arrianos se añadieron algunos años despues de escrita aquella obra: y concluye, que es inegable la antigua fama de la caida de Liberio; pero se debe tambien tener por cierto, que los Arrianos fueron los autores y promulgadores de ella. Y nosotros aseguramos entre la variedad y obscura confusion de testimonios en pro y en contra de Osio, que si no hubiera sido Español, su conducta se tendria por muy conforme á su nombre. La relación de la muerte de Osio atribuida á San Isidoro de Sevilla es falsa de todo punto. Por último, la opinion que parece hoy en dia mas comunmente admitida por todos los sabios es la que espresa San Atanasio en su carta á los Solitarios por estas palabras: „se le hizo tanta fuerza al venerable anciano, se le estrechó y afligió con tantos males que al fin renitente, y manifestando su aversion comunicó por un breve espacio con Ursacio y Valente, pero no firmó ni condenacion; y al morir condenó de nuevo la heregía, y á cuantos la defendiesen, y legó á su Iglesia la fe católica como en testamento.“

viasen al Emperador á los que solo pudieran ser amedrentados por su presencia. Hubo muchos que renunciaron cobardemente á la comunión de Atanasio. Fueron víctimas los que resistian de mil calumnias, y vituperios, y rencillas movidas para desterrarlos de sus Iglesias; substituyéndolos miserables é indignos cómplices de los hereges. No quisieron muchos pueblos admitir á los intrusos por una providencia particular inspirada del cielo, viendo la violencia y despotismo con que se egercian tantas crueldades: estos eran posesionados á la fuerza, y se trataba como reo de estado á todo ciudadano que se mostraba Católico.

Empero Atanasio era siempre el blanco principal del rencor de Constanzo y de sus Arrianos. Parecía-les que toda la Iglesia Católica estaba concentrada en él; y solo para reducirle sedujeron de antemano á tantos Obispos. Juzgaron los hereges, despues que suscribieron á su condenacion, que no debian ya guardar medida alguna. La tempestad se formó por espacio de dos años: y su violencia correspondió á esta larga y tenebrosa fermentacion. No es nuestro ánimo pintar estos últimos horrores, difíciles de presentar con la viveza debida, y nos contentaremos con decir, que lo ocurrido algunos años antes al colocar en la Silla de Alejandria al falso Obispo Gregorio, que fue la primera escena, no fue mas que un ligero ensayo de esta horrorosa catástrofe.

53. Jorge de Capadocia que por segunda vez se apoderó de la Silla de Atanasio, no se daba traza tan

solo de parecer virtuoso (1). Hombre sin fe, sin costumbres, sin educacion, sin nacimiento, y al principio sin destino, solo era conocido por un aventurero, ó parásito ó bufon, vendido á cualquiera que quisiera sustentarle. Para él fue una fortuna obtener una plaza de las mas bajas en el abastecimiento de los viveres, en la que malversó lo que tenia á su cargo, y se vió precisado á evadirse del castigo de sus robos, vagando de provincia en provincia. Tal fue el segundo émulo que se opuso al mas distinguido Prelado de su siglo. Al mismo tiempo era duro, rústico, desagradable en su figura y palabras, ignorante hasta lo sumo, sin el menor trato, atronado y revoltoso; de carácter implacable, sin principio alguno de Religion, ya pagano y ya herege, y solo propio para colocar la impiedad arriana en la cátedra Episcopal de la segunda ciudad del universo.

Viéronse al propio tiempo despojadas de sus legítimos Pastores las Iglesias de toda la grande y floreciente provincia de Egipto y de la Libia, que dependia de él. Desterráronlos al centro de las mas espantosas soledades, obligándolos á partir al momento sin respeto á su edad, ni á sus achaques. Cerca de noventa fueron tratados así; y solo uno fue cobarde entre tantos, á saber, Teodoro de Ogirinca, que abandonó con desprecio á todo su Clero. Perecieron muchos de estos ilustres proscriptos en el camino ó en su destierro, bien de miseria, ó bien de las indignidades que tuvieron que sufrir. Así que par-

(1) *Ammian Marcel. lib. 22. cap. 11.*

tieron pusieron en su puesto jóvenes imprudentes, y sin otro mérito que una confesion precipitada del arrianismo, que muchos de ellos no conocian sino por el nombre, y sin otro título que una suma de dinero dada á los oficiales imperiales, que vendian en público las dignidades eclesiásticas al que mas daba. Una multitud innumerable de fieles de ambos sexos, especialmente de monges y vírgenes, fueron sacrificados horriblemente en el lugar santo, y siempre segun el gusto lascivo de la heregía, esto es, despues de los ultrages mil veces mas insoportables á su virtud que la muerte.

54. Fue acometida por mas de cinco mil soldados legionarios, armados en forma con el morrion en la cabeza y la espada desnuda en la mano, una de las principales Iglesias de Alejandría, á tiempo que Atanasio estaba en ella con una parte considerable de su pueblo. Exhortó á las ovejas á retirarse tranquilamente, rehusando este buen Pastor poner su vida en seguridad mientras que la mas pequeña parte del rebaño estuviese en riesgo. Ya estaban rotas las puertas, y á la luz de las sagradas lámparas, porque era de noche, viéronse brillar las armas de la tropa que avanzaba con gritos y amenazas. El ruido y el tumulto eran horribles: caían unos sobre otros, y muchas personas quedaron sufocadas. El santo Obispo á pesar de todo no dejó su lugar; y conociendo entonces que él solo era á quien buscaban, y que el furor no cesaria en tanto que no fuese preso, se entregó generosamente á morir por la salud de su grey.

Por fin , habiendo salido la mayor parte de los fieles , los Clérigos y solitarios que quedaban le llevaron consigo , y fue tan grande la concurrencia de los que querian salir , que le faltó poco para no ser ahogado. Quedó largo tiempo desmayado y sin conocimiento, de modo que le llevaron como muerto , lo que sin duda facilitó su evasion en medio de tantos furiosos satélites , de cuyas manos parecia imposible que escapase sin milagro. Cuando supieron los bárbaros perseguidores que estaba vivo , no hubo reducto tan oculto que no registrasen en las ciudades , en los pueblos y en los campos. Es inesplicable lo que sufrió ocultándose. Permaneció largo tiempo en una cisterna seca, adonde los dueños de la habitacion le llevaban de comer de tiempo en tiempo. *Las incomodidades de la fuga , dice él mismo , son mas dificiles de sufrir que los dolores de la muerte , y el principal mérito de los que padecen persecucion consiste en perseverar sin fastidio y sin impaciencia (1).*

Los ministros de la tiranía enviaron soldados que registrasen los piadosos asilos de Tabena , creyendo encontrarle allí , pues amaba en extremo estas soledades. La tropa desenfrenada hizo que abriesen todas las puertas de los monasterios y de las lauras , y no pudieron hallarle. Entonces se echó de ver cuanto distaban sus angélicos moradores , desprendidos de todo interés terreno , de aquellos Prelados tímidos que esperaban el favor de la corte. No se dignaban saludar á los enemigos de la Iglesia estos piadosos é intrépi-

(1) *Athanas. de fug. gág. 717.*

dos solitarios , observando el Evangelio al pie la letra; y confesaban su fe delante de espadas desnudas , consolándose solo con los ultrajes que sufrían por la misma causa , de no morir por ella.

En efecto estaba Atanasio entre los cenobitas de Tabena , aunque no habian podido descubrirle. Temió que al fin el peso de la persecucion recayese sobre estos generosos huéspedes , y se internó mas en la soledad , edificando por su porte á los anacoretas mas remotos del trato de los hombres. Admiraban en este Prelado , oprimido de trabajos y pesares , tanto recogimiento como en cualquiera de ellos. Protestaron por largo tiempo haber adelantado mas en la ciencia sublime de la perfeccion evangélica con las conversaciones y egemplos de Atanasio , que con todas sus austeridades y oraciones. Se cree que permaneció en este retiro cerca de seis meses , mientras los cuales este infatigable Doctor fue tan útil á la Iglesia como en medio de las mas populosas ciudades. Confirmó en la fe las provincias mas remotas de su Diócesis , que podia aun visitar ; y en sus intervalos de descanso compuso entre otras obras su admirable apología á Constanza , con su epístola á los solitarios.

Quería prevenir á estos contra el artificio de los hereges , que no pudiendo seducirlos , llegaban á sus santas moradas para jactarse á lo menos de estar en comunión con ellos. Les pide que examinen con escrupulosa atencion la fe de los viajeros que les visitasen : que no den oídos á los que sostuviesen una doctrina sospechosa , ni á los que comunicasen con los

sectarios como no quebrantasen este trato escandaloso. Hay otra epístola de San Atanasio á los solitarios mucho mas estensa que esta, y que debe llamarse mas bien un tratado, que una epístola; comprendió dos partes, la primera concerniente al dogma, la que por desgracia se ha perdido. En la segunda, toda histórica y conservada casi entera, justifica el santo Pastor su fuga contra las calumnias de los sectarios mismos, que obligándole á ella, se la improperaban como una cobardía.

55. Examina á fondo en la apología dirigida al Emperador los diversos artículos de acusacion promovidos contra él mismo; demuestra con la mayor evidencia y claridad su inocencia, y esto con toda la libertad conveniente á la causa que defendia. Celoso sobre todo de la reputacion de súbdito fiel, tan importante al honor y autoridad del Episcopado, toma su elocuencia un grado admirable de sublimidad para tratar de las semillas de cizaña, que se le acusaba haber propagado entre el Emperador reinante y el muerto Constante. Su ardor se inflama mucho mas con motivo de su supuesta adhesion al tirano Magnencio: „Príncipe, le dice, no se trata aquí de un interés pecuniario, sino de la gloria de la Iglesia. No dejéis sobre ella las sombras odiosas de una sospecha tan bien disipada; y jamás pongáis en duda de que los Cristianos, y sobre todo los Obispos, miran con execracion tan monstruosos atentados como las conspiraciones, la ingratitude y el crimen. Si yo fuese acusado delante de otro Juez, apelaria al Emperador; pero

acusado ante vos, ¿á quién podré acudir? Al Padre adorable de aquel adorable Hijo, que dijo: *Yo soy la verdad*; es la fuente eterna y eternamente fecunda de esta verdad, formidable vengador de la mentira y de las imposturas; tomad pues la defensa del oprimido, que no lo es sino por vos, y amparad el honor de vuestro ministro, y el de la Iglesia que Cristo adquirió á costa de toda su sangre.”

Haber desobedecido al Emperador no queriendo salir de Egipto, era la última acusacion contra el santo Patriarca. A esto contesta, que no es tan osado ni temerario que resista á un Príncipe tan grande. Se esfuerza despues á convencerle de que no lo hizo; y hace una exacta relacion de lo que habia pasado. Y celebrando por otra parte los enemigos de la fe como un triunfo sus desgraciados sucesos contra él, no omite cosa alguna para desacreditar sus tramas abominables. „Si es vergonzoso, dice, que los Obispos hayan cedido al temor, mas vergonzoso es habersele causado; porque nada prueba mejor la maldad de tal causa. Esta es la conducta, no del Salvador que se contenta con exhortar, diciendo: *si alguno quiere venir en pos de mí, sígame*: sino del Anti-Cristo, que solo hace falsarios é hipócritas con las amenazas continuas del destierro y de la muerte.”

56. Inútil fue la apología, porque la persecucion se esparció furiosamente por do quiera que se encontraban Prelados adictos á Atanasio y á la fe de Nicéa, desde el Egipto y la Siria hasta las estremidades del Occidente. Señalábanse mucho las Galias defendiendo

la buena causa; por lo que no podían permanecer indiferentes en una convulsion tan general. Hacia desde mucho tiempo disimuladas diligencias para sembrar la cizaña entre la floreciente mies, Saturnino, Obispo de Arlés, una de las principales Sillas de la Iglesia Galicana. Descubrióse su trato con los novadores, en especial con Ursacio y Valente; y fue excluido de la comunión de casi todos los Obispos sus compatriotas (1). Quería con todo hacer triunfar el error; y con la proteccion imperial reunió un Concilio en Beiers en los primeros meses de este año de 356. Mas halló en Hilario, Obispo de Poitiers, uno de aquellos grandes hombres criados por Dios, así para arrancar como para plantar, y para hacer inútil la malignidad de los adversarios.

Nació en Poitiers de una de las mas distinguidas familias de todas las Galias, dotado de un talento superior y un amor indecible á las ciencias: habia adquirido los conocimientos filosóficos y literarios mas profundos y mas vastos. Criado en el paganismo, no estudió al principio mas que los escritores profanos, los que no podian satisfacer á la exactitud de su espíritu ni á su admirable rigidéz en el inquirimiento de la verdad y del buen órden acomodado á la recta razon. Habia ya conocido lo incompatible de su entendimiento con todo lo que no fuese virtud; y descubrió claramente la falsedad y extravagancia de lo que enseñaban los Gentiles acerca de la Divinidad, á la que estos sabios carnales dividian en diversos se-

(1) *Sulp. Sev. lib. 2. hist.*

xos, atribuyéndole algunas veces lo mas vicioso del uno y del otro, y aun la ponian en brutos, y en las estátuas mudas; y se convenció de que no podia haber sino un solo Dios Eterno, Omnipotente é Inmutable. Habiendo adquirido los libros sagrados despues de tantas investigaciones, hizo en el conocimiento de la verdad progresos dignos de las fuentes donde bebía, y de la disposicion con que se dedicaba á su lectura. Deseaba, como nos dice él mismo, que la creencia de lo verdadero tuviese como la práctica del bien un premio eterno. Enseñóle especialmente el Evangelio de San Juan toda la estension de la caridad divina con los hombres. Nada halló increíble en la incomprendibilidad misma de la perfeccion infinita, en el anonadamiento del Verbo hecho carne por redimirnos, ni en la elevacion de la Naturaleza humana á la union hipostática con la Divinidad. Abrazó el dogma de la consubstancialidad sin haber oido hablar aun del santo Concilio que la habia definido; y habiéndola aprendido en el Evangelio por una ilustracion como inmediata de la luz increada, la sostuvo con todo el entusiasmo y fidelidad debida á una doctrina tan divina.

No encontraron mas digno sucesor del santo Obispo Magnencio, al vacar el Obispado de Poitiers por muerte de aquel Santo, hermano de San Maximino de Tréveris que á Hilario, y esto á pesar de que era casado. Dió tal crédito á su doctrina la fama de sus luces y de su virtud, que no tan solo conservó la verdadera fe en su diócesis y en las provincias conti-

guas, sino que tambien preservó del arrianismo á todas las Galias. Tuvo valor para denunciar, en el Concilio reunido por las intrigas del herege Saturnino, á este mismo protector de la heregia tan furioso en sus rencores, como corrompido en la fe y en las costumbres. El sectario no encontró mejor venganza contra tal antagonista que el hacerle desterrar hasta la Frigia, con una supuesta relacion que envió á Constanzo de lo ocurrido en Beciers. Ródano de Tolosa partió con Hilario, siendo aquel mas fuerte por esta union que por su carácter naturalmente fácil, y logró morir con valor en su destierro como Paulino de Tréveris. Al santo Obispo de Poitiers no le nombraron sucesor, pues mientras estuvo ausente gobernó su diócesis el escelente Clero que habia formado en ella.

57. Su nombradía pasó antes que su persona los montes y los mares; y de las provincias mas distantes le llegaron ilustres discípulos. Uno de ellos fue el gran San Martin que nació en Panonia, hijo de un militar; profesion que egirió el mismo desde jóven, y en la que hizo aquel acto heroico de caridad que le despojó de una parte de su vestido para cubrir á un pobre de Jesucristo; y en todo lo restante de su vida vertió Dios en su alma la abundancia de las gracias celestiales (1). Así que obtuvo su retiro de la milicia, acudió á Poitiers á ponerse bajo la direccion del santo Obispo, que le colocó entre sus Clérigos, y aun quiso ordenarle Diácono; pero el humilde discípulo se creyó demasiado honrado con recibir el ór-

(1) Sev. Sulpic. in vit. S. Mart. init.

den de Exorcista. Inútilmente buscó la obscuridad y el desprecio, pues el Todopoderoso principió comunicándole por el egercicio mismo de este ministerio inferior el don prodigioso de milagros, que le hizo uno de los mas nombrados taumaturgos de la Iglesia.

Desterrado en el entretanto su benemérito Maestro allá en Oriente, parecia mas bien un Apóstol que un desterrado, y aunque no logró restaurar la fe en su esplendor primitivo, fue causa sin embargo de que no decayese de todo punto, y evitó infinitos abusos. Do quiera que se presentaba, imponian mucho su valor y sus luces á los hereges. Parecia no haber dejado su Iglesia sino para cuidar de todas las demás; pero las de la Galia le interesaban especialmente. No recibiendo sin embargo ninguna carta de sus Obispos, concibió las mas crueles zozobras, temiendo que como otros muchos se hubiesen rendido á la obstinacion de los seductores, y que la Religion les fuese ya indiferente como su propia persona. Cuando llegaron sus cartas supo, que la dificultad de la comunicacion era la sola causa que hasta entonces le habia privado de su correspondencia. Recompensaron agradablemente sus temores las nuevas pruebas de su fe y los nuevos triunfos contra la heregia. Le noticiaron la condenacion espresa que acababan de hacer de la segunda fórmula hecha en Sirmio el año 357 por Potamio, Obispo de Lisboa, y adoptada por todo el partido hereético.

58. Tambien supo que San Febadio de Agen empleaba sus luces y elocuencia en reformar esta fór-

mula maliciosa, mucho mas mala que la primera que solo pecaba por insuficiente, mientras que en esta se veía mas claramente la blasfemia y la impiedad bajo los velos groseros que la tapaban débilmente. „Convenimos, dice, en que no hay sino un Dios Padre Todopoderoso como lo cree todo el universo, y un solo Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor y nuestro Salvador, engendrado de él ante todos los siglos; que no se puede ni debe reconocer dos Dioses, pues el Señor mismo ha dicho: *Yo iré á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios;* (cuyo testo ensalzaban con énfasis los autores de esta fórmula, para atribuir la Divinidad á solo el Padre, excluyendo al Hijo). Hemos convenido sobre todo lo demás, añaden con mas malignidad todavía; pero como algunos pocos se ofendian de la palabra substancia, se ha juzgado oportuno no mentarla.” Con este pretesto especioso no se hablaba ni de identidad, ni aun de semejanza de naturaleza; y todo el contesto inducia naturalmente á pensar, que el Hijo de Dios era de otra naturaleza que su Padre, procedente no de su substancia sino de la nada como todos los seres criados. Examina San Febio esta fórmula desde el principio hasta el fin de ella, y hace observar que lo que al parecer tenia de bueno está puesto con tal artificio, que fácilmente se puede torcer á un sentido perverso.

Despues al esponer con la precision mas exacta la fe católica sobre la unidad de la substancia, dice: „he aquí lo que creemos firmemente, lo que hemos reci-

bido de los Profetas y de los Apóstoles, lo que sellaron los Mártires con su sangre. Están tan adictas nuestras provincias á esta creencia, que si un ángel del cielo nos dijera lo contrario, le diríamos anatema, á egemplo del Apóstol. No se nos oponga, pues, el nombre de Osio, aunque Padre de los Obispos, y cuya doctrina se siguió. ¿Qué uso puede hacerse de la autoridad de un hombre que se engaña al presente, ó que siempre se engañó? Todos saben cuáles han sido sus sentimientos hasta una edad avanzada, y la firmeza con que defendió la fe católica y que condenó á los Arrianos así en Sárdica como en Nicéa. Si hoy opina de otro modo, si sostiene lo que condenó, y condena lo que defendió; su autoridad, repito, es nula. Si creyó mal por espacio de noventa años, no me persuadiré á que despues de noventa años principie á creer mejor.”

59. Una constancia tal en los Obispos de la Galia escitó la emulacion de los mismos Orientales, y dividió á los contradictores del Concilio de Nicéa. Concibieron muchos de ellos, que desechaban precisamente el término *Consubstancial* como inusitado en las Escrituras, las consecuencias de una ficcion ó lenguaje equívoco que acreditaba una doctrina que ellos mismos miraban en el fondo como herética. Renniéronse, pues, en Concilio en Ancira, capital de la Galacia, á petición del Metropolitano Basilio; cuyas intenciones se pretende que no eran mas puras que su fe, y que aspiraba á la Silla de Antioquía, próxima á vacar por muerte del Patriarca eunuco, es decir,

del despreciable Leoncio. En fin, se sospechaba con fundamento de que Basilio miraba con celos á Eudósio, que despues de la muerte de Leoncio se trasladó con intrigas y sin forma alguna regular desde la pequeña diócesis de Germanicia al Patriarcado de Oriente. La condenacion de los Anomeos fue el resultado del Concilio de Ancira, á saber, de los Arrianos puros que negaban no solo que el Hijo de Dios era consubstancial al Padre, sino tambien que fuese (*) semejante en substancia: lo que significa la palabra griega *Anomoios*, desemejante.

60. Al frente de esta secta la mas impía del arrianismo estaba Eudósio con Acacio de Cesaréa y Uranio de Tiro. Acababan entonces de condenar en un Concilio así la palabra *Homoiousios*, semejante en substancia, como *Homousios*, consubstancial. Este Eudósio, aunque de un natural suave, ó mas bien débil y tímido, tenia un celo por la secta que le sacaba de su natural, no dejándole observar las atenciones de su antecesor Leoncio. Educado en la escuela de Aecio, no tenia mas prudencia que este aventurero, sin freno con todos aquellos que le contradecian. Apenas el maestro tuvo noticia de la fortuna de su discípulo, volvió precipitadamente desde Egipto donde su impiedad y su insolencia le forzaron á ocultarse, y trajo en su auxilio á cierto Eunomio, aventurero del mis-

(*) La fe católica no admite la palabra *Homoiousion*, que significa semejante en la substancia, puesto que confiesa al Hijo de Dios no tan solo semejante, sino de una misma substancia ó naturaleza con el Padre.

mo natural y conducta, y este en lo sucesivo formó, aunque sin ninguna opinion particular, un nuevo cisma entre los propios Anomeos.

Los Arrianos se cuentan tambien en este partido hablando solo de los cismáticos mas célebres. Estos eran discípulos de Aecio, el que sin enseñar cosa alguna particular sobre la Trinidad hizo faccion aparte, enseñando que no hay diferencia alguna entre el Sacerdote y el Obispo: que es en vano orar por los difuntos; y reprobaba con la celebracion de las fiestas las prácticas mas solemnes del culto exterior, las que trataba en general de observancias judaicas.

Basilio de Ancira, Eustacio de Sebaste, y Eleusio de Cícico, eran los mas célebres en otro partido llamado de los Semiarianos. No admitian el Concilio de Nicéa; y aunque sostenian fuertemente que el Hijo era semejante al Padre en la substancia y en todas las cosas, jamás confesaban claramente la identidad de naturaleza con el Padre, y así la negaban en términos espresos. El último anatema de su Concilio de Ancira condena espresamente la palabra Consubstancial.

Diéronse traza de tener propicio al Emperador, y para esto no queriendo depositar su confianza en otros que en sí mismos se trasladaron á Sirmio, y le pidieron con muchas instancias, que mandase egecutar los decretos de tantos Concilios que tenian decidida la semejanza de naturaleza entre el Padre y el Hijo. Con el fin de precaver persecuciones quitaron por única vez el anatema fallado contra el dogma de la Consustancialidad de su profesion de fe.

Su arribo á la corte no pudo ser mas á propósito. Un Sacerdote de Antioquía, llamado Asfalo, ardiente emisario del Patriarca Eudósio y de Aecio, estaba próximo á partir, llevando consigo cartas imperiales muy favorables á aquellos dos impíos. Basilio puso de manifiesto al Príncipe la enormidad de su heregía, y le conmovió hasta el punto de hacerle recoger las cartas que habia ya entregado á Asfalo. Escribió al momento Constanzo á la Iglesia de Antioquía otra carta del todo contraria, en la que se nos presenta la prueba mas notable de la ignorancia y ligereza de este Emperador (1). Desacredita á Eudósio en esta segunda carta, le condena como á un osado usurpador, y encarga á los fieles que evitasen su comunión no menos que la de Aecio, al que trata de sofista nocivo.

61. En el año 358, esto es, por el propio tiempo, se tuvo en la desgraciada ciudad de Sirmio la tercera asamblea cismática de los Obispos que estaban á la sazón en la corte. Allí dominó Basilio con los demás Arrianos mitigados. Substituyóse una nueva fórmula que adoptaba la semejanza de naturaleza, á la segunda en la que se habian desechado juntamente las palabras *Consubstancial* y *semejante en substancia*. Ursacio y Valente, que solo atendian al favor y á la fortuna, admitieron sin dificultad este símbolo; pero se insertó en él con artificio lo que se habia decidido contra Pablo de Samosata, contra Fotino y Marcelo de Ancira, para hacer á lo menos desechár el término *Consubstancial*.

(1) *Sozom. lib. 2. hist. cap. 13.*

Mandó venir entonces Constanzo al Papa Liberio á Sirmio desde Berea, donde estaba confinado. Se afirma comunmente, aunque hay pruebas y opiniones fundadas en contrario, que este Pontífice, despues de haber confirmado durante dos años de vejaciones á sus hermanos en la fe, mas con el ejemplo de su desinterés y de su valor que con sus palabras, acababa al fin de conceder á las importunidades de Demófilo, Obispo de Berea, lo que habia negado con tanta gloria á todos los esfuerzos del poder imperial: unos dicen que suscribió á la primera, otros que á la tercera fórmula de Sirmio, en las cuales nada se lee á la verdad que explique el error (*); pero tampoco le escluyen suficientemente, sino con una ambigüedad ú obscuridad de que puede hacerse abuso contra la conducta sabia y segura que habia prescrito un Concilio Ecuménico. Satisfecho el Emperador de Liberio le permitió volver á Roma, valiéndose de tan cobarde y escandalosa condescendencia, y mandó al Clero Romano que le recibiese, mas sin deponer á Felix (**).

(*) Está bastante explicado el error de los Semiarianos con la palabra *semejante*, sustituida á la de *consubstancial*.

(**) Los enemigos de la infalibilidad del Romano Pontífice presentan y repiten con un aire de triunfo la historia de la caída de Liberio; veamos cuan miserable es este recurso. Primeramente, aun cuando sea cierta la suscripción de aquel Papa á la primera fórmula de Sirmio, esta segun San Hilario, tenia un sentido católico. Mas no suscribió mandando, como Cabeza Suprema de la Iglesia, recibir aquella fe; al contrario, puesto en libertad, proscribió de nuevo el error y á sus secuaces; por manera

Respecto á los Semiarrrianos, que estaban triunfantes en Sirmio, no solo acusaron de heregía á Aecio y Eudosio de Antioquía, sino tambien de crimen de estado, como lo era el haber tenido parte en otro tiempo en los atentados del César Galo. Recibió Eudosio orden para salir de Antioquía, y se retiró á su patria la Armenia. Fue confinado Aecio despues de una formal acusacion á Pepusa, ciudad de Frigia. Los emisarios de los Semiarrrianos apresaron en el camino á Eunomio, á quien Eudosio acababa de ordenar Diácono, y á quien enviaba á la corte como su diputado y defensor, y luego fue desterrado tambien á Frigia. De la misma suerte fueron tratados otros setenta anomeos de mayor nota, de modo que su partido quedó

que aunque como particular hubiese cedido á la violencia, jamás enseñó ni aprobó la heregía como Pontífice, y con esto queda intacto el derecho de la indefectibilidad. Empero no es tan cierto el hecho como se supone. El mismo Bossuet, tan empeñado en sostener la Declaración del Clero Galicano de 1682, decia al Abate Ledieu: *yo he borrado en mi tratado del poder Eclesiástico, todo lo relativo al Papa Liberio, porque no probaba bien lo que yo queria establecer en aquel lugar.* (tom. 2. Piezas justific. del 4. lib.) Los Centuriadores de Magdeburgo han absuelto á Liberio de toda tacha. (Centuria 4. cap. 10. pág. 1284.) Algunos sabios han sostenido, y esto nos parece lo mas cierto, que Liberio no suscribió á fórmula alguna de Sirmio. Véase Dissert. sobre el Papa Liberio; París chez Lemestre 1726. in 12. Item, Francisci Antonii Zaccaria P. S. Dissert. de commentitio Liberii lapsu. In Thes. theol. tom. 2. Natal Alejandro, Siglo IV. Dissert. 32. art. 1. El P. Felipe Anfosi sobre las cuatro proposiciones del Clero Galicano, lib. 8. párrafo 5. Ultimamente la obra del Papa y de la Iglesia Galicana del Conde José de Maistre, lib. 1. cap. 15.

entonces al parecer arruinado de todo punto.

Liberio volvió á Roma en medio de estas revoluciones, adonde llegó por el mes de Agosto del año 358, tercero de su destierro. Varían mucho los autores sobre el modo con que fue recibido; pondremos aquí lo que nos parece mas verosímil. Deseaba con ansia su regreso el pueblo Romano tan adicto á su Pontífice como á la fe católica, y mientras su ausencia pocas personas habian comunicado con Felix; mas cuando vieron los efectos de la benevolencia del Emperador y de sus Arrianos con Liberio, el amor se trocó en desconfianza, y pronto en desprecio. Cuando supieron lo que le habia costado la libertad del destierro, fue grande la indignacion. Rehusó la comunión de un Pastor que sospechaban haber vendido los intereses de la Iglesia, una multitud de Eclesiásticos y legos, furiosos con el ardor de su celo. Felix, aborrecido de todos como un usurpador sacrilego, durante las pruebas y perseverancia del Pontífice legítimo, principió á serles grato. Ponderábase la firmeza con que se habia declarado contra la heregía de sus protectores; y una parte considerable, así del Clero como del pueblo, adhirió á su comunión. Sin duda por esto los modernos están tan divididos sobre la calificación que debe darse á su ministerio. La mayor parte de los antiguos, entre otros San Agustin y San Optato Milevitano, no le cuentan en el catálogo de los Obispos de Roma.

62. No permitió la Providencia que durase largo tiempo una división tan nociva en aquellas circuns-

tancias. Felix, abandonado de los oficiales imperiales, que profesaban la fe del todo diferente de la suya, no pudo sostenerse, y aun fue arrojado dos veces de Roma. Unos dicen que vivió aun muchos años, y conservó la dignidad Episcopal sin ejercer sus funciones: otros que los agentes de Constanzo le degollaron tres meses después en odio de su amor inviolable á la sana doctrina. Puede reputársele á lo menos por Mártir, á causa de los malos tratamientos que recibió de los enemigos de la fe. No dudan contarle en el número de los Santos el sabio Papebroquio y Baronio. Cuenta éste que al tiempo de la reforma del calendario Romano, como se tratase de borrar á Felix del Martirologio por su ordenacion ilegítima, se halló su cuerpo bajo de un altar, con una inscripcion que atestiguaba su martirio: lo que no dejó duda de que habia lavado con su muerte lo que su ordenacion habia tenido de viciosa.

Liberio, que según las opiniones menos favorables, no habia prevaricado sino por temor, y por respeto humano, sin perder jamás la fe en su corazón, entró dentro de sí mismo probablemente poco después que fue restituido á la posesion de su Silla. Rompió con los sectarios, recibió á los Clérigos mas adictos á Felix y juntó de este modo bajo su obediencia todos los órdenes de su Iglesia, que solo se habia separado de él mientras le creyó desertor de la fe de Nicéa. Mas este escándalo le reparó del modo mas visible con su celo contra los decretos de Rimini.

63. Para abatir sin recurso el partido de los Ano-

meos ó puros Arrianos juzgó necesario el Emperador este Concilio. Eligióse al principio la ciudad de Nicéa para su celebracion; pero la divina sabiduría, que saca partido de los vicios como de las virtudes de los Príncipes, se sirvió de la inconstancia natural de éste, para impedir que un segundo Concilio celebrado en Nicéa en tiempos tan malos, estendiese algunas sombras sobre el primero, y diese lugar á los simples á confundir el uno con el otro. Los partidarios de Eudocio de Antioquia y Acacio de Cesaréa principiaban entretanto á restablecer su crédito, y ya adquirieron el suficiente para hacer convocar dos Concilios en lugar de uno. Parecía inevitable su condenacion, si no formaban una asamblea particular en que ellos dominasen: porque á pesar de sus tramas y según el curso de las cosas humanas la pluralidad debia estar á lo menos por la semejanza de substancia entre las Personas Divinas (*). Los motivos que se alegaron al Emperador para la multiplicacion de tales Concilios, fueron el que de este modo se gravaba menos el erario, y se evitaban á los Obispos muchas dificultades y fatigas abreviando los viajes. Fijóse pues á Rimini, ciudad de Italia sobre el mar Adriático para los Occidentales; y para los Orientales la ciudad de Seleucia, en Isauria.

Fue convocado primero el Concilio de Rimini, y el Emperador según costumbre dió sus órdenes para hacer á los Prelados los gastos del camino. Los de

(*) La palabra semejante en naturaleza era la contraseña de los Semiarianos.

la Galia con San Febadio de Agen, y San Servacio de Tongres al frente, no admitieron generalmente las liberalidades de un Príncipe enemigo de la verdadera fe (1). Debían á San Hilario el estar prevenidos de todo lo que les convenia saber acerca del estado de las cosas en Oriente, desde donde les envió su tratado de los sínodos.

Esplicábales en él las diversas confesiones formadas por los Orientales desde el Concilio de Nicéa, advirtiéndoles que eran compatibles con la sana doctrina, y que no se debía mirar como Arrianos á los que las admitian; pues condenaban los errores de los puros Arrianos, y pecaban solo en que no usaban del término de *Consubstancial*: mas el santo Doctor prueba que en el fondo lo mismo es decir, el Hijo de Dios semejante á su Padre en substancia como en toda otra cosa, ó creer que le es igual. Con efecto, y suponiendo como lo hace este Doctor, la unidad necesaria del Ser infinito, nada puede serle perfectamente semejante en cuanto á la naturaleza sin ser de la misma naturaleza. Despues de esta observacion importante, dirigiendo Hilario la palabra á los Orientales bien intencionados, les pide que no disputen por las palabras, puesto que convienen en las cosas, y no hagan sospechosa su *Homoiousios* desechando el *Homousios*, que tiene la misma significacion para los hombres de buena fe (*).

(1) *Sulpic. Sever. lib. 2. hist. pág. 139.*

(*) No obstante esta explicacion del santo Doctor, la Iglesia católica jamás admitió aquellas confesiones á medias; porque si

Acudieron á Rimini otros muchos no menos Católicos de todas las regiones del Occidente, á mas de los Obispos de las Galias. Restituto de Cartago, el mas distinguido por la dignidad de su Silla, y que á pesar de su juventud parece que presidió el Concilio; Musonio, Obispo de la provincia Bizacena en la misma region de África, anciano muy respetable tanto por su capacidad como por su madurez y esperiencia; y Vicente de Capua convertido perfectamente á los principios de la sumision y ortodoxia, fueron los mas considerables. Se hace mencion entre los Arrianos de Ursacio y Valente, tanto tiempo y tan desgraciadamente famosos; de Demófilo de Berea, ilustre en la secta por la seduccion de Liberio; y de Ausencio de Milán. Ascendia á mas de cuatrocientos el número total de los Obispos, de los cuales cerca de ochenta eran Arrianos. Recibió Tauro, Prefecto del Pretorio de Italia, orden del Emperador para asistir al Concilio, y no dejar partir á los Prelados mientras no estuviesen acordes sobre el dogma, prometiéndole, si el éxito era feliz al Príncipe herege, el Consulado, que le dió en efecto pasado algun tiempo.

bien podia dárselos un sentido ortodoxo, sin embargo la repugnancia de admitir sin mutacion alguna el símbolo de Nicéa, era ya una muestra de adhesion al error; y á mas se ve claramente la gran diferencia que hay entre semejanza é identidad, que eran el significado de las dos palabras en cuestion. Empero esto no impide creer lo que en efecto sucedió, que algunos Padres, especialmente los menos inteligentes, suscribieron sin error propio aquellas fórmulas en que se confiesa al Hijo semejante al Padre, entendiéndolas como las esplica San Hilario.

Ocultábase su prevaricación, que se ponía á precio, bajo la palabra de union ó concordia entre los Obispos; y el Prefecto lo comprendió demasiado.

64. Presentáronse al Concilio Ursacio y Valente y los demás gefes de la faccion, con la confesion de fe formada este mismo año de 359 en la última junta de Sirmio. Desechaba, como ya vimos, los términos de substancia y Consustancial, con pretexto de que escitaban turbulencias y divisiones, suponiendo simplemente al Hijo semejante al Padre en todas las cosas. Los sectarios repetian siempre: „mejor es hablar de Dios simplemente, que introducir un language nuevo (*), que causa tanta fermentacion. ¿A qué fin, añadan, llenar de escándalos é incendios la Iglesia por algunas palabras, que no se hallan en los libros sagrados?“ Creían sin duda que no les costaria mas que esto el seducir á los Prelados de Occidente. Los hereges sutiles del Oriente, cuyas instrucciones habian recibido los de Rimini, miraban en general á los Occidentales como hombres groseros y poco instruidos; pero sin gloriarse de las sutilezas de la lógica estos Doctores Cristianos en verdad y adictos inviolablemente al método evangélico, contestaron que era necesario seguir la antigua doctrina, enseñada por los primeros discípulos del Salvador y por sus sucesores sin interrupcion hasta los que habian formado el simbolo de Nicéa, y que lo que á esto se queria subs-

(*) La voz *Consustancial* no era una fe nueva, sino la esplicacion clara de la fe antigua y verdadera.

tituir, llevaba en su misma novedad una prueba sin réplica de su corrupcion.

Propusieron anatematizar la doctrina de Arrio, y se formó una acta que proscribia todas las heregias generalmente, y la de Arrio en particular; declarando tambien en ella que la profesion de fe presentada por Ursacio y Valente era contraria á la creencia de la Iglesia. Los Arrianos no quisieron recibir ninguno de estos decretos, lo que les atrajo la calificacion auténtica de impostores y hereges, especialmente á Ursacio y Valente, que fueron depuestos con Ausencio de Milán, Demófilo de Berea, Germinio de Sirmio, y Cayo, Obispo en Panonia. Así la fe de Nicéa fue tambien la fe de Rimini, donde triunfó no menos del poder imperial que de los engaños de los Arrianos, en tanto que el Concilio tuvo alguna libertad. Por esto las primeras sesiones son tenidas por canónicas y legítimas, como las de otros Concilios posteriores; empero el fin no correspondió á los principios. El Emperador tardó poco en convertirlo en una asamblea tumultuosa y profana, indigna de ser dirigida por el Espíritu Santo, y de representar el reino de Jesucristo.

Antes de la apertura de los dos Concilios juntos á un mismo tiempo en Rimini y en Seleucia, habia ordenado Constanzo, que viniesen diez diputados de cada uno á comunicarle las resoluciones, para ver si eran conformes á las sagradas Escrituras, y que en este caso las autorizaria con su aprobacion. Tales eran los términos del edicto, cuasi increíbles en un Prín-

cipe á quien no se le acusa de haberse burlado de la Religion. Escogieronse entre los Católicos los diez diputados; mas los hereges enviaron igual número de Rimini, y estos se dieron tanta priesa que antes de llegar sus antagonistas habian prevenido ya de tal modo el espíritu del Emperador, que ni aun quiso admitir á su presencia á los últimos. Estos diputados Católicos por otra parte eran Prelados jóvenes, sin experiencia y sin talento, elegidos sin duda solo con respecto á la eminencia de su orden y demás cualidades exteriores. Solo se sabe el nombre de Restituto de Cartago, Obispo joven, aunque cabeza de la legacion. Respecto á los diputados de la faccion herética, eran estos unos viejos astutos habituados á las intrigas, capaces de manchar la conducta mas regular, y dar un color aparente á los atentados mas falsos y horrorosos.

Mostraron al principio los diez Católicos un celo muy vivo, y rehusaron claramente comunicar con los Arrianos de la corte; mas pronto apagó Constanzo su ardor efimero con sus fingidas dilaciones y tratamientos molestos y desagradables. Entraron en conferencia, contra el encargo del Concilio, con los Obispos Arrianos: lo que era para estos un principio de triunfo y presagio de una victoria completa. Los jóvenes diputados con efecto, despues de haber exigido una ligera esplicacion para la formalidad, firmaron una confesion de fe que les presentó Valente: la misma en el todo que habia desechado el Concilio, pero aun mas mala, pues solo llamaba al

Hijo simplemente semejante al Padre, suprimiendo estas palabras *en todas cosas*. Todavia pasaron mas adelante, porque formaron una acta, en la cual, anulando lo que se habia hecho en Rimini, declararon haber recibido la pureza de la fe de Valente y Ursacio, comunicando con ellos.

Los diputados Arrianos y Católicos partieron despues de esto para Rimini, adonde aquellos entraron victoriosos. Escribió Constanzo al Prefecto Tauro que hiciese firmar la misma confesion á todo el Concilio, so pena de destierro á los que lo rehusasen, con la condicion de que no pasasen de quince. Aquí la timidez política de este Príncipe fue mas poderosa que el entusiasmo de su zelo. Apenas supieron los Padres la prevaricacion de sus enviados, cuando rehusaron comunicar con ellos; pero sabedores despues de las órdenes del Príncipe, el terror, la confusion y el espanto se apoderaron de todos. Ignoraba la mayor parte de ellos qué partido tomar, y fluctuaron largo tiempo en la irresolucion (1). Mas al fin la pusilanimidad, el tedio y desabrimiento de una larga ausencia, las incomodidades inseparables de la prolongacion inesperada de su detencion en un pais extraño, la malignidad con que los trataban las personas encargadas del gobierno y de la policía, y últimamente el pretesto de la Paz, con otras mil consideraciones no menos especiosas, separaba cada dia algun Prelado del buen partido. Vacilantes ya y abatidos los ánimos se presentaban en tropas á suscribir; de mo-

(1) *Sulpic. Ser. lib. 2. hist. pág. 142.*

do que el número de los que permanecieron irreprehensibles de todo punto se redujo á veinte, comprendidos los santos Obispos Febadio de Agen y Servacio de Tongres que sirvieron á los otros de egemplar y apoyo.

No omitió cosa alguna para derribar estas dos columnas del Concilio el Prefecto, que no olvidaba la promesa del Consulado; pero con unos Confesores que no aspiraban sino al martirio, se valió de los ruegos y artificios mas bien que de amenazas. No le faltaban supuestos motivos, con que la prudencia del siglo halla siempre medio de colorear las culpas que perjudican á la Religion. „Vosotros, les decia, sois casi los únicos de vuestra opinion: ¿pensais servir á la Iglesia dando el egemplo de la obstinacion y de la discordia? No conviene á la piedad ni á la modestia evangélica el preferir el propio dictámen al de tantos insignes Doctores, á quienes sin temeridad no puede acusarse de que venden su conciencia.”

Permanecia Febadio todavía inflexible, pero al fin se le hizo adoptar un temperamento que propusieron Ursacio y Valente: este era el de añadir á la última fórmula de Sirmio los correctivos y modificaciones necesarias, y convenir en las adiciones, con tal que no se pusiesen las palabras de substancia y consubstancialidad, que movian á todos. Estos dos hombres tan bien intencionados se deslumbraron con la esperanza de la reunion. Creyeron que podian sacrificar á la concordia una palabra cuya supresion aunque tuviese un sentido herético no les sonaba muy mal. Por

esto Febadio y Servacio propusieron diversos artículos para añadirlos á la fórmula de que se trataba, y suplir su insuficiencia (1). Para disipar entonces todos los temores y aumentar aparentemente estas correcciones: „si alguno, exclamó Valente, dice que Jesucristo no es Dios, Hijo de Dios, engendrado ante todos los siglos, *sea anatema*: si alguno dice que el Hijo de Dios no es parecido al Padre segun las Escrituras, ó si no dice que el Hijo es eterno con el Padre, *sea anatema*.” Todos repitieron cada vez, *sea anatema*. El pérfido añadió despues: „si alguno dice que el Hijo es criatura, como son las demás criaturas, *sea anatema*.” Todo el Concilio siguió repitiendo: *sea anatema*; sin conocer el veneno de esta proposicion, que podia interpretarse en dos sentidos. Querian los Católicos declarar que el Hijo de Dios de ningun modo es criatura; y los Arrianos que no es una criatura como las demás, sino de un orden mas perfecto.

Gloriáronse en breve arrogantemente de su indigna victoria estos artificiosos perjuros. Apenas habian llegado los Obispos á sus Diócesis, adonde el Emperador satisfecho de ellos les habia permitido volverse, cuando reconocieron el lazo en que acababan de caer. Gimieron escandalizados, hallándose con tanto dolor como asombro, transformados en hereges, sin haber variado de creencia: á lo que alude San Gerónimo algun tiempo despues, cuando dice, que *el mundo gimió y quedó admirado de verse arriano* (2). Publi-

(1) *Damas. ap. Theod. lib. 2. cap. 22.* (2) *Hieronym. advers. Lucif. cap. 7.*

caron con énfasis los pérfidos sectarios que no se reconocia al Hijo de Dios sino por una criatura; aunque de un orden superior á todas las demás. Creyéronse dispensados de emplear el término de substancia, y la fe de Nicéa corrió un riesgo que la puso al borde de ser quebrantada. Entonces se echó de ver cuan preferible es con los enemigos de la Iglesia una guerra declarada á una paz que no está fundada sobre una completa sumision. Estos buenos Obispos, victimas de su simplicidad en Rimini, confesaron su falta y pidieron penitencia. Veíanse despreciados y desechados por los que se habian quedado en las diversas provincias.

Excluyólos en forma de su comunión Gregorio, Obispo de Elvira en España, de lo que le habló San Eusebio Vercelense. Reuniéronse en París los Obispos Galos que asistieron á este desgraciado Concilio, y mostraron el fraude que se habia usado para hacerles suprimir la palabra Consustancial y toda espresion formal de substancia. Anularon los Obispos todo cuanto se habia hecho últimamente en Rimini, por una resolucion unánime de todas las provincias de Italia. Desplegando el Papa Liberio todo su celo por la sana doctrina, despues de la ausencia y retiro de Felix, se mostraba á su frente como digno sucesor del Apóstol, encargado de confirmar á sus hermanos en la fe: lo que nos dice él mismo en una epístola, donde añade que los ortodoxos engañados por las maquinaciones de Sirmio, vencidos en Rimini, pero casi todos convertidos á su deber, daban con firmeza honor al santo

Concilio de Nicéa, y se declaraban con tanta mas fuerza contra el arrianismo, cuanto habian conocido mejor su pérfida malicia.

65. El Concilio de Seleucia, que hacia como una parte de el de Rimini, se habia tenido en el mismo año de 356. Envio tambien el Emperador oficiales poderosos y seguros para egecutar sus ideas. Halláronse en él ciento y sesenta Obispos de tres partidos diversos, esto es, los que desechaban simplemente el término de Consustancial, que eran los mas: los que no querian abandonar esta única salvaguardia, que eran los menos; y en fin, los Anoméos, ó los puros Arrianos, que eran cerca de cuarenta, los que no admitian ni la igualdad ni la semejanza de substancia entre las Personas divinas. No dejaban de ser Católicos en el fondo muchos de los primeros, aunque llamados Semiarianos. Creían toda la doctrina de la consustancialidad, y se abstendian solo de la famosa espresion de los Padres de Nicéa, por un amor mal entendido de la paz y de la concordia. Jorge de Laodicea, Eleusio de Cícico, Silvano de Tarso, Macedonio de Constantinopla, Basilio de Ancira, y Eustacio de Sebaste eran los principales de estos. A su frente tenian los Anoméos á Acacio de Cesaréa, de donde se llamaron muchas veces Acacianos, Eudocio de Antioquia, con los famosos Diáconos Accio y Eunomio, Uranio de Tiro, y Jorge de Alejandria. Eran Egipcios la mayor parte entre los Católicos decididos é irreprehensibles, y muy adictos á San Atanasio.

Estuvo en este Concilio San Hilario de Poitiers por

una disposicion visible de la Providencia. Estando desterrado en Frigia , parecia que necesitaba de una órden particular para pasar á Seleucia , ciudad de Isauria. Sin embargo , por la órden general de enviar á él todos los Obispos , el Gobernador de la provincia le hizo partir como á todos los Orientales. Ya sea por curiosidad de parte de ellos , ó por estimacion del mérito de Hilario , es positivo que le recibieron bien. Informáronse de él largamente , y con el mayor cuidado de la creencia de sus compatriotas : porque los Arrianos acusaban de Sabelianismo , ó de no reconocer sino con las palabras la Trinidad de las Personas divinas , á cuantos no opinaban como ellos. Hizo Hilario una estensa confesion de su fe , demostró su perfecta conformidad con la de Nicéa , y testificó que la creencia general de los Occidentales , tanto Galos como de las otras provincias , no era diversa de la suya. Así pues fue admitido á la comunion de los Obispos de Oriente y recibido en su Concilio.

66. Al principiar el Concilio hubo alguna dificultad en saber si se comenzaria por la denuncia de los culpables , ó examinando las cuestiones de fe. No poseía bastante ingenio el Emperador Constanzo para dirigir los Concilios ; por los que daba diversas órdenes y su cúmulo mismo causaba confusion , y tambien sus cartas parecian en un sentido equívoco ordenar ya un método ya otro. En fin se principió por el dogma. No fingió Acacio , sino que desechó osadamente el simbolo de Nicéa , y sin querer oír hablar ni de igualdad ni de semejanza de natureleza entre el Padre

y el Hijo , sostuvo con pertinacia que no podia haber generacion en la Divinidad , que el origen del Hijo no era otro que su generacion temporal ; que su ser procedia de la nada , y que Jesucristo , en una palabra , no era sino una criatura. Añadió la faccion con descaro á esta blasfemia las que muchas veces habian asustado al pudor y la piedad en boca de Eudocio de Antioquia , como por egeemplo , que si Dios tenia un Hijo , era necesario tambien que tuviese una muger , y otros mil escarnios despreciables y vergonzosas blasfemias , que los impíos de todos los tiempos substituyeron con tanta complacencia á la casta austeridad del language de los Padres y de la Escritura.

Estremeciáanse de horror todos los ortodoxos , y hasta los Macedonianos ó Semiarrrianos , con San Hilario que lo cuenta (1). *Infeliz de mí* , dice este santo Doctor , *cuyos oídos ofendieron tales impiedades*. Resonaba todo el Concilio con quejas que duraron hasta la tarde. Antes de separarse propuso Silvano de Tarso , adoptar la célebre esposicion de fe de Antioquia , llamada de la Dedicacion , que establecia la semejanza de naturaleza ó de substancia entre el Hijo y el Padre ; pero no esplicaba su consubstancialidad , ni con suficiente claridad la divinidad de Jesucristo. Aplaudió la proposicion del Obispo de Tarso la mayor parte de los Obispos de Seleucia , que pensaban ó hablaban como Semiarrrianos , y suscribieron al simbolo de Antioquia. Acacio y sus secuaces protestaron y se retiraron del Concilio.

(1) *Hilar. cont. Const. lib. 1. num. 13.*

Hubo otras tres sesiones, en las cuales los Acacianos hicieron nuevas tentativas, mas siempre infructuosas; despues de lo cual abandonaron el campo á los Semiarrianos, que con algunos Católicos condenaron la impiedad del arrianismo puro y de sus fautores. Pronuncióse sentencia de deposicion contra Acacio de Cesaréa en Palestina, Endosio, Patriarca de Antioquia, Jorge de Alejandría, Uranio de Tiro, y algunos otros menos célebres, despues de las citaciones acostumbradas con los términos necesarios.

67. Esto es lo mas interesante que ocurrió en los Concilios de Rimini y Seleucia, que fueron los dos grandes escándalos de la Iglesia, cuyos enemigos no tienen otra razon para triunfar que su odio mismo contra ella, y el olvido de las reglas consagradas por el uso formal de todos los siglos. Se apoyan en lo numeroso de la asamblea de Rimini, que sola podía representar la Iglesia universal, y que con efecto la representó por algun tiempo: porque deben distinguirse dos partes muy diversas en este Concilio: él cesó de ser infalible y legítimo en tanto que sentenció contra los Obispos Arrianos; y la antigüedad le reconoció por Ecuménico hasta aquí (*). Respecto á lo que si-

(*) El Concilio Ariminense ó de Rimini en ningun sentido puede decirse Ecuménico ó general. Para que lo sea un Sínodo se requiere, como es notorio al menos instruido en las ciencias eclesiásticas, primero la convocacion general hecha por el Sumo Pontífice, en segundo lugar la presidencia del Vicario de Jesucristo ó de sus Legados, por último su confirmacion y publicacion propia de la Cabeza visible de la Iglesia. Ahora bien ¿cuándo convocó Liberio el Concilio de Rimini? ¿Qué Legados suyos

guió despues, y que San Atanasio en su tratado de los sínodos escrito, ó á lo menos publicado con este motivo, llama no el Concilio, sino las novedades de Rimini; es cierto que no fue ya una junta canónica, arreglada al espíritu y prácticas de los Apóstoles, y capaz de representar la Iglesia. Cesaron ya el orden y la libertad en él; destruyendo con esta confusion lo que acababa de decidirse segun las leyes y los usos mas antiguos.

No puede contradecirse á sí mismo el Espíritu Santo; y si de las dos decisiones contradictorias debemos atribuirle alguna, no será por cierto la que arranca-

le presidieron? ¿Dónde se ha encontrado jamás su confirmacion? Todo lo contrario evidencian las memorias eclesiásticas de aquella época. Solo Constanzo imbuido por sus Semiarrianos es el que intimó á los Obispos la orden de reunirse; sus Condes fueron los presidentes de la asamblea; y lejos el Sumo Pontífice de confirmar sus decisiones, se pronunció altamente contra ellas. Ni se alegue la multitud de Obispos: estos sin cabeza, y sin la convocacion necesaria no podian constituirse á sí mismos jueces de una causa suficientemente juzgada en el Sínodo Ecuménico de Nicéa. A mas, la seccion de Seleucia, con su número grande de Obispos, y con sus decisiones contrarias á las de Rimini ¿qué lugar ocuparia en la Iglesia universal, si se diese á la junta Ariminense el carácter de representante de toda la Iglesia? El Señor Berault cuando dice que se puede mirar en parte como Ecuménico el Concilio de Rimini, tal vez no pesó la fuerza de estas razones, y no aparece fundamento alguno para afirmar que la antigüedad lo tuvo por tal. Ello es que siempre se contó el Constantinopolitano primero por el segundo Concilio universal despues del primero de Nicéa. Todo lo demás que dice el autor en esta observacion se opone directamente á la pretendida ecumenicidad del Ariminense, y confirma el contrario parecer, y cuanto llevamos dicho en esta nota.

da violentamente obscurece en algún modo la fe constante y universal de las Iglesias estendidas por todo el mundo cristiano. Eximir de error á los Padres de Rimini no es la grande dificultad que se presenta, sino demostrar que sus últimos decretos no substituirían inevitablemente el error á las verdades católicas, ó que los fieles que vivían en el malhadado tiempo de este Concilio, no podían con este motivo caer en el arrianismo sino por culpa suya; es decir, que en estas fatales circunstancias no se podía errar sino voluntariamente. Pues los Obispos juntos á pesar de su prevaricación, no proponían una doctrina herética; antes al contrario todos, esceptuando los puros Arrianos que componían el menor número, estaban acordes exteriormente en el dogma y la doctrina pública que les pareció conforme á la fe antigua; y si su confesion pecaba por su insuficiencia, este mismo defecto duró poco, ó á lo menos fue corregido cuando los hereges se sirvieron de él, y cuando el riesgo de la seducción vino á efectuarse. Entonces los Padres que se habían dejado sorprender, testificaron su dolor, y reprobaron altamente el nuevo sentido que los de la cábala daban á la fórmula adoptada, como las consecuencias que sacaban de ella.

Se opuso á la publicacion de estos decretos con gran vigor el Sumo Pontífice, á quien pertenece publicarlos, y se opuso en nombre de todos los Obispos. Los sucesores de los Apóstoles reconocieron la voz de Pedro, y se reunieron á su cabeza sin escepcion de los que habia estraviado el enemigo artificioso-

samente. Liberio escribió á todas partes inculcando mas que nunca el respeto debido á las decisiones de Nicéa; y para usar de las espresiones de Siricio, su contemporáneo y su sucesor casi inmediato, anuló de todo punto y sin respetos humanos el Concilio de Rimini. Detestó del mismo modo la multitud de los Obispos las indignas condescendencias de sus culpables compañeros: reunieron por Metrópolis ó se escribieron unos á otros: advirtieron á sus ovejas, para evitar ó prevenir el escándalo y restablecer la sana doctrina en todo su esplendor. Estaban generalmente adictos por otra parte los pueblos á la verdadera fe, aun en las decisiones gobernadas por los Prelados Arrianos. Nada prueba mejor estas felices disposiciones, que la sutileza y los equívocos que aquellos falsos Pastores se vieron en la precision de usar continuamente en sus innovaciones. Respecto á la condenacion de las fórmulas Arrianas, hecha á la sazón por el mayor número de los Obispos en toda la estension de la Iglesia, espresa y uniformemente la testifican Lucifero de Cagliari, San Hilario, San Atanasio, y todos los autores mas respetables. Así pues, cuando los Prelados seducidos y sorprendidos en Rimini, no hubieran reparado con tanta ventaja el escándalo de su credulidad ó de su condescendencia, ¿qué importancia cuatrocientos ni aun seiscientos Obispos, incluyendo los de Seleucia, para la totalidad de las Sillas Episcopales de aquella edad primera? Cuentan muchos millares los escritores mejor instruidos. Y sin reunir aquí las autoridades, el sexto cánón de Sárdica que

veda ordenar un Obispo para una aldea ó una villatan pequeña que baste en ella un solo Sacerdote, da á conocer bien hasta qué punto estaban multiplicados por este tiempo los Prelados.

Examínese despreocupadamente el verdadero estado de las cosas. Cuando se habla del cuerpo del Episcopado, no se trata de los Obispos separados por la heregia ó por el cisma consumado; así como hoy en el cuerpo de la Iglesia que nos enseña, no apreciamos ni contamos con los Obispos cismáticos de la Grecia, ni de los hereges de Inglaterra. Del mismo modo, tratándose del tiempo del arrianismo, debemos reducir el exámen de los miembros del Episcopado á los Prelados Católicos, á saber, á los que no eran ni hereges ni cismáticos conocidos, los que se reducian al pequeño número de los puros Arrianos. Es indispensable tambien contar en el Episcopado á los Prelados ortodoxos espulsos de sus Sillas, y escluir á los usurpadores. Suponiendo todo lo referido, ¿qué exceso era el de los Obispos que profesaban la sana doctrina á todos sus enemigos declarados, y á los que parecian haberla desconocido? Si algunos escritores interesados en reducir al pequeño número la profesion de la fe, exageraron con un placer bárbaro y vil esta triste desercion, y si á los débiles Obispos de Rimini asocian tambien otros muchos que los imitaron en diferentes provincias; no es menos cierto segun todas las historias que la seduccion no fue sino sucesiva, y que en cualquier tiempo que se pueda señalar, escede muchísimo el número de Pas-

tores que profesaban la verdad al de los prevaricadores. Nunca, nunca el Protector adorable de la Iglesia sufrió en ella nubes capaces de obscurecer el carácter divino de su visibilidad, y los mas terribles tormentos hicieron muchas veces el principio de sus mas prósperos acaecimientos.

68. Dieron una ventaja inestimable á la Iglesia las divisiones que los Concilios de Rimini y Seleucia suscitaron entre sus enemigos. Los Semiarianos habian concebido la aversion mas viva contra los puros Arrianos. Creyéronse obligados á darles sucesores y hacer que se egecutasen las disposiciones de Seleucia estensamente, despues de haber pronunciado contra ellos muchas sentencias de deposicion; mas no lo consiguieron. Volvieron á sus Iglesias los hereges, unos sin formalidad alguna, y otros llevaron sus quejas á Constantinopla. El osado Acacio condujo allí aunque con dificultad al Patriarca Eudosio, con cuya pusilanimidad natural tuvo que combatir por mucho tiempo.

Sus rivales por otra parte enviaron diez diputados á Constanzo para informarle de lo ocurrido en Seleucia, segun las órdenes que habia dado á los dos Concilios de Oriente y Occidente. Basilio de Ancira, gefe de esta diputacion, llevó consigo á Eustacio de Sebaste, Eleusio de Cícico y Silvano de Tarso. Habiales precedido Acacio con Eudosio, que acompañaba á Aecio y Eunomio. Hallaron á los eunucos del palacio, que dominaban al Emperador, adictos siempre como ellos á lo mas impío del arrianismo, y no

desconfiaron de tomar otra vez su primer ascendiente sobre el espíritu inconstante de este Príncipe. Pidióle justicia sin embargo el Obispo de Ancira contra las blasfemias de Eudocio, al cual por la envidia y emulacion le acusó con preferencia á Acacio que era el alma del partido. Eustacio de Sebaste lo apoyó y se estendió fuertemente sobre la manera con que Eudocio queria resucitar las impiedades mas monstruosas de Arrio; y para no dejar duda alguna propuso que se leyese la confesion de fe de este Patriarca, hecha sin principios y sin moderacion en sus accesos fanáticos. El Emperador convino en oírle, y mostró tanto horror como sorpresa á la lectura de las blasfemias que en ella se vomitaban contra el Verbo encarnado: cada uno de los oyentes estaba poseído de la misma indignacion. Constanzo preguntó á Eudocio si era autor de esta confesion detestable. Disimuló y dijo que era de Accio, al que se mandó venir, y como no sabia el estado del asunto se declaró sin rodeos ser autor de esta pieza impía. Arrojóle el Emperador ignominiosamente de su presencia, y dió orden para confinarle. Vióse precisado Eudocio temiendo experimentar la misma suerte á anatematizar este detestable escrito.

Tal era la crisis en que estaba el partido de los Anomeos cuando arribaron á Constantinopla los últimos diputados de Rimini. Era la misma su fe en el fondo que la de los Arrianos ó Anomeos aunque se esPLICaban mas reservadamente: se reunieron con ellos, mas les hicieron creer la necesidad de admitir algu-

nas modificaciones. Por esto los Acacianos satisfechos de que los Occidentales hubiesen abandonado en Rimini el término de substancia, adoptaron tan fácilmente la fórmula de este Concilio. Creyó el Emperador haberlo compuesto todo con una reunion que era obra de un interés momentáneo y sin concordia ninguna en los ánimos. Tratando pues estos objetos sagrados y delicados segun las formas de la administracion temporal, y no teniendo capacidad para ello, procedió muy activamente á hacer firmar la confesion de Rimini á todos los Obispos que estaban á la sazón en Constantinopla (1). Rehusaron firmarla con valor Silvano de Tarso y Eleusio de Cícico, por decirse en ella precisamente que el Hijo era parecido al Padre, sin mentar la substancia. Aseguran algunos que estos Obispos, Semiarianos hasta entonces, se convirtieron ahora con sinceridad.

69. Prevalciendo de este modo los Acacianos, tuvieron el año de 360 en Constantinopla otro Concilio para anular todo lo hecho en el de Seleucia. San Hilario estaba en la ciudad imperial, donde habia acompañado á los Diputados Orientales para saber lo que el Emperador disponia acerca de su persona. Aterrorizado á la vista del riesgo inminente de la fe, presentó un memorial al Emperador, en el cual al principio se trata de la injusticia hecha al santo Obispo desterrándole, y ofrecia confundir al autor, esto es á Saturnino de Arlés, que tambien estaba en Constantinopla; mas esto solo era un medio de que usó

(1) *Hieronym. Chronic. an. 361. Gregor. Nazian. Orat. 2.*

el santo Doctor para tratar de los intereses de la Iglesia, que le eran infinitamente mas apreciables que los de su persona. Con efecto dice á Constanzo: „me oireis sobre mi destierro cuando y de la manera que gustéis, por ahora paso á hablaros de un negocio de mayor momento. Consternado á vista del riesgo en que veo al mundo Cristiano, y temblando por una parte por mi propia salvacion, temeroso de los castigos del cielo, de los que es merecedor el culpable silencio de un Obispo, y temiendo tambien mucho mas por la salud de vuestra Magestad y todo vuestro imperio, vengo á anunciaros la fe que quereis aprender de los Obispos, y en la cual nadie tiene valor para instruíros. Porque no se debe tomar por doctrina invariable de la Iglesia la multiplicidad de estas fórmulas, que varían todos los dias. Estas mismas variaciones prueban invenciblemente que no es esta la verdadera fe. Esto es, Príncipe, la fe de las circunstancias y de la política, no la del Evangelio. Desde el Concilio de Nicéa, los Obispos en quienes depositais vuestra confianza no hacen otro que componer símbolos. ¿Cuánto mudó entre ellos la fe del último año? ¿qué digo? Todos los años, todos los meses publican nuevas profesiones (*); y en tanto que inventan palabras, y disputan sobre el sentido, mientras uno anatematiza á otro, se acaloran los ánimos, y se llenan de amargura; casi todos han perdido la fe

(*) ¿Qué leccion tan preciosa para los Protestantes, y sus hijos los Jansenistas! Aquí tienen descrito su carácter, semejante de todo en todo al de sus predecesores en el camino del error.

y la caridad de Jesucristo.” Así y aun mas estensamente convencía el santo Doctor á los novadores de instabilidad, argumento el mas capáz de confundir las novedades heréticas en todas las edades.

70. En aquel mismo tiempo, esto es, el año 360 ó como lo dice espresamente, cinco años despues del destierro de Paulino, de Eusebio, de Lucifero y de Dionisio, compuso San Hilario un tratado contra el Emperador Constanzo; y se cree que esta obra, escrita con una libertad y fuerza indecible, no se dió á luz hasta despues de muerto el Emperador. El furor mismo de la persecucion y la necesidad de un remedio tan violento como este nervioso escrito no pudieron bastar para hablar de aquel modo á un Soberano, siempre respetable, aunque perseguidor; el ardor que le dictó este escrito sin duda fue inspirado verdaderamente á su piadoso autor, como en otro tiempo á los Macabeos, cuyo egemplo cita.

71. Hilario habia pedido una conferencia en la representacion al Emperador, sobre las innovaciones y variaciones perpetuas en punto de dogma con los Arrianos juntos entonces en Concilio en la capital. Aterraronse los sectarios con esta especie de desafio, y para alejar á un antagonista tan formidable, persuadieron á Constanzo que le enviase á las Galias, como un hombre capáz de conmovier todo el Oriente. Tal fue el medio de que se sirvió la Providencia para restituir al santo Obispo de Poitiers á su Iglesia, y despues de esto hicieron cuanto quisieron los Acaicianos.

72. Confirmóse la fórmula de Rimini, y mandaron á los Semiarrrianos suscribir á ella. Anulóse en forma todo lo que habia ordenado el Concilio de Seleucia: se estableció á los Obispos depuestos y entre otros á Eudósio de Antioquia tan despreciable para Constanzo pocos momentos antes. Sin embargo, escandalizada la extravagante Religion de este Príncipe de las espresiones de Aecio, fue preciso concederle la condenacion de este impio, que en realidad se diferenciaba poco de otros muchos á quienes trataban de una manera enteramente contraria. Aecio fue desterrado al pie del monte Tauro; y lo mas particular es que no le calificaron en modo alguno de herege, ni condenaron su doctrina de la semejanza; pero los Obispos Semiarrrianos, y sobre todo las cabezas del partido, fueron los que llevaron el peso del resentimiento de los Anomeos. Estando estos muy poco convenidos entre sí sobre la fe, no fundaron su severidad sobre error alguno, sino sobre diversas calumnias, las que nunca faltan al que le favorece la autoridad soberana.

73. Comprendieron en esta condenacion á San Cirilo, Obispo de Jerusalem, muy odioso á los Acacianos, y fue depuesto por segunda vez. La primera lo habia sido por las intrigas personales de Acacio, que en calidad de Metropolitano de la Palestina, pretendia hacer dependiente de él al Obispo de la ciudad santa, creida exenta; pero la verdadera causa era la adhesion de Cirilo á la fe de Nicéa. Habia apelado de su primera deposicion el santo Obispo á un tribu-

nal superior, y el Emperador habia autorizado la apelacion. A pesar de esto, aquel acto fue tenido por irregular; y se acusó á Cirilo de haber dado al Clero el primer ejemplo de estas apelaciones como en los tribunales legos: acusacion injusta, en especial en boca de los sectarios, para quienes Cirilo solo era culpable, porque los incomodaba para sus planes. Habia sido restablecido despues el santo Prelado en el Concilio de Seleucia; é Ireneo ó Herenio fue substituido á Cirilo en su segunda deposicion.

74. Lo propio hicieron en las diócesis de otros Obispos. Eunomio, aquel famoso discípulo de Aecio, que no contentándose mucho tiempo con una representacion subalterna se hizo heresiarca, fue establecido en Cícico. Por su nombradía de elocuente le colocaron los Acacianos cerca de Constantinopla con mucha complacencia, porque despues de la espulsion de Macedonio, desgraciado con los Semiarrrianos, se habia apoderado Eudósio de la Silla de esta capital, y queria tener cerca de sí y á su disposicion á este orador ardiente. El Concilio Acaciano de Constantinopla que aprobaba las dos translaciones de Eudósio, primero de Germanicia á Antioquia, y ahora de esta á la ciudad Imperial, depuso al propio tiempo al Obispo Draconcio, por haber mudado de diócesis. Tan cierto es que los novadores con toda su fingida y seductora regularidad se burlan de la disciplina y de la moral como del dogma. Celebró Eudósio por primera vez en su nueva Silla la Dedicacion de Santa Sofia, que el Emperador Constanzo acabó de edi-

ficar, incluyendo en ella la Basílica de la Paz, cerca de treinta y cuatro años despues que el gran Constantino habia principiado este grande edificio.

75. Vino á hacerse cabeza de una secta particular Macedonio, despues de su deposicion. Sin embargo, jamás fue menos adicto al arrianismo que entonces, y aun se afirma que llegó á sostener la doctrina de la Consustancialidad; mas siguió negando, como los Arrianos la divinidad del Espíritu Santo. Sostuvo espresamente que solo era una criatura parecida á los ángeles, aunque de un orden mas alto. Los Semiarianos depuestos en Constantinopla abrazaron este nuevo dictámen, del que fueron inficionados algunos Obispos que no admitian tampoco error alguno respecto á la persona del Hijo de Dios. Estendióse en particular entre el pueblo novelero de la capital, y en sus monasterios mas ocupados en las sutilezas especulativas que en los sentimientos de la compuncion; mas no se grangeó nombradía hasta que despues de muchos reinados ocupó insensiblemente el lugar del arrianismo á medida que los Arrianos perdian su opinion.

76. Reuniéronse los dos partidos así de Ortodoxos como de Arrianos al vacar de hecho la Silla de Antioquia por la traslacion de Eudocio á Constantinopla, y de derecho por muerte de San Eustacio acaecida en Filipos de Macedonia, donde estaba confinado; y se convinieron en elegir á Melecio, nacido en Armenia de una familia distinguida. Le habian hecho Obispo de Sebaste en lugar de Eustacio; pero la indoci-

lidad de este pueblo obligó al nuevo Pastor, el mas tranquilo y sensible de los hombres, á retirarse á Berea. Era de una simplicidad y candor admirables, y de aquel carácter afectuoso y benévolo que mueve insensiblemente al amor. La bondad de su alma se veía pintada en su rostro y en todas sus facciones. Una dulce sonrisa alegraba siempre su fisonomía: no salian de su boca sino palabras amables; y por poco que le tratasen, todos se daban traza de tenerle por amigo (1). Los Arrianos, que á egemplo de los demás hereges atribuían á su secta todos los sugetos ilustres que no habian tenido aun ocasion de contradecirles, ó supusieron á Melecio partidario suyo, ó se persuadieron á que una dulzura tan encomiada como la suya seria á lo menos tolerante, pues fueron los principales autores de su promocion. Accedieron de todo corazon á su elevacion los Católicos de Antioquia, que le conocian mejor, y el consentimiento fue general.

77. Mas todos conocieron pronto la fe de Melecio. El Emperador, que estaba en Antioquia para oponerse á los Persas, mandó llamar á este Prelado, y todos los Obispos congregados allí salieron á recibir á este hombre admirable, con los diversos órdenes del Clero y la multitud del pueblo. Apresurábanse igualmente á verle los Arrianos y los Eustacianos, y la curiosidad atraía hasta los Judíos é idólatras. Principió sus funciones predicando, segun costumbre, y pronunció un discurso que nos ha conservado San Epi-

(1) *Gregor. Niss. Orat. in Melet. Chrysost. Orat. in Melet. Gregor. Nazian. Carm.*

fanio, que es un modelo de la elocuencia eclesiástica. En él muestra claramente la integridad de su fe; aunque la moderacion que influía en todos sus procedimientos le obligó á no poner los términos de substancia y Consustancial. Conocieron su fe todos los oyentes; y Eudocio, que estaba presente con otros Obispos mal intencionados, hizo los últimos esfuerzos para obligar á Melecio á retractarse; mas permaneció inflexible; y sin mas tardar se le desterró á Militina su patria pasado un mes de su eleccion. No se puede decir cuanto sirvió á la Religion en tan corto espacio de tiempo. Puede conocerse por la extrema firmeza que mostraron despues los fieles de su Iglesia en la verdadera fe, la que parecia tener nuevos atractivos en su boca; y el mismo amor y adhesion conservaron á la persona de su Pastor. Todos tenian en su casa su retrato, le esculpian en su sello y en todos sus muebles: ponian tan generalmente su nombre á sus hijos, que despues de algunos años apenas se oía ni habia otro nombre que el de Melecio en la ciudad y en el campo. El Gobernador le metió al partir en su carroza; pero este oficial fue acometido á pedradas por la furibunda multitud, y hubiera muerto infaliblemente, si Melecio no le encubriera con su manto.

78. Euzoyo, famoso Arriano, que suscitó de nuevo la division en la Iglesia de Antioquia, fue puesto en su lugar. Ningun ortodoxo quiso comunicar con él; y aun aquellos que por espacio de treinta años habian sufrido tres Patriarcas hereges, se separaron

de este con la mayor indignacion para celebrar sus juntas en una Iglesia separada. Querian unirse á los Eustacianos, á saber, á los Católicos que despues de la espulsion de San Eustacio rehusaban siempre comunicar con ninguna clase de Arrianos: mas estos Eustacianos los desecharon como indignos de la pureza de su comunión, por la conexión que ellos y sus Pastores habian tenido con los hereges. Así la Iglesia principal del Oriente se halló dividida en tres partidos: el de los Arrianos, que seguian á Euzoyo; el de los Eustacianos, y el que se principiaba á llamar de los Melecianos, los que componian el mayor número, y eran ortodoxos como los Eustacianos, aunque menos irreprehensibles antes de esta época.

79. Sucedia todo esto por los años 360 á los ojos de Constanzo, el que sintió un gran despecho; pero se veía reducido á disimular por las circunstancias de los negocios del estado, que arruinaba, mientras que los de la Religion le absorbian su tiempo y todas sus facultades con tan poca dignidad como mal resultado. Ganaba entretanto el César Juliano la estimacion y el amor de las tropas por las ventajas que conseguia en las fronteras de la Galia, y fomentaba cada vez mas las sospechas del débil Emperador; mas estos temores aceleraron por sí mismos lo que tanto temia Constanzo. Amotináronse las legiones que queria quitar al César con pretexto de la guerra de Persia, y proclamaron Augusto á Juliano, á pesar de su resistencia afectada ó verdadera.

80. Luego que pudo dejar las fronteras de Persia,

partió Constanzo furioso; empero apenas llegó á Cilicia cayó enfermo, y reducido en pocos dias á la estremidad, pidió el bautismo á Euzoyo que le acompañaba; y le recibió con efecto de este Patriarca Arriano: poster motivo para temblar acerca de la suerte de este Príncipe que dió no obstante muestras de arrepentimiento. Así murió el Emperador Constanzo á 3 de Noviembre del año 361, y cuarenta y cinco de su edad: débil, inconstante, curioso y supersticioso, y sobre todo llevado de la manía de dogmatizar. Mas daño hizo á la verdadera Religion, que los perseguidores infieles. Al principio y entanto que tuvo algun motivo para temer, fue seductor, pero violento y cruel despues que se vió árbitro absoluto del Imperio. Su muerte hubiera causado alegría á todo el mundo cristiano, si á un perseguidor herege no hubiera sucedido un apóstata idólatra.

TABLA CRONOLÓGICA.

Desde el año 313, hasta el de 361.

PAPAS.

- XXXII. San Melquíades, muerto en el año..... 314.
- XXXIII. San Silvestre, electo en 314, y muerto en.. 335.
- XXXIV. San Marcos, electo y muerto en..... 336.
- XXXV. San Julio, electo en 337, y muerto en..... 352.
- XXXVI. Liberio, electo en 352, y muerto en..... 366.

ANTIPAPAS.

- Felix..... 355.
- Parece que despues administró legítimamente el Pontificado.

EMPERADORES.

- Constantino el Grande, muerto en el año..... 337.
- Constantino segundo, muerto en..... 340.
- Constante, muerto en..... 350.
- Constanzo, muerto en..... 361.

CONCILIOS MAS NOTABLES.

Concilio de Cartago, que eligió para esta Silla á Ceciliano, cu.

partió Constanzo furioso; empero apenas llegó á Cilicia cayó enfermo, y reducido en pocos dias á la estremidad, pidió el bautismo á Euzoyo que le acompañaba; y le recibió con efecto de este Patriarca Arriano: poster motivo para temblar acerca de la suerte de este Príncipe que dió no obstante muestras de arrepentimiento. Así murió el Emperador Constanzo á 3 de Noviembre del año 361, y cuarenta y cinco de su edad: débil, inconstante, curioso y supersticioso, y sobre todo llevado de la manía de dogmatizar. Mas daño hizo á la verdadera Religion, que los perseguidores infieles. Al principio y entanto que tuvo algun motivo para temer, fue seductor, pero violento y cruel despues que se vió árbitro absoluto del Imperio. Su muerte hubiera causado alegría á todo el mundo cristiano, si á un perseguidor herege no hubiera sucedido un apóstata idólatra.

TABLA CRONOLÓGICA.

Desde el año 313, hasta el de 361.

PAPAS.

- XXXII. San Melquíades, muerto en el año..... 314.
- XXXIII. San Silvestre, electo en 314, y muerto en.. 335.
- XXXIV. San Marcos, electo y muerto en..... 336.
- XXXV. San Julio, electo en 337, y muerto en..... 352.
- XXXVI. Liberio, electo en 352, y muerto en..... 366.

ANTIPAPAS.

- Felix..... 355.
- Parece que despues administró legítimamente el Pontificado.

EMPERADORES.

- Constantino el Grande, muerto en el año..... 337.
- Constantino segundo, muerto en..... 340.
- Constante, muerto en..... 350.
- Constanzo, muerto en..... 361.

CONCILIOS MAS NOTABLES.

Concilio de Cartago, que eligió para esta Silla á Ceciliano, cu.

ya deposicion egecutada poco despues por los Obispos de Numidia, ocasionó el cisma de los Donatistas, 311.

Concilio de Roma contra los Donatistas, 313.

Concilio de Arlés, congregado de todo el Occidente contra los Donatistas, 314.

Concilio de Ancira, notable por sus cánones, y porque en él se habla de los Coepiscopos por primera vez, hácia el año 314.

Concilio de Neocesaréa sobre la disciplina, 313 ó 315.

Tres Concilios de Alejandría, en tiempo de San Alejandro, contra Arrio y sus secuaces.

En el tercero, celebrado por Osio, se condena tambien á los Colutianos, que sostenian que Dios no es el autor del mal físico.

Concilio de Nicéa, contado por el primero general: duró desde 28 de Junio hasta 25 de Agosto de 325. Presidióle Osio, en nombre del Papa Silvestre. En él se definió la consubstancialidad del Hijo de Dios con su Padre; y se condenó á Arrio con sus sectarios. Logróse asimismo reunir á la Iglesia la mayor parte de los Melecianos; se fijó la celebracion de la Pascua al domingo despues del día 14 de la luna de Marzo; y se dictaron veinte cánones de disciplina.

Concilio de Gangres celebrado hácia el año 340: formáronse en él veinte cánones de disciplina.

Concilio de Antioquía para la Dedicacion, en 341. Hiciéronse en él excelentes reglamentos, pero no tuvieron fuerza, como obra de los Arrianos que dominaron en él, y cuya confesion no esplica la consubstancialidad.

Concilio de Roma, 342. En él se justificó San Atanasio, y el Papa Julio envió sus cartas Pontificias á los Orientales.

Concilio de Milán, 346. En él se desecharon las nuevas confesiones y se siguió la de Nicéa.

Concilio de Sárdica, 347, de cerca de doscientos Obispos, convocado de toda la Iglesia, y presidido por Osio en nombre del Papa.

Este Concilio es mirado como una nueva continuacion del de Nicéa, con cuyos cánones se confundieron mucho tiempo los de Sárdica. Los cánones tercero, cuarto y quinto, concernientes á las apelaciones, son los mas notables.

Concilio de Milán, 347, contra las impiedades de Fotino de Sirmio.

Concilio de Roma, 349. Condena la persona con la heregía de Fotino, y exigió una retractacion de Ursacio y Valente.

Concilio de Córdova, hacia 349, para sujetarse á las decisiones de Sárdica.

Concilio de las Galias, 355, para separarse de los Arrianos Saturnino de Arlés, Ursacio y Valente.

Concilio de Rimini, 359, de cerca de cuatrocientos Obispos, que le concluyeron tan desgraciadamente, como habian empezado con felicidad.

Concilio primero de París, 360. A vista de lo que decia San Hilario á su llegada de Oriente, se desechó en este Concilio la fórmula de Rimini, para conservar la de Nicéa.

AUTORES ECLESIASTICOS.

Lactancio, llamado el Ciceron cristiano por la pureza de su estilo. Nadie le disputa los libros de la cólera de Dios y de la formacion del hombre. Le atribuyeron muchos escritos; pero

es constante que el tratado de la muerte de los perseguidores es suyo.

Materno, dejó un tratado sobre los errores de las religiones profanas.

San Alejandro de Alejandría, en 326. Nos quedan dos cartas de este Santo, que nos dan una sublime idea de las muchas que se perdieron.

Eusebio de Cesaría, 338. Hay de él la historia Eclesiástica desde el nacimiento de la Iglesia hasta el tiempo del autor: la vida de Constantino, la preparacion y la demostracion evangélica, comentarios sobre algunos libros de la Escritura, una crónica y algunos opúsculos. La erudicion y solidéz de estas obras hicieron pasar á Eusebio por el mas juicioso y mas sabio de su tiempo. Sobre todo, se admira en la demostracion una ciencia profunda de la antigüedad y conocimientos que no se hallan sino en esta obra, que deberia ser mas comun.

San Antonio, 344. Hay antiguas traducciones de algunas cartas, y de una regla que habia dictado en su lengua nativa.

San Pacomio, 348. Hay de él una regla monástica y once cartas.

San Febadio de Agen. Escribió con elocuencia contra la confesion de Sirmio.

San Hilario de Poitiers, 360. A mas de sus obras profundas y elocuentes contra los Arrianos; tenemos de él comentarios sobre San Mateo, y sobre una parte de los Salmos.

PERSECUCIONES.

Persecucion de Licinio desde el año 319, hasta el..... 324.

Persecucion violenta de los Arrianos bajo el Imperio de Constanzo, sobre todo despues de la muerte del Emperador Constante.

Pesecucion de Persia bajo el Rey Sapor: fue muy sangrienta desde el año 342 hasta el de..... 344.

SECTARIOS.

Hierax..... 290.

Donatistas, Cismáticos.

Arrianos.

Eusebianos, Arrianos disimulados.

Antripomorfitas.

Cuartodecimanos, que perturbaron la paz de la Iglesia por mucho tiempo.

Acacio, cabeza de los Semiarianos..... 341.

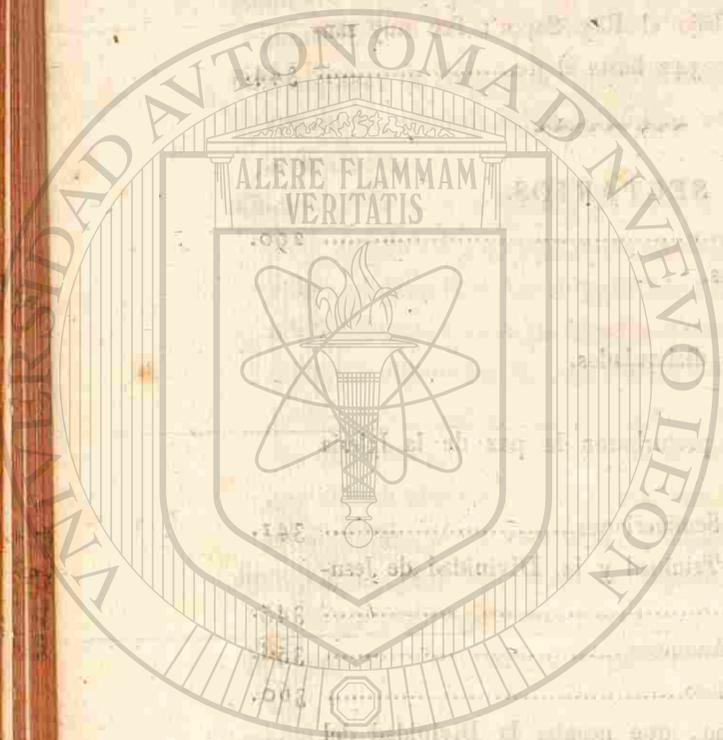
Fotino, que negaba la Trinidad y la Divinidad de Jesucristo..... 345.

Aecio, cabeza de los Anomeos..... 358.

Eunomio, Arriano furioso..... 360.

Macedonio, Semiariano, que negaba la Divinidad del Espíritu Santo..... 360.

Aerio, Arriano, enemigo de la gararquía y del culto exterior..... 360.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LISTA
DE LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.

CORDOVA
BARCELONA.

- D. Miguel Vigil de Quiñones, Oidor de la Real Audiencia.
D. Juan Suñér, Cura de San Iscle.
D. Francisco de Asis Tabsegas, Cura de San Juan.
El P. Comendador de los Mercedarios de Vich.
El R. P. Fr. Francisco de Orfila y Moll, Lector de Teología de PP. Franciscos.
D. Fr. Ramon de Marles.
D. Antonio Pla y Devesa.
D. Antonio Casa de la Valle.

BILBAO.

- D. Francisco Antonio Tresnedo.
D. Domingo Antonio Echezurria.

BURGOS.

- La Comunidad de PP. Trinitarios.

CUENCA.

- El Ilmo. Señor Obispo.
Dr. D. Basilio Carrasco Hernando, Canónigo.
D. Bernabé Paulenciano, Cura de Bolliga.

El R. P. Fr. Antonio Diaz Merino, Prior del Convento de San Pablo.

D. Pantaleon Alcolea, Cura del Salvador.

D. Froilan Cuesta Carrasco, Maestro de Ceremonias.

D. Manuel Becerril, Cura del Salvador.

CÓRDOVA.

D. Rafael Muñoz Mantero, Rector de las Humanidades.

D. Pedro Marqués, Rector de San Lorenzo.

D. José Aguacil.

D. Pedro Antonio Osma y Cabrera, Vicario de Pedro Aba.

D. Francisco de Paula Gonzalez y Durán.

CÁDIZ.

El Escmo. Sr. Conde de Cartahojal.

D. Francisco de Saavedra.

D. José Cayetano Luque.

El Coronel D. Rafael Varona, Tesorero cesante de la Provincia.

El R. P. Fr. Manuel de Cáceres, Capuchino.

El R. P. Prior de Santo Domingo.

D. Antonio Menendez, Presbítero.

D. José Antonio Cienfuegos, Cura de Berja.

El R. P. Fr. Agustin Medina, Prior de Dominicos de Antequera.

D. Antonio Ruíz, Presbítero.

D. Manuel Diaz, Presbítero.

GERONA.

D. Narciso Puig de la Bella-Casa, Canónigo.

D. León Antonio Santamaría.

D. Mateo María Gonzalez, Canónigo.

D. Pablo Murtra, Prior del Hospital.

El R. P. Fr. José Paradedá, Benedictino de San Felip de Guisols.

R. D. Vidal Dén, Clavario de Calella.

JAEN.

D. José Moreno, Prior de Santa Cruz y San Gil de Baeza.

El P. Alonso Rus, Prior de Carmelitas.

LEON.

Dr. D. Juan José Gonzalez, Canónigo Lectoral de Astorga.

Dr. D. Mariano Bremes, Catedrático de Moral.

D. Marcos Perez, Presbítero.

D. José Evaristo Paniagua.

D. Ignacio Crespo.

D. Mariano Pozo.

D. Luis Grauda.

D. Juan García, Cura de Casmenes.

MADRID.

El Ilmo. Sr. Obispo de Leon.

El Escmo. Sr. Duque del Infantado.

El Escmo. Sr. Duque de Villahermosa.

D. A. R.

Dr. D. Miguel de Gofander, Canónigo Doctoral de la Colegial de Lorca.

D. Tomás Alfafeme.

D. Benito Torcelledo, Secretario del Señor Comisario de Cruzada.

El R. P. Fr. Leon Cámara, Benedictino.

Sr. D. José Lamas Pardo.

El R. P. Fr. Vicente de Santa Teresa, Prior de Carmelitas Descalzos.

Fr. Joaquin Álvarez, Benedictino.

El P. Pedro Amat, de las Escuelas Pías.

D. Hilario Hernandez.

D. Ramon Romeo, Cura de San Martin de Segovia.

El P. Benito Chomeral, Escolapio.

D. Pedro Baldivieso, Cura de Bargas.

El P. D. José Díaz Gimenez.

El P. Fr. Matías García.

D. Pedro Manzano.

D. Julian Otal.

El R. P. Fr. Ignacio de San José, ex-General de Trinitarios Descalzos.

D. Manuel de Torres.

D. Francisco Diaz Razola.

D. José Sanchez de Ramos.

D. José María Arias.

El Abad y Cabildo de la Colegiata de la Villa de Berlanga

ORIHUELA.

D. Ramon Diaz.

D. Tomás Martinez, Cura de Callosa.

D. Trinitario Ruiz Lozano.

AVIEDO.

D. Enrique Fernandez Pola, Cura de San Juan de Boó en Halles.

D. Francisco Miranda, Cura en Villayana en la Pola de Cena.

PAMPLONA.

D. Gabriel de Eyasalor, Alcalde de la Real Corte del Reino.

D. José Ramon Pujadas.

El R. P. D. Fr. Silvestre Martinez, en el Monasterio de Lairo.

El Licenciado D. Benito Virto de Vera, de Corella.

D. Mateo Idoy, Beneficiado de las Parroquias Unidas en Viana.

D. Juan José Navarro de Villosada, Beneficiado en idem.

REUS.

D. Pablo María de Miró, Maestrante de la Real de Granada.

D. José Trios.

El P. Fr. N. Guix, de la Merced.

SANTIAGO.

D. Narciso Vallejo Angulo, Cura de San Pedro de Campaño.

D. Manuel Pardiña, Abad de Coiro.

D. Juan Benito Dominguez, Abad de Santa María de Janza.

El R. P. Fr. Benito de Pillar Meneses, del Orden de San Benito.

D. Jaime Andrés Colmeiro, Cura de San Clemente de César.

El P. Fr. Antonio Solla, de San Francisco.

D. Juan Caamaño, Cura de San Cristóval.

D. Francisco Gallardo, Cura de San Vicente.

TARRAGONA.

D. Nicolás Gisbert, Canónigo.

TORTOSA.

El Escmo. Sr. Obispo.

Dr. D. Nicador de la Cueva, Cura de la Torre del Español, y Catedrático de Teología en el Seminario Conciliar.

D. José Rodrigo, Catedrático de idem.

D. Francisco Estellér, Presbítero.

D. Andrés Llop, Cura de Mayals.

VALLADOLID.

El R. P. Fr. Leon Elvira, Lector en el Convento de Dominicanos.

P. Presentado Fr. Buenaventura Saenz, Dominico.

El R. P. Fr. Eugenio Garcia, Monge Gerónimo.

D. Felipe Diez Robledo.

D. T. S.

D. Antonio Arriva, Cura de Poloantiguo.

VALENCIA.

Dr. D. Miguel Cervera, Capellan mayor de la Real Capilla de nuestra Señora de los Desamparados.

D. Francisco Sanjuan, Cura de Adsubia.

D. Bartolomé Ramos y Castellote, Cura de Ruzafa.

D. Buenaventura Clavero, Vicario en id.

D. Pedro Aris, Canónigo de esta Santa Iglesia, y Clavario de la Real Casa de la Misericordia.

D. José Riera, Presbítero.

D. Ramon Garcia, Cura de Liria.

Dr. D. Francisco Valiente.

D. Lorenzo Soler, Presbítero.

D. José Martí.

D. José Molina, Cura de Benirredrá.

D. Vicente Estévan.

El R. P. Prior de la Cartuja de Portaceli.

D. José Valiente y Antolines, Cura del Quintanar de la Orden.

D. Rosendo Bonét, Cura de Chelva.

D. Peregrin Valero, Vicario de id.

D. Vicente Lloret, Presbítero.

D. Miguel Garcia Blazquez, Cura del Bonillo.

D. Vicente Rubio, Cura de Castellon de San-Felipe.

D. Simon Gil, Manzanera, Obispado de Teruel.

D. José Ramon Rubio, Cura de Arañuel.

D. Miguel Pradas.

D. Joaquin Izquierdo de Torrobia.

D. Macario Arrizabálaga, del comercio de libros, por 2 ejemplares.

D. Pedro Juan Belau, Cura de Sollana.

D. Bernardo Sapiña, Ecónomo de Murla.

D. Vicente Guerri, Cura del Real de Gandía.

D. Vicente Rubio y Barberá.

Dr. D. Manuel Gimeno, Cura de Buñol.

D. Felipe Guasp, del comercio de libros de Mallorca, por 10 ejemplares.

El P. Fr. Antonio Ferrandis, en el Convento de la Corona.

Se continuará.





NUE
IOTI

como los cismáticos querian entonces embrollar el negocio, juzgaron esta deferencia, para la que no hubo otro motivo que el amor de la paz, por una confesion tácita del vicio de su ordenacion. No pudiendo disimular su encono uno de aquellos Obispos, llamado Purpurio, dijo con una bestial imprudencia, que no tenia mas que presentarse Ceciliano y le impondrian las manos nuevamente, pero de modo que le aplastasen la cabeza: proposicion digna de un hombre acusado, como lo estaba Purpurio, de haber muerto á su propio sobrino.

El pueblo católico juzgó, despues de una declaracion tal de parte de Ceciliano, que no debia permitir se espusiese mas su modesto Pastor. Tratáronle los cismáticos como á contumáz, y dando por vacante su Silla, hicieron nueva eleccion, ordenando á Mayorino en su lugar. Esparcieron por todas partes al mismo tiempo mil cartas llenas de absurdas falsedades, y procuraron en todas las Iglesias de África separar á los fieles de la comunion de Ceciliano. Se tuvo este no obstante por plenamente justificado viéndose reconocido por la mayor parte de sus ovejas, y en comunion con la Iglesia Romana, que era el centro de la unidad, como tambien con el cuerpo de los Obispos.

Este era el estado de las cosas, cuando el Emperador, avisado sin duda por el Papa, notició á Ceciliano las órdenes que habia comunicado al Procónsul de África y al Vicario de los Prefectos, para que no tolerasen el cisma en aquella provincia; por lo

que si vieseis, decian las cartas imperiales, que algunas personas se obstinan en fomentarlo, dad parte á aquellos gefes, para que los sediciosos sufran el merecido castigo. No usó Ceciliano de la facultad que se le daba á pesar de esta declaracion; antes por el contrario tomó el partido de la longanimidad y la dulzura, como el mas á propósito al espíritu del Evangelio, y mas adecuado á su carácter Episcopal. No procedian los cismáticos tan delicadamente, y aprovecharon el tiempo para intrigar y formar su partido en la corte, y como Constantino mostraba en esta clase de asuntos una indulgencia que muchas veces era perjudicial al gobierno y aun á la Religion, admitió un recurso en que le rogaban que los juzgase por sí ó por Comisarios que él mismo nombrase, y deseaban que estos Comisarios fuesen de la Galia, porque todos los de aquel pais eran imparciales en la causa de los traditores.

8. El Emperador despues de leer la representacion, exclamó admirado: *¿cómo piden que yo les juzgue, cuando yo he de ser juzgado por aquel á quien ellos representan?* No obstante cediendo á su natural facilidad, dió la comision para que tomasen conocimiento de este negocio á Materno, Obispo de Colonia, á Marin de Arlés y á Reticio de Autun. No era fácil nombrar otros sugetos mejores: Materno habia gobernado con un celo infatigable, y sin mas mira que sacrificarse en beneficio de la Iglesia, á los fieles de Tréveris y de Tongres, además de los de Colonia; y despues por humildad fijó su residencia en esta úl-

tima Silla; siendo así que la ciudad de Tréveris era mucho mas ilustre, como capital de toda la parte del Imperio al otro lado de los Alpes. No edificó Marín menos en Arlés así por el eminente grado de sus virtudes, como por su grande capacidad, que obligó á elegirle Presidente del famoso Concilio celebrado poco despues en el lugar de su residencia. Se conoce á Reticio por varios escritos, cuya elocuencia ha merecido los elogios de San Gerónimo.

9. Solicitó el Emperador que el Papa presidiese á estos Prelados, para dar mayor autoridad á la decision; que se agregasen á estos dignos Jueces quince Obispos de Italia, y que reunidos todos formasen en Roma un Concilio en el Palacio de Letran. Además habia dado orden al Procónsul de África para que remitiese, á principios de Octubre, á Ceciliano por una parte, con diez Obispos de su partido, y por otra igual número de Africanos descontentos: todo lo que fue egecutado puntualmente, y el Concilio principió el dia 2 de Octubre de 313.

Ocupaban los primeros asientos despues del Papa los tres Obispos de las Galias, sin duda por razon de haberlos pedido los quejosos; seguian despues los quince Italianos sin distincion, entre los que se contaban los Obispos de Ostia y de Preneste que aunque sufraganeos del Papa, no parece tuvieron entonces asiento de preferencia.

El Concilio duró tres meses, mientras los que se pesaron y examinaron las razones alegadas por ambas partes con una atencion y madurez estraordina-

rias. Presentaron un escrito contra el Obispo de Cartago Donato de Caras-negras y los demás partidarios de Mayorino, pero euando se les exigieron las pruebas, no pudieron dar ninguna, y hasta las mismas personas que tenian citadas, y á las que hicieron servir de testigos, les llenaron de confusion declarando que nada tenian que decir contra Ceciliano. Y sin duda temieron que se esplicasen mas y descubriesen los medios de que se valieron para sobornarlas; porque hicieron que se ausentasen al momento despues de haberlas traído de tan lejos.

Tampoco se atrevió Donato á presentarse al Concilio despues del primer dia, condenándose él mismo por este mero hecho y declarándose calumniador. Convenciósele á mas, y vióse en la precision de confesar que habia impuesto las manos á sugetos acusados de apostasia. Y sin embargo del aspecto tan poco favorable que presentaba la causa de los acusadores, se examinaron con toda la madurez y circunspeccion posibles los procedimientos de los setenta Obispos cismáticos que sentenciaron en Cartago contra Ceciliano y su ordenacion. Pero siendo notorio que se le habia condenado sin oírle, porque no estaba segura su persona si se presentaba, no se hizo el menor caso de aquella especie de Concilio, cuyo odioso secreto, aunque se ignoraba por entonces, ya anunciaba bien claramente el espíritu de partido y las violencias.

Por otra parte la cuestion que en él se trató parecia tan vana como enredada: pues á mas de que no era fácil saber si Felix ú otro cualquier Obispo de

los que habian ordenado á Ceciliano, eran del número de los traditores, aun cuando se llegase á tener cierta ciencia de ello, nada se adelantaba en el particular, ni podia inferirse que la ordenacion de Ceciliano no era válida. Porque estaba recibido ya desde entonces como principio evidente que un Obispo en actual egercicio, que no ha sido depuesto ó condenado por sentencia canónica, puede egercer válidamente su ministerio; lo que era una prueba mas á favor de Ceciliano que disipaba cualquiera dificultad. Por todo lo que el Concilio de Roma pronunció que este Obispo estaba inocente de todos los cargos que se le hacian, y ratificó su ordenacion: pero á pesar de esto no condenó á los del partido contrario, solamente á Donato de Casas-negras, autor de aquel desorden, y convencido por otra parte de errores sin excusa. Respecto á los demás, aunque habian sido ordenados por Mayorino fuera del seno de la Iglesia, tuvo á bien el Concilio mitigar el rigor de las leyes, y les permitió conservar sus Sillas si renunciaban al cisma. Y así se mandó que en todas las Iglesias en que habia dos Obispos, uno ordenado por Ceciliano y otro por Mayorino, permaneciese el que hubiese sido ordenado primeramente, y se colocase al segundo en otra Silla luego que fuesen vacando.

No satisfizo esta sentencia á los cismáticos por moderada que fuese, y apenas tornaron sus diputados á África, cuando se encendió con mas calor la disension entre los partidos, y quejándose nuevamente el de los Donatistas al Emperador, manifestó claramen-

te con su pertinacia que la condescendencia no era el medio de librar al Gobierno de sus importunidades. Alegaron pues, que su Concilio de Cartago fue mucho mas numeroso que el de Roma, y que los pocos Padres que asistieron á este, todavía suponiéndolos de conducta irreprochable, no habian podido decidir maduramente, haciéndolo con precipitacion y sin profundizar el hecho de Felix de Aptungia. Al pronto indignó á Constantino esta súplica; pero al fin su gran bondad que no era tan escesiva en los asuntos sometidos á la autoridad secular, le hizo acceder de nuevo á sus inquietas peticiones.

Por mas diestro que fuese Constantino en el arte de regir y en el de conocer á los hombres, no sabía lo que son capaces de revolver y enredar los espíritus indóciles en materia de culto. Tomóse el Emperador mil molestias para aclarar el hecho del Obispo de Aptungia, y al cabo lo logró: varias declaraciones juradas y muchos testigos que todavía existian dieron fe de su inocencia; y todo esto formaba una prueba superabundante y perentoria, á juicio del Emperador, en favor de Ceciliano.

10. Pero no por eso se manifestaron mas dóciles los cismáticos, y Constantino por un exceso de condescendencia, tomó las necesarias medidas para reunir en las Galias, como ellos deseaban, un gran Concilio compuesto de los Obispos de África, de Italia, de España, de la Gran Bretaña, y en particular de las Galias. Si juzgáramos de este Concilio por lo que de él dicen los Padres, puede creerse que fue muy nume-

roso, aunque por las suscripciones ó firmas solo resultan treinta y tres Obispos y los diputados de doce ausentes. De todas maneras San Agustin le apellida plenario, y se cree que asistieron á él hasta doscientos Padres, por lo que se le puede llamar Concilio general del Occidente.

Puede mirarse como el prototipo de la rectitud de intencion, del espíritu religioso y de todas las calidades que deben distinguir á un Príncipe Cristiano, la carta que en esta ocasion dirigió Constantino á Eladio, su Vicario en África. „Me parece, dice, que debemos notar unas divisiones de tal naturaleza, capaces de irritar á la Magestad Suprema, no solo contra los hombres en general, sino tambien contra aquellos á quienes ha encargado regir las cosas del mundo. Y hasta que yo vea que todos mis vasallos concurren con una santa union á honrar á Dios con el culto de la Religion Católica, no esperaré firmemente la proteccion de la bondad del cielo, ni me tendré enteramente por seguro.”

11. Para celebrar la asamblea se designó la ciudad de Arlés; se circularon cartas á los Obispos que debian de asistir, y se les facilitaron los carruages y auxilios de cuenta del estado con el objeto de verificar mas fácilmente su reunion el dia 1.º de Agosto del año 314. Escribió el Emperador repetidas veces á los Padres del Concilio, exhortándolos encarecidamente á proceder de un modo capáz de dar á la Iglesia una perpetua tranquilidad, y de librarle á él por siempre de unos cuidados tan considerables.

Se examinaron con el mayor rigor tanto las acusaciones personales intentadas contra Ceciliano, como el punto tocante á los Obispos que lo ordenaron; y por no haber podido justificar los Donatistas alguno de los cargos que hacian acerca de ambos asuntos, se pronunció segunda sentencia en favor de Ceciliano. Acabado que fue se juzgó oportuno examinar, antes de la separacion de los Padres, todos los negocios que fuesen de general interés para toda la Iglesia; pues aunque su fe es invariable, y los tiranos no habian hecho mas que purificarla cuando la intentaron destruir, se notaban no obstante algunos abusos ó relajacion en la disciplina; y por esta causa se dictaron los sabios reglamentos que se juzgaron necesarios para restablecerla. Mas por respeto á la Cátedra Apostólica no quisieron los Padres publicarlos sin su aprobacion, y solo bajo sus auspicios y autoridad (*); por lo que los remitieron al Papa Silvestre, que habia sucedido á Melquíades el último dia de Enero anterior, con una carta que dice así (1).

„¡Pluguiese á Dios, carísimo hermano nuestro, (así decian despues de darle parte de la sentencia pronunciada contra los Donatistas), que hubieseis estado presente á este grande espectáculo! La sentencia contra los indóciles hubiera sido mas severa, y nuestra

(*) No solo por respeto, si que tambien para dar la autorizacion necesaria á las reglas formadas en el Concilio, que no la podian tener para toda la Iglesia sin la sancion del Soberano Pontífice.

(1) *Labbé Collect. Concil. tom. 1. pág. 1425.*

asamblea recibido mayor consuelo, viéndoos juzgar con nosotros á los rebeldes. Pero vos no habeis podido abandonar esos lugares santos que los Apóstoles consagraron con su sangre, y en los que no han dejado de presidir. A pesar de esto hemos creído oportuno no ceñirnos á los negocios para cuyo exámen fuimos convocados; sino que tambien hemos querido proveer de remedio á las necesidades de nuestras provincias. Así hicimos varios reglamentos, para cuya formacion creemos no haber tenido mas norte que la inspiracion del Espíritu Santo y la de nuestros ángeles tutelares. Pero por esto no nos olvidamos de que es propio de vuestra persona, á causa de su superior autoridad y jurisdiccion, revalidarlos con su sello principal, é intimarlos á todos los fieles." De esta manera esplicaban aquellos venerables Padres el celo que los animaba por el bien de la Iglesia, como tambien su respeto á la Cabeza que la gobernaba.

Ordénase por estos respetables cánones, los mas antiguos de la Iglesia Galicana, bajo pena de deposicion á los diversos Ministros de los altares, que permanezcan constantemente en los lugares en donde fueron ordenados. Se impone tambien la pena de escomunion á los Diáconos usureros: porque la usura vedada severamente en Roma en otro tiempo, y considerada como digna de mayor castigo que el hurto (1), habia vuelto á introducirse con la decadencia de las costumbres, y se permitia en aquella capital por leyes formales. Y en tanto que llegaba el tiempo

(1) *Cat. de Re rustica in Proem. Tacit. lib. 5. annal.*

de una total reforma, quiso la Iglesia mostrar el horror que la merecia aquel vicio, procurándolo sofocar á lo menos en los Eclesiásticos, y haciendo recaer determinadamente la escomunion sobre los Diáconos, como mas espuestos á caer en él, en calidad de administradores de los bienes temporales del Clero. En uno de los cánones de este Concilio se exhortaba tambien á los maridos Cristianos que cogiesen á sus mugeres en adulterio á que no tomen otra existiendo la primera, y limitándose tambien á la exhortacion, porque las leyes civiles permitian volverse á casar despues del divorcio; y por distante que estuviese la Iglesia de seguirlas en lo que no se conformaban con el Evangelio, no dejaba de tener ciertos miramientos, mientras que atraía á la potestad civil á la observancia pura y perfecta de las máximas Evangélicas. Los comediantes son escomulgados por otro cánón mientras están en esta profesion, cuya providencia, que hoy dia parecerá á muchos muy rigurosa, halla su apología en los escritos de los mas antiguos Padres de la Iglesia, en especial en el tratado de Tertuliano sobre los espectáculos; diversiones que proscribía este Padre, no solo como contaminadas de idolatría, sino tambien como una de las causas principales de la corrupcion de costumbres. El Concilio priva igualmente de la comunión, pero solo por algun tiempo, á las doncellas Cristianas que contraen matrimonio con Gentiles.

Y como subsistia en África la costumbre de rebautizar á los hereges, prohibióse igualmente en este

Concilio repetir el bautismo de aquellos que lo hubiesen recibido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ni hacer con ellos otro que imponerles las manos. Previene respecto al cisma de los Donatistas, que los traidores sean depuestos del orden clerical, siempre que se justifique su delito, no por testigos fáciles de corromper, sino por documentos auténticos y públicos; y que si estos hubiesen ordenado á alguno de vida irreprochable, tal género de ordenacion no dañe al ordenado. Tales son los cánones mas esenciales del primer Concilio de Arlés.

12. Ni debemos olvidar los de los Concilios de Ancira y Neocesarea, que se creen celebrados en aquellos primeros tiempos de la libertad de la Iglesia, en que los Concilios fueron mas frecuentes que nunca. Era Ancira la Metrópoli de la Galacia, y parece que se eligió esta ciudad como la mas á propósito para reunir en ella á los Obispos de la Asia menor, del Ponto, de la Armenia, y de la Siria. Las persecuciones habian durado por mas largo tiempo y con mas violencia en todas estas provincias; y así el principal objeto del Concilio fue graduar y arreglar la penitencia de los fieles que habian caido en la idolatría: con cuyo motivo se estendieron estos reglamentos á las penitencias que debian hacerse por los otros delitos; principiándose entonces á dar á los Obispos mas amplitud en usar de indulgencia, segun las ocasiones y reglas de una prudencia santa.

Este Concilio distinguió tambien las funciones que eran propias á los diversos órdenes de la Clerecia.

Al Sacerdoció señala las de ofrecer y predicar; atribuyendo á los Diáconos las de presentar la ofrenda y dar los avisos en la Iglesia, en la que egercitaban de oficio lo que en las asambleas profanas era del cargo de los voceadores públicos. A los Coepiscopos no les permite este Concilio aun quando estuviesen investidos del carácter Episcopal, que ordenen Sacerdotes ó Diáconos, ni á los Sacerdotes de la ciudad que hagan cosa alguna en la Diócesis sin permiso firmado del Obispo titular. Parece puede inferirse por estas últimas palabras del cánón, concernientes á los Coepiscopos, que estos Prelados inferiores no eran por su estado mas que unos simples Sacerdotes, á los que el Obispo encargaba su autoridad únicamente para las poblaciones del campo; y que en el caso en que estuviesen condecorados con la consagracion Episcopal, no llegaba su poder á conferir órdenes sin licencia espresa y especial del principal.

No serán escludidos del ministerio, segun el cánón décimo, los Diáconos que declararon al tiempo de recibir el órden que no renunciaban al matrimonio, ó contraen matrimonio en lo sucesivo, y podrán hacer las funciones peculiares de su órden. Tal es el origen del voto tácito de castidad, que aun en el dia no hacen los Clérigos de otra manera que no contestando á la proposicion que para ello les hace el Obispo antes de conferirles el Subdiaconado; y si algunas Iglesias particulares del Oriente se apartaron desde aquella primera edad de las estrechas reglas de la continencia Clerical, por lo menos se ve que fue solo

respecto de los Ministros del segundo orden, y en caso de una particular necesidad, que no causaba egemplar para las Iglesias en que no se padecía tanta escasez de operarios Evangélicos, y mucho menos para las del Occidente.

Se cuentan á mas quince cánones, que son como el complemento de los de Ancira, formados por el Concilio de Neocesaréa del Ponto, ciudad situada junto á Galeria, en el cual se hallaron con corta diferencia los mismos Obispos. El primero impone la pena de deposicion al Sacerdote que osase casarse. Aun para los legos que se casen muchas veces, asigna el tercero penitencia, aunque sea despues de morir uno de los contrayentes; y veda á los Sacerdotes asistir á los banquetes de segundas nupcias, que aunque permitidas, se tenian por flaqueza entre los orientales. Establece el sexto que no haya mas de siete Diáconos en cada ciudad por grande que sea, segun la primera institucion; cuya regla siempre se ha cumplido en Roma en cuanto á los Diáconos de oficio de la primera Iglesia, llamados Diáconos regionarios, desde donde se estendió, por respeto á la primera Silla, á las provincias mas lejanas. Prohibe el Cánón undécimo ordenar de Sacerdote al que no tenga treinta años, dando por razon que Jesucristo no principió á predicar hasta esta edad. Presidió Vital, Patriarca de Antioquia, á ambos Concilios de Ancira y Neocesaréa, segun se cree.

13. No se separaron los Padres del Concilio de Arlés luego que dieron sus decisiones sobre los ne-

gocios por los cuales habian sido convocados, antes bien se ocuparon en reunir á los Donatistas que se presentaban á sus legítimos pastores: pero hubo mayor número de ellos que persistiendo en el cisma, apelaron con desvergüenza al César de la sentencia de los Obispos. Escandalizóse el Príncipe como siempre de esta tenacidad, y al pronto manifestó vivamente su indignacion; pero despues escribió á los Padres del Concilio encargándoles tuviesen paciencia por mas tiempo y diesen lugar á los cismáticos para reconocerse; y si insistian tenaces, añade el Emperador, tornad entonces á vuestras Iglesias. Por fin mandó prender á los mas revoltosos, y que los presentasen en su corte.

Empero los Donatistas sacaron de esta resolucion de Constantino un partido muy diverso de lo que se habia propuesto aquel buen Príncipe. Le dieron pues grandes esperanzas de una reunion perfecta; declamaron con elocuencia y con muchas protestas de sana intencion contra las funestas consecuencias del cisma; y con este cebo le condujeron con maña hasta hacerse Juez de los Obispos en materia de Religion, é inspector de los Concilios. Pero como las miras del Emperador eran buenas, y solo pecaba por una ignorancia disculpable en los principios de su conversion, no permitió el Señor que errase por mas tiempo en esta materia. Por sí mismo examinó de nuevo y con un trabajo imponderable todos los documentos que componian un proceso tan largo y tan enredado como el de Felix de Aptungia; mandó que

compareciesen en Milán, en donde estaba la corte, Ceciliano y los principales de entre los Donatistas; y despues de convencerse del todo acerca de la inocencia de aquel Obispo dió á su favor una sentencia la mas satisfactoria.

Sin embargo los cismáticos no se manifestaron mas conformes con esta decision del Emperador, que con las de los Obispos; y no tardaron en oirse mil quejas insolentes de su parte, acusándole de parcial y de preocupado; de modo que Constantino, á pesar de toda su mansedumbre se vió en la precision de condenar á destierro á los revoltosos. Y reuniendo al proceder de un Emperador el tono de un Apóstol, escribió á los pueblos y á los Obispos católicos exhortándolos á que no se defendiesen de aquellos sediciosos con otras armas que con las de la paciencia, teniendo en consideracion que los malos tratamientos que sufriesen por esta causa les servirian de martirio (1). Cedieron los Obispos por esta amonestacion á los Donatistas la Iglesia que el Emperador habia mandado hacer para los Católicos en la capital de Numidia, llamada despues Constantina de su nombre, contentándose con pedir un solar para edificar otra: pero el Emperador dió mas de lo que le pedian, y se encargó de los gastos del edificio.

Mas los Donatistas se desconceptuaron, dividiéndose entre sí con escándalo. Uno llamado Silvano, que habia usurpado á los Católicos la Basílica de Cirta ó Constantina, y hacia el primer papel en el cis-

(1) *Epist. Constant. M. ad Episcop. Cathol.*

ma de Numidia, depuso á su diácono Nundinario por algunos disgustos personales que tuvo con él, y el Diácono, por vengarse, delató á su Obispo, y facilitó á los Católicos las pruebas de una justa acusacion contra aquel Prelado que era culpable no menos que de haber entregado los vasos sagrados mientras la persecucion, y de haberse hecho ordenar Obispo por intriga y simonía. El proceso se formó pues en debida forma, y en los propios lugares donde habian sucedido los hechos; probáronse completamente todos los alegatos, y enviando una exacta relacion de todo al Emperador, no pudo menos de condenar á destierro á Silvano y á varios de su faccion.

Pasado poco tiempo los Obispos Donatistas hicieron una representacion pidiendo se alzase el destierro á Silvano; y al mismo tiempo pedian libertad de conciencia: pues como todo deponia contra ellos, no tenian otra razon mejor en favor suyo que la determinacion en que estaban de arriesgarlo todo, y pasar por cualquier cosa antes que comunicar con Ceciliano. No obstante alcanzaron lo que suplicaban; y el Emperador escribió al Vicario de África que dejase á Dios el cuidado de castigar sus excesos. Les salió muy bien aquella prueba y pretendieron el libre ejercicio de su religion aun en Roma, en donde se habian establecido ya algunos de su secta. Enviáronles un Obispo los de África para que presidiese á sus juntas, pero no pudieron lograr Iglesia alguna en la ciudad, de mas de cuarenta que se contaban ya en ella; de modo que se vieron precisados á reunirse

fuera de los muros, en cierta caverna que habia en una montaña, de donde les vino el nombre de montañeses, que por la misma razon habian tenido sus predecesores en el cisma, ya desde el tiempo de Felicitísimo.

14. Despues de la muerte de Mayorino, y bajo el gobierno de su sucesor en el fingido título de Obispo de Cartago, esto es, del segundo Donato, diferente del Donato de Casas-Negras, primer autor del cisma, tomó el partido toda su forma y consistencia: y así el último Donato fue quien le dió el nombre. Ya por hipocresía, ya por virtud, era este irreprensible en sus costumbres y poseía en grado eminente el secreto de bienquistarse y hacerse valer; y era como una especie de divinidad para la secta, sujetando y fingiendo no querer hacerlo, á quantas personas ilustres la componian. El arte ó genio del fingimiento era tan perfecto en él, que nadie imaginaba que fuese un impostor. Por otra parte tenia talento, penetracion, elocuencia y una fecundidad inagotable de invenciones é intrigas para mover caso sobre caso, con un talento sin igual para dar á los hechos el aspecto mas plausible, y pintarlos con los colores mas favorables á sus miras. Fue en una palabra uno de aquellos desgraiciados prodigios que Dios permite se vean de quando en quando para probar á su Iglesia, y el que consolidó el partido mas obstinado que habia afligido hasta entonces al aprisco del Pastor Divino.

15. Dejáronse ver desde el tiempo de este impostor los fanáticos llamados Circunceliones, yendo con-

tinuamente al rededor de las casas en las ciudades y aldeas, y anunciándose como reparadores de agravios y vengadores públicos de las injurias, y cometiendo todos los desórdenes á que daba margen tal pretension (1). A los esclavos los ponian en libertad, absolvian á los deudores, y sacaban á los presos de las prisiones, volviendo á amedrentar la sociedad con la multitud de gentes desalmadas que estaban encerradas en ellas. No habia seguridad contra estos atentados ni en los caminos, ni muchas veces en las calles y ciudades mas pobladas. Ridículos á la par que turbulentos, hacian á veces apear á los dueños de los carruages para que sirviesen á sus mismos domésticos, á quienes ponian en su puesto. Sus cabezas, de los cuales los mas valientes eran Maxido y Fasir, tomaban el título de capitanes de los santos. Solo se servian de palos al principio aquellos bandidos, con los que estropeaban á quantos les oponian resistencia; pero despues se valian de toda especie de armas, y mataban de la manera mas cruel hasta á las personas del sexo y de la edad mas débiles. Jugaban tambien, por decirlo así, con su propia vida; por la menor cosa se abrian el vientre, ó se arrojaban desde las cumbres de las rocas; y con esto creían que tenían segura la corona del martirio, cuya locura era tan comun en las mugeres como en los hombres, y mas aun en las jóvenes, siempre mas espuestas á la seducción. Pero se notó frecuentemente que el temor del oprobio era todo el principio de su heroismo, y

(1) *August. lib. 1. contr. Gaudent. cap. 23.*

muchas veces su muerte violenta ponía en claro su hipocresía, mostrando el fruto de su incontinencia.

Llegaron á tal extremo la disolucion y crueldad, que sus propios Obispos acudieron á la autoridad soberana para refrenarlos. Contra estos bárbaros fanáticos se enviaron tropas que acabaron con un gran número de ellos; y por una inconsecuencia que no podríamos concebir, si otros tiempos menos lejanos no hubieran ofrecido un espectáculo casi parecido, la secta reverenciaba despues del suplicio, como víctimas de la fe mas acendrada, á aquellos mismos á quienes sus Pastores y sabios tenían antes por dignos de la execracion pública.

16. Sin embargo de estos desórdenes cometidos por algunos que se llamaban Cristianos, Constantino se mostró siempre infatigable en hacer que floreciese la Religion verdadera; y al parecer solo para fomentarla habia recibido el supremo poder y el derecho de la legislacion. Prescribió la celebracion del domingo, y la suspension del trabajo hasta para los Gentiles, sin exceptuar mas que las faenas urgentes del campo; y mandó tambien que se observase el viernes de una manera particular, en memoria de la Pasion del Redentor: estos dos dias eran los que empleaban los fieles por regla en los egercicios públicos de la Religion. Para abolir el suplicio de la cruz promulgó una ley espresa; y revocó la prohibicion irreligiosa de legar cosa alguna al morir á la Iglesia Católica. Declaraban las leyes Romanas á todo célibe incapáz de recibir mandas y donaciones; reglamento muy sabio en ver-

dad en el reinado del paganismo, en el que el celibato no tenia otro principio que la disolucion y el libertinage: pero el piadoso Emperador lo derogó á favor de los Cristianos, cuya continencia era tan diversa (1). Este Príncipe se esmeraba sobre todo en honrar la castidad, cuya virtud recomendaba, aun mas con su egeemplo que por medio de los edictos. Habian sido sus costumbres constantemente arregladas desde sus mas tiernos años; y con el intento de guardarlas con mayor seguridad en toda su pureza, se habia sujetado desde muy jóven al respetable yugo del matrimonio. Permitió por una ley nueva escoger á los Obispos por árbitros de las diferencias; y dió á estas decisiones la misma autoridad que si emanasen inmediatamente del trono. Distinguia honrosamente en todas ocasiones á los Cristianos de los infieles, en especial á los Eclesiásticos, á quienes dispensó de todas las formalidades que se requerian en los demás estados cuando se ofrecia dar libertad á un esclavo.

En el número de sus virtudes deben contarse tambien la mansedumbre y la bondad de su natural; y aunque una que otra vez mostró cierta dureza muy reprehensible, pero esta nacia mas bien de una preocupacion crédula y precipitada, que de algun sentimiento de inhumanidad. Prohibió con pena de muerte que el acreedor echase mano, para cobrar una deuda, de los esclavos ó de los animales que servian para la labranza. Mandó á los encargados en el manejo de las rentas reales que recibiesen, sin mas exá-

(1) *Euseb. lib. 4. hist. cap. 16.*

men, á todos los niños que les llevaran, y que sin dilacion facilitasen los medios para su subsistencia; dos rasgos que juzgaron dignos de imitacion en estos últimos siglos las naciones mas señaladas por su humanidad. Empero lo mas singular es que Constantino no estaba aun bautizado cuando egercia estos actos de edificacion.

No obstante debemos confesar que siendo Constantino tan sinceramente Cristiano, no lo mostró en ciertas ocasiones con toda la firmeza, ó por mejor decir, con todo el discernimiento que era necesario; pues aceptó y vistió los adornos profanos de la dignidad de Pontífice supremo, que la antigua Roma daba á sus Emperadores; mirándola sin duda como una parte de la autoridad civil, y no como una profesion indirecta de la idolatria: abuso que siguieron sus sucesores hasta Graciano, que fue el primero que miró este título é insignias como indignas de un Emperador Cristiano. Mas difícil es disculpar á Constantino acerca de los Arúspices, á quienes permitió consultar, y aun parece haber consultado él mismo; aunque algunos pretenden que no lo hizo sino para desacreditarlos del todo, confrontando mas notoriamente la falsedad de la prediccion con el suceso; y así prohibió que los consultasen en otros lugares que en los templos, y vedó tambien hacer sacrificios en casas particulares. Mas al mismo tiempo que toleraba estos restos de supersticion, trataba con desprecio á los ministros de ella, y ni aun se dignaba hablarles, dando por otra parte á los Obispos el trato mas hon-

roso. Parecíánle necesarios estos medios indirectos en los principios: mas su celo se aumentó con los años, y no cesó de fortificarse con el poder.

17. Ya por fin habia llegado el tiempo en que el Imperio del mundo civilizado iba á someterse á las leyes de este Príncipe religioso que no apreciaba su poder y sus triunfos sino en cuanto servian á la prosperidad y ensalzamiento de la Iglesia: y Licinio aceleró imprudentemente aquel deseado momento indisponiéndose con él. No notaba en esto la política otra cosa que el éxito ordinario de la amistad de los Príncipes ligados por intereses contra unos enemigos comunes, los que vencidos, escuchan tan solo las voces de su desconfianza ó su rivalidad: pero los fieles ilustrados con luces superiores vieron en este contratiempo al Dios que juzga la misma justicia castigar á Licinio con tanta mas severidad quanto se habia valido de él para llevar á cabo el castigo de los últimos perseguidores, sin que aquel Príncipe mejorase por esto. Así fue, que el instrumento que acababa de castigar á los primeros delincuentes, se destrozó luego que hubo servido para los fines á que se le destinaba; porque tantos milagros como presenció Licinio, de algunos de los cuales fue tambien ministro, no bastaron á hacerle conocer el brazo del Dios verdadero que los obraba; antes al contrario llegó á endurecerse hasta el punto de ser perseguidor y verter la sangre cristiana.

18. Fue martirizado entre otros de orden suya el ilustre San Blas, Obispo de Sebaste en Armenia; y

en la misma ciudad sacrificó Licinio cuarenta soldados, conocidos por el nombre de los cuarenta coronados (1). Despues de hacerles padecer crueles tormentos mandó dejarlos toda una noche en un estanque helado, junto al cual habia otro de agua caliente; para que á vista de tal contraste apostatase alguno de los Confesores, y negase la fe con la esperanza de un suave y pronto alivio. Sorprendido estaba uno de los soldados que custodiaban á estas santas víctimas de la constancia que mostraban en el tormento; mas subió de punto su admiracion cuando vió en el aire unas coronas suspendidas sobre sus cabezas, bien que no contó mas que treinta y nueve, siendo ellos cuarenta. Faltando entonces el ánimo á uno de los que componian este número, se pasó al baño caliente, en donde el apóstata, que ya estaba medio muerto, pereció á poco rato: y movido el soldado espectador de los impulsos de una gracia victoriosa, dijo con firme resolucion, que era Cristiano; y ocupó el lugar del renegado, cuya corona le fue adjudicada. Sobrevivió á todos uno de los mas jóvenes de tan santa compañía, y su madre logró licencia para consolarle ó para inducirle á que desistiese de su laudable resolucion; pero lejos de solicitarlo y conducirlo al baño caliente, aquella muger superior á todas las debilidades de la carne y de la sangre, lo puso sobre uno de los carros en donde estaban los treinta y nueve, que iban á consumir su martirio en las llamas, diciéndole con una fe heroica: *acaba, hijo mio, este glorioso*

(1) *San Basil. Homil. 20.*

combate, y no consentas que tus compañeros te aventajen en el triunfo.

19. Cuéntase al glorioso San Nicolás, Obispo de Mira, en Licia, entre otras muchas víctimas de esta persecucion; el que habiendo sido preso no salió de la cárcel hasta que el Emperador Constantino venció al autor de la tiranía. Habia este Príncipe representado repetidas veces á Licinio, que violaba sus pactos comunes, y le hacia una injuria personal persiguiendo á los Cristianos, de los que sabia que era tan apasionado protector. Interrumpieron estas quejas la buena armonía entre los dos Príncipes, y pararon en un entero rompimiento. En fin armáronse y pelearon el año 323. Estaba la superioridad del número, como comunmente sucedia, de parte del Emperador idólatra, el que ponía en ella toda su confianza; pero Constantino, que acostumbraba no hacer caso de la multitud de soldados, tenia á favor suyo, además de la ventaja del valor, la de la buena causa que defendia y el auxilio del cielo. Encontráronse cerca de Andrinópolis: estaba el campo de Licinio ventajosamente situado sobre un monte cuasi inaccesible; y antes de atacarlo Constantino no olvidó encomendar el éxito de la accion al Dios Todopoderoso que tantas veces le habia dado la victoria.

Se retiraba el Emperador con algunas personas de piedad distinguida, el dia antes de cualquiera accion, á una tienda separada del campo, en donde se guardaba el *Lábaro*, como en una especie de santuario; y al siguiente dia muy de mañana comenzaban



á desfilas las tropas , llevando al frente aquel sagrado estandarte , y viéndose tambien campar la Cruz en las banderas de cada legion. Así se preparó el piadoso Constantino al combate. En tanto Licinio creyéndose seguro en el monte , insultaba y escarnecía la piedad de su augusto rival. „Ved aquí , amigos míos , decía á sus gentes , enseñándoles sus ciegos y materiales simulacros , los poderosos y muchos dioses que adoramos nosotros : todos los ha abandonado nuestro enemigo por un Dios despreciable , cuya señal de su vil patíbulo , que advertís en sus estandartes , deshonoras las armas Romanas. Combatamos intrépidamente bajo los auspicios de todas las antiguas divinidades de Roma , ya que somos sus adoradores fieles ; y despues del triunfo que sin duda conseguiremos , destruyamos hasta el nombre de los impíos desnaturalizados que niegan á los dioses pátrios (1).”

20. Mas los efectos no correspondieron á tanta altanería ; pues así que Constantino hizo pasar por cerca de Andrinópolis un destacamento de cinco mil hombres á la otra parte de un rio que dividia los dos ejércitos , en el parage donde menos se esperaba , la sorpresa y el espanto desordenaron todos los escuadrones infieles. Quedaron tendidos cerca de treinta y cuatro mil hombres : el campamento del Emperador idólatra fue saqueado , y él tuvo que huir con precipitacion. Detúvose en Bizancio , donde queria volver á hacer frente ; pero habiendo logrado la armada de Constantino , mandada por su hijo el Príncipe

(1) *Euseb. in vit. Const. M. lib. 2. cap. 5.*

Crispo , un triunfo aun mas completo que el que acababa de conseguir el padre , antes de verse sitiado Licinio por tierra y por mar , se refugió al otro lado del estrecho , en Calcedonia , llevando consigo sus tesoros. Allí fue perseguido igualmente ; pero viendo que su ejército constaba aun de ciento treinta mil hombres , resolvió volver cuanto antes á encontrarse con los enemigos. Dióse pues segunda batalla , y fue mucho mas sangrienta que la de Andrinópolis , pues de un ejército tan numeroso como el de Licinio , apenas se salvaron tres mil. Bizancio y Calcedonia abrieron sus puertas al momento : Licinio se retiró á Nicomedia ; mas desconfiando de poder mantenerse allí despues que le sitiaron , envió á su muger Constanza , hermana , como dijimos , del Emperador Constantino , á implorar la clemencia de un hermano cuyo buen corazon le era bien conocido ; y en efecto logró calmar su justo enojo.

Licinio á poco tiempo , muy diferente de lo que habia sido algunos dias antes , fue á echarse á los pies de su generoso cuñado y á entregarle la púrpura de que se habia despojado ; dándose por bien librado , segun decia él mismo , de que se le conservase la vida. Levantóle del suelo el vencedor con verdaderas demostraciones de reconciliacion , hizole comer á su mesa , y despues lo envió á Tesalónica , donde le proporcionó una suerte que no desdecia de su primera grandeza. Mas no pudiendo vivir tranquilo aquel espíritu turbulento , y como diese motivos para sospechar que queria vestir de nuevo la púrpura , se tuvo

por imposible asegurar la pública tranquilidad si no se le quitaba la vida, como se verificó el año 324.

21. Constantino quedando de esta suerte Soberano de todas las provincias así de Oriente como de Occidente, mandó restituir en todas partes á los Confesores los bienes que les habian confiscado, como tambien la herencia de los Mártires á sus parientes; reservándose indemnizar competentemente á los que hubiesen adquirido del fisco alguno de estos fondos, á título de compra ó de otra manera. Profesaban el cristianismo los gefes que empleaba en el gobierno de las provincias; y exigía de los que seguian la antigua Religion que no hiciesen á lo menos los sacrificios idolátricos, los que llegó á prohibir generalmente en las ciudades y en las aldeas: y mandó tambien que no se egerciese el arte de la adivinacion ó cualquiera otra supersticion al menos fuera de los templos. Exhortó, mas como Apóstol que como Emperador, á sus súbditos en todo el Oriente, á que pasasen de las tinieblas de la idolatría á la luz del Evangelio; protestando no obstante que á nadie queria llevar por fuerza al servicio de un Dios que solo acepta el homenaje de los corazones. Encomendaba á los particulares que evitasen inquietarse unos á otros por causa de diversidad de cultos; y reprimió el celo precipitado de los que hablaban ya de demoler los templos de los dioses: pero reedificó en todas partes las Iglesias con una magnificencia infinitamente superior á la de su estado primitivo, y con una grandeza, que hacia pensar que todo el Imperio iba á hacerse cris-

tiano. A los Gobernadores les tenia prevenido que no perdonasen gasto alguno, cuando se tratase del bien de la Iglesia; y autorizaba á los Obispos y Sacerdotes á sacar á manos llenas de sus tesoros cuanto necesitasen, exhortándoles á ello con el mismo celo que sus mas codiciosos antecesores habian mostrado en reunirlos.

22. Mas como esta piadosa liberalidad iba dirigida por una sabiduría igual á la munificencia del Príncipe, parecia que en lugar de apurar daba incremento á las riquezas del estado; pues el cielo vertia con profusion los bienes sobre un Imperio, cuya virtuosa cabeza en nada creía emplearlos mejor que en obsequio del primer autor de todo beneficio. En efecto la abundancia y la prosperidad eran generales en las provincias; las tierras abundaban en ricas cosechas; el aire parece que exhalaba una sanidad extraordinaria y cuasi desconocida hasta entonces; los pueblos todos disfrutaban de las dulzuras de la paz y de un santo contento; las ciudades destruidas por el azote de la guerra volvian á restablecerse sobre un pie mas brillante que el antiguo; de modo que el mundo presentaba un aspecto del todo nuevo, fruto de la inocencia y pureza de costumbres que reinaba cuasi en general. Nada habia ya que temer ni en lo interior ni en lo exterior desde el restablecimiento de la paz y de la armonía entre las diferentes partes del Imperio; los bárbaros respetaban como antes el nombre Romano, y los egércitos observaban una exacta disciplina; pues como el Emperador pagaba puntualmente

sus tropas, y socorria todas sus necesidades con un cuidado paternal, no tenia el soldado el menor pretesto para robar ni para quejarse, y pensaba solo en vivir como ciudadano pacífico. Recibian recompensas los veteranos por sus servicios; mas estas consistian en tierras que cultivaban, y eran respetados en general de los militares, por la esperanza de ser tratados algun dia de igual suerte. Por último el orden y la equidad reinaban en todos los estados; cada uno gozaba seguro de lo que le pertenecia, y ya no eran de temer, como en tiempo de los últimos potentados, que mas fueron tiranos que Emperadores, ni los caprichos del soberano, ni la avaricia del ministro.

23. Iguales eran las esperanzas que habia de recoger frutos abundantes de salvacion, porque estaba de un modo admirable preparado el campo del Padre de familias: empero la simiente se habia alterado poco á poco, aunque sin estrépito al principio, por un hombre enemigo, en cuya comparacion cuantos fanáticos y corrompedores existieron hasta entonces, apenas merecen el nombre de tales. Natural de Libia era Arrio, Sacerdote de la Iglesia de Alejandría, de quien vamos á tratar, y habia seguido el cisma de Melecio, que era otro sectario, Obispo primeramente de Lica ó Licópolis en la Tebaida, y despues despues en un Concilio por el santo Patriarca de Alejandría Pedro, por haber sacrificado á los ídolos, y por otros muchos crímenes. En vez de merecer el perdon de sus desaciertos por medio de la sumision y de la penitencia, parece que se empeñó el

incorregible Prelado Melecio en seducir á una multitud de incautos y espíritus flexibles; y sin cuidarse mucho de colorear su cisma con alguna razon plausible, se erigió en cabeza de secta, contentándose con decir vagamente que se le habia hecho una injusticia: y con este pretesto profirió mil invectivas contra su piadoso superior, y llenó todo el Egipto de sobresalto y escándalo. Procuró por otra parte ganar una columna semejante para su cisma, cual era Arrio, juzgándole desairado y en lugar inferior al que merecia, y figurándosele adornado de ciertas virtudes y de un celo de que necesitaban sus fines, y el resultado de la negociacion fue tal como se podia esperar de dos hombres tan propios el uno para el otro. Pudo sin embargo el santo Obispo de Alejandría atraer de nuevo á Arrio al verdadero camino; y no solo le admitió á la comunión, sino que le ordenó de Diácono, pues aun no estaba iniciado en los sagrados órdenes cuando se alistó por primera vez en el partido de Melecio.

24. Mas no tardó en conocer el santo Pastor que los genios de la clase de Arrio pocas veces se convierten con sinceridad, y viendo que llevaba á mal se escomulgase á los secuaces de Melecio, á pesar de que con su propia conducta acababa de condenarlos, lo echó de la Iglesia, y no quiso oír hablar mas de reconciliacion con el hipócrita, acerca del cual se mantuvo inflexible hasta el fin de su santa vida, que acabó con el martirio.

25. San Aquilas, que le sucedió en la Silla de

Aleandría, fue engañado por el astuto apóstata á pesar de que estaba prevenido por su ilustre antecesor, el que en este particular se habia explicado de un modo capaz de persuadir, que el espíritu de Dios le tenia comunicadas luces mas que regulares. Pero nadie igualaba á Arrio en el arte del fingimiento; y así el sagáz impostor ganó de tal manera al nuevo Patriarca, que consiguió le ordenase de Sacerdote, y le confiriése el gobierno ó direccion de una de las principales Iglesias de Alejandría, edificadas desde entonces en número de nueve, casi sobre el mismo pie que nuestras parroquias, de las cuales fueron uno de los primeros modelos. Arrio hizo todos estos progresos mientras el Pontificado de Aquilas aunque duró pocos meses, y despues de la muerte del Prelado, se juzgó con bastante mérito para sucederle. Fuéle con todo preferido el Sacerdote Alejandro, cuyas virtudes eminentes y puras, reunidas á un conocimiento grande en los negocios, le grangearon todos los votos. Jamás pudo llevar á bien esta preferencia el soberbio Arrio, y determinó en su interior vengarse de aquel pretendido agravió: pero como por ningun camino podia denigrar la conducta de Alejandro, buscó ocasion de censurar su doctrina; y la particularidad de su modo de pensar no tardó en proporcionársela (1).

Dijo el Obispo de Alejandría en una junta de sus eclesiásticos, hablando del misterio de la adorable Tri-

(1) *Theodoret. lib. 1. cap. 2. Sorat. lib. 1. cap. 5. Sozom. lib. 1. cap. 15.*

nidad, que esta no contenia mas que una sola esencia. Arrio interrumpió á su Pastor, diciéndole insolentemente que predicaba el sabelianismo, y que la distincion de las divinas Personas consistiria solo en los nombres si se adoptaba la unidad de esencia, ó de naturaleza. *Escandalosa es su osadía*, clamaron todos los miembros de la asamblea; sin embargo no dejó de haber alguna diferencia de pareceres, por la astucia del Novator en ocultar el sentido de sus expresiones. Multiplicó Arrio las calumnias y las intrigas para atraerse parciales y defensores. Acreditó el Obispo en estas ocasiones la mayor modestia y suavidad; y no imaginando hasta donde llegaban las miras del indócil Sacerdote, propuso que se tuviese una conferencia, en la que fuese dueño cada uno de decir libremente su sentir y las razones en que lo fundaba.

Arrio tuvo atrevimiento en este intermedio para decir que el Hijo de Dios no tenia una misma esencia con su Padre, y por consecuencia que no era hijo natural de Dios, sino adoptivo: que solo el Padre era verdadera y propiamente Dios; que el Hijo lo era solo por participacion, no siendo eterno ni inmutable, sino sacado de la nada, como las demás criaturas, bien que antes que ellas, segun él decia: y llegando despues á los últimos excessos de la impiedad, no tuvo reparo en decir que el Hijo de Dios, por su libre albedrío, era capaz de vicio lo mismo que de virtud. No sembró al principio el blasfemo tan espantosa doctrina al menos con claridad, sino

en sus conversaciones particulares; pero cuando se vió con cierto número de sectarios y patronos, no guardó atención ni respeto alguno, y vomitó sus blasfemias públicamente.

Poseía por desgracia este impío todos los talentos propios para la seducción: su porte era grave y modesto; la estatura alta y magestuosa, el exterior penitente y recogido; pero su modo de producirse suave é insinuante, con un cierto modo de presentar las cosas, que ocultaba todo lo malo que tenían, é introducía agradablemente en los ánimos el mas activo veneno (1). Era ya viejo, y su rostro pálido y descarnado, sus miembros débiles y trémulos le daban cierto aire de autoridad, que muchos le tenían por un Santo desprendido enteramente de la tierra, sin otro interés que el de la virtud y el de la piedad. Insinuábase sagazmente en todas las concurrencias un enjambre de diestros emisarios, en las que no despreciaban ocasión alguna en que pudiesen fortificar estas impresiones perniciosas, y dar á las especies que vertía el seductor todo el cuerpo á que la credulidad incauta daba lugar. Se atrajo un número prodigioso de secuaces con tales disposiciones; supo ganar á varios Diáconos, Sacerdotes, algunos Obispos y muchas mugeres indóciles; de las cuales supieron los heresiarcas sacar mucho partido en todas épocas.

26. El dia de la conferencia llegó por fin: el Obispo Alejandro convocó á su clero, y se dió á Arrio facultad para decir libremente sus opiniones, las que

(1) *San Epiphani. Hæres 69. núm. 13*

aunque horrorizaron al santo Patriarca desde la primera vez que las espuso, permitió, por el bien de la paz, que se celebrase otra conferencia, sin que en esta segunda adelantase mas que en aquella. Entonces convencido el celoso Pastor de que la suavidad y la dilacion no producian otro resultado que el de estender el error por toda la ciudad, y tal vez por las demás Iglesias, aun fuera de la provincia, reunió un Concilio de cerca de cien Obispos del Egipto y de la Libia, en el que fueron condenadas unánimemente las novedades impías, y depuesto y escomulgado su autor, con nueve Diáconos sus principales partidarios. Juzgó oportuno San Alejandro noticiar esta providencia, primero á la cabeza de toda la Iglesia, y despues á los Obispos de las Sillas mas visibles por su grandeza ó por su situacion, para dar á la sentencia tanto peso y autoridad como escándalo habia causado el error.

27. Se ve la unanimidad con que subscribieron á las decisiones del Concilio de Alejandria los Obispos dispersos por todo el Oriente, en la única de estas cartas particulares que ha llegado hasta nosotros, la que fue dirigida al Obispo de Bizancio (1). „Sentencia con nosotros, decia este escrito, á egemplo de nuestros hermanos cuyas respuestas hemos recibido ya, los que han firmado el manifiesto que vereis adjunto á sus cartas, y os entregará nuestro querido hijo el Diácono Apion. Los hay de todo el Egipto y de la Tebaida, de la Libia y de Pentápolis, de la Siria,

(1) *Theodoreti. lib. 1. cap. 3.*

de Pamfilia, de la Asia Proconsular, de Capadocia y de las provincias circunvecinas. Por tanto espero merecer de vosotros una igual aceptacion; porque despues de haber aplicado otros muchos remedios, he pensado que esta creencia uniforme de nuestros hermanos seria el mas eficaz, y perfeccionaria la curacion de los espíritus pusilánimes que se han dejado corromper." Infírese de aquí claramente que el santo Patriarca miraba el consentimiento de los Obispos, aunque dispersos, como un testimonio infalible de la verdad ortodoxa.

No obstante se quejaba de que ciertos Prelados recibiesen las cartas de Arrio y le contestasen, contra la regla de la Iglesia que veda á un Obispo comunicar con persona alguna escomulgada por otro Obispo. „Hubiera querido, dice en otra carta dirigida despues del Concilio á todos los Obispos del mundo cristiano, hubiera querido atajar el mal en su raiz en la persona de los apóstatas: mas ya que Eusebio se arroga el derecho de dirigir despóticamente los negocios de toda la Iglesia, ya que ha abandonado escandalosamente la Iglesia de Berito, para usurpar la Silla de Nicomedia, ya que se pone al frente de los refractarios, y publica escritos en su abono; no puedo cortar ni precaver la seduccion, sino rompiendo un silencio que seria tan favorable al error que se va propagando."

28. Este Eusebio de Nicomedia, hombre muy distinguido por sus cualidades personales, llegó á ser tan famoso en los negocios del arrianismo, que los

primeros Arrianos se honraron largo tiempo con su nombre. Acababa de escandalizar la Iglesia con un rasgo de codicia no oido, que en aquella edad pura equivalia á una intrusion; á saber, por su traslacion desde el Obispado de Berito, ciudad mediana de la Palestina, al de Nicomedia, capital de la provincia de Bitinia y de todo el Imperio de Oriente, desde que los Emperadores principiaron á establecer en ella su mansion ordinaria. Era Eusebio de una cuna muy ilustre, pues tenia parentesco con Juliano Apóstata, y probablemente con Constantino; y por el favor de la Princesa Constanza, hermana de este Emperador y muger de Licinio, habia podido verificar su proyecto ambicioso.

29. Habia otro Eusebio que era Obispo de Cesarea en Palestina, al que se tiene por pariente del primero, y fue tambien protector de Arrio. Era de un mérito eminente, y se adquirió mucha fama por sus sabios escritos, en especial por su historia de la Iglesia, que le mereció el título de padre de la Historia Eclesiástica: y en efecto es la mejor de todas las de la antigüedad, y el digno tipo de las mas modernas, en cuanto al fondo de los asuntos, la dignidad y el método. Respecto al estilo, dice Focio, que es poco elevado, y que carece de aquella gracia Atica de que el lector no puede formar concepto, desde que la lengua de Atenas no se cuenta en el número de las lenguas vivas.

Dió tambien á luz, además de esta Historia, la apreciable obra de la preparacion y demostracion

Évangélica, que forma un cuerpo muy considerable de disputa contra los Paganos y los Judíos, cuyo fin es probar que los Cristianos no recibieron la fe precipitada y ciegamente, sino despues de un exámen muy prolijo, y convencidos por un juicio fundado sobre las mas sólidas razones. Muestra el tratado de la preparacion, que forma la primera parte del todo de la obra, por qué causa prefirieron los Cristianos á la doctrina de los Griegos, la de los Hebreos, á quienes distingue de los Judíos, en que estos son un pueblo particular sujeto á la ley de Moisés y á todas sus molestas observancias; y por Hebreos entiende todos los fieles que vivieron desde el principio del mundo hasta Moisés, bajo la direccion de la ley de la naturaleza y recta razon, que es comun á todos los pueblos. Ensénase en el tratado de la demostracion por qué los Cristianos despues de abrazar la doctrina de los Hebreos, no observan la ley Mosáica.

En quince libros está subdividida la preparacion, de los cuales los seis primeros contienen la refutacion del paganismo, y los nueve que siguen muestran la excelencia de los principios religiosos del mas antiguo de los pueblos. Se esponen, controvierten y examinan en la refutacion del paganismo todos los principios de la teología fabulosa, con una exactitud que acredita tanta inteligencia como sagacidad, y al mismo tiempo una erudicion prodigiosa, refiriéndose tambien en esta obra las propias palabras de los autores mas antiguos, tanto Egipcios como Griegos y Romanos. Los filósofos de los últimos tiempos para desva-

necer lo monstruoso y ridiculo de la mitología tomada á la letra, recurrían al sentido alegórico, y esplicaban de un modo misterioso las fábulas mas absurdas: pero Eusebio los persigue hasta en este mismo asilo, probando que la verdadera teología de los Paganos no era otra cosa que las fábulas entendidas tan literalmente como están en los poetas; y que aun respecto de las alegorías de los físicos, seria siempre una idolatría grosera adorar á los astros, á los elementos y á los cuerpos de toda especie, bajo el nombre de dioses y diosas. Y estrechando aun mas á aquellos filósofos mitologistas, y en particular á Porfirio, les muestra por medio del racionio mas persuasivo y la mas vasta estension de ingenio y de conocimientos, que con sus violentas esplicaciones producian mayores dificultades que las que se proponian aclarar, y que no solo arruinaban de esta manera su religion supersticiosa, sino que absolutamente destruían toda religion, de la que no dejaban á los hombres señal alguna sensible. Eusebio se propone asimismo en el libro quinto de esta primera parte refutar los oráculos, que miraba como uno de los principales fundamentos de la supersticion de los pueblos; y no contentándose con aniquilar por los medios mas invencibles la basa de toda adivinacion en general, analiza particularmente todos los oráculos mas célebres, y espone su ilusion de un modo palmar.

Despues de una refutacion de esta especie le era fácil justificar á los Cristianos de que hubiesen preferido la doctrina de los Hebreos á la de los Gentiles,

siendo tan pura la moral de estos primeros pueblos, y sus dogmas tan razonables como religiosos. Respecto á la ley del pueblo particular que habitaba la Judea, cuyo Legislador y Profetas son anteriores á los escritores Griegos, nota la conformidad de sus principios con los de los antiguos ó Hebreos, y la de estos con los filósofos mas célebres principiando por Platon. En cuanto á los filósofos cuya doctrina no es conforme con la nuestra, prueba que tampoco concuerdan entre sí, y combate acertadamente á los unos con las razones de los otros.

Hace ver en la demostracion Evangélica, que forma una excelente disputa contra los Judios, que no debemos seguir nosotros la manera de vida, aunque sigamos la doctrina de los Hebreos: lo que prueba estensamente por argumentos de sus propios doctores, por los escritos de los Profetas, y por la conveniencia misma de las cosas; no habiéndose hecho evidentemente la ley de Moisés sino solo para el pueblo particular que vivia reducido en una provincia de poca estension, y que no debia sacrificar sino en un solo templo. Está dividida en veinte libros esta obra de la demostracion, de los cuales los diez últimos se perdieron. Descubrió Fabricio algunos fragmentos de esta obra preciosa, y los dió á luz á principios de este siglo en su biblioteca de los autores que tratan de Religion.

Los demás escritos de Eusebio son su crónica traducida por San Gerónimo, la vida del Emperador Constantino, la del Mártir Pamfilio, la historia de

los Mártires de su tiempo, sus comentarios sobre la Escritura y varios tratados Polémicos. No habiéndonos propuesto analizar formalmente ni aun las obras de los principales escritores, sino tan solo indicar los recursos que de ellas se pueden sacar en favor de la Religion, y mostrar el carácter de sus autores; solo diremos que el de Eusebio por su gran solidéz, abundancia en las materias, y erudicion profunda é interesante, hizo justamente que se le tuviese por un escritor de los mas juiciosos, y por el hombre mas sabio de su tiempo (*).

Añadia Eusebio á su nombre propio el del mártir Pamfilio, que habia pasado su vida en el ejercicio de todas las virtudes, á las cuales reunia una gran capacidad y una aplicacion constante tanto á estudiar como á enseñar. Habiendo este sabio y santo Sacerdote recogido con el mayor esmero los escritos de los autores Eclesiásticos, principalmente los de Orígenes, que copió cuasi todos de su mano, formó con ellos una rica biblioteca en Cesaréa; y estableció

(*) Por el mismo tiempo que Eusebio de Cesaréa floreció el ilustre escritor y Presbítero Español llamado Cayo Veccio Juvenco Aquilino. Fue de familia noble, y el primero de los poetas latinos que empleó el lenguaje poético en materias de la Religion Cristiana: pues siguiendo en cuanto le fue posible el testo de los Evangelistas, escribió en verso hexámetro ó heróico la vida de Jesucristo. También escribió en verso acerca de los Sacramentos, aunque no han llegado á nosotros sus producciones. De él habla San Gerónimo en el libro de los escritores Eclesiásticos, núm. 95, y Don Nicolás Antonio, en el libro segundo de su biblioteca, cap. 4.

en esta ciudad una escuela cristiana, en la cual Eusebio, uno de sus muchos discípulos, se aficionó de tal modo á su maestro, que despues de su martirio, acaecido en la persecucion de Diocleciano, creyó que hacia poco en escribir su vida, y quiso llevar siempre su nombre. ¡Feliz él si despues de la muerte de Pamfilio hubiese sabido elegir otro objeto de su cariño tan digno como el que habia perdido! Mas por su desgracia trabó amistad con Arrio; y á pesar del empeño de muchos modernos en justificarle, es muy verosímil que perseveró siempre en el error.

Respecto á Eusebio de Nicomedia, el corto interés de sostener á un simple Sacerdote como Arrio, no hubiera tenido la mayor influencia en el carácter y procedimientos de aquel Prelado altivo y cortesano, si no se hubieran mezclado otros motivos. Su envidia se despertó en efecto al ver que el Obispo de Alejandría que principiaba á nombrarse Arzobispo y Patriarca, tuviese una dignidad mayor que la suya. Escribió Arrio arrojado de Egipto y retirado á Palestina, en donde habia hallado el apoyo del Obispo de Cesaréa y de algunos otros Prelados, probablemente por consejo de ellos, al Obispo de Nicomedia, y le esplicó su doctrina. Dióse traza á ridiculizar asimismo á los grandes Obispos que no pensaban á su modo, como Filógeno de Antioquía, Macario de Jerusalem, Helánico de Trípoli, y mas que á todos á su propio Pastor San Alejandro: pero de los que seguian sus opiniones habló el sectario como de unos hombres del mas grande mérito y de la mas acendrada virtud.

30. Eusebio le respondió que fuese á verle á Nicomedia, á donde el herege acudió sin dilacion con muchos Obispos partidarios suyos; y fue presentado como si fuese un santo perseguido, á la Princesa Constantza. Empeñáronse sus favorecedores en que habia de volver á su Iglesia, y que su Obispo lo habia de recibir: pero para hacer la cosa con alguna formalidad y desacreditar á Alejandro en la corte, aconsejaron á Arrio que le escribiese una carta justificando su conducta. Acompañaron á ella sus instancias los protectores del hipócrita, y la firmaron los dos Eusebios, Paulino de Tiro, y un gran número de Prelados inficionados ó sorprendidos. Lejos de abjurar sus impiedades el heresiarca, hacia una nueva profesion de ellas en su misma peticion, manifestándose muy dispuesto á estenderlas de todos modos; y con este designio compuso por aquel mismo tiempo unas canciones populares, para insinuar agradablemente el veneno en los corazones de las personas mas comunes (1). Habíalas para los viajantes, para los marineros, para los artesanos, y hasta para las personas de vida depravada; pues solo á estas pudo tener presentes en su pieza intitulada *Talia*, compuesta sobre el tono de las coplas mas obscenas.

31. Despertaron en aquel santo viejo toda la actividad y vigor de la primera edad, tan reiterados ataques como sufría el Obispo de Alejandría, ó por mejor decir toda la Iglesia. Escribió primeramente al Papa San Silvestre, segun se cree, dándole cuenta de

(1) *Philostorg. lib. 2. cap. 2. S. Athanas. in Arium Orat. 2.*

su conducta, y para conducirse con las luces de la Cabeza de la Iglesia: despues con el objeto de separar del partido malo, ó á lo menos precaver y sostener contra él á todos los Prelados que pudiese, publicó un manifesto Pastoral en forma de carta circular, en el que acusaba á Eusebio de Nicomedia, de haber sostenido desde mucho tiempo antes de aquellas turbulencias los errores de Arrio. Y efectivamente seria difícil decidir cual de los dos, Arrio ó Eusebio, merecia aquí la gloria vergonzosa de la invencion. Espresamente dice San Alejandro, que Eusebio no tanto queria defender á Arrio, como defenderse á sí mismo; no haciendo mas que renovar por Arrio sus antiguas impiedades, cuya memoria habia borrado el tiempo. Fue Eusebio, segun este testimonio respetable, mas bien maestro que discípulo en esta alteracion impía del dogma católico; y si por ventura habia dado al atrevido Arrio el encargo de predicarla abiertamente, se reservó para sí el oficio menos peligroso y mas importante, que fue el de protegerla. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que fueron condiscípulos en la escuela del Mártir San Luciano, cuya doctrina por mal entendida, fue algun tiempo tan sospechosa que se vió precisado á reparar el escándalo para volver á entrar en la comunión de la Iglesia, en cuyo gremio tuvo la dicha de morir.

Eusebio, enfurecido al ver frustrados los designios de su política por el celo ingénuo del santo Patriarca, ya no guardó mas miramientos; y desde entonces concibió un odio irreconciliable contra el Diácono

Atanasio, que nunca se separaba de su Obispo San Alejandro gozando de toda su confianza; por cuya causa se cree con razon que tuvo no poca parte en las empresas santas del venerable Prelado. Eusebio formó con los Obispos que le estaban vendidos una especie de Concilio en Bitinia, en el que se aprobó generalmente la doctrina de Arrio; y desde allí se escribió á todas partes para que se mirase á los Arrianos como ortodoxos, se comunicase con ellos, y se hiciese de manera que el Obispo de Alejandria egecutase lo mismo. Mas este se mantuvo inalterable en su resolucion, y Arrio pidió á Eusebio de Cesaréa, á Paulino de Tiro, y á Patrósilo de Escitópolis diesen licencia para que él y los suyos se refugiasen á Palestina, y celebrasen allí sus asambleas particulares, como acostumbraban hacerlo los Sacerdotes en Alejandria, sin perjuicio de los derechos Episcopales, que no por eso dejaban de estenderse á todas las partes de aquella Iglesia subdividida de este modo. Es muy verosímil que la grande estension de la ciudad de Alejandria diese motivo á que se introdujese este uso; y así en las Iglesias de regular poblacion no habia por lo comun mas que una asamblea, á la que presidia el Obispo.

32. Concedieron los tres Obispos que hemos nombrado de acuerdo con otros muchos de la misma Provincia la licencia que se les pedia, tanto para los secuaces de Arrio que ya habian venido de Egipto en número muy considerable, como para los que podrian llegar cada dia á una provincia tan cercana al

Egipto como era la Palestina. En verdad que no podía escogerse mejor medio de pervertir las ovejas de Alejandro; mas guardando algun miramiento, se puso una condicion á este privilegio, y fue que las ovejas separadas permanecieran sujetas al Obispo de Alejandria, y que sus Pastores subalternos, á pesar de su separacion, continuarian en pedir la paz y comunion al Patriarca. Celebráronse en Palestina, mediante esta pretendida formalidad, asambleas de Egipcios bajo la direccion de Sacerdotes de la misma nacion, los que no obstante estar escomulgados por su Obispo, pretendian, contra la voluntad del mismo, formar parte de su Iglesia: práctica no oida por entonces, pero harto comun en lo sucesivo por las maquinaciones de muchos sectarios. Tal favor animó á toda la secta: viéronse en la Iglesia divisiones intestinas, no solo en Egipto y en Palestina sino por todo el Oriente, mucho mas nocivas á la Religion que los ataques de los mas violentos perseguidores. Escomulgábanse los Obispos mutuamente sin la menor consideracion; los partidarios de la novedad no respetaban los títulos mas legítimos, y por do quiera se argumentaba sobre los Misterios mas sublimes y mas impenetrables. Y no eran solos los Eclesiásticos los que disputaban: los seglares menos instruidos, los mercaderes en las plazas y en las tiendas, los menestrales, el pueblo y hasta las mugeres dejando la aguja y el huso, predicaban ó cuestionaban con la mayor desvergüenza, como si el entusiasmo les infundiese sabiduría. En tanto los Paganos se aprovechaban de estas divisiones é in-

sultaban al cristianismo, representando en sus teatros los sacrosantos Misterios tan indiscreta é indecentemente divulgados.

33. En algunas partes quisieron reprimir los ministros del Emperador esta temeridad profana; pero el desórden fue mayor y vino á parar en tumulto y sedicion declarada; de modo que el populacho osó apedrear las estátuas del mismo Príncipe. Cuando llegó esta noticia á la corte, opinaban los ministros que se castigase de un modo egemplar un atentado cometido, segun decian á Constantino, contra su propia persona; y afirman que en esta ocasion fue cuando mostrando el Príncipe aquel egemplo tan memorable de mansedumbre, respondió, pasándose la mano por el rostro: *muy leve seria la herida cuando no me ha dejado la menor señal.*

No obstante estaba muy perplejo, porque veía que algunos hombres sabios eran de contrario parecer, y no sabia de quién fiarse en esta variedad de opiniones, pues ya se habian esparcido muchos escritos por una y otra parte. Tomó Arrio una coleccion de todos los documentos que establecian con mas fuerza su error: el Obispo de Alejandria reunió por su parte cuanto encontró mas á propósito para hacer respetar la antigua doctrina; y se cuentan hasta setenta cartas escritas sobre el particular por este celoso Prelado, de las que solas dos han llegado á nosotros. Esta gran divergencia de pareceres sobre un punto tan capital de la Religion puso á Constantino en el estado mas cruel de perplejidad, pues que no estaba aun bautizado, y

solo tenia un conocimiento muy insuficiente de los sacrosantos Misterios, y del régimen eclesiástico. Empero su rectitud y piedad le inclinaron á que recurriese á los primeros Pastores: él no podia proceder mejor, mas los lados que tenia eran malos.

Habitaba por lo comun Constantino en Nicomedia despues de la derrota de Licinio y de la conquista del Oriente. El Obispo de esta Ciudad, que era el intrigante Eusebio, le dió á entender que en el fondo de las cosas todos estaban conformes; que la controversia aunque la veía tan acalorada era solo sobre palabras y vanas sutilezas; que el único mal real que habia era el alboroto y el escándalo; y finalmente que era necesario valerse de su suprema autoridad para imponer á todos un silencio absoluto (1). Así abusó de la confianza del Soberano el patrono de la heregia, para tener la verdad oculta y tapan la boca á los Obispos, que son sus naturales defensores; y esto con el pretesto en todos tiempos tan especioso de la paz y concordia, que nunca han sido violadas sino por los agresores de la doctrina establecida en la justa posesion de sus derechos. Graduó la política de frívola la cuestion, siendo así que de nada menos se trataba que de saber si Jesucristo era Dios ó criatura, y por consecuencia necesaria, si el culto Cristiano era verdadera idolatría.

34. A pesar de esto el Emperador, guiado por el mismo Dios, ya que no tenia hombres que le aconsejasen, no procedió con precipitacion. Estaba á la

(1) *Epist. Constant. ad Alexand. et Arr.*

sazon en la corte, adonde verosímilmente le habia enviado el Soberano Pontífice, como un Doctor de confianza y un defensor esencial á la Religion en tan delicadas circunstancias, el célebre Osio, Obispo de Córdoba en España, Prelado que mereció tambien la confianza de Constantino, al que habia instruido en la fe. Tomó el religioso Emperador el partido de escribir á Alejandria, y eligió á Osio para portador de las cartas y agente suyo; siendo de observar que le prefirió al revoltoso Eusebio, en el que observó sin duda el espíritu de partido y de interés que le dominaba; ínterin que el Obispo de Córdoba no mostraba otro que el de la prosperidad de la Iglesia (*).

No habia mas que un medio legitimo de restable-

(*) Por sí solo bastaria á ilustrar la Santa Iglesia de España en aquella época el Obispo de Córdoba, el grande Osio, llamado por San Atanasio el padre de los Obispos, el príncipe de los Concilios, el terror de los hereges; y estos, principalmente los Arrianos, jamás dudaron en apellidarle el mayor de los Obispos. Por el discurso de la historia se verá, que no eran exagerados estos títulos, si se examina el incomparable mérito de esta lumbrera de Córdoba, y gloria de nuestra nacion. Nació en dicha ciudad, cerca del año 256, se educó en ella, fue electo Obispo de ella, asistió al Concilio de Elvira, presidió en el Niceno en que se reunieron trescientos diez y ocho Obispos; estuvo á la cabeza del Alejandrino, Arelatense ó de Arlés, y Sardicense, y en fin por comision de los Padres de Nicea compuso el símbolo. Tendremos ocasion de hablar otra vez de este insigne Obispo.

En el Concilio Arelatense celebrado en 314 se distinguen además del grande Osio, Liberio de Mérida, Sabino de Sevilla, Olímpio de Barcelona y Probato, Presbítero y Castorio, Diácono por el de Tarragona.

cer la tranquilidad, y era el de imponer silencio á los partidarios de la novedad, y confirmar á los Pastores en el derecho inenagenable de enseñar la fe inalterable de la Iglesia. Tal fue el método que siguió Osio en el Egipto; mas halló tanta fermentación en los ánimos, que volvió á Nicomedia sin haber hecho otra cosa que reconciliar en el Concilio de Alejandría al sacerdote Coluto, autor de otro cisma, que teniéndose por Obispo, habia pretendido ordenar sacerdotes, desde el tiempo que Arrio principiaba á dogmatizar.

Aprovechóse el Patriarca de Alejandría no obstante de esta ocasion, para que la verdad llegase á oídos de Constantino. Con todas sus fuerzas apoyó Osio, é hizo conocer al Príncipe que se trataba del punto mas fundamental del cristianismo, esto es, de la divinidad de Jesucristo; y que para acabar esta triste disputa, como tambien la de los Cuartodecimanos y Donatistas, convenia celebrar un Concilio solemne compuesto de todos los Obispos que se pudiesen reunir de las diversas partes de la Iglesia. Infírese de aquí que Osio hizo lo que pudo para que adoptasen la práctica comun los muchos que se obstinaban en celebrar la Pascua, imitando á los Judíos, el catorce de la luna, en cualquier dia de la semana que cayese. Uno era este de los encargos que llevó á Alejandría; pero logró el mismo resultado que en la reduccion de los Arrianos. Aumentábase cada dia mas en las provincias Orientales el número de los Cuartodecimanos lejos de disminuir. Manifestaban una pasion

extraordinaria á aquella costumbre los Audianos, llamados así del nombre de su gefe Audio de Mesopotamia; lo cual con otras opiniones estravagantes los precipitó en un verdadero cisma, y de este en la heregía. Pararon en efecto en ser Antropomorfitas, á saber, que tomando á la letra ciertas espresiones de la Escritura que atribuyen á Dios manos y cara, lo creyeron corpóreo, y le dieron en su imaginacion figura humana. Tantas y tan importantes causas impeliaron al Emperador, por consejo de los Obispos, á convocar el primero de los Concilios Ecuménicos, segun el modo comun de contarlos, esceptuando el de Jerusalem celebrado por los Apóstoles.

35. Para celebrar tan augusta asamblea se designó la ciudad de Nicéa, una de las principales de la provincia de Bitinia y contigua á Nicomedia. Despachó el Emperador por todas partes á los Obispos no órdenes ni rescriptos imperiales sino cartas respetuosas, segun dicen los historiadores de aquella época (1), convidándoles á que fuesen sin pérdida de tiempo; proporcionándoles á sus espensas carruages y todos los medios de hacer el viage con decencia y comodidad. No se olvidó ciertamente en este convite al Soberano Pontífice; pues este comisionó para que hicieran sus veces, además del Obispo Osio, á los Sacerdotes de la Iglesia Romana Vito y Vicente; por no serle posible ir personalmente á causa de su edad avanzada. En las actas del sexto Concilio hay un testimonio que prueba hasta la evidencia, que Constantino caminó de

(1) Sozom. lib. 1. hist. cap. 17.

acuerdo con el Papa Silvestre para la convocacion (1); y aun parece cierto que lo primero que hizo aquel Príncipe fue escribirle, como á Cabeza de la Iglesia universal, sobre la convocacion de esta asamblea de la Iglesia. Por donde es de ver, que si los historiadores antiguos atribuyen tanta parte al poder Imperial en esta convocacion, como tambien en las de todos los Concilios de la primera antigüedad, no es porque pretendian desposeer de sus derechos naturales á los Soberanos Pontífices, que ciertamente no son de peor condicion en su órden que los Presidentes natos de todas las sociedades, sino porque debiendo los Emperadores dar proteccion á la Iglesia, velando sobre la tranquilidad de sus Estados, y suministrando por otra parte á los Prelados los carruages públicos y los víveres, entraban en el por menor de todos los cuidados concernientes á estos objetos. Como quiera que esto fuese, comisionando el Papa á sus legados ó diputados, atendió y concurrió con su autoridad Apostólica á quanto se hizo para la convocacion. Para representar la persona de Silvestre en el Concilio fue nombrado Osio de Córdoba, y no hay duda en que le presidió; pues además de lo que dice en general San Atanasio, que Osio *gobernó todas los Concilios famosos de su tiempo*, se encuentra el nombre de este Obispo de Occidente el primero en las suscripciones ó firmas de Nicéa. Tambien es cierto que presidió al Concilio de Sárdica, que fue una especie de suplemento al primer Concilio general. Y siendo así ¿por qué otro

(1) *Concil. VI. Act. 18.*

título que el de representante del Soberano Pontífice se hubiera puesto al frente de todos los Obispos de la Cristiandad, y aun de los Patriarcas de Antioquía y Alejandría que asistieron en persona? Dice formalmente Gelasio de Cícico (1), que Osio ocupaba, con los Sacerdotes Vito y Vicente, el lugar de Silvestre, Obispo de la gran Roma: testimonio que por ser de un autor Griego, siguiendo las memorias de sus compatriotas, no puede ser sospechoso. En fin, no hay cosa mas conforme á los usos posteriores y constantes: pues en las actas de todos los antiguos Concilios Ecuménicos, escepto el segundo que no fue convocado ecuménicamente, siempre se halla la primera la firma de los legados del Papa, que las mas veces son un Obispo y dos Sacerdotes.

36. Los mas ilustres de los Prelados que se juntaron en Nicéa, en número de trescientos diez y ocho, sin contar los Sacerdotes ni los demás del clero son los siguientes: de la primera Silla de la Iglesia despues de Roma, iba en compañía del santo Patriarca Alejandro el Diácono Atanasio, que aunque jóven, mostraba ya lo que habia de ser en lo sucesivo; y además acudieron del Egipto otros dos venerables personajes, que eran Potamion de Heraclea y Pafnucio de la Tebaida alta. El primero perdió un ojo en defensa de la fe; y el otro, despues que le sacaron el ojo derecho por la misma causa, le habian cortado el jarrete izquierdo: habia sido discípulo de San Antonio, y le creían dotado, como á su maestro, del

(1) *Gelas. lib. 1. cap. 5.*

don de Profecía. Tenía Constantino una singular complacencia en conversar con este santo Confesor; y muchas veces transportado de la fe mas viva, le besaba con respeto la cicatriz que le habia quedado en la cara.

37. Admirable era Espiridion, Obispo de Trinitunta en Chipre, ya por los milagros con que Dios se anticipaba muchas veces á sus deseos y sencillez, ya por su respeto escrupuloso á las escrituras y tradiciones eclesiásticas. El Obispo de Ledra, que era un Orador elocuente, de delicado gusto y muy versado en las ciencias, tuvo que predicar en una junta Pastoral de su provincia, y se le ofreció citar aquel pasage del Evangelio en que el Salvador dice á un paralítico: *toma tu lecho y camina*. Substituyó el elegante Prelado otro término al de cama ó lecho, que le parecia bajo, lo que no gustó á Espiridion, y levantándose en medio de los Padres, dijo al predicador: „¿por ventura sabeis mas vos, ó sois superior al que dijo *grabatum* ó cama, para avergonzaros de usar la misma espresion?“ A pesar de esto su celo no provenia ni de aspereza de carácter, ni de un rigorismo duro é imprudente; antes al contrario era tanta su caridad, que algunas veces es preciso suponer una causa muy extraordinaria para no graduarla de demasia como lo acredita el caso siguiente. Llegó á su casa un huésped en extremo cansado en tiempo de cuaresma, en el cual acostumbraba el Santo pasar varios dias seguidos sin comer, y regularmente seria por Semana Santa; nada habia en ella sino un repues-

to de carnes saladas para el consumo, de las que mandó el Santo que preparasen y sirviesen al huésped; pero como este, á pesar de su grande necesidad, rehusase gustar un alimento vedado por las reglas ordinarias, comió primero San Espiridion, para obligarle á que hiciese lo mismo; juzgando que hay casos en que los preceptos mas positivos pueden ceder á la necesidad y á la caridad (1).

38. Era Santiago, Obispo de Nisibe en Mesopotamia, igualmente acreedor á la gran nombradía que se habia adquirido. En lo mas áspero de un monte habia practicado mucho tiempo la vida ascética y solitaria, en donde pasaba las tres estaciones del año espuesto á todas las inclemencias; y si en el mayor rigor del invierno se retiraba á alguna caverna, era reprendiéndose á sí mismo su flojedad. Se alimentaba solo de frutas y legumbres, escogiendo no las que su gusto le pedia, porque lo habia perdido todo, sino tan solo atendiendo al precepto del Criador que prohíbe comer las perjudiciales, y se abstenia de todo otro sustento: su vestido era un áspero y grosero tejido de pelos de cabra. Fue para él un aumento muy considerable de trabajo el Episcopado, que sus compatriotas le obligaron á aceptar; porque su aplicacion á enseñar, la correccion de los pecadores, la administracion de las cosas santas, y el cuidado de los necesitados fueron otros tantos ejercicios que acumuló á los que ya tenia, sin quitar ninguno de los primeros. Cuéntase de él que un dia le pidió una tro-

(1) *Sozom. lib. 7. hist. cap. 11. Vit. S. Spirid. lib. 1. cap. 15.*

pa de vagamundos con que sepultar á uno de sus compañeros, que estaba tendido como muerto en el camino por donde pasaba el Obispo. Dióles la limosna y pidió á Dios por el fingido difunto; pero el impostor murió al momento, y sus compañeros que le querian hacer levantar poco despues, notaron con el mayor espanto que su juego se habia convertido en realidad. Recurrieron de nuevo al Santo, echáronse á sus pies, y confesaron su ficcion con sincero arrepentimiento: enternecióse al cabo el venerable varon, y resucitó, por la virtud de sus oraciones, al mismo á quien estas acababan de hacer que espirase para servirles de escarmiento. Fue siempre este ilustre Patrono un antemural seguro para la ciudad de Nisibe, á la que libró, aun mucho tiempo despues de su muerte, de la invasion de los bárbaros.

Paulo, Obispo de Neocesaréa del Eufrates, en las inmediaciones de Nisibe, habia perdido en las persecuciones de Licinio el uso de las dos manos, cuyos nervios le quemaron con un hierro ardiente.

Habia tambien entre los Padres que concurrieron al Concilio de Nicea otros muchos Confesores de la fe, que llevaban en su cuerpo las gloriosas señales de los sacrificios sangrientos que les habia costado su confesion. Faltábale al uno un ojo, al otro le habian cortado un brazo, muchos estaban desjarretados, para que no se escapasen de las minas, en donde los castigaban y oprimian como si fuesen animales de carga. No eran menos recomendables por su celo y virtudes los que se habian libertado de los perseguidores:

de modo, que este augusto Concilio contaba casi tantos Santos como Obispos, y parecia una asamblea de inmortales, con el mismo Dios en medio de ellos dictando las decisiones.

Acudieron Obispos de las provincias mas lejanas del Imperio, como de la Dacia, del centro de las Galias y de la España; y hasta de la Armenia mayor, que estaba fuera de los límites del dominio Romano, vino el Obispo Aróstanes; del reino de los Persas el Obispo Juan; y del pais de los Escitas el Obispo Teofilo, en calidad de Metropolitano de los Godos. Halláronse en persona en el Concilio todos los Obispos de las Sillas principales; Alejandro de Alejandria, Eustacio de Antioquia, varon ilustre en virtud y doctrina, Macario de Jerusalem; Leoncio, Metropolitano de Capadocia, y maestro de muchos Mártires tanto por su egemplo como por sus instrucciones. Tambien habia padecido este Prelado por la Iglesia, y la hizo un señalado servicio comunicando al primer Gregorio de Nacianzo los principios sólidos que pasaron del padre al hijo Gregorio, llamado el teólogo. Presentóse Ceciliano de Cartago, célebre por sus virtudes, y los triunfos que logró contra los Donatistas, con toda la seguridad que inspira la inocencia reconocida despues de tantas pruebas, y se mostró digno de la justicia que dos potestades juntas acababan de hacerle. Mas nadie acudió de parte de aquellos cismáticos, que solo cuidaron de servirse de los contratiempos que llamaban á otra parte la atencion del gobierno, para mover mayores disturbios en el África.

39. Contábanse veintidos Obispos del partido de Arrio, entre los cuales hacian el primer papel los dos Eusebios, Paulino de Tiro, Menofanto de Éfeso; y los mas célebres por su obstinacion ó desvergüenza en la impiedad eran Accio de Lida, Segundo de Ptolemaida en Libia, Teonas de Marmarica, y Teognis de Nicea. Aun habia algunos que hacian lo posible para ocultar sus errores en este número de Arrianos, que era tan corto en comparacion de los ortodoxos.

Se dió entrada en el Concilio además de los Obispos, no solo á Sacerdotes y Diáconos, sino tambien á varios legos escelentes lógicos y muy versados en las sagradas letras: aunque es verdad que no tenían voto en las deliberaciones, y solo habian concurrido para ayudar á los jueces de la fe, ó los Obispos, á confundir las sutilezas heréticas.

Lo primero que hicieron reunidos ya todos los Padres, fue tributar á Dios en común rendidas gracias por el singular beneficio de la paz que acababa de conceder á la Iglesia; y pidieron al Espíritu Santo que iluminase á todo el mundo por medio del concurso de los verdaderos depositarios de la doctrina apostólica. No se habia visto una asamblea tan venerable desde que el mundo era mundo; pues un solo templo encerraba en su recinto lo mas virtuoso, lo mas docto, y lo mas verdaderamente apreciable que habia en la Asia, la Europa y la África. Contribuyó el Emperador por su parte á hacerla mas ostentosa, yendo desde Nicomedia á Nicea luego que supo la llegada de los Prelados; pues tenia los mas vivos deseos

de ver aquella compañía de Pontífices santos, que por el ardor y pureza de su fe, por la sublimidad de su ciencia y la santa elevacion de sus pensamientos, y aun algunos de ellos por la gloria de sus milagros, representaban tan dignamente á los primeros discípulos del Hijo de Dios. Deseaba asimismo, y por los motivos mas santos, la paz y la union de los que eran de diversas opiniones: pues si como Señor temporal recelaba que las disputas sobre la Religion habian de alterar la paz del Imperio, despues de fermentados los ánimos, temia mucho mas en calidad de Príncipe Cristiano que el escándalo de esta division habia de servir de óbice para la conversion de los infieles que era el fin de todo su anhelo. Deseaban los Padres por su parte con iguales ansias estender la gloria del Señor, y esperaban lograrlo de su bondad omnipotente, despues del prodigio que acababa de hacer poniendo bajo el yugo de Jesucristo toda la grandeza y orgullo de los Césares.

El dia señalado para la sesion pública y solemne era el 19 de Junio de este año 325. Siempre en aquellos primeros Concilios habia una sesion principal, en la que debia tratarse del objeto directo de la dificultad; y este dia duraba mucho tiempo la asamblea. Principiaba á las ocho ó nueve de la mañana, tomando los Padres algun alimento antes de entrar, y comunmente concluía con el dia; y muchas veces, aun en los dias mas largos del estío, salian con luz artificial (1). Reunianse antes de este dia decisivo los vo-

(1) Sozom. lib. 1. hist. cap. 17.

cales, para aclarar y preparar las materias; y así hubo en Nicea varias conferencias en las cuales se trataron los puntos de doctrina, y á muchas de ellas se mandó entrar á Arrio con sus defensores.

40. Este atrevido no ocultó su modo de opinar, y dijo francamente que el Hijo de Dios había sido criado de la nada; que no había existido siempre; que por su naturaleza era mudable; y que por su libre albedrío había querido permanecer bueno, pudiendo igualmente abrazar el partido del vicio: por fin que era una criatura y obra de Dios. Y usando de palabras de blasfemia y de comparaciones sacrílegas, añadía que el Hijo de Dios era enteramente extraño al Padre respecto á la substancia; que no era el Verbo, ó la propia Sabiduría, ni la virtud natural y verdadera; y que la sagrada Escritura le atribuye este nombre, no de otra manera que lo da á las orugas y á las abispas. Lejos de estremecerse los Obispos protectores del heresiarca, le oían friamente proferir estos horrores.

Mas todos los demás se tapaban los oídos y temian hacerse cómplices del blasfemo, con el mero hecho de escucharle. Mostróse una indignacion repentina en los rostros de todos en general: muchos de ellos con el objeto de sufocar mas pronto la impiedad, la quisieron condenar universalmente y sin mas exámen, clamando que se atenian á la fe recibida desde el principio, perpetuada por la tradicion. Pero otros les representaron que nada debian hacer sin que precediese la deliberacion y el mas maduro exámen: por

lo que varios Obispos sabios y teólogos profundos refutaron con el mayor vigor las novedades impías, fundándose en los libros santos, los escritos de los primeros Padres, y en las reglas de la mas sana lógica. Empero ninguno se distinguió tanto en esta grande obra como el Diácono Atanasio.

41. El Patriarca de Alejandría juzgó que este sujeto, á pesar de sus pocos años, era capaz de contrarrestar á los mas obstinados sectarios; y el resultado mostró que no anduvo errado en su prediccion. Fue la admiracion de toda la Iglesia, aunque no tenia treinta años cumplidos; sus eminentes talentos cultivados con una escelente educacion, un espíritu vasto, sublime, mucha viveza y penetracion, una erudicion increíble en todas materias, bien que sin ostentarla; un valor heroico y superior á todos los trabajos, como á todos los peligros; un amor á la Iglesia cual jamás lo tuvieron Griegos ni Romanos; una actividad y destreza sin egemplo en los negocios; un tino y una penetracion singulares para encontrar recursos, cuando parecia que todos estaban agotados: todas estas eran cualidades que establecian una justa proporcion entre este Doctor esclarecido y el encargo que tuvo tan alto y tan difícil de defender la fe en el ataque mas violento que acaso padeció jamás. Su prudencia era incomparable sobre todo; pues los enemigos envidiosos que le observaban de continuo, nunca tuvieron la satisfaccion de verle dar un paso torcido: y así como tuvo tanta proteccion por su medio la buena causa, así como alcanzó unir entre sí á los

ortodoxos, y mantener correspondencias provechosas; así igualmente supo sacar partido de los ánimos mas indiferentes, y de aquellos amigos indolentes que son á las veces mas nocivos que los mismos enemigos. Parece por otro lado que leía en el fondo de los corazones; los fieles estaban persuadidos de que Dios le revelaba los intentos de sus contrarios; y estos le acusaban de que los penetraba por los secretos de la magia. Mas su piedad noble y sencilla, tal como el Evangelio la requiere, y los dones con que el Espíritu Santo habia hermeseado su alma, sobrepujaban en él á los de la naturaleza. No tenia otro objeto que Dios y su Iglesia, cuyos intereses y los suyos fueron inseparables en cincuenta años de combates continuos, que haciendo titubear á una multitud de Obispos, fueron para él una larga serie de triunfos. Hizo temblar á sus perseguidores desde el fondo de las grutas y de los sepulcros en donde se vió precisado muchas veces á ocultarse, por mas apoyo que hallasen en el poder imperial. A pesar de esto, su exterior no era muy recomendable; porque era pequeño y de menos que mediana presencia; mas la grandeza y magnanimidad de su alma se veían en sus ojos y en la inmutable tranquilidad de su rostro. En fin, su afebilidad en el trato, su complacencia y natural alegría le captaban las voluntades de todos. Escitó la admiración general desde que se presentó en Nicéa, tanto por lo profundo de su doctrina, como por la elocuencia eficaz que arrebatava, dirigiéndose siempre al fin con una rapidéz que apenas conocian los Orien-

tales. Despreciando los respetos humanos, hizo frente á Eusebio de Nicomedia, el hombre mas altivo de su siglo, cortesano antiguo y astuto, que cuando favorecia queria muchos obsequios, y cuando se declaraba enemigo se encarnizaba cruelmente. No nos admiremos pues que los Arrianos principiassen á temer desde entonces á Atanasio como á su mas terrible antagonista; mientras los fieles le miraban como un sostén invencible de la fe Católica.

42. Cerca de un mes antes de la sesion pública y solemne del Concilio, se habia trasladado el Emperador á Nicéa. Presentaron memoriales quejándose de sus colegas segun se cree varios Obispos Arrianos, él los recibió con un aire serio é indiferente; hizolos atar todos juntos despues de sellarlos, y mandó que se los guardasen hasta cierto dia en que pudiera leerlos. Aplicóse en este tiempo con toda la indulgencia y dulce actividad de un ángel de paz á reunir los ánimos y disipar las sombras de la disension; por fin mandó le trajesen los memoriales y los entregó á las llamas ante los Obispos, asegurándoles que ni uno siquiera habia leído ⁽¹⁾. *Solo toca á Dios el condenaros ó absolveros*, les dijo al mismo tiempo; *respeto á mí, que no soy mas que un hombre, sin carácter en el orden de las cosas santas no me entrometeré á juzgar á los mismos que él estableció en lugar suyo, para juzgarnos á nosotros*. Exhortóles despues con las palabras mas enérgicas á perdonarse los unos á los otros, y sobre todo á no dar publicidad á sus resen-

(1) *Cod. Theod. lib. 1. cap. 3. Rufin. lib. 1. cap. 2.*

timientos para que los pueblos no se escandalizasen: añadiendo por fin, que si viera por sus propios ojos á un Obispo que cometia una falta vergonzosa, al punto le cubriria con su púrpura para ponerle al abrigo de la malignidad pública.

43. El Emperador quiso tambien que los Padres se reuniesen en el palacio imperial con la magestad que convenia al estado de la Iglesia, libre ya de la servidumbre, y protegida por el Soberano del mundo. Pusiéronse por ambos lados unas largas filas de bancos para todas las personas que habian de tener lugar en el Concilio segun su órden en la sala mayor del palacio de Nicéa, y en el medio se alzaba un trono ricamente adornado, en el que se puso el libro de la sagrada Escritura, como representando al Espíritu Santo que la habia dictado, é iba á interpretarla por el órgano de los Pastores á quienes prometiera su perpetua asistencia.

44. Despues que la grande y humilde fe del Emperador reconoció con edificacion de todos que no tenia autoridad alguna en esta clase de juicios, no se trató de señalarle lugar distinguido, ni se pudo hacerle aceptar otro asiento que el de una silla pequeña colocada separadamente en una de las estremidades de la sala, señalada solo por la riqueza de su materia, que era de oro. Mas esta misma humildad aumentó el respeto en los Padres del Concilio alzándose todos á su entrada con silencio profundo, y mostrando una alegría religiosa (1). Entró en la sala sin

(1) *Euseb. in vit. Const. M. lib. 1. cap. 2.*

guardias, acompañado únicamente de algunos de sus Ministros que eran Cristianos. La hermosura de su tez que á los cincuenta años conservaba todas las gracias de la juventud, un personal agradable, unos ojos en extremo vivos, un porte magestuoso, y su estatura mayor que la de todos los que le rodeaban, eran todas circunstancias que daban á conocer desde luego al Soberano de aquella augusta y crecida asamblea. Estaba llena de oro y piedras de valor la púrpura que vestia: él tenia los ojos bajos con una singular modestia, y se notaba en su semblante un humilde rubor que dabade él una idea mucho mejor en aquel congreso compuesto casi todo de Santos, que todo el fausto de la grandeza y soberanía. Así que llegó al lugar destinado permaneció en pie, y no se sentó hasta que los Padres le instaron por señas á que lo hiciese; y despues les mandó sentar á todos.

Uno de los principales Prelados de la asamblea que entonces estaba en el primer asiento del lado derecho y cuyo nombre se ignora de cierto, se levantó y felicitó al Príncipe por todos los beneficios que habia recibido de la mano del Señor, rogándole al propio tiempo que continuase haciendo uso de los favores divinos para la prosperidad de la Iglesia. Despues de haber reflexionado algunos momentos, respondió Constantino, que miraba como una de las mayores gracias del cielo la dicha de estar entre tantos escelsos varones, que no tenia duda de que por su medio iban inmediatamente á tener fin las funestas disensiones que habian avivado las esperanzas de

los enemigos del cristianismo, ni de que unos hombres tan eminentes en virtud y sabiduría reunirían sus esfuerzos para esterminar enteramente el monstruo de la idolatría. Pronunció el Emperador su discurso en lengua romana ó latina, por sostener la magestad del imperio Romano; mas al instante lo vertieron al griego para la inteligencia de muchos Padres que siendo Orientales lo entendían mejor que el latín.

45. Acabado el discurso examinaron los Obispos la cuestion de fe con la atención mas escrupulosa, y toda la libertad que el Emperador declaró que les dejaba. Arrio fue de nuevo interrogado sobre su modo de pensar, y la presencia del Emperador no fue obstáculo para que sostuviese sus primeras blasfemias. Al mismo tiempo que los Eusebianos pretendían paliar sus impiedades, proferían otras tantas tal vez mucho mayores en el fondo, como consecuencias necesarias de sus detestables principios, abriéndose según la espresion de la Escritura un nuevo abismo debajo del primer abismo. En fin ellos mismos quedaron atónitos al ver los horrores y absurdos de su sistema luego que se los pusieron á la vista; contradecíanse, y se desmentían unos á otros, y confesaban su propia vergüenza con el silencio y la confusion que cubria su rostro. Despues de haberlos confundido de este modo los ortodoxos espusieron la creencia de la Iglesia, y Constantino lo escuchaba todo con una paciencia y una dulzura inmutable, aunque la disputa fue muy viva á los principios. Comprendía con una

precisión increíble los puntos esenciales de la cuestion; hacíalos presentes á unos, moderaba las proposiciones acaloradas de otros, y hablaba á todos con una bondad y una gracia que cautivaba los corazones, valiéndose para esto de la lengua griega que hablaba elegantemente. En seguida se leyó una carta de Eusebio de Nicomedia, que presentaba la heregía de un modo palmar, y manifestaba la trama de los sectarios: pero su contesto escitó tan general indignacion, que la hicieron trozos en público con vergüenza y confusion de aquel orgulloso Obispo.

Mas no por esto se intimidaron los partidarios; presentaron una confesion de fe dispuesta, según se dice, por Eusebio de Cesaréa, que era mas moderado que el de Nicomedia, y disminuía mucho las blasfemias de Arrio. Pero se halló que estaba defectuosa, porque no esplicaba claramente la generacion eterna del Verbo; y así se suscitó en el Concilio un susurro, que paró en clamar todos los Padres, que estaba conocida la perfidia y dobléz con que procedían los sectarios. Preguntóse pues á estos, si reconocían que el Hijo de Dios es la Sabiduría eterna del Padre, inmutable, siempre subsistente en él; por fin el mismo Dios, y el Dios verdadero (1). Era la pregunta tanto mas embarazosa quanto no habia sido prevista por los sectarios, y así permaneciendo por algun tiempo perplejos y sin contestar, se notó que hacían entre sí ciertas señas y decían algunas palabras en voz baja; mas resolviéndose despues á seguir con su ficcion é

(1) *Theodoret. lib. 3. cap. 3. et 9.*

impostura, admitieron todos aquellos atributos del Hijo de Dios, dándoles entre sí el sentido que mas les convenia.

Inspiró el Espíritu Santo á los Obispos para desvanecer todos los designios del artificio infernal la palabra *Consubstancial*, en griego *Homousion*, que tal nombradía ha tenido despues y ha sido siempre el terror y la ruina de la heregía de Arrio; porque no hay otra espresion que esplice con tanta energía y exactitud la semejanza perfecta ó la igualdad del Padre y del Hijo, relacion que no puede haber entre las Personas Divinas sin identidad de substancia. Conoció el Obispo de Nicomedia la fuerza de esta palabra mejor que nadie, lo que se habia notado claramente desde la lectura de su carta impía que se acababa de rasgar; pues se resistia en ella á dar al Hijo el epíteto de Increado, precisamente porque creyéndole tal, era necesario confesase tambien que es de la misma substancia que el Padre, ó consubstancial al Padre.

No osaron los hereges manifestar este motivo impío, pero desecharon aquella palabra con desprecio y con un tono escandaloso, diciendo que se hacia una novedad, introduciendo un término que no se encontraba en las sagradas Escrituras. Mas no fue difícil probar que el Apóstol veda en los términos solo las novedades profanas como las que ellos querian propagar, pero no las voces que se hacen necesarias para confundir los nuevos errores. No obstante se les hizo ver que la palabra consubstancial no era nueva en el lenguaje eclesiástico, y que algunos ilustres Doctores,

como San Dionisio Papa y San Dionisio de Alejandría la habian usado en el sentido de que se trataba, á saber, para asegurar que el Hijo de Dios es de la misma naturaleza que su Padre, y no obra suya. No le permitió contradecir á esta razon la erudicion de Eusebio de Cesaréa. Escluyéronse de esta palabra todas las significaciones groseras que podian presentar alguna imágen corporal, como de emanacion ó division; y el Emperador aunque poco versado en materias teológicas, entendió con todos los asistentes de buena fe que tal generacion nada tiene que no sea espiritual, sublime y adorable como la Divinidad á quien se le atribuía. Manifestóse tambien la diferencia que hay entre esta palabra tomada en el sentido católico, y la misma entendida en el sentido grosero por el que la habia desechado el Concilio de Antioquia, siendo causa de ello Pablo de Samosata, que pretendia inferir de aquí una division real y material en Dios, como la que hay entre diferentes piezas de moneda de un mismo metal: este era el indecente y monstruoso parangon que usaba aquel impío dogmatizante.

46. Osio formó el símbolo, habiendo desvanecido todas las dificultades y elegido las espresiones mas adecuadas para proponer el dogma Católico, y lo escribió Hermógenes, Obispo que fue despues de Cesaréa, en Capadocia. Decia así: „Creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Criador de todas las cosas visibles é invisibles; y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre, á

saber, de la substancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no hecho; consubstancial al Padre, el que hizo todas las cosas del cielo y de la tierra, y descendió de los cielos por nosotros los hombres y por nuestra salud, se encarnó y se hizo hombre; padeció, resucitó al tercero dia, subió á los cielos, y vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. Tambien creemos en el Espíritu Santo. Por lo que toca á los que dicen: *hubo cierto tiempo en que no existia, y no era antes de ser engendrado, y ha sido sacado de la nada*, y los que pretenden que el Hijo de Dios es de otra hipótesis ó de otra substancia bien sea mutable ó bien alterable, la Santa Iglesia Católica y Apostólica los anatematiza."

Esta fórmula de creencia fue firmada por todos los Obispos, á escepcion de diez y siete. Constantino que habia dejado á todos en plena libertad de decir su dictámen, y mostrado un género de indiferencia antes del juicio del Concilio, amenazó, inmediatamente despues, con su indignacion á los que permaneciesen indóciles. Tan solo cinco de ellos continuaron en serlo, esto es, los dos Africanos Teonas y Segundo, Teognis de Nicea, Maris de Calcedonia, y el famoso Eusebio de Nicomedia, el que como patrono principal de la secta, quiso hacer alguna resistencia antes de rendirse. Respecto á Eusebio de Cesaréa, que era menos emprendedor y de un natural no tan resuelto, obedeció al momento y admitió el término Consubstancial, que con tanto calor habia refutado la

vispera. Y luego que el otro Eusebio fingió su repugnancia y vió que ni el crédito ni el favor le habian de librar de la deposicion ni del destierro, confesó por fin, que lo que acababa de llamar novedad absurda y escandalosa, no era ni lo uno ni lo otro. Los Obispos de Nicéa y de Calcedonia le imitaron y solo Segundo y Teonas insistieron en seguir las huellas del heresiarca, por lo que fueron condenados juntamente con aquel, y desterrados á la Iliria, sin que bastase todo el poder de la Princesa Constanza, su protectora, para impedir la egecucion de esta rigurosa providencia. Mas como las discusiones del Concilio no habian producido la menor mutacion en el espíritu de esta muger encaprichada é imbuida de una falsa piedad, siguió dando á los errores condenados una proteccion secreta que fue en gran parte causa de las turbulencias que tanto conmovieron la Iglesia.

Tambien se condenaron los escritos de Arrio, su persona y su Talía particularmente. Se confirmó tambien la condenacion de sus partidarios pronunciada por el Concilio de Alejandria, y entre otras la del Diácono Euzoyo, despues Obispo Arriano de Antioquia, y la de Pisto, que lo fue de Alejandria.

47. La cuestion antigua sobre el tiempo de la celebracion de la Pascua era uno de los fines del Concilio de Nicea. Celebraban siempre esta festividad las Iglesias de Siria y Mesopotamia segun el uso de los Judíos el dia catorce de la luna de Marzo, fuese ó no Domingo. Lo demás de la cristiandad la celebraba el Domingo mas inmediato al dia catorce, incluso los

fieles del Ponto y de la Asia menor que pretendieron en otro tiempo haber recibido del Apóstol San Juan la costumbre contraria. A los Padres de Nicea les pareció que aquel era el momento mas propio para suprimir una diversidad que estaba sujeta á muchos mas inconvenientes que su misma supresion; sobre todo á causa del mal egeplo ó de la obstinacion facciosa de los que conservaban esta estravagancia. Prescribieron por unanimidad de votos los Padres que se celebrase la Pascua el mismo dia que fuese siempre el Domingo despues de la Pascua de los Judíos. Y San Atanasio observa que la definicion que se hizo con este motivo empieza por las palabras: *Hemos querido*, para manifestar que era un reglamento de disciplina que en lo sucesivo habia de obligar á todo el mundo Cristiano; cuando la profesion de fe, como que era testimonio de la creencia que la Iglesia habia guardado invariablemente, principiaba así: *Esta es la fe de la Iglesia.*

48. Terminados ya los negocios mas generales faltaba despachar uno que era de la mayor importancia para la Iglesia de Alejandria y todas las que dependian de ella, esto es, el del cisma de Melecio que las tenia revueltas veinticuatro años. El Concilio terminantemente estableció, que se observasen las costumbres antiguas en Egipto, en la Libia y en Pentápolis; y que el Obispo de Alejandria continuase ejerciendo su potestad en todas estas provincias, y que este era el uso de Roma: así influía el egeplo de la Iglesia Romana en el gobierno eclesiástico y en

la economía de la Iglesia universal. Aunque Melecio era tan poco acreedor á la indulgencia, como él y sus secuaces lo manifestaron en lo sucesivo, sin embargo se la concedieron los Padres, y aun le permitieron permanecer en la ciudad de Licópolis, con el título de Obispo, bien que privado de toda funcion y potestad Episcopal. Respecto de los Clérigos á los que habia impuesto las manos, y entre los que se contaban hasta veintiocho Obispos, se mandó rehabilitarlos en unos términos, que los defensores de una opinion muy estraña para que pueda ser fundada, han querido entender por una nueva ordenacion: y aun se decretó que despues de esto fuesen admitidos á la comunión, pero que el puesto que ocupasen seria despues de los Ministros instituidos por el Patriarca de Alejandria. Añadióse que despues de la muerte del Obispo Católico, podria el Meleciano llenar su Silla, si se le juzgaba digno de ella y aprobaba la eleccion el Obispo de Alejandria. Sostenidos los Católicos por la potestad civil, todas las Iglesias se restituyeron efectivamente al Patriarca, y los cismáticos se humillaron y tranquilizaron á lo menos por cierto tiempo.

49. Mereció tambien la atencion del Concilio la disciplina que principiaba á relajarse, el cual dictó hasta veinte cánones ó leyes generales para la conservacion de las costumbres antiguas, de los cuales los mas importantes son los siguientes. Primeramente se prohibe recibir en el Clero á los que por un celo mal entendido se hicieron ellos mismos eunucos. Y presentando el Concilio otros medios mas leves para reme-

diar el desorden de las costumbres y evitar el escándalo, quiere que el Eclesiástico no tenga en su casa muger alguna á no ser madre, hermana, tia, ó alguna otra persona tal que esté libre de toda sospecha. Dicen algunos autores antiguos que se queria pasar mas adelante, y prohibir á los que habian recibido los sagrados órdenes, que habitasen con las mugeres con quienes estaban desposados siendo legos: pero que en virtud de las representaciones del santo Obispo Pafnucio, que hablaba como parte desinteresada, pues siempre habia guardado continencia, ninguna ley nueva se hizo sobre el particular. Nos consta que esta fue una historia fingida por los Griegos, los que, hácia fines del siglo cuarto, principiaron á relajarse respecto del celibato de los Clérigos mayores, alegando vagamente el cánon Apostólico que veda á los Clérigos despedir á su esposa.

En este cánon solo se trataba de no abandonarlas, y no de usar del matrimonio; pues de otra manera la pretension de los Griegos los pondria en contradiccion con ellos mismos en lo que mira á los Obispos, á los que obligaron constantemente á la continencia. Observábase todavia en tiempo de San Gerónimo el celibato Eclesiástico en todos los órdenes mayores, en los Patriarcados de Alejandria, de Antioquia, y en todo el Oriente y el Occidente. Tiene tambien por abuso San Epifanio la relajacion en este punto, y á lo menos se tuvo como abusiva hasta el Concilio de Nicea (1).

(1) *Hieronym. cont. Vigil. cap. 1. S. Epiphani. hæres. 59. n. 4.*

En este se mandó tambien que se diese la Eucaristia á todos los que la pidiesen á la hora de la muerte, con tal que antes estuviesen en estado de recibirla dignamente. Prohibióse á los Obispos conferir los órdenes á los neófitos y mudar de Iglesia. Asimismo se intimó la deposicion á los Clérigos usureros; y por respeto ó atencion á las leyes civiles en el sentido que dejamos dicho, sentenció el Concilio únicamente contra los Eclesiásticos tachados de usura, aunque distaba mucho de aprobarla en los legos; antes por el contrario la Iglesia intentaba desterrarla con el buen ejemplo de sus Ministros, de todos los estados y clases como se verá que al fin lo logró. Dícese en otro cánon que el Obispo debe ser instituido por todos los Obispos de la provincia, á lo menos por tres de ellos, que deben tener el asenso de los demás por escrito y en debida forma, y que al Metropolitano toca confirmar lo que los otros hubieren hecho. Nótase aquí la division de las provincias eclesiásticas arreglada conforme á la de las provincias del Imperio; y que se da del mismo modo el nombre de Metropolitano al Obispo de la capital, llamada en Griego Metròpoli, á saber, Ciudad-Madre.

50. Despues de la jurisdiccion universal del Obispo de Roma en calidad de sucesor del Vicario de Jesucristo, se menciona y confirma la supermacia de las cátedras de Alejandria y Antioquia sobre otras muchas provincias: la de Alejandria como conferida á esta Iglesia por el Príncipe de los Apóstoles su fundador, en la persona de San Marcos; la de Antioquia como derivada

del mismo origen, á saber, de la cátedra de Pedro establecida en aquella ciudad, antes que la transfiriese á Roma junto con la Primacía del apostolado. Gozaban igualmente otros varios Prelados de las primeras ciudades del Imperio de privilegios extraordinarios: habia tres de ellos que fueron llamados despues Exárca, esto es, el Obispo de Éfeso, capital de la Asia propiamente dicha, el de Cesaréa en Capadocia, y el de Heracléa en la Tracia. Tenia tambien el Obispo de Cartago una grande autoridad sobre todas las provincias de la África. Por lo tocante á la Iglesia de Roma, si alguna vez se pone en parangon con las precedentes solo es respeto de algunas cosas, á saber, considerando simplemente á su cabeza ya como Obispo, ya como Metropolitano, ó ya como Primado ó Patriarca. No conviene al soberano Pontífice toda la comparacion que se hace aquí de la dependencia de las Iglesias de Italia, llamadas Suburvicarias, como ciudades sujetas á la jurisdiccion de los Prefectos del Pretorio de Roma, con las Iglesias dependientes del Obispo de Alejandría, sino en su calidad particular de Patriarca de Occidente, sin irrogar por ello el menor perjuicio á la de Cabeza de la Iglesia universal, cuya prerrogativa estaba tan bien cimentada y lo habia estado en todos los siglos ya pasados, que los Padres de Nicéa creyeron que no era necesario mentarla, tanto mas cuanto que si se tocaba este punto era solo para mantener la autoridad del Obispo de Alejandría contra las tentativas de los Melecianos. Respecto á la Iglesia de Jerusalem llamada

todavía Elia, de poca consideracion y que representaba la antigua ciudad que habia sido honrada con la presencia del Hijo de Dios, creyeron los Padres oportuno condecorarla con el título de Iglesia Patriarcal, y conceder á su Obispo cierta precedencia de honor, bien que sin perjuicio de los derechos del Obispo de Cesaréa su Metropolitano.

51. Hay entre los de Nicea otros dos cánones muy notables concernientes á las dos clases de hereges, esto es, los Novacianos ó Cátaros, que tomaban esta orgullosa denominacion de la palabra griega que significa puro, y los Paulianistas, que eran sectarios de Pablo de Samosata. El Concilio decide que es necesario rebautizar á estos últimos, cuando entran en el gremio de la Iglesia, porque no estaban bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En cuanto á los Novacianos que no habian alterado la forma del bautismo, ni erraban en la fe de la Trinidad, confirmando los Padres lo que en otro tiempo habia establecido el Concilio de Arlés, y mucho antes el Papa San Estévan, prohiben rebautizar, bien sea á estos sectarios, ó bien á cualquiera de los que hubiesen conservado el bautismo de la Iglesia Católica: espresion luminosa que demuestra, que los Sacramentos administrados fuera de la Iglesia, no dejan de ser Sacramentos de la Iglesia, á la que solo hizo Jesucristo. este don sagrado⁽¹⁾.

52. En el Concilio habia un Obispo Novaciano, llamado Acesio: el Emperador que en nada se de-

(1) *Socrat. lib. 1. hist. cap. 17. Sozom. lib. 1. cap. 22.*

tenia cuando se trataba de dar una prueba de buen celo, le preguntó si quedaba contento del símbolo de fe y del decreto sobre la pascua. El Obispo respondió: „Señor, el Concilio nada ha innovado en estos puntos, y todo esto es, segun me han enseñado, lo que se creyó y notó desde los Apóstoles. ¿Por qué pues, replicó Constantino, os separais de la comunión general? Espúsole Acesio entonces las causas de la separacion de Novato, esto es, la pretendida relajacion de los Católicos en admitir á la participacion de los santos misterios á los fieles que habian pecado mortalmente despues de su bautismo. Haced pues una escala para vos, replicó riendo el Príncipe, y subid solo al cielo.”

53. Atribúyense otros muchos reglamentos particulares al Concilio de Nicéa. Por ejemplo, es cierto que vedó ponerse de rodillas para orar el domingo, y mientras todo el tiempo Pascual, por respeto á la tradicion, á la que veneraba aun en las cosas mas mínimas cuando era antigua: pero la veneracion de todos los tiempos á esta augusta asamblea, fue causa de que pasasen por suyas otras muchas leyes que no estableció. Le atribuyeron los Árabes y todos los Orientales de los últimos tiempos toda la disciplina antigua, y un crecido número de cánones desconocidos á la antigüedad cuya coleccion respetan en gran manera. Es conocida esta recopilacion apócrifa por el nombre de cánones arábigos del Concilio de Nicéa. Indújoles á mandar que se celebrase todos los años su memoria, como las fiestas de los Santos, el res-

peto de los Griegos y de todo el Oriente á este santo Concilio, cuya observancia se hace en el dia, aun respectivamente á otros muchos Concilios, á los que honran del mismo modo, siguiendo el tipo de esta primera institucion.

54. Antes de separarse los Padres escribieron su carta sinodal, que aunque es dirigida á la Iglesia de Alejandría y á sus dependientes, como á la parte mas interesada del mundo Cristiano en lo que acababan de disponer, pertenece tambien á todas las demás Iglesias. „Hemos examinado en presencia del Emperador, dicen los Padres, ante todas cosas la heregia de Arrio y de sus sectarios; y unánimemente hemos resuelto anatematizarlo á él, á su doctrina, y á sus impíos escritos, por las blasfemias que vomitaba contra el Hijo de Dios, diciendo que fue sacado de la nada, que no era antes de ser engendrado, y que hubo un tiempo en que no existía; que por su libre albedrío podia abrazar el vicio del mismo modo que la virtud; y por último, que es criatura. Anatematiza el santo Concilio todos estos errores, que no ha podido oírlos pronunciar sin estremecerse. Por lo que mira á la persona de Arrio, ya habreis sabido ó sabreis muy presto por la voz pública de que manera se le ha tratado; no nos parece justo insultar á un hombre que, con la sentencia de destierro, ha recibido el galardón que merecia su delito. Logró perder su impiedad junto con él á Teonas de Marmarica y á Segundo de Ptolemaida; por lo que le acompañan tambien en el castigo.” Cuéntase des-

pues lo que se habia establecido respecto al cisma de los Melecianos, y á la celebracion de la Pascua.

55. Mas como no bastaba publicar las decisiones, las escudó el Emperador con su autoridad para la egecucion de los decretos; y mandó escribir á todas las provincias cartas instructivas, en las que proponia el juicio del Concilio como un divino oráculo, al que era preciso conformarse sin mas exámen. „Todo cuanto se hace en los santos Concilios, dice espresamente y tal fue siempre la persuasion de los verdaderos fieles, debe atribuirse á la voluntad de Dios. Por ella me propuse reunir en Nicéa el mayor número de los Obispos que fuese posible, con los cuales yo mismo, como uno de vosotros porque hago alarde de servir al mismo Señor, me apliqué á conocer y á descubrir la verdad. Se examinó pues escrupulosamente todo lo que habia podido ocasionar la division; y quiera Dios perdonarnos, ¡qué horribles blasfemias hemos oido proferir contra nuestro Salvador, nuestra esperanza y vida, por unas gentes de doctrina contraria á las divinas Escrituras y á nuestra santa fe! Pasan de trescientos los Obispos tan virtuosos como sabios que han convenido en una misma creencia, que es en verdad la de la ley Cristiana. Solo Arrio ha sido convencido de haber esparcido por instigacion del demonio la impiedad, primeramente entre los Egipcios sus compatriotas, y despues en otros muchos lugares. Por tanto, recibamos la fe que el Señor Todopoderoso nos ha enseñado, y corran á juntarse con nosotros los hermanos separados por las

intrigas detestables de un emisario infernal: porque lo que han determinado trescientos Obispos, no es otra cosa que la sentencia del Hijo único del Eterno, habiendo declarado el Espiritu Santo la voluntad de Dios por el órgano de estos altos varones á quienes inspiraba. Y así nadie dude, nadie se detenga; antes al contrario vuelvan todos con regocijo al recto camino de la verdad.”

El Emperador al mismo tiempo desterraba á Arrio, con sus dos mas obstinados sectarios Teonas y Segundo. A todos los demás se les señaló con el nombre infame de Porfirianos, como que renovaban las impiedades de Porfirio, á saber, la idolatría, adorando la criatura en el Hijo de Dios, el que decian habia sido sacado de la nada: y además se obligó á cada uno de ellos á que pagase, fuera de su capitacion ordinaria y personal, la de otras diez personas. Por fin, los escritos del heresiarca se condenaron á las llamas, y á cualquiera que se le convenciese de haber ocultado alguno, en vez de denunciarlo ó quemarlo, se le imponia la pena de muerte, inmediatamente que fuese aprendido: tal era entonces la severidad que usaba la potestad Imperial en la egecucion de sus edictos. Cuanta indiferencia habia mostrado el Emperador y libertad habia concedido á todos para declarar su modo de opinar antes de la deliberacion del Concilio, otro tanto teson y prontitud acreditó para efectuar las que el mismo Concilio habia tomado: de modo que este gran negocio se principió y finó en el espacio de un año; y aun el Concilio, que acabó el

dia 25 de Agosto, á principios del año veinte del Imperio de Constantino, apenas duró poco mas de dos meses.

56. Hizose sola una fiesta para celebrar el aniversario de la gloriosa exaltacion de Constantino al trono del Imperio, y el resultado no menos feliz del Concilio: y Eusebio de Cesaréa, que con astucias y estratagemas habia logrado que lo tolerase la Iglesia y le estimase el Emperador, fue quien pronunció su panegirico. Mostróse Constantino muy satisfecho de todos los Obispos, los que recibieron de él reiteradas acciones de gracias, y aun varios regalos antes que se separasen (1). Todos fueron por último introducidos con el mayor honor, por el medio de dos filas de soldados, en aquel palacio poco antes tan temido, y en el que se habian fraguado tantos edictos sangrientos contra ellos mismos: de suerte que apenas podian creer lo que estaban viendo, siendo para ellos en especial como un sueño el ver en un dia tan glorioso armados para hacerles los honores aquellos mismos guardias que tanto tiempo lo habian estado para sacrificarlos. Al despedirse el Emperador de los Obispos, les dió cartas para los Gobernadores de las provincias, en las que, no contento con mirar por la seguridad y prosperidad de sus Iglesias, señalaba pensiones para las doncellas, para las viudas y para el clero.

57. Llevaron el encargo los principales Obispos de notificar en todas partes las deliberaciones del san-

(1) *Theodoret. lib. 1. hist. cap. 11.*

to Concilio, y contaremos el por menor de estas comisiones, por ser muy interesante para dar á conocer el órden gerárquico de aquella época y tambien la geografía eclesiástica (1). Se le comisionó á Osio de Córdoba, tanto por sí como por los otros dos legados Vito y Vicente para comunicar las decisiones del Concilio á la ciudad de Roma, á Italia, á España y á las otras naciones que baña el Océano, á saber, á los Galos, á los Germanos y á los Bretones. Debia intimarlas al Egipto, á Pentápolis, á la Libia y á las provincias circunvecinas, Alejandro, Patriarca de Alejandria. Macario de Jerusalem y Eusebio de Cesaréa á la Palestina, á la Arabia y á la Fenicia. Eustacio de Antioquia á la Celesiria, á la Mesopotamia y á la Cilicia. Juan, Obispo de los Persas á toda la Persia y á las Indias mayores. Leoncio de Cesaréa de Capadocia á su provincia así llamada, á la Galacia, al Ponto, á la Paflagonia, á la Armenia mayor y menor. Teonas de Cicico á la Asia Proconsular, al Helesponto, á la Lidia y á la Caria. Nunequio de Laodicea á la primera y segunda Frigia. Alejandro de Tesalónica á la Macedonia, á la Grecia ó Acaya, á la Tesalia, á la Iliria y á ambas Escitias. A las Islas Cíclades, Alejandro, entonces Sacerdote y despues Obispo de Bizancio. A la Dacia, á la Dardania y á los paises vecinos, Protógenes de Sárdica. Pisto de Marcianópolis á la Misia y á las regiones limítrofes. Y por fin, Ceciliano de Cartago á las provincias de África, de Numidia y de Mauritania.

(1) *Gelas. lib. 2. cap. 35.*

58. Eusebio de Nicomedia y Teognis de Nicéa, que habian firmado el símbolo del Concilio despues de hacer alguna resistencia, no tardaron en dar pruebas evidentes de su poca fe y de la dobléz con que habian procedido: y dicen algunos que habiendo sobornado al depositario de las Actas del Concilio, borraron de ellas su firma. Tal procedimiento no lo pudo sufrir con paciencia el Emperador, y así ordenó que se fulminase contra ellos la deposicion canónica, que se proveyesen sus empleos, y fueron desterrados á las Galias: é inmediatamente escribió á la Iglesia de Nicomedia para justificar su severidad, que dice tiene anterior causa, acusando á Eusebio, entre otras cosas, de haber sido cómplice de la crueldad de Licinio contra los fieles, y aun de su conjuracion y de la guerra que costó á aquel tirano la corona y la vida.

59. Murió poco despues de su regreso á su Iglesia el santo anciano Alejandro; y antes de exhalar el postrer aliento, mostró un deseo muy grande de tener por sucesor á Atanasio. Mas el humilde Diácono temia esta dignidad otro tanto como la merecia; y se ocultó en un parage secreto, luego que conoció que el Patriarca estaba en los últimos instantes de su existencia. El enfermo preguntó por él, y pidió con instancias que lo llevasen á su presencia; pero como no podian encontrarle exclamó diciendo con una voz profética: *Atanasio, no te ocultarás por mucho tiempo.* Reuniéronse luego que murió el Santo los Obispos de la provincia con todo el pueblo Católico, que aclamaba alta y unánimemente á Atanasio por su Obispo;

y durante muchos dias sin intermision no salieron las gentes de la Iglesia, ni dejaron salir á los Prelados. Por último fue descubierto Atanasio y ordenado solemnemente á vista y con repetidas aclamaciones de toda la provincia, lo que no pudo acabarse, á causa de los óbices que él mismo presentó, hasta los últimos dias del año 326, esto es, mas de ocho meses despues de la muerte de su predecesor San Alejandro, acaecida el dia 17 de Abril anterior.

Es justa y universalmente grata á la Iglesia la memoria de San Alejandro; los Padres de Nicéa en su carta sinodal encomian tanto su moderacion y su acierto en conservar la paz, como su celo infatigable contra las novedades impías: y admira en verdad que Sócrates, el que traslada esta carta, acuse en otra parte á este santo Obispo de haber procedido contra Arrio, movido de un cierto espíritu de aspereza y aun de cólera (1). Mas no es este el solo pasage en que se halla á este historiador poco acorde consigo mismo sobre este asunto; pues refiere sin consideracion en un mismo capítulo, que Alejandro, dando á ello motivo Arrio, quitó á los Sacerdotes de Alejandría la facultad de predicar, y que los Doctores esplicaban en aquella ciudad las santas Escrituras al pueblo los miércoles y los viernes. Así le desmienten en una acusacion tan poco meditada Teodoreto, Sozomeno, Rufino y Gelasio de Cícico, que son los garantes de estos hechos antiguos. Sozomeno llega hasta acusar en cierta manera á San Alejandro del vicio entera-

(1) *Socrat. lib. 1. hist. cap. 9. et lib. 5. cap. 23.*

mente contrario, diciéndonos que muchas personas censuraban á este prudente Prelado de haber tolerado demasiado tiempo la heregía de Arrio (1).

60. Solo la elección de Atanasio fue capaz de consolar á los verdaderos fieles de la pérdida que experimentaban con la muerte de un tan digno Pastor: y así cuando llegó la noticia de su exaltación á los piadosos solitarios de que estaba lleno el Egipto, rindieron á Dios las mas fervorosas gracias. Pretendieron los de la Tebaida haber tenido muestras milagrosas de la aprobación del cielo, y en efecto San Pacomio, su cabeza, tuvo revelación, bajo los símbolos misteriosos de una columna y una antorcha, de que aquel santo y sabio Obispo seria el que alumbrase principalmente á la Iglesia, y el que sostendria su edificio en los dias de su próxima calamidad; de que pronto tendria que sufrir terribles asaltos por la defensa de la fe, pero que todo lo venceria, que la conservaria pura y sin mancilla, y la haria florecer en todo el mundo. Este gran maestro de la vida cenobítica, á la que habia dado, digámoslo así, la última mano y una forma permanente, habia llegado en pocos años al punto mas elevado de la santidad. Notáronse en él, aunque era hijo de padres infieles, desde la mas tierna edad, las señales de su predestinación, en su amor ardiente á la castidad, y en otras inclinaciones tan virtuosas, que no podian menos de ser efecto de una gracia particular. Fue alistado á los veinte años en

(1) *Theodoret. lib. 1. hist. pág. 524. Rufin. pág. 159. Gelas. página 50. Sozom. pág. 426.*

la milicia: embarcóse con otros muchos soldados, y á la tarde desembarcaron en una ciudad en donde ciertos particulares, incitados de la compasión que les causaron aquellos jóvenes que iban á servir contra su voluntad, los trataron con tanto cariño, que Pacomio quiso saber la causa de una caridad tan laudable. Le dijeron que aquellas gentes compasivas profesaban el creer que el Hijo de Dios habia venido al mundo por la salud de los hombres, y que á imitación suya, hacian bien á todos en general, esperando otra vida en la que recibirian el galardón de lo que practicasen en esta á favor de sus prógimos. Pacomio exclamó al punto levantando las manos y los ojos al cielo: *Dios Todopoderoso, si me sacais de las molestas ocupaciones en que estoy, y me haceis conocer un modo tan digno de servirlos, os prometo y juro por Vos mismo que lo seguiré con una fidelidad inviolable.* Siguió su viage, y luego que pudo conseguir su licencia, volvió á la Tebaida su patria, en donde entró en el número de los catecúmenos, y poco despues fue bautizado.

Sabiendo que un santo anciano que se llamaba Palemon, servia pacíficamente al Señor en lo interior de un desierto contiguo al mar Rojo, fue á pedirle la gracia de que le admitiese por discípulo suyo. No bastaron las austeridades mas terribles, y la pintura acaso exagerada que se le hizo de ellas, para apartarle de su resolución. Doce años estuvo en compañía de Palemon, orando de continuo, al mismo tiempo que hacia cilicios ú otras obras de manos, tanto

para mortificar su carne, como para procurarse los medios de socorrer á los necesitados. Vivian por decirlo así estos dos fervorosos solitarios de nada, y casi como unas almas desprendidas ya de sus cuerpos.

Un dia de Pascua dijo Palemon á Pacomio, que preparase un alimento algo mas delicado, en honor de la festividad que se celebraba, y éste arregló con aceite las yerbas silvestres que acostumbraban comer; pero en el momento de irlas á gustar, dijo Palemon vertiendo torrentes de lágrimas y dándose golpes en el pecho: *¡mi Salvador fue crucificado, y yo me he de alimentar con esta comida delicada!* Y no pudo resolverse á tocar un manjar que le parecia demasiado bueno, sin embargo de lo insípido que era. Escusábase al exhortarle á que diese algun alivio al cuerpo en sus enfermedades, oponiendo los egemplos de los Mártires, de los que habia sido testigo de vista durante las persecuciones. Treinta y tres años contaba Pacomio cuando se internó en la soledad hácia las orillas menos frecuentadas del Nilo; y estando orando en un lugar llamado Tabena, oyó una voz que le dijo: *párate aquí, Pacomio, y edifica un monasterio para todos los que vengan á buscar, bajo tu direccion, el camino de la salvacion eterna. Tú los regirás con mis reglas;* y súbitamente se le apareció un ángel, y le presentó una tabla en donde estaban escritas estas reglas. Murió algun tiempo despues San Palemon, y Pacomio alzó un edificio sencillo en verdad, pero estenso y proporcionado á la multitud de discípulos que le habia sido anunciada, y en pocos años tuvo la sa-

tisfaccion de ver en él mas de cien Cenobitas que vivian en comun y sin la menor propiedad, bajo la obediencia de un mismo superior y la observancia de las reglas. Atrajo un número indecible de discípulos la santidad de aquellos solitarios, confirmada muchas veces con prodigios, de modo que llegaron á contarse hasta seiscientos Monges en el monasterio principal, y mas de tres mil en otros varios que fue necesario aumentar.

61. Habitaba en el desierto de Nitria, en el mismo Egipto, otro solitario llamado Amon, de una familia ilustre en aquel país por su nobleza y opulencia. Sus padres le habian obligado á contraer matrimonio de edad de veintidos años, pero sintiéndose llamado ya desde entonces á una vida mas perfecta, persuadió á su esposa á que guardase continencia, é hicieron juntos esta vida angelical por espacio de diez y ocho años enteros; despues de cuyo tiempo hallándose sin duda mas libre Amon, se retiró al monte de Nitria, llamado así por la abundancia de nitro que en él se recogia. Llegó en este lugar á ser superior de una multitud de Monges, y su esposa rigió por su parte un crecido número de vírgenes. Murió Amon de edad de sesenta y dos años, y adquirió nombradía por sus virtudes y por sus milagros. San Antonio, que fue su sabio apreciador y amigo, estando distante trece dias de camino del parage donde falleció Amon, vió su alma que ascendia al cielo.

62. Habitaba en el interior del desierto que está entre el Nilo y el mar Rojo aquel padre de la vida

monástica, despues del viage que hizo á Alejandría mientras la persecucion de Maximino; y á fin de evitar el trato de las gentes del mundo, que interrumpian sus coloquios con Dios, habia andado errante tres dias y tres noches por aquellos desiertos, buscando un parage en donde pudiese subsistir y estar oculto á la par. Por fin habia encontrado una montaña de donde brotaba una fuente copiosa, que no lejos de allí formaba un claro riachuelo al que daban sombra algunas palmas y diversos arbustos. Movi6 al solitario á fijarse en este lugar, llamado Colcim, lo verde y fresco de este sitio despoblado, que hacia un agradable contraste con las arenas y los montes incultos de las inmediaciones, y elevaba el espíritu de Antonio á la contemplacion de las perfecciones infinitas del Criador. Y por medio de algunos hermanos que sabian su retiro se hizo de un azadon, y de un poco de trigo; cultivó la tierra que le pareció mejor, y se puso en estado de adquirir el sustento sin molestar á nadie; haciendo tambien un pequenito jardin en el que sembró legumbres para los hermanos que le visitasen.

Tenian la costumbre de visitarle una vez al año tres solitarios entre otros. Observó Antonio que uno de ellos no desplegaba los labios, y siempre dejaba hablar á los otros dos: preguntóle el Santo el motivo, no tanto por saber lo que ya se figuraba, quanto por tener ocasion de curarle de la timidez á que atribuía su reserva. Mas el solitario le respondió: *Padre mio, me basta el veros para quedar edificado.*

Efectivamente todo el exterior de Antonio tenia un aire de santidad, de dignidad, y cierta analogía con lo que se decia de él, que desde luego le daba á conocer á los que no le habian visto nunca. Su presencia á la verdad no era de las mas gallardas, pero infundia un cierto respeto por su aspecto noble y grave, mezclado con una alegría y serenidad que anunciaban á primera vista todo el imperio que tenia sobre su espíritu. Parecía que estaba libre de pasiones por otra parte; y desde que se habia estrechado su trato con Dios, no tenia el menor apego ni aun á las delicias de la contemplacion, ni á su amado retiro, siempre que el celo ó la piedad le llamaban á otra parte.

63. Los hermanos le persuadieron á que bajase de su montaña para visitar los monasterios de Piper, fundados bajo su direccion. Partió pues inmediatamente, acompañado de algunos de ellos, é hizo cargar un camello de los víveres indispensables para atravesar el desierto. El calor era escesivo y llegó á faltar el agua á los viajeros, que la buscaban inútilmente en las inmediaciones; y por fin perdida la esperanza de hallarla, viéndose sin fuerzas pera caminar se echaron en el suelo casi desfallecidos, y dejaron ir al camello por donde quisiese. El mas vigoroso era el santo viejo, mas acostumbrado á sufrir por razon de sus penitencias; pero estaba herido del mas vivo dolor viendo el peligro en que quedaban sus compañeros. Se separó de ellos suspirando, se puso en oracion arrodillado con los brazos en alto, y en el sitio mis-

mo donde oraba hizo el Señor que brotase de pronto un manantial de agua fresca, con la que saciaron todos la sed. Recobradas las fuerzas, llenaron sus odres, y toda su inquietud se redujo á saber de la bestia extrañada que llevaba las provisiones. Halláronla por fin parada junto á una piedra, en la que se habia enredado la cuerda por una casualidad cuyo autor no les fue difícil conocer, y concluyeron felizmente su viage.

64. Tuvo el santo Abad el consuelo de hallar los monasterios de Piper en el mejor orden: se detuvo allí algunos dias, los que pasó parte con sus hijos en Jesucristo, y parte con su digna hermana, que era una doncella muy adelantada en edad, y cuyas hijas espirituales, á quienes dirigia por la senda de la perfeccion en el mismo territorio, no cedian en virtud á las comunidades de hombres mas austeros; y despues dió la vuelta á su soledad.

65. Entonces fue cuando le visitó en su retiro San Hilarion, el que estaba destinado por la Providencia para establecer en Palestina y Siria las santas observancias de los solitarios del Egipto. Eran idólatras los padres de Hilarion, así como los de Pacómio; pero la gracia le previno igualmente con sns bendiciones. Enviáronle á estudiar á Alejandria desde la aldea de Tábata, lugar de su nacimiento, situado cerca de Gaza; pero además de las nociones áridas de la gramática habia aprendido la ciencia inestimable de la salvacion, en la que habia hecho ya muy rápidos progresos. Para perfeccionarse mas y mas en ella vivió

como unos dos meses en compañía de San Antonio, cuya nombradía grande le pareció inferior á la realidad; y este corto espacio de tiempo bastó á un tan digno émulo del hombre de Dios para abrazar su norma de vida, y acostumbrarse á la continua oracion, á la humildad, á la constancia en las faenas, á las austeridades y á la regularidad. No contaba Hilarion entonces con todo eso mas de quince años; pero si el juicio y la prudencia se adelantaron alguna vez en esta edad en las almas fuertes de aquellos primeros orientales, fue singularmente en este Santo, en quien mediante la gracia el heroismo fue toda su vida como natural. Llevó consigo algunos solitarios Egipcios á su pais, en donde su padre y su madre acababan de dejarle por su muerte cuantiosos bienes, los que repartió entre sus hermanos y los pobres, sin olvidar á otra persona que la suya en esta distribucion.

Habia una dilatada soledad que principiaba pocas millas de la ciudad de Mayuma, y se estendia muy á lo lejos por la playa del mar. Habitaban en ella solo unos bandidos que recorrian toda su estension para sorprender á los viajeros, ó despojar á los navegantes que arrojaba la tempestad á aquellas arenas. Aquí se estableció el jóven Hilarion, eligiendo un sitio que habia entre el mar y un pantano, despreciando todos los riesgos, escepto los que amenazan al alma en medio de los lazos del mundo. Se reducía á un saco su vestido, con una túnica de pellejo que le habia dado San Antonio, y un manto de aldeano. No era otro su lecho que una sencilla estera de

juncos tendida en el suelo; y su celda que apenas podia contener el cuerpo mas parecia sepulcro que casa. Por fin cinco ó seis onzas de pan de cebada con algunas yerbas cocidas eran su único alimento diario, y esto desde su infancia hasta los noventa años. Fue descubierto por los ladrones desde que se retiró á aquel parage, los que no pudiendo robar nada á un hombre falto de todo se divertian en darle sustos. Le preguntaron, sin darse á conocer al principio, si tenia miedo á los ladrones. ¿,Por qué los he de temer, respondió, si no tengo nada? Pero pueden quitaros la vida, replicaron ellos; es verdad, dijo Hilarion, mas cuando á nada se tiene apego en este mundo, hay muy poco miedo de dejarlo.”

Desenfrenóse contra él el enemigo comun, y le acometió rigurosamente y por todos lados; aunque sus tentativas sirvieron para acrisolar las virtudes del santo solitario por espacio de veintidos años sin intermision, despues de los cuales mostró el cielo su santidad con grandes y repetidos milagros. Cuando pasaban de Siria algunos enfermos al Egipto para implorar el auxilio de San Antonio, les decia este Padre de la vida ascética: *¿por que venís de tan lejos teniendo con vosotros á mi hijo Hilarion?* Pronto tuvo un gran número de imitadores; porque todos los desiertos de la Palestina y de la Siria, y fuera del Imperio el pais de Eufrates, la Arabia y la Persia se poblaron de fervorosos discípulos, que un egeemplo tan grande le captó, aun entre las naciones mas bárbaras.

66. Mas no solo en los desiertos obraba la gracia del evangelio estos prodigios: tambien el trono daba grandes lecciones de piedad, y suministraba escelsos modelos de virtud. Parecia en efecto que Constantino habia adquirido su poder para hacer triunfar las virtudes cristianas y la Religion. Promulgó una ley, con el fin de satisfacer los deseos de la Iglesia, dirigida á disminuir las usuras tan acreditadas entre los Romanos, mientras hallaba coyuntura de abolirlas del todo. Repartia todos los dias entre los pobres trigo, vestidos y dinero; á nadie se le excluía de estas limosnas; pero sus ministros tenian orden de distribuir las mas abundantemente entre los Cristianos. El Emperador declaraba siguiendo este mismo sistema en las leyes publicadas á favor de los eclesiásticos, que sus dones debian reservarse para los Católicos, y que los hereges y cismáticos, lejos de aspirar á las inmunidades que concedia, serian por el contrario mas perjudicados que lo restante de sus súbditos. Protegia y honraba en particular á las personas que se dedicaban á un estado de mayor perfeccion, como las vírgenes y los solitarios, algunos de ellos en especial como San Antonio, le habian dado la mas grande idea de sus hermanos.

67. Ayudábale por su parte la Princesa Elena, madre del Emperador, á poner en egecucion sus religiosos intentos. Su mas grata ocupacion era repartir las limosnas del Príncipe, el que la confiaba todos sus tesoros absolutamente, así para aliviar á los pobres, como para la mayor pompa del culto público;

pues se procuraba ostentar una santa magnificencia con el intento de que hiciese impresion en unos hombres, que siempre habian ignorado lo que era honrar á la Divinidad con la dignidad y grandeza que se debe. Elena por esta razon se ocupó una gran parte de su vida en edificar y adornar las Iglesias. Tambien emprendió el viage de la Tierra Santa á fin de descubrir el sepulcro del Salvador, que estaba enterrado debajo de enormes montes de escombros: porque los idólatras habian hecho los mayores esfuerzos para borrar hasta su memoria, y ocultar el sitio que podia presentar de algun modo aquel sagrado monumento. Así es que lo tenian cubierto con un inmenso monton de ruinas y tierra bien apiñada, por manera que quedó un terreno bastante sólido para alzar encima de él un templo á Venus: nuevo lazo que preparó la impiedad á la Religion de los fieles, para que yendo á adorar al Dios Hijo de una Virgen, pudiera decirse por el contrario que tributaban sus adoraciones á la diosa de las liviandades. Mandó desde luego la Emperatriz demoler aquel impuro templo; y despues escavaron con tanto ardor y perseverancia, que además del sepulcro, encontraron tres cruces enterradas bajo las ruinas.

Era difícil conocer cual de las tres era el instrumento sagrado de nuestra salvacion. San Macario, Obispo entonces de Jerusalem, las hizo llevar todas á casa de una muger que adolecia, hacia mucho tiempo, de una enfermedad incurable, y era conocida de todos. Aplicáronla cada una de por sí las tres

cruces, pidiendo al Señor que señalase, por medio de una curacion milagrosa, la que habia sido regada con la sangre preciosa de su Hijo (1). Estaba presente la Emperatriz y toda la ciudad, esperando el resultado de este acaecimiento. No halló mejoría la paciente al contacto de las dos primeras cruces; pero luego que tocó la última, se levantó al instante, y se sintió perfectamente sana. Añaden algunos escritores que despues acercaron la cruz á un muerto, y que al punto resucitó; mas este último hecho, aunque no está tan sostenido como el primero por los historiadores modernos, sin embargo se funda en las mismas pruebas, á saber, en la tradicion de todos los habitantes de Jerusalem, y el testimonio por escrito de muchos contemporáneos, de los que tomaron igualmente la noticia los autores respetables de la antigüedad que nos han transmitido la substancia de este prodigio. Envió Elena una parte muy considerable de la cruz al Emperador su hijo, y colocó lo restante en una gran caja de plata, para conservarla en una soberbia basilica, que desde entonces se comenzó á edificar, y no pudo concluirse hasta seis años despues.

68. Tal fue la descripcion que los antiguos nos dejaron de aquella Iglesia, maravilla de su siglo, alzada con el título de la Resurreccion, cerca del santo sepulcro, al que se adaptó diestramente todo el plan del edificio. El ámbito del sepulcro estaba resguarda-

(1) *Theodoret. lib. 1. hist. cap. 18. Rufin. lib. 1. cap. 7. Socrates lib. 1. cap. 17. Sozom. lib. 2. cap. 4.*

do en lo exterior con columnas de un trabajo esquisito, y hermoseado de todo género de adornos los mas preciosos. Entrábase desde este pórtico en un espacioso patio ó plaza enlosada de mármol, y coronada por tres lados con una larga galería, rematando á levante con el templo, que era aun mas admirable, tanto por su grandeza y la exactitud de sus dimensiones, como por la riqueza de sus adornos. A primera vista se conocia, que no en valde se propuso el poder Romano alzar el mas digno monumento que se pudiese ver en su especie. Estaba incrustado lo interior del templo en toda su inmensa estension, de los mármoles mas raros; lo exterior construido con unas piedras tan labradas y tan bien unidas, que la perfeccion del trabajo admiraba mas que lo esquisito de los materiales; y la bóveda cubierta de un artesonado de escultura, todo dorado y de una brillantéz extraordinaria. Formaban dos galerías de dos altos los lados de abajo, enriquecidas y adornadas de oro, y acompañadas de dos bóvedas en extremo grandiosas. Habia en el patio tres puertas de una elevacion magestuosa; y al entrar se echaban de ver en la fachada doce columnas dispuestas en semicírculo, cada una de las cuales sostenia la imágen de un Apóstol, y cuyos capiteles se veían adornados con grandes vasos de plata. Esto era lo que formaba el Santuario, en medio del cual estaba el altar. Habia un antepatio formado por dos galerías al extremo opuesto de estos edificios mas cerca del patio y de los pórticos, y se entraba á ellos por otra puerta que salia á la pla-

za pública, donde se hacia el mercado. Cualquiera que al pasar observase desde allí toda esta perspectiva tan admirable, no podia menos, especialmente las primeras veces, de sentir dentro de sí, y quedar arrebatado por un religioso asombro, y mucho mas aun si penetraba con la vista hasta el lugar santo.

Esta fue la Iglesia tan justamente alabada del santo Sepulcro, la que se hallaba provista de una cantidad innumerable de vasos de oro y plata, y de todo género de riquezas. Subsistió este magnífico templo hasta el año 1009 de la Era Cristiana, en que lo destruyeron los Musulmanes: despues fue arruinado y reedificado otras varias veces, pero nunca con el esplendor que la primera. Alzóse una ciudad al rededor de la Iglesia, fuera del sitio que la antigua Jerusalem, que segun dice Eusebio, era un remedo de la nueva Sion que describen los Profetas, á causa del conjunto de objetos que reunia, capaces de inspirar un santo entusiasmo: y volvió entonces á tomar su antiguo nombre, dejando el de Elia que le habia dado el Emperador Adriano.

69. Con el piadoso objeto de honrar debidamente el lugar santificado por el nacimiento del Hombredios y el de su gloriosa Ascension, mandó Constantino edificar dos magníficos templos, uno en Belen, y otro sobre el monte de las Olivas. Construyóse al mismo tiempo en Nicomedia una Basílica digna de esta ciudad imperial, que era la residencia ordinaria de los Emperadores de Oriente. Tuvo Antioquia, capital de Siria, un templo tan suntuoso que se decia al